

NORAH CARTER-PATRICK NORTON-MONIKA HOFF

# ¡Y TENÍA QUE SER *mi* ENTRENADOR!

*Antología  
Comedia Romántica*

FANNY RAMIREZ-VIKI TAPADA-MAY DIOR-DELFINA FARIAS  
MILE P.D. BLUETT-PRISCILA S.-DANUBY BLANCO

# **¡Y TENÍA QUE SER MI ENTRENADOR!**

**Antología comedia romántica**

Título: ¡Y tenía que ser mi entrenador!

© 2017 Antología romántica

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Abril, 2017.

©DOLCE BOOKS

[dolcebookseditorial@gmail.com](mailto:dolcebookseditorial@gmail.com)

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.





*¡Y tenía que ser mi entrenador!*

Norah Carter



Me levanté deprimida. No paraba de cambiarme de ropa. No me sentía bien conmigo misma y me agobiaba todo. Tenía que quitarme de encima esos kilos que me sobraban y ya era el momento. Siempre había tenido complejo de gordita y ya era hora de verme con otros ojos. No se trataba de ser uno de los ángeles de Victoria's Secret, pero sí que podía lucir tipazo. Mes de marzo y se me echaba encima el verano, así que ese día pensaba cambiar el ritmo, comenzar a cuidarme. Lo tenía decidido. Lo primero que debía de hacer era cambiar mis hábitos alimenticios y seguidamente hacer deporte, eso que tanto odiaba, pero que tan necesario era en estos momentos.

Siempre había suspendido la Educación Física en el instituto. El deporte no era mi fuerte, sino más bien cómo entrenaban los tíos durante el recreo. Eso sí que me gustaba, pero, bueno, eso no es lo que toca ahora.

Me dirigí al gimnasio de moda de mi ciudad. La gente hablaba mucho de sus instalaciones, así que, movida por la curiosidad, hasta allí iba. Mi amiga Bea estaba apuntada en él, pero claro, había un problema, yo con lo floja que era y a mi aire, en dos días me aburriría, así que, pregunté por un entrenador personal y me dijeron que estaba de suerte, porque, en esos momentos estaba allí, así que me pasaron a su departamento a que me asesorara.

— Buenas tardes — dije tímidamente al ver al buenorro del entrenador.

— Buenas tardes. Me llamo Manuel.

— Yo soy Ana — dije tímidamente.

Comenzamos a hablar y me explicó en qué consistiría el entrenamiento

personal. Además de dejarme puesta la rutina de los demás días, me daría la dieta que debería seguir. Pasamos al peso y me sometí a varias pruebas. Me sentía como una rata de laboratorio, pero el hecho de saber que estaba en manos de aquel chico tan guapo hacía que me animara. Ojalá hubiese tomado la decisión antes. No soy de las tías que vayan por ahí desnudando con la mirada a los hombres, pero, madre mía, no podía quitarle ojo a aquel sujeto que tenía frente a mí.

Me estaban entrando vapores en esa sala. Me recogí mi larga melena morena y seguí escuchándolo. No podía ni mediar palabras. Me tenía con la baba hasta el suelo. No veas cómo estaba el tipo de definido. Había que verlo. No sé cómo alguna de las rotondas de la ciudad no tenía un monumento con su figura. Además, no era muy alto para mi alegría. Nunca me gustaron altos, si he de ser sincera. Tenía una cara angelical y su forma correcta y noble de hablar lo hacía aún más enigmático, más sensual...

Quedamos en que al día siguiente comenzaría con el primer entrenamiento. Nos despedimos y nos dimos los teléfonos para cualquier cosa, aunque yo directamente me daban ganas de invitarlo a pasar un fin de semana encerrados en la habitación de un hotel, pero claro, yo, la gorda, y él... ¡El tío bueno! Me iba a comer un mojón, con la cola de tías que debería tener esperando. A veces me entraban ganas de reír cuando me ponía a pensar en eso, otras veces, sin embargo, me daba por llorar delante del espejo.

Llamé a mi amiga Bea. Estaba deseando contarle lo que había hecho, seguro que se pondría la mar de contenta.

— Killa, vas a flipar, he ido al gimnasio y me he comprado unos bonos con un entrenador personal.

—¿Qué dices? ¿En el gimnasio que yo voy?

—¡Pues claro! No va a ser en El Cairo.

— Entonces tu entrenador es el buenorro del Manu, ¿a qué sí? — dijo más emocionada que una chavala de dieciséis años a la que invitan a una fiesta de fin de curso.

— Efectivamente — solté una carcajada.

—¡Qué cabrona! ¡Tú que puedes! Yo no tengo pasta más que para la mensualidad del gimnasio — comentó ella un tanto dolida.

— Ya, pero a ti no te sobran estos kilos... Yo no quiero ni mirarme al espejo. Parezco el muñeco de Michelin, ¿sabes? Estoy harta de no poder ponerme la ropa que me gusta — añadí yo sin ganas de caer en el pesimismo.

— Eres muy exagerada, tampoco estás tan mal, pero haces bien en ponerte ya en forma y bajar esos kilitos. Eres muy guapa, Ana. El ejercicio te va a ayudar a ponerte espectacular. Estoy viendo ya los resultados. Puedo imaginármelos.

— Estoy flipando con mi entrenador. Bea. He sentido un amor a primera vista. Me ha temblado todo. ¡Qué guapo es, por Dios!

— Tía, con lo tranquilito que se le ve. No sabe ese tío la que le ha caído contigo. Tendrá que llevar mucho cuidado — soltó una carcajada negando con la cabeza.

— Calla, que no le he soltado nada porque estaba super cortada, pero ya verás cuando me suelte, a ese le saco hasta el número del D.N.I.

— Al final te lo tiras y todo. ¡Te conozco! Consigues todo lo que te propones — añadió entusiasmada y sin parar de reír.

— Pero ese tiene una fila de tías fijo babeando por él.

— Pero tú eres especial. No me vengas con esos rollos, te lo vas a llevar de calle.

—¿A qué te refieres con especial, Bea?

— A que a él no le gustan los modelos de pasarela. Intuyo que él busca otra cosa. Tú eres muy simpática y muy extrovertida. Te repito: te lo vas a llevar de calle.

— Yo me lo llevaría a otro sitio. Estoy deseando que llegue mañana.

—¿Cuántos días irás a la semana?

— Dos con él y los demás, contigo.

— Bueno, ya vamos hablando. Me voy a comprar ropa sexy de deporte.

— Me alegra verte así de animada. Miedo me das. Cuídate mucho y no te pases con el chico — volvió a reír al otro lado del teléfono.

— Gracias, un besito, hablamos.

Me fui hacia San Fernando, al centro comercial Bahía Sur, a quemar tarjeta en las tiendas de deportes. Me compré de todo: mayas, camisetas, tenis, todo un

arsenal como si fuera una deportista de toda la vida. La dependienta estaba asustada cuando comprobó todo lo que me llevaba. A mí me daba igual. Quería ser una mujer nueva y rompedora y lo iba a conseguir. Al lado de aquel entrenador, lo conseguiría.

Manuel no se me quitaba de la cabeza. ¡Vete de mi mente! Me dije mil veces, pero nada, parecía que se había quedado en ella para mucho tiempo, muchísimo tiempo.

Me estaba gustando todo lo que compraba. Tenía ganas ya de empezar, así que comí en el centro comercial y me fui hacia mi casa. A última hora de la tarde recibí un e—mail de él con toda la información y los hábitos de comida.

Me dieron ganas de contestarle al email, pues lo único que me quería comer era a él, pero claro, no era plan, me iban a denegar los bonos por acosadora.

Esa noche me quedé fantaseando con el día siguiente. Estaba deseando de volverlo a ver.

Por fin viernes, mi cita con mi pedazo de entrenador, así que me puse mi ropa nueva y allí fui... Aún no me puedo creer que estuviese tan tonta. Hacía tiempo que no me veía así, tan ilusionada y tan llena de energía. Me quería comer el mundo y a Manuel también.

— Buenas tardes — dije temblorosa, él estaba agachado sacando un tubo de su maleta.

— Hola, Ana — dijo sonriendo— ¿Preparada?

— Bueno... no me queda otra — dije mirando mi cuerpo para hacerle entrever que era más que una obligación comenzar a cuidarme.

— Vamos, no te arrepentirás — me dijo guiñándome un ojo y dándome mucho ánimo.

—¡Eso espero! — dije con un ataque de risas medio nerviosa.

Me tiré en el suelo y me explicó para qué servía ese tubo llamado Foam Roller. Comencé a hacer todo lo que me iba explicando, ni cinco minutos y ya estaba molida, pero estar al lado de él me hacía ser fuerte y hacer caso a todo



lo que me iba diciendo. Manuel me transmitía seguridad y confianza. Mucha confianza. Había momentos en que estuve a punto de tirar la toalla, pero él sabía cómo animarme para que yo no me rindiera. Sabía que los primeros días iban a ser muy duros, pero no podía abandonar. Me había propuesto cambiar mi imagen, cambiar mi vida. Y lo iba a lograr. La hora fue brutal. El tipo me movió todo el cuerpo de cabo a rabo. Salí más que molida, exprimida. Por poco me tiene que bajar en brazos. Quedamos en volvernos a ver el lunes.

Arranqué el coche y, cuando se conectó el teléfono al coche, llamé a Bea.

— Killa, estoy muerta ¡Me ha dado una...!

— Qué exagerada eres, hija. Es lo poco acostumbrada que estás a hacer deporte.

— Si no estuviera tan bueno... tiraba la toalla ahora mismo, te lo juro. Pero he decir que Manuel me ha dado mucha confianza. Pero es muy duro, demasiado duro. No sé si voy a poder resistirlo — dije yo con voz apagada.

— ¡Qué dices! Piensa en el verano, el bikini...

— Un mojón, pienso en su cuerpo, su cara, su... ¡Me encanta! ¿Tendrá novia? Seguro que hay alguna cerda por ahí poniéndose las botas con semejante bombón — dije yo un tanto celosa.

— No lo sé, pero esta noche tú y yo nos vamos de fiesta. Seguro que hay por ahí más bombones sueltos.

— ¿Más que mi Manuel? ¡Lo dudo! Ese tío está mortal, solo de pensarlo me pongo cachonda. Hacía tiempo, mucho tiempo, que alguien no me ponía así — repuse yo con la respiración acelerada.

— ¡Qué bestia eres, Ana!

— ¿Bestia? ¡Realista! No me digas tú que no es para tirarlo en la silla de abdominales y hacer el caballito...

— Sí, claro, inténtalo, verás cuanto duras en el gimnasio. No seas tonta y haz las cosas bien.

— No, no lo intentaré, para chula yo. Haré como que no me importa ese portento que tiene.

— Ya, anda relájate y haz caso a la alimentación que te ha mandado. esta

noche te recojo en tu casa a las nueve.

— Vale, pero recuerda que no puedo beber alcohol. Me lo ha prohibido tajantemente — dije yo como si fuese una alumna aventajada.

— Sí ya... luego nos vemos, que te conozco, me lo recuerdas cuando te pidas el primer gin tonic.

— Venga, luego nos vemos.

Dios, el hambre que tenía. Me metí en el super y compré un poco de pollo y verduras. Tenía que cuidarme y sobre todo hacer caso estricto a lo que me había mandado para conseguir ver los logros.

Me pasé la tarde pensando en él, un tipo correcto, agradable, simpático. ¡Lo tenía todo! No quería ni imaginar la de mujeres que babearían por él... No podía seguir torturándome de esa manera. Había más hombres en el mundo. No podía estar obsesionándome con aquel pobre chico y eso que solo habíamos empezado.

A las nueve ya estaba Bea en mi casa. Me puse un traje negro corto. Para tener unos kilos de más, me quedaba genial, así que nos fuimos a una bodega que se ponía muy animada. luego nos iríamos de pubes.

— Yo me voy a pedir un gin tonic, Ana.

— A la mierda, que sean dos, solo pecaré hoy.... — dije yo poniéndome el mundo por montera y desobedeciendo a mi monitor.

—¡Lo sabía! — Bea me soltó de repente como si hubiese ganado una apuesta.

— Hombre, no me voy a quedar mirando... La culpa la tienes tú por hacer que saliera de casa y me pusiera a beber. Así que ahora no vengas en plan madre. Me has tentado y he caído — le recriminé con ironía.

— Está bien, que sean dos — me sacó la lengua.

Me quedé apoyada en el barril que habíamos cogido. Si lo soltaba, nos quedábamos sin él. La gente comenzaba a llegar. Era uno de los lugares de moda en la ciudad. Verdaderamente el sitio, pese a tener una decoración un tanto anticuada, resultaba acogedor.

Bea se acercó con las dos copas y un paquete de papas de Cortijo del Olivar

que tanto me gustaban. Joder, me iba a poner morada. A la mierda la dieta. A la mierda los esfuerzos de mi primera sesión al lado del buenorro de mi entrenador. Madre de Dios, ¿para qué me había apuntado yo a un gimnasio?

— Qué perra eres tía. una cosa es una copa y otra... ¡Estas papas! Me cago en la gordura.

— No las comas...

— Claro, me quedo mirando, que poca ayuda, hija. No me estás ayudando nada de nada.

— Te recuerdo que llevo años haciendo deporte y tú rascándote la barriga y riéndote de mí. Todo esto te pasa ahora por no haberte sacrificado antes. No sé cuántas veces te lo he dicho, pero tú pasabas del tema — me regañó Bea con una mirada puntillosa.

— ¡Que te den! Dame, quiero papas, mañana me cuido...

— Sí, ya... Esto ya me lo conozco

Cogí una papa y luego le di un sorbo al gin, y cuando levanté la mirada... ¡Mis muelas! Lancé el vaso para atrás, cayendo justo al lado del otro barril donde había gente y empezaron a decir cosas. Yo había visto a Manuel, mi entrenador. La que había armado en pocos segundos. Estaba asustado. Me había pillado. Venía hacia mí. Mi amiga estaba flipando por mi reacción. No se lo podía creer ni yo tampoco.

— Hola, Ana — dijo dándome dos besos — Te he pillado, pero no era necesario que lo lanzaras, podías haberle dado a alguien y haberle hecho mucho daño — sonrió.

— No, es que me dio un calambre y lo solté de aquella manera — dije viendo cómo estallaba a reír mi amiga — Además era agua con limón.

— Sí, ya, agua con limón, ¿es que estás mala del estómago?... — soltó una risa. — Estás muy guapa, tenía que decírtelo.

— Gracias — se me saltaron unos colores en la cara que parecía que iba a reventar.

— Entonces, ¿qué estabas bebiendo? Te invito a una copa igual que la que has lanzado — negó con la cabeza riendo.

— Bueno, me has pillado, una ginebra con tónica. Verás, es que estamos celebrando el cumple de mi mejor amiga — señalé a Bea.

— Vaya, felicidades — le dio dos besos, ante la mirada asesina que me propinó mi amiga, pues hacía cinco meses que fue su cumple. Cada una lo celebra cuando quiere, pensé.

Entró a pedir, mi amiga me miró y estalló.

—¿Agua con limón? ¿Mi cumpleaños? ¡Estás loca! — rio.

— Tía, está aquí ¡Me muero! — dije yo como si fuera una chavala de instituto que, de repente, ve al chico que le gusta.

— Te ha mirado de forma muy sensual... — dijo Bea para echar más leña al fuego.

—¡Qué dices! Ya quisiera yo. No te rías de mí, ¿sabes? La he cagado y bien.

— Está Helen allí. Voy a saludarla. Ahora vengo. Tengo que contarle una cosa.

— No, no me dejes sola, por Dios —supliqué amargamente, pero ni puto caso.

— Ahora vengo — dijo marchándose cuatro barriles más para allá.

Me encendí un cigarro y apareció al momento.

— Debes quitarte de fumar — dijo apoyando su vaso y el mío en el barril.

— Sí, pero ya si eso... más adelante — dije yo sonrojándome.

— Claro, cuando ya tengas los pulmones negros — sonrió.

— No, cuando consiga bajar peso, todo a la vez no puedo — me encogí de brazos.

— Sí se puede, es cuestión de fuerza de voluntad. Sé que la ansiedad es muy mala, pero, si quieres resultados, debes poner más de tu parte — dijo él con tono serio.

— Demasiado hice que me apunté al gimnasio, eso para mí ya es un récord.

— Espero que dures bastante.

— Claro, hasta que me dejes perfecta.

— Eso se consigue seguro. Si no me fallas, pero como sigas a cubata... te va a costar mucho más. Y al final de rendirás.

—¿Tú paras por aquí? — pregunté para variar el tema.

— Qué va, vine para traerle a uno de los chicos de la barra unas llaves que se dejó en el gimnasio.

— Pero vas muy arregladito.

— Sí, me duché en el gimnasio. Tenía pensado ir a ver a mis padres.

— No sales de marcha por lo que veo.

— Poco, soy más tranquilito. Me gusta descansar y eso. No soy de las personas a las que le guste traspasar y estar de resaca. Mi trabajo y mi cuerpo no me lo permiten — dijo él con una sonrisa que me hechizó.

— Ya, se te ve. Tienes que ser Don aburrido — solté una carcajada.

— No, para nada, divertirse no consiste solo en irse de copas y desmadrarse. ¿Y tu amiga?

— Allí, fue a saludar a otras amigas — ¿Allí? No la veía, ni a ella ni a Helen. ¿Dónde se había metido?

— No la veo.

— Ni yo, Manuel, ya me ha desaparecido — solté otra carcajada.

Agarré el móvil y la llamé. Me dijo que se había ido a la pizzería de atrás y que, cuando terminara con mi entrenador, la avisara. Si no la avisaba, me deseaba suerte. Menuda cabrona estaba hecha. Luego me diría que todo eso lo hizo por mi bien.

— Está en la pizzería.

— Ahí sí que no debes de ir — volvió a sonreír.

Estaba muy cortada, no quería que se fuera, pero tampoco sabía ni qué decir. Aquel hombre me gustaba, pero estaba poniéndome trabas a todo. Cada cosa que hacía o tenía intención de hacer, Manu le sacaba un pero.

— Por cierto, ¿bebes cerveza?

— Es sin alcohol — soltó una media sonrisa que por poco me caigo al suelo.

— Joder tío, no fumas, no bebes, no ... — reí.

— Sí, eso sí, hombre.

— Menos mal, ya te veía para vestir santos... — puse ojos en blanco.

— Para nada — volvió a negar con la cabeza.

— Por cierto. ¿De qué trabajas?

— Soy prostituta de lujo — aguanté la risa.

— ¿En serio?

— Claro, con una noche, me pago todo el bono del mes de entrenamiento personal.

— ¿Me estás hablando en serio? — preguntó incrédulo esperando a que me riese.

— ¿Qué tiene de malo? Tú eres entrenador y yo puta — hice una mueca con la boca.

— No sé, no me lo esperaba...

— Ni yo — solté una carcajada — ¿tengo pinta de prostituta? — dije estallando a reír de la risa.

— No, no la tienes, pero veo que bromista eres un rato.

— He estado a punto de decirte que para ti tenía oferta especial — solté descaradamente, sin dejar de reír.

— No me gusta pagar por sexo...

— Ni a mí por perder kilos — estaba ya el cubata haciéndome efecto, se las estaba soltando de dos en dos.

— Seguro que luego te alegrarás.

Me dieron ganas de decirle que, si yo fuera puta, él también se hubiera alegrado si me hubiera contratado, pero ya no quería pasarme más o lo iba a espantar.

— Sé que me alegraré — le saqué la lengua.

— ¿Me vas a decir de qué trabajas? — preguntó intrigado.

— No trabajo...

— ¿Entonces eres una niña de papa, verdad? — preguntó intrigado.

— No exactamente...

— Ya estoy intrigado — puso cara de circunstancias.

— Si me invitas a otra copa, quizás te lo diga.

—¿Quizás?

— Sí, claro, quizás....

— Vale, me la juego.

Me bebí lo que quedaba en la copa de un buche y le puse el vaso en la mano.

— Estás tardando — dije casi ahogándome del tragazo que le había metido.

Y fue a por otro cubata, yo esperé mirando el móvil y evitando reír por aquella situación.

— Aquí tienes, señorita, ya puedes hablar.

— Verás, me casé hace cinco años y murió a los tres años de estar casados, era un prestigioso arquitecto, me quedé con una casa y una buena cuenta bancaria — mentí como una bellaca.

—¿En serio? Lo siento — dijo apenado.

—¿Que lo sientes? Pues yo nada de nada — seguí bromeando.

—¿No lo querías?

— Lo que quería, ya me he quedado con ello.

—¿Estabas casada por interés? — preguntó alucinando.

— Ajam — asentí con cabeza mientras veía su cara de asombro y estallé a reír de nuevo.

—¿Te has vuelto a quedar conmigo verdad?

— Ajam...

— Estás como una cabra — soltó una carcajada.

— Es viernes, hijo, alegría para el cuerpo.

—¡Ya no te pregunto más!

Bebí de otro trago el cubata y se lo puse en la mano.

— A la tercera va la vencida — dije invitándolo a que entrara a por otro.

—¿Segura? — preguntó asustado

—¡Segurísima!

— Y yo solo venía a traer una llave — dijo riendo entrando a por otro gin tónica.

Me estaba dando pena la que le estaba dando al chaval, pero yo soy de las que me tomo un cubata y se me cruzan las ideas y ese día no iba a ser menos, apareció en el justo momento y ahora era inevitable, yo solo rezaba porque no apareciese Bea y así me llevara este a mi casa.

— Ultimo cubata si no me dices de qué vives — dijo poniendo la copa en el barril.

— Trabajo de recuperadora.

—¿Recuperadora? — preguntó sin entender a qué me refería.

— Te pongo un ejemplo, hoy hice una sesión contigo de entrenamiento, ahora me toca recuperar el dinero y mira, ya lo recuperé, te lo gastaste en copas.

— Te has vuelto a quedar conmigo — soltó una carcajada.

— Sí, pero ya pio como un pájaro, verás, soy la hija secreta del rey.

— Ya, ya sí que no quiero escuchar más, me da igual que seas puta, recuperadora, viuda o lo que sea, pero que sea la última noche que bebes así, tienes que tomar en serio tu proyecto, vamos a trabajar en ello.

— Mira, Manuelito, a mí no me des la noche, eso ya lo hablamos el lunes — dije evitando que me riñera.

—¿Lo hablaremos de verdad?

— Bueno, si está presente mi abogado, claro.

—¿También tienes abogado?

— Claro, tengo entrenador, abogado, empleada de hogar y muchas cosas que no sabes.

—¿Me lo tengo que creer?

— Claro que no — puse cara de intriga.

Estuvimos una hora más soltándonos de todo, pero ninguno daba un paso más, al final me llevó a mi casa ya que Bea no aparecía, no pasa nada, nada, me quedé con todas las ganas, solo me recordó que me tomara ya el finde de relax y que me esperaba el lunes.



Sábado y domingo me los pasé viendo pelis y tirada en el sofá, ni gimnasia, ni dieta ni nada de nada, el lunes empezaría todo, ahora solo tenía ganas de comer chocolate en sustitutivo del apetito sexual que ese tío me proporcionaba.

Debo reconocer que sus entrenamientos me estaban gustando mucho. Pese a la dureza que suponían la dieta y aquellas sesiones de ejercicio, yo estaba feliz al lado de Manuel. Aquel adonis me gustaba mucho y yo no dejaba de mirarlo con ojos de loba. Me daban ganas de devorarlo en cualquier momento.

Pero debía ser realista y ser consciente de que él simplemente estaba haciendo su trabajo. Aquel lunes fue un tanto chocante. Yo estaba con mi sesión, siguiendo todas las instrucciones de mi entrenador y lo estaba pasando mal, encima avergonzada recordando lo del viernes por la noche.

Con los brazos estirados y una mancuerna en cada mano, creía que el mundo llegaba a su fin. Elevaba los brazos cual ave despliega sus alas para alzar el vuelo, pero aquellas mancuernas pesaban como sacos de cemento. Y yo estaba rota. Notaba unos pinchazos en los hombros muy dolorosos. No lo iba a conseguir. Iba por la segunda repetición y eran diez. No llegaba ni de coña.

— Vamos, Ana, vamos, ya lo tienes — me animaba él.

— No me pongas nerviosa. No puedo, no puedo — decía yo jadeando.

— Te quedan ocho — me recordó el cabronazo.

— ¿Ocho? Yo pensaba que eran dos — dije yo más que jodida.

— De eso nada. Ana, piensa en algo bonito. No pienses en el dolor. Un valiente nunca piensa en el dolor — seguía animándome.

Yo notaba que Manuel estaba eufórico. Que quería transmitirme todas sus energías, pero aquello era imposible. Cada vez que elevaba los brazos con las pesas, yo creía ver al mismísimo diablo. Solo pensaba en las agujetas que iba a tener al día siguiente. No me iba a poder mover. Estaba ya liquidada y aún me quedaba la bicicleta, las muelas de la canción de Shakira, ya la había odiado para siempre. Casi nada. ¿Quién me mandaba meterme en todo aquello? Con lo feliz que era yo con mis cervezas, mis patatas y mis gin—tonics. Aquello era una locura. Menos mal que el ejercicio es sano. Me cago

en el que inventó la dichosa frase de “mens sana in corpore sano”. A ese lo quería ver yo allí, a mi lado, levantando las mancuernas.

Yo creía que en cualquier momento me iba a ir por la pata abajo. Hacía fuerza con cada esfínter. Apretaba el culo todo lo que podía porque mis brazos ya no tenían más fuerza. Pero ahí estaba Manuel dándome caña. El tío estaba emocionado. Me daba cuenta de que él vivía lo que hacía. Aquello era vocación y lo demás eran tonterías. Encima estaba hasta el mismísimo coño de aprieta glúteos, barriga y encaja escapulas, eso me tenía hasta las narices.

Yo pensaba: qué lástima de tiempo perdido. Manuel y yo podíamos estar haciendo otra clase de ejercicios mucho más placenteros. Pero no. Aquella sala no tenía nada que ver con la suite de un hotel. Nada de eso. Los dos éramos unos masoquistas de mucho cuidado. Porque ahí estaba él observando cómo a una tía como yo le daba un infarto haciendo la imbécil con dos pesas de kilo y medio. Si lo analizas bien, la escena es para encerrarnos en un manicomio.

—¿En qué piensas? ¡¡Dime en qué piensas, Ana!! — gritaba él intentando animarme.

— En nada, en nada. No puedo pensar — contestaba yo con un hilo de voz.

— No me jodas, ¿en algo tienes que pensar! — me volvió a gritar.

No le iba a decir a Manuel que estaba pensando en su cuerpo, en su fornido cuerpo, y en que daría lo que fuera por llevármelo a la cama para demostrarle que se puede ganar fondo físico de otra manera.

Lo logré al final. Pude con las diez repeticiones. Miré al espejo. No era yo. Era un despojo humano. Sudaba como una cerda y abría la boca como si fuese un pez al que acaban de sacar de la pecera. Mi boca era una aspiradora. Me faltaba el aire. Manuel me aplaudía. Yo, a este tío lo mato, pensé. Pero qué bueno está, añadí.

Pasaron unos segundos y me desplomé en un banco. Aquello había sido tremendo. Y aún me quedaba la mitad del circuito. Manuel se asustó y se acercó hasta mí.

—¿Estás bien, Ana? Bebe agua — me dijo acercándose la botella.

— Pensaba que me ibas a hacer el boca a boca — dije yo sonriendo.

— No. No es para tanto. Es un leve desfallecimiento por bajón de azúcar. Esto dura unos segundos. A todo el mundo le pasa cuando está empezando. Venga, vamos — apuntó con tono serio y más aliviado.

— Joder, Manuel. Esto es muy duro para mí — me quejé amargamente mientras me daba la mano para que me levantara.

En ese momento que me dio la mano, alargué la otra hasta su hombro derecho para apoyarme. Estaba durísimo.

— Sí que estás fuerte, Manuel.

— Sí, Ana, a mí también me ha costado mucho llegar a este nivel. Tú lo puedes conseguir.

— No me lo creo. Nunca podré cumplir con los objetivos — volví a quejarme.

— No quiero oír eso.

—¿Puedo tocar tu brazo? — pregunté haciéndome la tímida.

— Claro. Comprobarás que todo es parte del ejercicio — dijo él con el ego por las nubes.

Me dieron ganas de preguntarle si lo tenía todo igual de duro. Aquel chiste fácil era una gilipollez. Además, no quería asustarlo ni espantarlo.

— Tienes un cuerpo bonito, Ana. Solo hace falta que te lo creas y que superes tu bloqueo mental — me dijo elevando la voz.

— Gracias por el piropo. No me había dicho nadie nunca algo así. Seguro que lo dices por cumplir — añadí yo sonriendo de forma maliciosa.

— No, no, hablo muy en serio. Si no, no te lo diría. Hablo muy en serio. Deberías valorarte más y darte cuenta de que puedes sacarle mucho partido a ese cuerpo — volvió a decirme convencido de sus palabras.

A mí casi me da un ataque. Bebí de nuevo de la botella y noté un subidón de adrenalina al escuchar lo que me decía. Me había asegurado que tenía un cuerpo bonito. No podía dejarlo ahora. Tenía que seguir luchando.

— Está bien, Manuel. Cuando quieras, seguimos. Estoy preparada para todo — dije yo como si fuese un soldado en el campo de batalla.

—¿Para todo? Me has dicho, ¿no? — dijo él riéndose.

— Claro, para todo, aquí dentro y fuera — le solté yo espontáneamente y fingiendo morbo.

Él se quedó un tanto confuso, pero enseguida se puso a sonreír. Creo que estaba más que acostumbrado a este tipo de indirectas.

Terminé la hora con él.

— Ahora tienes que hacer 20 minutos de cardio.

—¡Un mojón! Ya por hoy vas que te chutas.

—¡No! Tienes que hacer cardio, Ana.

— Vamos, me tienes que jurar que me invitas a cenar para yo montarme en esa bici — dije chulescamente.

— Trato hecho, te invito esta noche a cenar a mi casa. ¿Te parece?

— Te estas quedando conmigo, ¿verdad?

— No — dijo sonriendo.

— Manuel, que como me hagas hacer 20 minutos y luego no cumplas... ¡No vengo más!

— Vale, confía en mí — dijo poniendo en funcionamiento la bici.

Ahí estuve pedaleando los 20 minutos y cuando me bajé me fui directa a por él

—¿Recuerdas dónde me dejaste el viernes?

— Sí, claro, en tu casa.

— Pues me recoges ahí a las nueve — dije saliendo por la puerta tan campante

Llegué a casa me duché, hice tiempo hasta que llegó la hora, miré mil veces el móvil pensando que me pondría un mensaje de que no vendría a buscarme, pero no, sonó uno a las nueve menos cinco diciendo que estaba en la puerta.

Estaba recién salido del gimnasio, pero se había duchado allí, tenía una preciosa sonrisa que me hizo sentir cómoda, me monté en su coche y salimos para su casa.

— Hola, guapa.

— Hola, bombonazo — solté descaradamente.

— Te veo muy animada para lo que te has quejado en el gimnasio. ¿Ves cómo sienta bien?

— Sí, ya... pero hijo, me has dejado reventada.

— Pues he sido bueno...

—¿Tú bueno? Eso es un papel que te marcas— solté una sonrisa.

— Todavía estoy esperando a que me digas de qué vives.

— Soy traficante...

—¡Ana! — soltó una carcajada y negó con la cabeza — Al final me voy a creer que estás metidas en algo turbio.

— Piensa mal y acertarás...

— Ya sí que no te pregunto más.

— Bueno va, Manuelito, te voy a contar la verdad, mi madre que es una loca de todos los concursos, me obligaba a participar en los de los sueldos para toda la vida de esos del Nescafé y me tocó, no me lo creía, 2.500 euros todos los meses para toda la vida.

—¡Sí, hombre!

— Que sí, Manuel, hace un año y dejé mi trabajo en el Mercadona. Si quieres te enseño la cuenta para que veas lo puntuales que son pagando — saqué mi lengua.

— No te creo.

— Ese ya es tu problema...

Al final se lo tuve que enseñar todo al llegar a su casa, todo, se quedó pasmado de mi suerte, nos reímos una barbaridad.

— Venga, Manuel, ya nos podemos casar — dije bromeando en la cocina de su casa mientras preparaba una dorada al horno.

—¡Estás loca!

— Tú te lo pierdes....

En ese momento me agarró por la cintura y me pegó contra el mueble, nos miramos a los ojos y comenzó a besarme, me sonrojé, me había acabado de

quitar toda la gracia que llevaba encima, ese tipo me imponía mucho.  
Subió mi vestido hasta que se deshizo de él, me miró de arriba abajo.

— Pues estás muy apetecible.

—¿Lo ves? ¡A la mierda, el gimnasio no me hace falta! — bromeé.

— Ni mijita, este cuerpo hay que trabajarlo, los resultados serán brutales —  
decía sin dejar de meterme mano.

Terminamos en el sofá, dándonos el revolcón del siglo mientras la comida se iba haciendo, dejándome llevar por ese tipo que era una máquina total, me sentía cohibida, pero a la vez excitada, me besaba con mucha pasión, intentó recuperar mi aliento, pero nada, imposible, el ritmo lo marcaba él, a ese ritmo que yo intentaba seguir con cada uno de sus movimientos, jadeé mientras que me perdí sintiéndolo dentro de mí.

Todo parecía presagiar que iba a ser una historia que iba a ir más allá de un simple polvo o de un amor a primera vista con mi entrenador personal....

# Epílogo

Un año había pasado y a veces tenía ganas de mandarlo a hacer puñetas. Solo a mí se me ocurría vivir con el “entrenador”.

Eso sí, cuando me miraba en el espejo, se lo agradecía.

Un año ya...

La convivencia nunca era fácil para nadie, pero a nosotros nos había ido muy bien. Respetando las rarezas, todo seguía adelante. Y Manuel era raro de cojones: dieta estricta, ejercicio...

Pero nuestra relación era sólida y ya había convertido todo en mi estilo de vida. Y tenía un tipazo...

—¿Aún sin vestir?

Miré hacia arriba cuando Manuel habló. Estaba tumbada en el sofá, agotada.

—Hoy es Domingo, nos quedamos en casa.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde hoy, estoy muerta. Anda, una peli, palomitas, chuches, helado... — los ojos me hicieron chiribitas.

—No, vamos al gym.

—Joder, Manuel, es Domingo. Es nuestro día de descanso. Hoy no —me quejé. Era así, los Domingos no había gym, pero este hombre estaba obsesionado ya.

—Venga, levanta el culo. Solo un rato.

—Que no, coño. No me muevo de aquí.

—Entonces me voy solo.

—Pues adiós.

Me acomodé de nuevo pero él no se iba.

—¿Qué? —pregunté al ver que no se movía.

—¿En serio me voy solo?

—Claro, ni que fuera a pasarte algo.

—Pero me gusta que vengas.

—Y a mí descansar y no tener un novio obsesionado con su trabajo.

—Entonces convénceme y me quedo —se encogió de hombros y entonces entendí a qué venía todo eso.

Reí y comencé a quitarme la ropa. Mirando cómo, a la vez, él lo hacía.

Sí, vivir con mi entrenador tenía sus ventajas...



## *Cuando Norah conoció a Monika*

Patrick Norton



No estaba satisfecha sexualmente. Los problemas con mi novio Richard habían aumentado en los últimos meses. Había dejado de gustarme. Me daba pena, pero él tenía que aceptar la realidad. Él parecía no darse cuenta de que ya no me excitaba como antes. Nuestros encuentros amorosos eran cada vez más monótonos y aburridos. Durante ese tiempo, yo había desarrollado una serie de fantasías que me excitaban mucho más que Richard. Me sentía culpable por aquello, pero, por otro lado, eran una liberación para mí. Y no iba a renunciar a ellas.

¿Qué me estaba pasando?

Richard era un hombre apuesto, que se cuidaba mucho. Íbamos los dos al gimnasio tres veces a la semana. Éramos una pareja bonita. No voy a ocultar algo que era evidente. Muchos de nuestros amigos nos envidiaban. Se nos veía bien. Al principio de nuestra relación, pusimos mucho empeño en mantener viva la llama de aquella pasión que nos había hecho felices. Pero luego aquella llama se apagó. Al menos así lo sentí yo.

Yo trabajaba de secretaria en una empresa de materiales informáticos y Richard era profesor. Más de una vez habíamos hablado de boda, pero todo aquel entusiasmo se fue marchitando con el paso del tiempo. Los últimos meses de convivencia fueron una tortura para los dos. Las riñas, las

discusiones y los insultos formaban parte del día a día. Parece mentira que la convivencia pudiera llegar a tales niveles de deterioro. Lo peor de todo era que yo no tenía una razón especial para romper con Richard, bueno, sí la había. A ver si me explico. Él no era un tipo que saliera por las noches o que coqueteara con amigas, o que me hubiese sido infiel alguna vez.

No, el problema era el sexo.

No me ponía como lo hacía antes. Había dejado de gustarme, pese a que tenía un cuerpo precioso. Sus ojos azules me habían cautivado desde el principio. Pero ahora ya no había nada de eso. Recuerdo que más de una vez hicimos el amor en el vestuario del gimnasio, cuando todos los usuarios se habían marchado y solo quedábamos nosotros. Nos excitaba ese momento. Sin ropa, tensos por el esfuerzo del ejercicio, sudados. Todo eso nos convertía en animales salvajes. Pero aquella magia se esfumó, desapareció al cabo de unos meses. No fue fácil romper con una persona con la que mantuve una relación de casi cinco años.

Mi amiga Sonia tampoco me entendía. No entendía que me permitiera el lujo de dejar a alguien como Richard. Me aconsejó que fuéramos a ver a algún terapeuta. Ella lo había hecho con su marido y le había ido muy bien. Ni se me pasó por la cabeza hacer tal cosa. No tenía ganas de seguir con mi pareja simplemente. No había nada que solucionar. Yo lo tenía muy claro. No quería más sexo con Richard. Era insuficiente para mí.

Yo entiendo que mi amiga no comprendiera lo que me estaba pasando. A veces me sentía una persona vulgar porque había reducido mi ruptura a una cuestión de sexo. Había parte de verdad en lo que me recriminaba Sonia. No podía dejar perder a un chico como aquel. Tenía trabajo, era guapo y correcto conmigo, salvo las últimas semanas de convivencia donde todo se había llevado a un extremo muy peligroso, donde Richard se había mostrado como

un auténtico cenutrio, incapaz de asumir la realidad. Ya no existía el encanto y la seducción que nos acompañaban cada día. Era como si en la cama yo hubiese caído en una especie de hastío y aburrimiento.

Era una sensación de agotamiento, como si me hubiese cansado de estar junto a él. No lograba entenderlo. Al final, Richard pareció comprender lo que sucedía y optamos por dejar la convivencia. Pero nunca llegó a aceptarlo.

Recuerdo que fue una experiencia muy dura para mí la tarde en que él se marchó. Lloré enseguida que él cerró la puerta. Pero, por otro lado, sentí una especie de alivio, una liberación que me hacía feliz en el fondo.

Perdí a muchos de los amigos que teníamos en común. Suele pasar en esta clase de rupturas. La mayoría de ellos se ponen del lado del perdedor y, en este caso, todos me reprochaban a mí que yo había sido una egoísta con aquel hombre que era un encanto.

Me miraba delante del espejo. Miraba mi cuerpo y tenía la sensación de que le faltaba algo, ese punto de excitación que Richard no había logrado consumir. Me sentía sucia en algunos momentos por lo que había hecho. Me sentía muy mal conmigo misma cuando pensaba en que no había otra razón para romper con el que mi insatisfacción sexual. Otra parte de mí me decía que adelante, que había hecho lo mejor para los dos.

Los primeros años de convivencia con Richard fueron maravillosos. Creía haber encontrado al hombre de mi vida, a mi príncipe azul. Pero, misteriosamente, todo aquello se fue evaporando. No sé si había sido el estrés o simplemente que ya nos conocíamos demasiado y yo necesitaba un punto de misterio en mi existencia que él ya no me aportaba. Sonia, que era una amiga inseparable, no dejaba de fastidiarme con alguno de sus comentarios. Cada vez que tomábamos café, me decía lo mismo. Que había sido una estúpida, que yo no sabía lo que había hecho, que estaba loca, que era un egoísta. Las

recriminaciones no se acababan y yo tragaba. Había algo en mí que me decía que había hecho lo correcto por mí bien y por el bien de Richard.

A las pocas semanas de dejar aquella relación, abrieron un pequeño gimnasio cerca de casa. Aquello me alegró y enseguida me apunté. No quería coincidir con mi ex en ningún sitio. No tenía ganas de cruzármelo en nuestro anterior gimnasio. Habría sido muy desagradable mirarnos y no hablarnos.

Más de una noche Richard estuvo llamándome a mi móvil. Yo no se lo cogía. Los mensajes por WhatsApp no paraban de llegar. Me pedía perdón. Me pedía explicaciones. Como yo no le respondía, se enfadaba e incluso llegaba a insultarme. Todo aquello se estaba yendo de madre así que opté por bloquearlo y por borrar su número de teléfono de mi agenda. Necesitaba empezar de nuevo. Necesitaba encontrar a otra persona y que él también hiciera lo mismo. Sería lo mejor para los dos.

El tiempo pasaba muy rápido. Se me hizo difícil hacerme a la idea de no vivir con Richard los primeros días. Poco a poco me fui acostumbrando. Temía que apareciera algún día por casa. Se lo había llevado prácticamente todo la primera semana que dejó el piso. Pero, por su actitud y sus comentarios en el WhatsApp, tenía miedo a que se presentara delante de mí, en el descansillo de la escalera y me montara un pollo. No quería ningún tipo de enfrentamiento. Yo sé que él tenía razones para estar muy enfadado conmigo. Nunca le dije que el sexo se había convertido en un problema para nosotros. Me lo callé. Siempre me lo callé y eso hizo más incomprensible mi ruptura cuando él se dio cuenta de que no había otro hombre en mi vida. Si le hubiese dicho con toda franqueza que ya no me ponía, lo habría herido en su orgullo de macho alfa.

Pero, bueno, no quiero irme por las ramas.

Os diré que fue un martes.

Él estaba junto a las mancuernas. Lo vi y me sonrojé. Yo nunca he creído en los flechazos. Porque ese tipo de cosas pertenece a las películas americanas que echan a mediodía en muchos canales de televisión. Yo tenía que utilizar algunas de aquellas pesas y el monitor me lo impedía.

Aquel chico iba a ser en unos días mi entrenador personal, una vez que organizaran todo y colocaran todas las máquinas. Por ahora, yo me apañaba muy bien sola.

Aquella tarde no podía quitar la vista de aquel hombre que pronto me instruiría. Lo estaba deseando. Quería que aquel chico aliviara en parte el aburrimiento y el hastío de existencia que yo llevaba. No era de los típicos hombres trufados a base de hormonas. No. Se notaba que era un deportista nato. Su camiseta de tirantes dejaba al descubierto un cuerpo, donde los músculos estaban perfectamente marcados, pero no estaban hinchados como acostumbran muchos aficionados a los concursos de culturismo. Se notaba que aquel chico tenía un fondo físico impresionante y que había hecho mucho fitness a lo largo de su vida.

Lo que más me atrajo de él fueron sus manos, venosas, fuertes, rudas. Las vi trabajar con tenacidad y con maña. Empecé a imaginarlas sobre mi cuerpo, ejerciendo esa presión que él ahora ejercía sobre algunas piezas y sobre la bancada para montarla. Me estaba excitando. Mi tanga estaba empapado.

Dios mío, parecía una quinceañera. Una tía como yo, con treinta años a sus espaldas, miraba a aquel hombre como si yo fuese un animal en celo. Eso era lo que me había pasado con Richard. Ya no me excitaba de la manera que lo estaba haciendo aquel hombre con su sola presencia. Yo había convertido a los hombres en un objeto sexual. Al que había sido mi novio a lo largo de estos años ya no lo veía con la madurez que te da la experiencia de los años, sino como un simple ligue al que había amortizado y del que tenía que

deshacerme cuanto antes.

Nunca pensé que yo acabaría viendo las cosas desde un punto de vista tan simple. Pero necesitaba a otro hombre. El sexo con Richard ya no era sexo del bueno. Se había convertido todo en algo muy predecible. En los últimos meses ya no existía esa atracción espontánea que generaba en mí el morbo que tanto me excitaba. No, hablando en plata, Richard ya no hacía que mis bragas se mojaran. No. Y aquel tipo, sin conocerlo de nada, lo estaba logrando.

Cuando le contaba estas cosas a mi amiga Sonia, ella se ponía mala. Se quedaba helada, pues decía que no me reconocía. Yo había sido siempre una persona reservada, monjil y poco lanzada. Y, sin embargo, ahora me veía completamente diferente, como si hubiese descubierto en mí al mismísimo diablo. ¿Qué había hecho que yo me transformara de esa manera? Yo siempre tenía la misma respuesta. El aburrimiento y la rutina.

Richard dejó de sorprenderme, le contaba a mi amiga. No era ya ese hombre atractivo que, al principio de una relación, te hace soñar. No, ese Richard había desaparecido como habían desaparecido los polvos furtivos en el gimnasio y esas ganas por viajar o por tener una familia. Los dos estábamos bien juntos, pero no había nada más. Y mi cuerpo necesitaba soñar, despertar cada mañana con una persona que me hiciera enamorarme de verdad de la vida, de mi vida. Y Richard se había unido al aburrimiento que significaba mi propia existencia, el trabajo y un polvo mal echado en la cama los domingos por la mañana.

Como iba diciendo, aquel joven me puso a cien. No pude quitarle ojo mientras duraron mis ejercicios. ¿Cuál sería mi reacción cuando lo tuviese solo para mí? Lo estaba desnudando con la mirada, maldita sea. Hacía tiempo, mucho tiempo, que no experimentaba algo parecido. Me estaban entrando unos calores que me puse mala. Necesitaría una ducha larga y con agua fría para

apagar el fuego que en mi cuerpo había prendido.

Como se dice coloquialmente, estaba salida. Pude observar que tenía los ojos oscuros y que, a pesar de no ser tan guapo como Richard, había algo en él que me estaba atrayendo por momentos. Comencé a fantasear mientras hacía mis ejercicios para el pecho, en la máquina. Me imaginaba que él me invitaría a su despacho para tener una larga conversación sobre mis progresos personales y que aquello sería una excusa para que me tirara sobre la mesa e hiciéramos el amor.

No sé cómo se podía ser tan infantil. Pero allí estaba yo, a mediodía, cerca de aquel Adonis, jadeando en una máquina mientras me montaba mi película particular. El tipo parecía no haberse dado cuenta de mi presencia, pues estaba muy concentrado, montando aquel banco para las mancuernas. Eso me puso de mala hostia, porque yo estaba bien buena. Los tíos me silbaban por la calle y me lanzaban piropos. Este tío ni se había inmutado y eso que yo llevaba un top bien ajustado y unas mallas que me hacían un culo y unas piernas de escándalo. ¿Sería gay?

No, no era gay. Porque, a lo pocos minutos, apareció una joven con pelo largo que le dio un beso en los labios. No sé de dónde había salido aquella tía. Tengo que reconocer dos cosas: que la tía tenía cuerpazo, parecía una modelo de pasarela, y que yo me llevé una enorme decepción cuando vi que todas mis pretensiones y mis sueños húmedos se desvanecían con la misma rapidez que habían llegado.

Qué ilusa era yo. Qué tonta. ¿Cómo podía pensar que un hombre así iba a estar soltero? Aquello me dejó tocada y hundida. Dejé la máquina y pude observar que comenzaron a reír los dos juntos, que él la cogía por la cintura para besarla en los labios. Eran simples piquitos que a mí me estaban poniendo de mala leche.

Pero, en fin, así era la vida. Fue en aquel momento cuando empecé a darme cuenta de mi posible error al cortar con Richard. Quizá Sonia tenía razón y me había precipitado. Ahora iba a convertirme en una de esas solteronas que se van arrastrando por las barras de los bares buscando desesperadamente un tío con el que acostarse. De repente, me estaba poniendo muy nerviosa. El corazón se me aceleraba y no era ya precisamente por aquel tipo, sino por la angustia que me estaba entrando al descubrir que me había quedado sola.

Cuando me metí en la ducha, comencé a llorar. No sé qué me pasaba. Había experimentado una sensación de vértigo al ver que seguramente había hecho la gilipollas. Richard no era tan mala opción. Quizá había sido demasiado egoísta. Tal vez si hubiésemos ido a ver a un terapeuta no nos habría ido tan mal. Quizá nuestras relaciones sexuales habrían recuperado esa magia que habían perdido. Estaba volviéndome loca. Necesitaba salir a la calle y respirar.

Me vestí con mi chándal y abandoné el vestuario. Tenía ganas de huir, ¿adónde? No lo sabía. El mundo se me venía encima. Estaba ofuscada y confusa. El hecho de ver a aquel joven con su novia me hundió en la miseria, me hizo pensar en la persona que yo había tenido a mi lado todo este tiempo. Ahora no había marcha atrás. No iba a volver con Richard. O tal vez sí. No lo sabía. Dios, qué difícil estaba resultando todo.

Cuando crucé la sala de pesas para llegar a la puerta que daba a la calle, pude escuchar una voz grave que me paralizó.

— Bienvenida a Mediafit. Es un placer tenerte aquí.

— Gracias, gracias —titubeé al verlo frente a mí.

Allí estaba aquel portento de hombre, aquel prodigio de la Madre Naturaleza. Sus ojos miraban a los míos y su sonrisa era una sonrisa amable y seductora. Bueno, al menos yo lo interpreté así.



— Yo soy Manuel. Seré tu entrenador personal como has solicitado en tu inscripción. Se nota que te cuidas muy bien. Eso nos facilitará las cosas. Espero estar a la altura de las circunstancias — aquello sonó a piropo.

— Gracias, gracias — repuse yo como una tonta, pues no sabía decir otra cosa en aquel momento.

Mi tanga limpio volvió a empaparse.

— Bueno, tengo que seguir haciendo cosas. Nos queda mucho todavía. Queremos tenerlo todo listo este fin de semana — dijo él con tono serio.

— Me gusta este sitio. Antes iba a otro gimnasio, pero este está más cerca de casa —intervine yo nuevamente un poco más tranquila.

— Esperamos estar a la altura —dijo él sin dejar de sonreír.

— Bueno, hasta mañana, Manuel.

Yo estaba un poco cortada. Verdaderamente aquel chico me había impactado y yo me había quedado como una mema, titubeando, algo que no tenía nada que ver con mi carácter. Me había encantado su sonrisa y su amabilidad. Además, el tipo tenía un cuerpo increíble ahora que lo tuve más cerca. Lo que me fastidiaba de verdad era que estuviera con aquella chica, algo que reducía enormemente mis posibilidades de conquista. Me reía yo sola en casa al pensar en eso. ¿Conquistar? ¿Iba a conquistarlo? Llamé a Sonia. Me apetecía ir a tomar un café con ella.

Quedamos en la cafetería Bistro como siempre, en pleno centro de la ciudad. Nos encantaba observar a la gente, bueno, miento: nos encantaba mirar a los tíos.

—¿Qué te pasa a ti ahora? —preguntó con un humor de perros.

— Nada, hija. No me pasa nada, solo que he cambiado de gimnasio —dije yo

triste.

—¿Ya no ves a Richard entonces? —preguntó ella intrigada.

— No, mejor así. Me montó varios números delante de la gente que no me gustaron nada. Pasé una vergüenza, tía.

— Norah, me sorprende que me digas eso. No le pega a Richard hacer ese tipo de cosas —dijo un tanto defraudada con la que había sido mi pareja a lo largo de estos años.

— Me ha mandado mensajes terribles. No pensé jamás que se lo podía encajar tan mal, Sonia.

— Entiéndelo también, Norah. No se lo esperaba. Ninguno de nosotros nos lo esperábamos. Ha sido todo tan rápido. Jamás pensé que podías hacer una cosa así. Se os veía tan bien — comentó ella sorbiendo de su café.

— Lo sé. Pero necesitaba hacerlo. La relación me estaba asfixiando.

— Sí, pero él se veía muy feliz y contento a tu lado — apuntó.

— Era todo fachada. Él tuvo que darse cuenta de que, en la cama, no funcionábamos igual. Ya no había esa chispa que había al principio de conocernos — dije yo seria.

— Si tú lo dices, Norah.

— Parece que no me crees, Sonia. Parece que estás de su lado y eso me ofende — apostillé yo dolida con mi amiga.

— No, no te equivoques. Lo que no soporto es a una niña caprichosa y contigo me está sucediendo eso — saltó de repente con los ojos inyectados de sangre.

— O sea que, según tú, yo soy una niña caprichosa, ¿verdad?

— Sí, así me lo parece. Tenías que haberlo arreglado. No tienes edad para

hacer tonterías —me recriminó ella en aquel momento.

Ya lo había hecho demasiadas veces. No me acabé el café. Me levanté y la dejé allí plantada. Sonia había sido para mí mi mejor amiga. Pero lo que no iba a soportar era aquella clase de humillación continua.

Ella estaba del lado de Richard. Hasta cierto punto lo podía entender, sin embargo, ella era mi amiga y tenía que comprender también mis sentimientos. Sonia no estaba por la labor. Parecía que le hubiesen comido la cabeza. Llegué a pensar que sus comentarios se debían a alguna clase de instrucciones dadas por Richard. No creo que Sonia fuese capaz de llegar tan lejos. Ella no me siguió. Dejó que me fuera de la cafetería. Creo que ella también se había enfadado conmigo. Como buenas amigas, seguramente recuperaríamos esa relación. Por ahora, necesitábamos estar lejos la una de la otra. Yo necesitaba pensar, buscar una manera de afrontar la vida sin caer en la desesperación.

Aquella tarde del martes llegué a casa rendida. Solo tenía ganas de llorar. Me tiré encima de la cama y mis lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas. No podía evitarlo. Necesitaba desahogarme y el llanto era la solución. Cada rincón de la casa me recordaba a Richard. Cada rincón estaba lleno de algunos momentos íntimos que había vivido junto a él. Todo eso se había ido. Por mi culpa.

No, no quería ser culpable de nada. Había sido una decisión meditada durante mucho tiempo. Solo había que ver que los últimos meses de nuestra convivencia fueron un infierno y él tenía que haberse dado cuenta, al igual que yo, de que no funcionábamos de la misma forma en la cama. Aquello se había convertido en un auténtico desastre. Yo me sentía joven, llena de vida y con energías suficientes para afrontar otra clase de futuro que no fuese estar al lado un hombre al que la rutina lo había devorado.

Al día siguiente, a mediodía, llegué al gimnasio y ahí estaba Manuel. Estaba

haciendo ejercicio. Sudaba. Aquello era un auténtico espectáculo que a mí me excitó enseguida que crucé la puerta del local. Cuando me vio, Manuel paró de hacer flexiones y me sonrió. Sus labios carnosos y aquel cuerpo fibroso, a pleno rendimiento, volvieron locas a mis hormonas. Me encerré en el vestuario y comencé a respirar fuertemente. Mi corazón palpitaba de una forma que hacía mucho tiempo que no recordaba. Aquel hombre producía un efecto en mí que no sabía muy bien cómo describir.

Necesitaba masturbarme. Lo digo como lo sentía. Hacía tiempo que no lo hacía. La ruptura con Richard me había deprimido de tal forma que no pensaba en sexo, una de las cosas que más me gustaban de la vida.

Ahora tenía que salir allí, a seguir con mi tabla de ejercicios y con aquel chico ante mis ojos, poniéndome a cien cada vez que lo mirase. Qué mundo más injusto. Cuando salí a la sala, allí estaba él.

Y ella.

Sí, aquella petarda de su novia estaba con él. Hacían ejercicio los dos juntos. Cuando él me vio, se acercó para decirme que en breve empezaríamos a trabajar. Le dije, con tono infantil, que estaba ansiosa y que no fuese dura conmigo.

Pude ver que aquella petarda me miraba. Sabía que tenía ante mí a una gran competidora. Mi cuerpo no tenía nada que envidiar al suyo.

Empecé a calentar en la bicicleta estática y pude observar que Manuel no me quitaba ojo. Si el día anterior había sido yo quien no le quitaba ojo a él, ahora era él el que se estaba comportando de la misma forma.

Pude comprobar también que a su novia le hacía muy poca gracia que yo estuviese allí. Pero yo solo era una clienta más de aquel gimnasio. Manuel tenía que estar atento a mí porque sabía que un cliente insatisfecho puede ser

un problema para el negocio a corto y a largo plazo. Después de calentar, me puse a sus órdenes.

Aquel hombre me estaba gustando cómo lo estaba haciendo. Era comprensivo con mis limitaciones y me exigía donde yo tenía mayor desenvoltura.

Estaba contenta, aunque me ponía de los nervios que hubiese coqueteado con su novia delante de mí.

Al terminar mi primera sesión, Manuel me dijo que estaba muy orgulloso de lo que había hecho. Eso hizo que me sonrojara. Al despedirme, vi que su novia se acercó hasta él. Lo cogió por la cintura y me miró para darme celos, la muy cabrona. Aquello era una guerra declarada.

En el vestuario, estaba más relajada que el día anterior. Me había sentido genial aquellas dos horas en la sala de máquinas. Cuando me estaba desnudando, entró la petarda.

—¿Tú de qué vas? — me preguntó con cara de perro y con un tono amenazante que me sobrecogió.

— Nena, no sé de qué me hablas — dije yo a la defensiva.

— Que dejes en paz a mi chico — repuso ella mordiéndose el labio.

— Yo no he hecho nada con tu chico, ¿sabes? Creo que estás un poco loca — musité yo elevando el tono de voz.

Allí estaba yo, medio desnuda, delante de aquella petarda que trataba de acoquinarme, pero a mí no me acobardaba nadie. Mientras hablaba, la tía no dejaba de mirarme las tetas. Me sentí un tanto acorralada, si he de ser sincera. Pero, en aquella mirada había algo que no sólo era odio, sino también deseo, morbo. Eso me estaba poniendo nerviosa.

La tía seguía hablándome en plan borde.

— Solo te digo que dejes en paz a mi novio. No te quiero verte más por aquí —me amenazó directamente.

— Pero, ¿estás loca? Yo he pagado mi matrícula y tengo derecho a estar aquí como cualquier otra clienta — dije yo acercándome a ella.

Era una tía guapa ahora que la tenía delante. Sus ojos grandes y verdes eran hipnóticos, y su boca era muy apetecible. Dios mío, ¿qué me estaba pasando? Nunca me había fijado en una mujer de esa manera. Al notar que yo me acercaba a ella, con mis pechos al aire, ella se puso más nerviosa. No sé qué nos estaba pasando. Sentíamos el odio, pero también una clase de atracción inusual.

El ritmo de mi respiración se aceleró. El suyo, también. Dejamos ahí la pelea. Se marchó cuando tres muchachas entraron al vestuario entre risas. Al vernos allí con aquellas caras, se mosquearon un poco. Aquella petarda no iba a montar un número ahora que el negocio de su novio se había puesto en marcha.

Ella había marcado sus límites claramente y yo me había defendido como había podido. Yo no quería nada con Manuel, salvo lo que puede una crear en sus sueños más íntimos. Debo confesar que, si aquel chico no hubiese tenido pareja, yo lo habría intentado con él. Pero eso solo era una suposición. Aquel hombre me atraía, pero el hecho de que estuviera saliendo con aquella chica espectacular hacía que yo me retirara de la pelea. No sé porque ella había entrado de esa forma al vestuario.

No sé porque había visto en mí a una enemiga directa. Yo no le había dado motivo alguno. La mirada de aquella chica me había perturbado. Esa mezcla de atracción y odio había producido en mí un efecto que yo no había conocido antes. No sé cómo explicarlo. Cuando salí del vestuario, traté de no mirar al fondo de la sala. Tenía miedo de encontrármela de nuevo. Manuel estaba en la puerta hablando con unos clientes. Cuando abandoné el local, mi monitor se

despidió de mí con una sonrisa pícaro.

Al entrar por la puerta de casa, me di cuenta de que había varios mensajes en mi teléfono. Eran mensajes de Richard. Estaba desatado. Me trataba de infiel y de traidora. Estaba como enloquecido. Me reprochaba que hubiese dejado el gimnasio. Yo me limité a borrarlos. No le iba a contestar. Si lo hacía, era para denunciarlo. Estaba harta de aquellas chiquilladas.

Me encerré en mi habitación y en vez de echarme en la cama a llorar, saqué un consolador que había comprado por Amazon hacía unos días y me masturbé. Tuve dos orgasmos pensando en Manuel. Extrañamente aquella chica y su cuerpo se cruzaban en mis pensamientos y no me impidieron que yo disfrutara de aquellos momentos íntimos conmigo misma.

En mi trabajo, todo iba genial. Me habían ascendido y estaba muy feliz. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de mi vida personal. Pensaba que iba a ser todo mucho más fácil cuando decidí separarme de Richard. Ahora me sentía sola. Solo encontraba en aquellos momentos del gimnasio una forma de evadirme de todos esos problemas. Richard no dejaba de darme la vara. Sonia no me hablaba. Y yo, refugiada en aquella sala de máquinas de pesas, sentía algo de alivio.

Fueron pasando los días y el gimnasio tenía cada vez mayor número de clientes. Yo me alegraba por Manuel que estaba siendo un entrenador excelente. Moderaba el ritmo de trabajo que él mismo me había impuesto. En mi descanso, Manuel me contaba cosas de su vida que hacían de él un hombre encantador. Mi atracción sexual hacia él no había cambiado. Nunca me hablaba de la petarda de su novia, algo que me sorprendía. Cuando aparecía ella, Manuel era otro hombre.

Ella me miraba de forma amenazante cada vez que podía. Yo me sentía mal,

pero no iba a abandonar aquel gimnasio ni a mi entrenador con el que me sentía cada día más cómoda. Se había ganado mi confianza y a él lo notaba también muy cómodo conmigo.

Ella y yo volvimos a tener un encontronazo una semana después. De nuevo, estaba yo en el vestuario y la petarda entró como un caballo salvaje. Me pilló desnuda por completo. Me miraba de arriba abajo y yo, un tanto cortada y asustada por su presencia, me puse a la defensiva cuando abrió la boca.

— Te quiero fuera de este gimnasio, Norah — me soltó con odio.

— ¿Cómo sabes mi nombre? — pregunté yo mirándola a los ojos.

— Lo miré en tu ficha — dijo con descaro.

— Eso es denunciabile. Es información privada — repuse yo a la defensiva.

— No me jodas, tía. Atrévete a denunciarme — me puso contra las cuerdas.

— Solo te pido que me dejes en paz, tía. Yo no te he hecho nada.

— ¿Qué no me has hecho nada? No me hagas reír. No dejas a Manuel en paz. En casa solo sabe hablar de ti.

De repente, aquellas palabras me habían emocionado. Manuel hablaba de mí en casa. Parecía que yo le importaba mucho, hasta el punto de que formaba parte de las conversaciones personales que él tenía con su chica. Cuando dijo aquello, yo esboqué una sonrisa.

— ¿Por qué sonríes? Te gusta Manuel, ¿verdad? — su tono ya era más que amenazante, sonaba al de una mujer verdaderamente paranoica.

— No, no me gusta — mentí.

Porque, en el fondo, mi entrenador sí que me gustaba. Me ponía a cien. Me masturbaba todas las noches pensando en él y misteriosamente también en ella. No podía decirle tal cosa. Pero allí estaba yo, desnuda, ante aquellos ojos



cautivadores que no dejaban de mirar mi cuerpo. Pese a su enorme cabreo, yo sentía que mi figura le gustaba, como yo admiraba también la suya. Dios mío, ¿qué me estaba pasando? ¿Qué nos estaba pasando?

De repente sentí un empujón. Ella me había empujado sin que me hubiese dado tiempo a reaccionar. Mi espalda dio contra las puertas de las taquillas. No había nadie a nuestro alrededor. Solo estábamos nosotras dos allí. Me agarró del cuello. Mi corazón empezó a bombear más aprisa. Podía haberle dado una patada en el estómago de inmediato, pero me contuve. Ella no iba a ir demasiado lejos, aunque una puede esperarse cualquier cosa de una persona que sufre celos.

Me miró a mis ojos. Yo miré a los suyos. Mi respiración entrecortada le daba placer. Pude verlo con claridad en sus pupilas vidriosas. Estaba orgullosa de tenerme así. Era su presa. Y sucedió que sus labios rozaron los míos y yo me dejé. Pero aquello se esfumó enseguida porque entraron las tres muchachas de siempre, de nuevo entre risas y comentando toda clase de chimes de la universidad.

Ella se fue de allí corriendo y yo me quedé quieta, sobrecogida. Nunca había besado a una mujer. Me vestí rápidamente. Y salí del vestuario. Manuel me esperaba en el recodo. Me dijo que quería hablar conmigo.

No me sorprendió. Él tuvo que olerse algo. Su novia no estaba por ningún sitio. Lo noté nervioso. Fuimos a un pequeño despacho que tenía al fondo de la sala. Aquella primera fantasía que tuve al principio parecía que se estaba haciendo realidad. Me abrió la puerta para que entrase. Mi corazón seguía bombeando deprisa, muy deprisa. Creía que me iba a dar un infarto.

Cerró la puerta. Yo estaba aún un tanto sorprendida por lo que había sucedido en el vestuario. Manuel me pidió que me sentara. Él se colocó detrás de la mesa.

— Tengo que confesarte algo, Norah —dijo él apenado.

—¿Qué sucede? Me preocupas —hablé yo muy nerviosa.

— Quiero que la perdones — dijo él.

—¿A quién, Manuel?

— A Monika. A la que era mi novia.

Al escuchar aquellas palabras me quedé patidifusa. Ya no eran novios. Yo tenía campo libre. Manuel podría ser ahora mi presa, pensé en plan felino, devorador. Sin embargo, había algo más en aquellas palabras tristes que Manuel pronunciaba por su boca.

— Sé que ha estado acosándote, Norah.

— No te preocupes, cosas de chicas. No ha sido nada y ahora que me dices que ya no es tu novia, entiendo su comportamiento —dije yo fingiendo que estaba triste y que lo acompañaba en su duelo.

— Eres muy comprensiva. Monika y yo lo dejamos hace un mes. Ella intenta seguir como si no hubiese pasado nada. Pero entre nosotros todo acabó.

— Pensaba que eráis pareja. Se os ve en el gimnasio con mucha complicidad.

— No, no es así. Yo intento hacer todo lo posible para que ella no sufra, pero esto es cada vez es más difícil. Y ahora está celosa de ti.

— Me ha dicho que hablas de mí en casa. Pensaba que vivíais juntos —dije yo en plan maruja.

— No, no es así. Se lo está inventando todo. No vivimos juntos. Hace tiempo que cada uno vive en su casa. Estaré más atento y evitaré que no te moleste, ¿sabes?

— No te preocupes. Yo también he roto con mi novio no hace mucho y sé por lo que estáis pasando. Está disculpada.

— Ah, no lo sabía. Pensaba que una chica tan guapa como tú tendría novio o marido — dijo él cambiando el tono.

— No, ya quisiera yo. Pero ahora estoy sola — mis palabras sonaron tristes porque quería darle pena.

— Estos días te has convertido en una persona muy importante para mí — dijo él de repente.

—¿A qué te refieres?

— Haces que mi trabajo merezca la pena. Tú me haces sonreír — repuso él con aire seductor.

— No lo sabía. A mí este gimnasio también me está ayudando a llevar lo mejor que puedo mi ruptura.

Se hizo un silencio entre los dos. Nos miramos y entonces saltó la chispa. En se levantó de la silla rápidamente y, como si fuese un lobo feroz. Me atrapó con su boca. Primero, fueron mis labios y después fue directamente al cuello. Era un animal salvaje. Yo lo estaba deseando. Necesitaba tener sexo con aquel hombre. Curiosamente, mi corazón dejó de bombear tan aprisa. Porque estaba feliz. Porque aquello lo deseaba con toda mi alma.

Enseguida me quité la ropa. Y él pudo haber la belleza de mi cuerpo. Se quedó mirándolo unos segundos y volvió a atacar. Mientras tanto, mis manos presionaban sobre cada uno de sus músculos. Sentía la firmeza y la dureza de aquel cuerpo que ahora se tensaba cuando me cogía por la cintura y me elevaba hasta la mesa. No hubo palabras. No hubo más miradas. Solo hubo jadeo y gemidos que no excitaban cada vez más. Estábamos solos. Nadie nos interrumpiría. Manuel se bajó los pantalones y entonces sentí su miembro en

mi interior. Yo estaba completamente mojada y su pene penetró en mí con mucha facilidad. El placer fue máximo. Su aliento se confundía con el mío. Éramos como dos seres abandonados, que nos necesitábamos el uno al otro.

No sé el tiempo que duró aquello. Pero fue bueno, muy bueno. Nada que ver con el sexo que yo había tenido con Richard los últimos meses. Manuel me había hecho disfrutar de verdad. Sé que puede quedar un tanto cursi, pero yo estaba en el paraíso, en el séptimo cielo. No me hubiese despegado de él nunca jamás. Me habría encantado morir entre sus brazos.

Cuando terminamos, no nos dijimos nada durante unos minutos. Nos vestimos. Manuel hizo el ademán de disculparse, pero no había nada que disculpar. Antes de dejar el despacho, nos besamos durante un rato largo y pude comprobar que volvía a excitarse. Entonces él me dijo que volviéramos a vernos para tener otra vez sexo. Yo le dije que sí, que estaría encantada. Quedamos en su casa. Cuando salí del despacho, con mi pelo alborotado, ocurrió lo que yo menos esperaba. Me encontré con Monika en la puerta.

— Ya sé lo que has hecho. No hace falta que te escondas, Norah —dijo ella cogiéndome de la muñeca.

— Déjame en paz, loca — le solté yo con todo mi ego subido.

— Me gusta que lo hagas con él, Norah. Me gusta. Hablo muy en serio.

Yo no sabía a qué venían aquellas palabras. Me dejaron completamente descolocada. Parecía que ella encontraba placer en verme disfrutar, en comprobar que yo tenía sexo con su ex novio. Todo aquello era muy raro. Su beso no se me había borrado de la cabeza. No puedo decir que aquello hubiese sido algo turbio, algo sucio.

Me había amenazado. Me había empujado contra las taquillas. Pero aquel beso había significado algo más, la confirmación de una atracción y yo, después de

todo este tiempo, pienso que aquella atracción fue mutua. Llegué a casa y me puse la mejor lencería que tenía. Debía sorprender a Manuel. Me había dado su tarjeta donde había apuntado la dirección de su domicilio. Por suerte, no vivíamos lejos. Me puse mi traje rojo favorito, aquel que me había puesto para muchas fiestas de la empresa y que tanto había gustado a los que allí se daban cita.

Me gustaba sentirme observada. Por esa razón, quizá las palabras de Mónica no me pillaron por sorpresa. Le gustaba. Le gustaba que yo disfrutase con su novio. No sé si había un punto de locura en aquella chica, pero su figura formaba parte mis fantasías y aquel beso me había cautivado. Ahora mi futuro era Manuel y estaba dispuesta a cepillármelo otra vez.

Era como si mi cuerpo me pidiera cada vez más, más sexo, y del bueno. Como si mi cuerpo necesitará satisfacer deseos ocultos que con Richard había sido incapaz de satisfacer. Lo mejor de todo es que no me sentía rara. No veía nada malo en todo aquello.

Abandoné rápida mi domicilio. Al salir a la calle, algunos chicos me silbaron. Me encantaba que lo hicieran porque, como he dicho, me encantaba ser el foco de atención de todas las miradas. Llegué a su casa en diez minutos. La puerta de su apartamento, un segundo piso, estaba entornada. Él me esperaba.

Cuando entré, me llevé una grata sorpresa. Sostenía una botella de vino recién descorchada. Seguía vestido con ropa informal. Pero yo no quería verlo con ropa. Quería verlo desnudo y estaba deseándolo.

Brindamos por la vida y por el amor. Después de beber me llevó de la mano a su dormitorio. Era un apartamento humilde que él había alquilado hacía pocos días para estar más cerca del trabajo, me comentó en una de esas conversaciones que manteníamos en el gimnasio.

Antes de abrir la puerta del dormitorio, me susurró algo al oído que me excitó

profundamente e hizo que mis piernas temblaran. Mi corazón se había acelerado al escuchar aquellas frases que guardaré siempre para mí. Solo para mí.

Abrió la puerta muy despacio y la vi. Ahí estaba ella. Monika estaba tendida en la cama, completamente desnuda. No me excitó al principio, pues me emocionó la belleza de aquel cuerpo, la verdad de aquel encuentro que habríamos de tener los tres. Manuel me había mentado, pero yo necesitaba eso. Necesitaba que me mintieran para explorar mis pensamientos más íntimos, aquellos que se harían realidad de una vez para siempre.

Me adentraba ahora en un mundo misterioso, pero que yo deseaba en mi más íntima fantasía.

Manuel me quitó el vestido y yo acudí al encuentro de ella que volvió a mirarme con deseo y rechazo. Aquello sí que me excitó de verdad. Que ella se sintiese atraída y confusa. Manuel se quitó la ropa. Su cuerpo se echó sobre nosotras.

Sentí que era feliz. No sé lo que pensaría mi amiga Sonia de todo esto, pero era el principio de una historia, de una nueva historia en mi vida que todavía hace que hoy muera por repetirla.

*Alemán tenía que ser...*

Monika Hoff



Si llego a conocer al que inventó los lunes, lo mato.

Por si no era suficiente con ser lunes, tener que madrugar después de un fin de semana de fiestas, sexo desenfrenado y...

Vale, lo reconozco, estuve todo el fin de semana en casa, sin salir, tumbada en el sofá y llorando mientras veía películas románticas. Con la tarrina de helado en todo momento, claro. Y la pizza que pedí a domicilio, la comida china de la cena...

Lo que fuera, eso no tiene importancia.

La cosa es que, si ya era horrible que fuera lunes y volver a trabajar después del fin de semana, peor aún era que, además, ese lunes empezara a ir al gimnasio.

Yo, la persona más vaga que había habido y habría jamás sobre la faz de la tierra, en el gimnasio.

— Que no... —gruñí por enésima vez.

No me dio tiempo a terminar de darme la vuelta, cuando la mano de mi “querida amiga” ya estaba sobre mi brazo.

— Venga para adentro —jaló de mí con tanta fuerza que casi me caigo de

bruces.

— Que no voy a ir a ningún lado. ¿Por qué demonios no me dejas en paz? — resoplé.

— Porque te vienes conmigo y punto.

Jalé de mi brazo y lo acaricié para aliviar el dolor que me había entrado. Entrecerré los ojos y miré a la insoportable de Magy. Había cruzado sus brazos, por debajo de sus pechos y me miraba con las cejas enarcadas.

— Que tú necesites un gimnasio para perder lo que te sobra, no significa que yo también.

— A mí no me sobra nada, estoy más que buena.

—¿Entonces para qué vienes?

— Para fortalecer. Ya sabes, conseguir un culo prieto y esas cosas. Algo que te vendría bien, porque tu culo... —resopló, recordándome que era plana en esa zona de mi cuerpo.

— Todo lo que me falta de culo, lo tengo en las tetas —sentí la necesidad de defenderme, como siempre—. Y yo no tengo ningún complejo, déjame en paz.

— Venga, Moni, porfa. No me dejes sola en esto —era el turno de pasar a la técnica de “dar pena a tu mejor amiga”. Y eso iba a funcionar, me lo estaba temiendo.

— Joder, Magy, que odio los gimnasios.

— Lo sé, pero hazlo por mí. Nos vendrá bien hacer un poco de ejercicio.

— Tú ya haces ejercicio follando —dije amargamente, recordando el fin de semana que había terminado y cómo yo lo pasaba sola mientras mi amiga y compañera de piso estaba fuera, tirándose a cualquiera que le diera la gana. No sabía cómo lo hacía, pero siempre tenía a alguien para desahogarse.



— Eso sí —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero eso se acabó.

—¿El qué se acabó? —ya me había perdido en la conversación.

— El follar por follar —asintió con la cabeza—. No me mires así que es verdad. Estoy cansada de los tíos —enarqué las cejas, incrédula, y ella siguió—. Quiero, no sé...

—¿Una relación de verdad?

— Eso mismo —seguía asintiendo con la cabeza.

— Aha... Y por eso venimos al gimnasio.

—¡Claro!

— Porque aquí vas a encontrar al hombre de tu vida.

Me quedé mirándola mientras sus ojos cambiaban, si pudiera estar dentro de su cabeza, estoy segura que ya, la muy idiota, se estaba imaginando con un vestido de novia y una boda de princesa.

¿De dónde sacaba esas gilipolleces? Si ahí solo había musculitos, hombres sin cerebro, mucha tableta de chocolate en el estómago y pocas neuronas. No, ahí no iba a encontrar a nadie decente. Claro que tampoco lo haría por internet, en páginas de contactos y en citas a ciegas que solo servían para aliviar la tensión sexual del momento. Para eso que se quedara con su consolador, como hacía yo.

—¡Tú estás como una cabra! —grité, me giré e intenté correr, os juro que de verdad lo hice, pero su mano fue más rápida.

Comenzó a jalar de mí, ignorando cada insulto que le decía.

— Vas a venir conmigo, sí o sí. ¡Ay! —se quejó cuando mordí su mano, pero la capulla no me soltó.

—¿Pero qué hice yo para merecer esto? —gemí.

Habíamos llegado a recepción y me mordí el labio cuando el chico nos miró y nos dio los buenos días. Qué vergüenza me hacía pasar esta mujer en todos lados...

— Buenos días —respondió Magy—. Tenemos una cita con Immanuel.

—¿Con quién? —pregunté en voz baja a mi amiga, quien, como siempre, me ignoraba. ¿Estábamos en un gimnasio porque tenía una cita? ¿Pero de qué iba todo esto?

— Aún no ha llegado, pero no creo que tarde. Si queréis esperarlo aquí o dentro del gimnasio y yo le digo que os busque cuando venga...

— Oh, claro. Así nos familiarizamos con todo esto — ¿mi amiga tenía que intentar ligar con todo bicho viviente?

— No se preocupe, es que tenemos algo de prisa, ya, si eso, quedamos con...

—hice un gesto con la mano a ver si así recordaba el nombre.

— Immanuel —me ayudó el chico.

— Con Immanuel, sí... ¿De dónde es ese nombre? —la curiosidad era mi peor defecto.

— Pues creo que alemán —sonrió el recepcionista con su perfecta sonrisa Profident.

— Alemán... —suspiré. Yo y los alemanes... — Pues eso, que ya si eso lo vemos otro día —agarré el brazo de mi amiga, pero no conseguí moverla ni un milímetro.

— Estate quieta —gruñó Magy, soltándose de mi agarre y sin dejar de mirar al recepcionista. Polvo a la vista, ahí se había terminado su idea de buscar el amor y... ¿Cómo había dicho? Follar por follar. Puse los ojos en blanco, mucho había durado.

—¿Me puedes explicar quién demonios es Immanuel? ¿Cómo se te ocurre

traerme a una cita? —a mí me daba igual ya si el pobre del recepcionista presenciaba una discusión entre nosotras, yo solo quería largarme de allí.

— No es lo que piensas.

— Magy, quita esa sonrisa estúpida de tu cara y mírame a mí que soy la que te está hablando. Eso está mejor —dije cuando sus ojos, que echaban chispas, me miraron con odio—. ¿Quién es Immanuel y qué demonios hacemos aquí?

—pregunté de nuevo.

—¿Monika?

Me giré cuando preguntaron mi nombre. Lo que me faltaba era que alguien me hubiera visto allí. Mierda...

Levanté la mirada ante el enorme hombre que había frente a mí, no sin antes hacerle un reconocimiento minucioso a cada parte de su cuerpo. Alto, no muy musculado, moreno, no guapo, pero tenía algo. ¿Sus ojos quizás?

—¿Eres Monika? —preguntó con una sonrisa.

Oh, mierda, ¡qué sonrisa!

— No —negué inmediatamente.

— Oh —dijo... ¿decepcionado? — Perdón, pensé que os oí preguntar por mí.

— Lo hacían —dijo el bocazas del recepcionista, dejando claro quién era el atractivo hombre que tenía frente a mí—. Él es Immanuel.

Giré la cabeza y miré a mi amiga, seguía con una sonrisa de oreja a oreja y yo la iba a degollar allí mismo. No podía ser lo que estaba pensando, ¿verdad?

— Vaya... Hola —Magy con voz de tonta. Carraspeé y ella me miró de reojo—. Soy Magy —le ofreció la mano y el chico se la estrechó—. Y sí, ella es Monika.

— Oh, mierda —gemí.

Esos ojos marrones volvieron a mirarme y una media sonrisa se formó en su cara. Yo estaba pensando en cómo largarme de allí.

— Siento llegar tarde —se disculpó.

¿Tenía acento extranjero o yo me lo estaba imaginando?

— No importa —hablé por fin—. Porque la verdad es que nosotras ya nos íbamos. Ha sido un placer conocerte, ya nos veremos.

— Estate quieta, coño —resopló mi amiga cuando intenté agarrarla para salir del gimnasio—. No le hagas caso —dijo mirando al morenazo—, es muy bromista —mintió refiriéndose a mí.

— Entiendo... Dejo las cosas en la taquilla y nos vemos ahora. Os explico cómo organizo la dieta, el entrenamiento y todo lo demás y ya vosotras decidís si os quedáis conmigo —terminó diciendo mientras me miraba.

Me mordí el labio para evitar soltar alguna burrada por la boca. Después de mirarme unos segundos, se marchó. Ese era mi momento.

— Ah, no, tú no vas a ningún lado —la cogí de la mano antes que la víbora de mi amiga saliera de mi alcance y la hice encararme—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

— Verás, Mon, no es lo que parece —ya el simple hecho de usar Mon, era que había liado una buena. Mal para mí, seguro.

—¿En qué mierda de lío me has metido?

— Es por tu bien.

— Por mi bien... Mira, Magy, no sé qué está pasando y no me quiero ni imaginar que lo que está pasando por mi mente sea cierto. Porque si es así, te juro que de esta no sales vivas.

— Solo espera a conocerlo, ¿sí? Ya después lo hablamos en casa.

—¿Pero conocer a quién? —pregunté enfadada.

— A tu entrenador personal —dijo una voz que ya conocía detrás de mí.

— Oh, maldita sea —gruñí.

\*\*\*

— No me lo puedo creer... —llegué a casa y me tumbé en el sofá, más bien caí desplomada. Estaba sudando como nunca, me faltaba el aire y creía que mi corazón se iba a salir por la boca.

— Eres una exagerada —rio Magy, me dio un manotazo en mis piernas para que las moviera y le dejara un hueco. Lo hice de mala gana—. Si aún no has empezado el entrenamiento.

— Ni falta que hace, yo he sudado solo escuchando todo lo que tenemos que hacer.

— Ejem... Verás, Mon, yo...

Me incorporé rápidamente, ese Mon sonaba a algo que no me iba a gustar ni un poco.

— Magy... Que te veo venir. Aunque bueno, si te estás arrepintiendo, no seré yo quien te diga que vayamos —dije aliviada de repente.

—¿Qué? ¡No!

— Oh —volví a dejarme caer en el sofá, más aún. Por mí como si me engullía.

— Yo ya pagué al entrenador.

— Pues nada, lo haremos —dije resignada.

— Verás, es que ahí está el problema.

— A ti el simple hecho de hacer ejercicio te afecta, ¿verdad?

— Me alegra que lo entiendas, Moni. Porque bueno, sabes que no tengo

tiempo, mucho trabajo...

— Igual que yo. Así que deja ya la tontería del entrenador, algún día podemos ir a caminar, es suficiente. Mierda, Magy, pensé que ibas en serio con esto, me asustaste de verdad. Menos mal que te duró poco.

— Mon...

— Normal —la ignoré—, te cansarías solo de imaginarte con esos ejercicios.

— Moni...

— Pero bueno, recapacitaste, es lo que importa. Ahora con que le digas que no lo harás...

— Monika...

— ... Y que te devuelva el dinero, no hay mayor probl...

— ¡¡¡Monika!!!

— Bueno, ¡¡¡¿qué?!!! —grité también.

— Que yo no iré, pero tú sí.

— Que tú... Pero yo... ¡Me cago en la madre que te parió!

Me levanté del sofá como alma que lleva el diablo. Me estaba entrando de todo por el estómago, como unas ganas de matar horribles. No iba a poder soportar eso, no, ¡iba a matarla!

— Moni, respira.

— Que respire... ¡¿Pero a ti qué mierda te pasa?! ¡¿De qué estás hablando?!

— Es mi regalo de cumpleaños para ti.

— Te puedes meter tu regalo de cumpleaños por donde yo sé, Magy. A ver si así disfrutas.

— Moni, escúchame. Solo eso.

— No, paso de escuchar más estupideces. Te apuntas al gimnasio, me haces ir contigo. Y yo, gilipollas de mí, voy. Porque soy buena amiga, no cómo tú —la acusé, señalándola con el dedo—. Y después de todo, ¿me dices que todo era una encerrona para que yo fuera al gimnasio?

— Tienes un trauma que superar.

—¡Y una mierda! —elevé las manos al techo— ¿Por qué no vives tu vida y me dejas a mí en paz? Estoy muy tranquila cuando no metes las narices en lo que no debes y te encargas de organizarme la vida. ¡Ni mi madre lo hizo!

— Ejem...

—¿Esto es cosa de mi madre? —pregunté con la boca abierta.

— Está preocupada por ti y yo también.

— Pues preocuparos por vosotras mismas que ya es un trabajo bastante duro. Soy mayorcita para hacer mi vida.

— Tienes que olvidarlo.

¿Había sonado realmente preocupada o era cosa mía?

Suspiré y me senté a su lado.

— Magy, él está olvidado ya. Yo estoy bien, solo quiero dedicarme ahora a mí.

— Pues no lo estás haciendo. No sales, no tienes relación con nadie. Piensa, Moni, te estás dejando de lado.

— No lo hago, solo necesito un tiempo para mí.

— Pues entonces ve. El entrenador es bueno, tu madre te eligió al mejor. Ya no por hacer ejercicio, sino por evadirte. De verdad, te vendrá bien.

— Joder, ¿no había otra manera? —suspiré y me dejé caer en el sofá.

— La verdad es que muchas, esta es la más extraña. Pero bueno, tu madre y el

gimnasio...

— Mi madre está obsesionada con la vida sana, no tiene que arrastrarme a mí.

— No creo que intente arrastrarte a la vida sana —carraspeó ella.

—¿No? ¿Entonces? —vi cómo mi amiga me miraba, esperando que yo entendiera las cosas— Oh, joder... ¿Conoce a Immanuel?

\*\*\*

Estaba acostada en la cama, era temprano. Había cenado algo rápido y me dispuse a ver alguna serie mientras intentaba dormir.

Después de charlar con Magy y entender qué estaba haciendo mi madre (sutil manera de organizarme una cita a ciegas con alguien que, parecía ser, tenía toda su aprobación), me negué por completo a ir. Me daba igual quién hubiera pagado eso, que perdiera el dinero, lo mismo me daba. Yo no estaba depresiva como creían, el gilipollas de mi ex ya estaba más que olvidado y los cuernos ya ni me pesaban, vivía con ello. Pero era cierto lo que le dije a Magy, necesitaba un tiempo para mí y eso era lo que estaba haciendo, aunque en parte entendiera su preocupación. La de mi madre, no, esa solo quería tocarme las narices, como siempre.

Así que, al día siguiente llamaría al gimnasio y anularía la cita con el entrenador.

Cogí el móvil cuando sonó la notificación de un mensaje, seguro que era mi madre, ya enterada de todo, intentando convencerme. Pues la llevaba clara...

¿Número desconocido?

Fruncí el ceño y leí el mensaje de WhatsApp.

***“Hola, Monika. Soy Immanuel. Ya sé que tu amiga no hará el entrenamiento y me alegra que tú sí. Ya tengo tu dieta preparada, mañana***



*te lo explico todo”.*

¿Para qué le habría dado mi número? Yo ni siquiera había grabado el suyo porque no tenía intenciones de usarlo.

Me faltó tiempo para teclear una respuesta, yo no iba a ir a ningún lado.

Pero él fue más rápido que yo y siguió escribiendo.

*“Por cierto, no sabes cómo me alegra que hayas decidido hacerlo”.*

Borré lo que tenía escrito y respiré profundamente, esperando su siguiente mensaje.

*“Buenas noches, estoy deseando que llegue mañana”.*

*“Buenas noches, Immanuel”.*

Y hasta ahí mi resolución de negarme al entrenamiento.

A la mierda, lo haría. Pero no buscando nada con ese entrenador, por muy alemán que fuera. Mi madre no era tonta, sabía que eran mi debilidad. Y también le había faltado el tiempo para ponerme uno en el camino...

Lo haría por mí, un poco de ejercicio no me vendría mal. A lo mejor así comenzaba a liberar estrés.

Immanuel no tenía nada que ver. Ni sus ojos, ni su sonrisa... Nada, lo mismo tenía novia, yo le parecía repelente o... Que no, yo no iba a pensar en él como hombre. Nunca jamás.

Pero esa sonrisa...

Me levanté lentamente de la cama, enfadada conmigo misma, miré a la puerta de mi cuarto, cogí todo el aire que pude en mis pulmones e hice lo que tenía que hacer.

—¡¡¡Magy!!! —grité a todo pulmón. La iba a matar.

\*\*\*

Agaché la cabeza y miré mi atuendo. Leggings cortos, perfectos. Camiseta de tirantes, perfecta. Me mordí el labio, tenía que haber elegido una con menos escote, que parecía que iba buscando lo que no era. Metí el pulgar entre la blusa y mi piel, sujetador deportivo, perfecto.

Joder, ¿me habían crecido las tetas?

Levanté la cabeza rápidamente cuando escuché cómo carraspeaba y me puse roja como un tomate. Tierra, trágame.

— Hola —dijo evitando reírse.

— Hola —respondí avergonzada.

—¿Todo en su sitio? —preguntó señalando...

— Sí —me crucé de brazos, intentando tapar mis pechos y lo único que conseguí fue levantarlos aún más. Los solté inmediatamente y me refregué la nariz. No era muy sexy, pero era un tic que tenía cuando me ponía nerviosa.

— Bien, al final busco la copia de tu dieta y te la doy. Ahora quiero que te centres en los entrenamientos. Intentaré que no te resulten aburridos, pero seré duro y no admitiré un “no puedo más”.

Se os ha ido la mente al otro tema, ¿verdad? Mierda, a mí también. Está claro que lo había notado porque debí de haber pasado del rojo avergonzado al vergonzoso en milésimas de segundos. Pero la palabra “duro” y “no puedo más” en la misma frase...

— OK—dije como pude.

—¿Preparada?

— Por supuesto —que no, terminé mentalmente.

¿Pero quién dijo miedo? Les iba a demostrar que yo podía con eso y con más.

\*\*\*

— No puedo más —doblé mi cuerpo y apoyé las palmas de mis manos sobre mis rodillas. Estaba hiperventilando, sudando a mares y creía que me iba a morir allí mismo.

— Venga, no me vale eso. Solo un poco más, ya casi acabamos.

— No, te juro que no puedo más.

Para lo que le importaba... Se colocó detrás de mí, me puso recta y subimos los escalones que me quedaban juntos. Cuando llegué al descansillo, caí al suelo.

— Auch —dije tocando mi culo, me había golpeado bien.

— Toma —se sentó a mi lado y me dio mi botella de agua.

— Gracias —casi me atraganto por beber con ansia.

— Hey, tranquila —me quitó la botella de las manos y yo gruñí, enfadada—. Intenta respirar y relajarte, ya terminamos por hoy.

— No —negué—. Terminamos para siempre. Yo no pienso volver a hacer esto nunca más.

— Claro que lo harás —rio—. Hoy tendrás agujetas, pero el próximo día volverás.

—¿Por qué estás tan seguro? No me conoces.

— No, no lo hago. Pero sé leer a la gente y tu mirada dice mucho.

—¿Sí? ¿Y qué te dice ahora?

— Quitando que estás a punto de matarme, que no eres de las que se rinden.

Suspiré y apoyé la cabeza en la pared. Estábamos en la entrada del gimnasio,

en las escaleras que llevaban a la primera planta, estorbando a todo el mundo porque a él se le había ocurrido entrenar subiendo y bajando escalones.

Cerré los ojos, haciéndole caso e intentando controlar mi respiración.

— No, no me conoces —dije con tristeza.

— Eso se nota, Monika. Eres una luchadora, aunque no lo quieras admitir.

— Odio que la gente piense eso. Igual que odio que me crean indefensa.

—¿Te creen indefensa? —preguntó mientras acercaba la toalla a mi cara y comenzaba a limpiarme el sudor de mi rostro.

Me limpiaba sin apartar la vista de mi cara y yo estaba comenzando a ponerme nerviosa.

Pero no podía dejar de mirarlo. Ese chico tenía algo especial, ya lo noté la primera vez que lo vi. Y así, de cerca... Era como si realmente me pudiera leer. Y eso me acojonaba demasiado.

Nuestras miradas se cruzaron y sentí miedo. Una sensación horrible me cortó la respiración y tenía que huir de allí. Iba a tener un jodido ataque de pánico.

\*\*\*

La primera semana la pasé depresiva total. Y no solo por la dieta, que al final me la mandó por fotos en WhatsApp al desaparecer el primer día como lo hice, pero no comer me ponía de muy mal humor.

Tenía entrenamiento a diario e Immanuel hacía bien su papel, pero a mí se me hacía la hora eterna. No me sentía a gusto cerca de él, no había ocurrido nada, pero era como si algo me impidiera ser yo misma. Y sus mensajes al móvil no ayudaban mucho, era como si me tratara diferente, como algo más que una “alumna”. Pero lo cierto era que, aunque incómoda por la atracción física, me encantaba tenerlo cerca, contarle mis cosas y, sobre todo, hacerlo reír.

Y los entrenamientos... Eran complicados. Ya no solo por el ejercicio, sino porque tenerlo cerca, tocándome... Dios, ese hombre me ponía más de la cuenta. Y él lo sabía y lo hacía peor.

Era miércoles, pronto se acabaría la segunda semana de entrenamiento, quedaban solo dos sesiones más para acabar lo pactado, las dos semanas. Estaba en el vestuario sola, era tarde y ya casi no había nadie en el gimnasio. El trabajo se me había complicado, así que anulé el entrenamiento mandándole un mensaje a Immanuel. Aun así, parecía que le había cogido el gusto a eso de hacer ejercicio y me acerqué un rato.

No tenía nada que ver que estuviera deseando verlo. Aunque me sintiera incómoda porque sentía cierta atracción hacia él, quería verlo. Pero de ahí no iba a pasar. Él tampoco había intentado nada y yo no iba a pasarlo mal por sexo.

Después de algunas máquinas, fui a por mis cosas a la taquilla. Vivía cerca, así que, como era tarde, prefería ducharme en casa y ya irme directamente a la cama.

Eso y que me estaba dando un acojone tremendo tanta tranquilidad. Demasiadas películas americanas había visto yo, no es que fuera a aparecer It, el payaso, por la puerta o algo así.

Fue pensarlo y hasta sudores fríos me entraron. Cogí todo rápidamente, dejé la taquilla abierta y salí corriendo. Al salir, me choqué con alguien y chillé por el susto.

— Tranquila, soy yo —dijo un conocido acento.

— Oh, joder —suspiré cuando abrí los ojos y lo vi. Me tenía agarrada por la cintura y sus ojos me miraban con curiosidad.

—¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

—¿Qué? Sí. No.

— Moni...

—¿Me llamaste Moni? Bueno, da igual —cogí aire—. Que sí, que estoy bien. Y no, no me pasó nada. Solo que... Pues nada —tragué saliva, no iba a contarle.

— Estás blanca como el techo.

— Se dice blanca como la pared —lo corregí y sonreí sin poder evitarlo.

— Como la pared, sí. Perdón, las expresiones españolas me cuestan.

— Cualquiera lo diría, hablas mi idioma muy bien. Y yo... me tengo que ir.

—¿Todo bien? —preguntó mirando hacia dentro de los vestuarios de mujeres.

— Sí, de verdad. Había mucho silencio y me sentía incómoda.

— Ah... No sabía que eras de las que tenían miedo.

—¿Yo? Por supuesto que no —mentirosa compulsiva era.

— Pensé que no vendrías hoy —dijo cambiando de tema y llegando adonde yo no quería.

— No iba a venir, por eso anulé el entrenamiento —me removí incómoda al caer en la cuenta que seguía con sus manos en mi cintura. Las quitó y me separé un poco de él—. Solo vine a echar un rato.

— Podías haberme avisado, aunque no fuera para entrenar.

— No me gusta molestar.

— A mí no me molestas, Monika. Me gusta estar contigo.

— Immanuel...

— Mira, sé que estás incómoda a mi lado. No sé qué hice mal, no sé si he sobrepasado algún límite, pero, al menos, cuenta conmigo aquí, cada vez que

quieras.

— Gracias. Y perdóname, no quise que sintieras eso.

— Me estás evitando. No sé qué te pasa, pero es complicado entrenar con alguien que ni siquiera me deja tocarla.

— Estás exagerando, a mí no me ocurre nada de eso —mentí, pero lo cierto era que los últimos días apenas dejaba que se acercara.

—¿Segura? —se pegó más a mí.

— Sí —mentí. Estaba más que nerviosa, ese hombre me ponía de los nervios.

— No quiero que te sientas incómoda conmigo.

— Claro que no, pero no es necesario que te acerques tanto.

— Quiero hacerlo —dijo con voz ronca—. No puedo hacerlo mientras estamos allí —dijo señalando a lo que supuse era la sala de máquinas en sí.

— No mezcles las cosas —le pedí.

— No lo hago. Y ese es el problema. Necesito saber qué demonios está pasando.

— Nada. No sé a qué te refieres —mentí de nuevo.

Levantó la mano para acercarla a mi cara. La dejó allí y, con el pulgar, acarició mi labio, acercando su rostro al mío. Yo, rápidamente, me aparté.

— Lo siento, pero lo entiendo —dijo mientras volvía a bajar la mano.

—¿Qué entiendes? —pregunté curiosa.

— Tu miedo.

— Ahora soy yo la que no entiende.

— Quizás tenías razón y yo estaba equivocado.

—¿De qué estás hablando?

— De que quizás no eres tan valiente como dicen tus ojos.

Y me dejó allí, con la boca abierta y lágrimas en los ojos. ¿A qué venía eso?

Caí en mi cama y lloré desconsolada, agradecí que Magy no estuviera, no quería un interrogatorio. En ese momento sonó mi móvil. Era un mensaje de él.

***“Lo siento. No sé qué me pasó. Jamás quise incomodarte y menos aún hacerte sentir mal. No sé por qué actué así”.***

Le respondí mientras lloraba.

***“Creo que deberíamos dejar las cosas como están”.***

Su respuesta no se hizo esperar.

***“Entenderé que no quieras volver. Quedan dos clases, pero te devolveré el dinero si no vienes más”.***

No respondí y vi cómo escribía de nuevo.

***“Me moría de ganas por besarte, esa es la verdad”.***

Me mordí el labio y un sollozo salió de mi garganta. Eso era lo que no quería saber, eso terminaba de complicarlo todo. No tendría que verlo más.

\*\*\*

Había pasado una noche de mierda. Pero era bastante cabezota y orgullosa. Solo por eso, le había mandado un mensaje a Immanuel diciéndole que ese día sí íbamos a entrenar.

No iba a darle la razón, iba a demostrarme a mí misma que yo no estaba mezclando las cosas. Era adulta, podía con eso. Y me quedaban dos malditas clases, iba a acabarlo.



Y ahí estaba, en el gimnasio, en una esquina, esperando a que él apareciera. No tardó en hacerlo. Y yo tragué saliva, nerviosa.

—¿Preparada? —preguntó directamente.

— Por supuesto —dije altanera.

— Bien, porque hoy vas a sudar por todo lo que no has hecho bien estos días atrás.

Ni le contesté, no iba a discutir con él. Que se limitara a hacer su trabajo y yo haría todo lo que pudiera. Si él estaba molesto, era sin razón.

— No, así no, levanta más los brazos.

— No puedo —me quejé con las pesas en las manos.

— Claro que puedes. Esfuérzate un poco.

— Lo estoy haciendo, Immanuel.

— No me estás dando una mierda. Ni la mitad de lo que puedes. Vamos, coge aire y levanta esas pesas.

Cogí aire para evitar tirárselas a la cabeza. Se estaba pasando tres pueblos. Estaba agotada, pero iba a poder.

— Ya no puedo más.

— Esa frase no me sirve. Termina la serie, Monika.

— Lo intento —el sudor caía por mi frente.

—¿Eso es intentarlo? No haces ni el mínimo esfuerzo, no sé para qué pierdes tu tiempo.

— Pero bueno, ¿a ti qué te pasa?

— Solo hago mi trabajo.

—¿Sí? ¿Sabes qué? Métete tu trabajo por el culo.

Dejé las pesas en el suelo y me fui, sin importarme si alguien me había oído. Anda y que le dieran. Él no era nadie para hablarme así, si era su manera de presionar, que lo hiciera con otra. ¿Pero conmigo? Ni de coña.

—¿Adónde vas? —preguntó interponiéndose en mi camino.

— Quítate.

— No has terminado la serie.

—¡A la mierda la serie! —grité.

— Monika, baja la voz.

— Que baje la voz... Mira, yo no sé quién te crees, pero conmigo no. Estás de un humor de perros, estás enfadado y lo pagas conmigo. Yo te pago por hacer un trabajo, tu mal humor lo dejas a un lado.

— Solo estaba presionándote.

— Pues presiona a otra a partir de ahora. Y a mí déjame en paz.

Me cogió por el codo y me hizo entrar en la sala de los trabajadores, a la fuerza.

Cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo al ver que no había nadie.

— No puedes hacer esto, déjame salir.

— Sé que no puedo, y ahora mismo me importa una mierda perder mi trabajo, pero tú me vas a escuchar.

— No tenemos nada que hablar.

—¿Qué te pasa, Monika?

—¡¿A mí?! ¡Nada! Eres tú el que viene de mala hostia y me habla mal.

— Lo siento —se pasó las manos por el pelo—. Solo que desde el casi beso...

— Joder. Olvida eso, no pasó nada. Solo una tontería —dije más que nada por convencerme a mí misma.

— Sigo queriendo besarte.

— Déjalo ya, Immanuel. Terminemos la clase que nos queda y no nos veamos más.

— No quiero eso.

— Pero lo harás. Es tu trabajo, no querrás que una queja te afecte —amenacé.

— A la mierda el trabajo. Te quiero a ti.

—¿A mí? No sabes lo que dices. Entre nosotros no hay nada.

—¿De verdad? —se separó de la puerta y se acercó a mí. Empecé a caminar hacia atrás, poniendo distancia, hasta que choqué con una mesa— Estás nerviosa. Te pasas el entrenamiento nerviosa, sin dejar de mirarme. Me deseas.

— No te lo tengas tan creído —resoplé—. Eres mi entrenador, ¿a quién voy a mirar si no?

— Se te altera la respiración cuando te toco —seguía acercándose y yo no veía salida.

— Eso es por el ejercicio.

—¿Que te excites también? —me atrapó entre su cuerpo y la mesa, sus manos apoyadas en ella, a ambos lados de mis caderas.

— Yo no me excito.

— Lo haces y lo estás ahora. Y te juro por Dios que me estás volviendo loco.

— Eso ya lo estabas tú solito, de nacimiento seguro. Por favor, déjame irme.

—¿De verdad quieres irte, Monika?

Lo observé, pasó su lengua por los labios y no dejaba de mirarme a los ojos.

Cerré los míos un momento, llamándome idiota porque no, no quería irme. Él tenía razón, lo deseaba. Igual que había deseado ese beso que nunca ocurrió.

Pero no podía ser, yo no iba a arriesgarme a sufrir de nuevo y menos por un simple polvo con nadie. No estaba dispuesta a correr el riesgo de enamorarme y que volvieran a engañarme.

Abrí la boca para decirlo, sin embargo...

— Bésame —susurré.

Maldita fuera.

Le faltó tiempo para hacerlo, con fuerza, con ansia. Nuestros dientes chocaron por la desesperación que había en ese beso. Me agarré a su cuello, incitándolo a que se pegara más a mí.

Me agarró por las caderas y me sentó sobre la mesa, mi cuerpo casi tumbado en ella y el suyo encima de mí.

Gemí cuando noté su erección clavada entre mis piernas, las abrí un poco más para que se pega más, para sentirlo más.

Me quitó la camiseta y el sujetador, ni siquiera me miró antes de que su boca fuera directamente a mis pechos. Dejé caer mi cuerpo por completo en la fría mesa, sus manos bajando mis pantalones, bajando los suyos. Lo contemplé mientras se colocaba el preservativo, antes de que su miembro entrara en mí. Sin preguntas, pero sin dejar de mirarme en ningún momento.

Se movía rápido, entraba con fuerza y yo necesité poco para liberar toda la tensión. Me tapé la boca con la mano para no gritar con el orgasmo. Immanuel, poco después, cayó sobre mí, sudando, gimiendo, agotado. Igual que yo.

Nos incorporamos y nos vestimos de prisa al recordar dónde estábamos. A él no le importaría perder su trabajo, pero a mí sí que lo hiciera.

— Tenemos que hablar —dijo mientras abría la puerta.

— Hombre, Imma, cuánto tiempo sin saber de ti.

Ambos miramos hasta la mujer que había hablado, sacándonos de nuestra burbuja. Escultural, solo así se le podía describir. Lentamente, lo miré y él hizo lo mismo. Se notaba de más qué había ocurrido entre nosotros, y la chica no era tonta.

— Lucía, ¿cómo estás? —preguntó correctamente.

— Bien. Aunque no tanto como tú —me miró el pecho y después de nuevo a él. Bajé la mirada y me coloqué bien la camisa— Pensé que volviste a tu país. Me extrañó no verte y que no volvieras a llamarme después de...

— Bueno, yo os dejo —interrumpí. No quería terminar de escuchar esa frase.

— Monika, espera —Immanuel me cogió del brazo, pero me zafé y le sonreí falsamente.

— Buena sesión —dije con ironía—, ya nos vemos. Hasta luego —me despedí antes de desaparecer rápidamente, dejándolos allí.

— Monika —lo escuché llamarme, pero ya las lágrimas corrían por mis ojos. Entré al vestuario por mis cosas y llegué a casa en pocos minutos.

—¿Estás bien? —me preguntó Magy al verme entrar.

— Sí —mentí—. Cansada, fue un entrenamiento duro. No me apetece ni cenar, me iré a la cama.

— Moni, espera. ¿Qué pasa? —insistió e hizo el amago de levantarse.

— No —negué con la mano, impidiéndoselo—. No me apetece hablar. Solo quiero descansar.

— Pero...

— No es nada, Magy. Solo cansancio —me acerqué a ella y le di un beso en la

mejilla.

Llegué al dormitorio y me dejé caer en la cama mientras lloraba. ¿Pero qué había hecho?

Los recuerdos de mi última relación, del engaño y de lo mal que lo había pasado volvieron a mi mente. Y el culpable era él, ese entrenador que, en solo unos días cerca, me había hecho creer que...

Joder, Monika, no seas idiota. Solo fue sexo, nada más.

Pero esa era mentira, para mí había sido mucho más. Y sí, era idiota. Al final, la que tenía fantasías con bodas de ensueño, no era Magy, si no yo. Y todo porque ya había comenzado a soñar.

Así de jodida estaba.

\*\*\*

— Tienes visita.

Miré a Magy, estaba apoyada en el marco de la puerta de mi habitación, con las manos en los bolsillos.

Era viernes por la noche y, después del trabajo, me acosté. No había avisado de que no iba a ir a entrenar, pero seguro que lo imaginaba. Immanuel me había hecho sentir demasiado de nuevo y, después del sexo... y de esa tipa... No, no iba a volver a verlo más. Había ignorado sus mensajes de “Tenemos que hablar”. Mejor me quedaba en mi burbuja “anti dolor”.

— Te dije que tienes visita.

Miré de nuevo a mi amiga. ¿Visita? ¿Yo? Había oído el timbre, pero lo normal es que fuera para Magy. ¿Pero para mí? Como no fuera mi madre...

— Dile que no estoy.

— Ya le dije que estás —dijo la muy víbora y quise estrangularla.

— Dile que estoy dormida, que venga mañana.

— Pues más vale que vayas despertando, porque no voy a irme hasta que hablemos.

¿Conocéis esa expresión de “como un vendaval”? Pues así me levanté yo de la cama cuando esa voz, con ese acento, sonó.

—¿Qué haces aquí? ¿Y cómo sabes dónde vivo? No, espera —puse los ojos en blanco—. Magy, esta me la pagas.

— Otra más para la lista —mi amiga se encogió de hombros—. Será mejor que os deje solos.

— No, ni de coña. Él se va contigo, no tenemos nada que hablar. —

— Gracias, Magy —dijo él, esperando que mi amiga se fuera para cerrar la puerta.

— Immanuel, por favor, vete.

— No has ido al entrenamiento. Era el último.

— Claro que no, no habrá ninguno más. Y para eso no tienes que averiguar dónde vivo ni venir a molestarme. Así que hazme el favor de marcharte — señalé la puerta con la mano.

Él miró la puerta, después mi mano y después a mí. Con una media sonrisa en su seria cara, comenzó a acercarse. Yo miré para todos lados, planeando cómo salir de allí sin que llegara a acercarse del todo.

— No creo que la lámpara aguante tu peso —rio.

— Mira, pero si nos salió chistoso el alemán. ¿Sabes si tienes sangre latina? Porque vosotros, muy cómicos no es que seáis —dije borde, pensando en si realmente la lámpara aguantaría mi peso o no.

— Algún día te contaré toda mi historia.

—¿Qué? Ah, no. Nunca existirá ese “algún día”. Cuando quieras... —señalé de nuevo la puerta.

—¿Por qué estás nerviosa?

— No lo estoy, solo quiero que te vayas, esto es acoso.

— Mmmm... —me atrapó entre la pared y él, maldito... —Vas a hablar conmigo, quieras o no.

— Joder, yo no sé qué quieres de mí. Echamos un polvo, ya está, nada más.

—¿Solo eso? ¿Un simple polvo? —sus manos, a cada lado de mi cabeza, apoyadas en la pared.

— No seremos los primeros que lo hagamos. Y el entrenamiento se acabó, no tenemos que vernos más. ¿Dónde está el maldito problema? —pregunté enfadada, me estaba agobiando tenerlo cerca, no podía ni mirarlo a los ojos. No cuando, en realidad, estaba deseando besarlo.

— Mírame —movió mi cara con su mano.

— No —cerré los ojos.

—¿A qué le tienes miedo?

— No digas estupideces. Fuiste mi entrenador, terminamos. ¿Por qué no dejar las cosas así?

— Porque yo quiero más.

—¿Pero más de qué, “alma cántaro”? —joder, desesperada era poco.

— Más de ti.

— Yo no soy de esas, Immanuel —dije recordando a la chica que nos encontramos cuando... En fin...

— Ella no es nadie, solo fue sexo —respondió leyendo mis pensamientos.



— Por eso. Yo no soy una de esas. Por eso, déjame en paz. Lo nuestro fue sexo y...

— Lo nuestro es mucho más que sexo. Yo quiero mucho más que sexo.

— ¡Pero si no me conoces!

— ¿Crees que no? —rio— Sé hasta la talla de sujetador que usas, tu madre fue muy explícita.

— ¿Todo esto ha sido por mi madre? —pregunté con la boca abierta, temiendo echarme a llorar, lo que me faltaba.

— No, no —negó rápidamente—. Fui su entrenador, me hablaba mucho de ti. Cuando me comentó que irías y me pidió que te entrenara, acepté. Pero era como si te conociera.

— Mi madre no me conoce —dije con la esperanza de que entendiera que, por ende, él tampoco.

— No, no lo hace. Y yo tampoco, no como querría. Solo quiero que me des la oportunidad de hacerlo.

— ¿Por qué?

— No lo sé —dijo con sinceridad—. Fue como una chispa cuando te vi. Solo unos minutos contigo y ya estaba enganchado. Me gustas y quiero descubrirlo todo.

— Soy muy simple —dije con sinceridad—, búscate otro reto.

— Te quiero a ti.

Cerré los ojos, temiendo claudicar. Porque joder, yo también quería conocerlo.

— Nadie sabe si saldrá bien, Monika. Ni siquiera si irá a más. Pero siempre será un riesgo a tomar.

Me mordí el labio pensando en eso. Sabía que tenía razón, que el amor era riesgo. Nadie sabría si funcionaría. Pero el miedo estaba ahí y era demasiado grande.

— Arriésgate —susurró junto a mis labios.

¿Podría hacerlo? Podría sufrir si no funcionaba.

Abrí los ojos y lo miré. Sí, me gustaba demasiado. Sí, yo también quería más, pero el miedo...

— Bésame —susurré.

# *Fanny Ramírez*

## Mi campeona



Al ritmo de trote, cruzo la calle dirección al parque frente a mi casa. Mi respiración sale a trompicones de mi boca y nariz y transpiro como una cerda. Todo esto estaría muy bien, si no llevara corriendo apenas veinte metros. Una gota de sudor baja por mi sien derecha, desembocando en mi cuello. Hago una mueca de dolor al sentir el ardor en mis pulmones.

Y es que, empezar a correr de pronto sin ninguna preparación, es lo que tiene. Pero quiero la maldita grasa fuera de mi cuerpo. *Necesito* lucir vientre plano este verano y no lo voy a conseguir dando malditos paseos largos, como me aconsejó mi buena amiga. Claro que la muy desgraciada, sí puede permitirse el lujo de tener a su propio... ¿Cómo dijo? *Personal Trainer*. Y ya cuando lo dice como si fuera nativa de Londres, me entran unas ganitas de estrangularle...

Miro mis nuevas deportivas a la vez que entro en una zona ajardinada. Ha llovido esta semana, y aún hay restos de barro entre las briznas verdes. Quiero llorar cuando veo las manchas marrones, decorar el material rosa chicle que tanto me gustó cuando las vi en el escaparate de los chinos. Pero en cambio,

alzo la cabeza, muy digna yo, y sigo trotando como si lo hiciera toda la vida.

La realidad es totalmente distinta. Me falta el oxígeno y me duelen los gemelos, los brazos y hasta el coño. Las malditas mallas se aprietan tanto por la zona de las ingles, que un poco más y me corta la circulación de las piernas. Pero mi terquedad es tal, que por cojones tenía que entrar en una cuarenta. Y lo conseguí, aunque más tarde llegue a casa como el Rosario de la Aurora.

Tarareo la canción que se reproduce a través de mis auriculares, una de estas que vuelve loca a la juventud y sigo corriendo a trote. Cuando llevo un par de minutos, ya no sé si estoy más cansada de hacer ejercicio o de escuchar tantas veces decir al cantante: mamita, bebida y dale duro...

En mi ensimismamiento, cantando como un coro de gallinas en celo y mirando al frente como si en el horizonte se ondeara una brillante bandera blanca con la palabra meta en ella, no logro atisbar la enorme piedra que se interpone en mi camino. La muy puta aparece de la nada.

Mi pie se dobla, mi grito sale de lo más hondo de mi ser y el dolor llega con todas sus ganas.

—¡Ay, dios mío! ¡Me muero! —cojeando como puedo, llego a un banco de madera que hay a la orilla del camino de tierra que cruza el parque. Pero no consigo sentarme antes de que unas manos agarren mis brazos haciéndome dar un respingo.

Mi cabeza vuela sobre mi hombro, vamos, que ni la niña del exorcista, y veo a un atractivo hombre, lleno de abultados músculos, bronceado y los malditos labios, bordeados por suave barba recortada, los más bonitos que he visto y veré en mi vida.

Él habla, no lo escucho. ¡Ay Dios! Que me he quedado sorda del golpe en el pie. Me quedo mirándolo embobada, con el miedo de quedarme sorda, olvidado, mientras que él con su increíble fuerza me lleva hacia el banco para

luego sentarme en él.

Sus dedos agarran una especie de cuerda que cuelga de mis orejas y cuando tira, los pajarillos y voces de los niños que allí juegan, cobran vida a mí alrededor.

—¿Estás bien?

Alza la mano y con toda la naturalidad del mundo, aparta un mechón de pelo rubio, que se ha escapado de mi coleta alta. Su otra mano descansa encima de mi muslo y siento como esa zona empieza a arder sobremanera. Bendita sean las mallas baratas y la poca tela que tiene... también podría decirle que subiera la mano un poco más...

—¿Si sonríes es un sí? —Pregunta estirando los labios a modo de sonrisa.

— Me doblé el pie —consigo modular a duras penas, pensando en el ridículo que habré hecho delante de él.

—Te vi, iba justo detrás de ti.

Vuelve a sonreír, como si sus palabras tuvieran otro significado... como si lo que estuviera haciendo detrás de mí, no hubiera sido precisamente admirar el paisaje a su alrededor.

Mis mejillas se calientan y alzo mi mano para abanicarme. Él se levanta colocando su muy protuberante entrepierna, gracias a esos leggins negros que viste, en toda mi cara. ¿Y ya está...? ¿Ni un preliminar?

Estoy por lanzarle un mordisco, cuando un chorro de agua fría cae en mi cuello. Ahogo un grito, jadeando a la vez, como si me estuviera ahogando.

—Estás a punto de desfallecer, déjame ver tu pie y te acompaño a tu casa.

Sus manos agarran mi zapatilla, pero me adelanto, y sujeto sus brazos impidiéndoselo.

— ¡No! Tengo que seguir corriendo, o si no, nunca tendré la fuerza de voluntad para volver a hacerlo. Y por Dios, que como Alejandra me llamo, conseguiré bajar los diez kilos que me sobran. Ya sea, a la pata coja.

Él carraspea como si mi declaración le hubiera hecho gracia y se estuviera conteniendo las ganas de reír. Y ni corto ni perezoso, mi zapatilla sale de mi pie y sus manos masajean mi tobillo haciéndome callar la próxima protesta. Me dejo caer en el banco, permitiéndole a él hacer su magia, incluso creo gemir de vez en cuando.

—No tienes nada grave, solo una leve torcedura. Por cierto... buena elección de música.

Abro los ojos y pongo atención a lo que sale de mis auriculares a toda pastilla. Una de esas canciones de reggaeton se reproduce, haciendo que él mueva la cabeza al ritmo.

—Debe haberse colado... yo solo escucho clásica y poco más. —Miento como una bellaca.

Él sonrío y tras darle una palmadita a mi pie, me pone el calcetín de la *Hello Kitty* y la zapatilla. Como el príncipe de La Cenicienta, pero la versión musculosa y erótica.

Grrrr...

Me ayuda a ponerme de pie, para luego sostenerme y así andar un par de pasos. La verdad el masaje me ha venido de perlas, por lo que el dolor se ha

atenuado tanto, que casi ni lo noto.

—Si fueras a un gimnasio, no sufrirías estos percances. Allí no hay piedras con las que puedes tropezar —dice al poco rato de habernos alejado del banco.

Nos dirigimos hacia mí casa, ya quiera o no, no iba a retomar mi carrera con el pie lastimado.

— ¿Me lo pagas tú? —Le cuestiono sonando un poco más borde de lo que pretendo. Hago una mueca y lo miro—, lo siento, no quería decirlo así. Solo que no puedo permitirme el pastizal que cuesta apuntarse a uno. Prefiero hacer sentadillas en mí casa mientras limpio el suelo y correr por el parque, aunque tenga que esquivar las piedras.

—Eso está bien... pero necesitas preparación. No puedes correr así como así. Sé de lo que hablo como también sé, que saliste de casa sin haber calentado siquiera. Tu pie está más hinchado de la carga y la caña que le has metido, que de la propia lesión.

Frunzo el ceño y subo el escalón con cuidado, antes de pararnos en la orilla de la acera hasta que el semáforo cambiara. Me despego un poco de su costado, ya que su calor y olor de una mezcla entre sudor y gel de hombre, me está haciendo delirar.

— ¿Cómo sabes todo eso? ¿Eres de los obsesionados con el deporte? ¿Los que se pasan más rato mirándose al espejo que trabajando?

Él ríe animado y me vuelve a agarrar para a continuación retomar el camino. Sin poder remediarlo meto mi nariz un poco más en el hueco de su cuello y aspiro.

Ay joder... que me da...

—Bueno, no soy de esos musculitos sin cerebro, si a eso te refieres. Trabajo de esto. De mi cuerpo.

Salgo de mi cómodo escondite para mirarlo anonadada.

— ¿Eres gigoló? ¿Stripper?

— ¡No, no! —Lanza una carcajada al aire y nos paramos en mitad de la acera

—Soy entrenador personal.

Pestaño como si la información que me acaba de dar no estuviera lo suficiente bien explicada para que mi imbécil cerebro pueda procesarla. Está claro, el muchacho frente a mí con toda esa carne dura, tibia y esas pantorrillas que ni Cristiano Ronaldo, se ejercita a conciencia cada día. Y después de darme una clase oral de cómo hacer ejercicio sin acabar desollada, queda aún más claro.

— ¿Qué te parece si hacemos un trato?

Asiento ya que no soy capaz de hablar, por tenerlo tan malditamente cerca que su olor y calor, es lo único que me rodea.

—Yo soy tu entrenador personal, gratis, si tú me enseñas la ciudad. Vine hace un par de semanas, soy de Cádiz y nunca salí de allí. Trabajo en un pequeño gimnasio solo a un par de calles más allá. —Señala a un sitio que ni me molesto en mirar.

Sé a qué gimnasio se refiere. Al que he querido apuntarme desde hace tiempo y no he podido por no tener ni para una semana. No es que fuera excesivamente caro, pero cuando con tu sueldo solo eres capaz de pagar el alquiler, facturas y subsistir a base de *tupper* de tu madre, ni una esterilla puedes permitirte el lujo de tener.

Así que, con una gran sonrisa, intercambiar teléfonos y un achuchón apretado, le digo que sí. Todo sea por poder lucir tipazo este verano y hacer que la arpía



de mi amiga, deje de criticarme.

\*\*\*

— ¿Cómo que tienes entrenador personal? ¿Has atracado un banco? —  
Pregunta Emilia con su natural tono de voz chillón. Parece molesta y seguramente sea porque quiera o no, dentro de unas semanas luciré mejor que ella.

Una sonrisa de lo más malvada curva mis labios a la vez que peino mí pelo con mi mano libre.

—No, no robé nada, solo tengo entrenador y ya.

— ¿Sabes lo caro qué es eso? Obvio yo ni me doy cuenta ya que, si hay algo que me sobre, es dinero —suelta una risilla de lo más gilipollas haciéndome rodar los ojos y estrujar el móvil con fuerza—, ¿Pero tú, Alejandra? Si casi no tienes para pagar el alquiler.

—Tranquila, yo sé lo que hago, solo te estoy informando de esto porque no podré ir a la convención esa que me pediste que fuera.

— ¿Que, qué? ¿Cómo que no vas a venir? Ya confirmé tu asistencia, todo el mundo me mirará por no haber traído a una amiga conmigo. Seré la apestada, ¿Sabes lo qué es eso?

—Sobrevivirás —y después de soltarle eso, cuelgo y procedo a arreglarme un poco más.

Quedé con Manuel, mi buenorro entrenador personal, en el parque donde nos conocimos para así darle el primer recorrido por la ciudad. Y no puedo evitar sonreír ante la expectación de volver a verlo. Con unos bonitos pantalones de licra negros de talle alto y una camiseta sencilla y cortita de color blanco a juego con mis zapatillas, salgo de casa cerciorándome de cerrar todo antes de salir.

Una vez cruzo la calle, lo veo. Unos jeans amoldan sus torneados muslos,

abrazando su culo respingón que me hacen querer sobarlo hasta que no sienta las manos. Una vez llego a su lado, él se percata de mi presencia y se gira regalándome una preciosa sonrisa de dientes. No puede ser más guapo.

— ¡Buenos días! —Exclama dando una palmada en el aire. Sé le ve ilusionado y lleno de energía. Algo me dice que llegaré a casa con tremendas agujetas, y no precisamente por el “ejercicio” que quiero hacer con él.

—Buenos días, Manu. ¿Por dónde quieres empezar? Hay montones de sitios que visitar.

—Lo primero es lo primero ¿Desayunaste?

Pestañeo en confusión y empiezo a recordar lo que hice una vez desperté. Niego con la cabeza no recordando haber comido nada. Él hace una mueca de desagrado y sin esperármelo coloca la palma de su mano en mi espalda. Encontrando la única franja de piel al descubierto.

—El desayuno es la comida más importante del día, no puedes saltártelo a la torera. Si quieres realmente estar sana, deberás comer cinco comidas diarias y hacer ejercicio.

— ¿Es que quieres cebarme? Por el amor de Jesucristo, no podré comer tantísimo. Si apenas como tres veces —protesto intentando seguir su ritmo.

Él suelta una risa para a continuación carraspear y negar con la cabeza. Me lleva con él a paso apresurado, como si tuviéramos prisa por llegar a donde demonios vamos a ir. Y cuando atisbo el local de mi buen amigo Antonio, estoy por chillar de la ilusión. Hace el chocolate con churros más bueno de la ciudad y solo de imaginármelo la boca se me hace agua.

Entramos, yo antes que él, cuando la voz de Antonio llamándome llega a mis oídos. Sonrío como una tonta al ver a aquel ejemplar de hombre oso, guapo y

tremendamente imponente venir hacia mí con los brazos abiertos. Le cedo el abrazo y olisqueo sin querer el olor a chocolate que tiene impregnado en la camisa.

—Qué alegría verte —dice una vez que se separa de mí —, pero mira qué bonita luces hoy, para comerte con chocolate, hija mía.

Yo río complacida por su piropo, pero la magia se rompe cuando un carraspeo y un nuevo tacto, rodeando mi cintura me recuerdan que no vengo sola. Antonio mira al hombre tras de mí, yo de reojo observo la sonrisa tirante y falsa que adorna sus labios.

— ¿Y tú eres? —pregunta mi futuro entrenador con su natural descaro.

—Soy Manuel, un gusto—dice escuetamente antes de arrastrarme lejos hacia una mesa alejada de los pocos comensales que hay.

Miro sobre mi hombro a un Antonio perplejo y hago una mueca de disculpa. Él niega con la cabeza lanzando una carcajada de camino a la barra.

Nos sentamos yo frente a él y sin pensármelo le reprocho su comportamiento. No me conoce, no es nada mío para que tenga que celarme de esa manera. Siquiera somos amigos. Que esté bueno no le da derecho a marcar territorio, pobre Antonio.

— ¿Por qué hiciste eso?

Él me mira un poco avergonzado y agarrando una servilleta de papel, se pone a rasgarla para luego empezar a hablar.

—Lo siento, lo hago sin querer. Es una manía que tengo o llámalo posesividad. Cuando estoy con alguien, ya sea familia o amigos, tiendo a sobreprotegerlos —suelta una risa amarga y soltando el papel hecho trizas en la mesa, me mira como si no hubiera pasado nada. Como si su semblante, no se hubiera oscurecido ante el recuerdo de algo o alguien —. Olvídalo, te prometo no hacer nada que te incomode.

—No, tranquilo. Yo a veces también soy así con la gente que me importa, solo, no entendí que hicieras eso conmigo, no soy más que una mujer que acabas de conocer.

—Una muy bonita y a la que la miran por la calle a cada paso que da. Si no me hiciera falta el recorrido para conocer toda esta ciudad maravillosa, me hubiera negado a entrenarte. Estás bien así.

Sonríó tímida de repente y sintiendo mis mejillas arder por su culpa. Una vez comemos un par de tostadas con mantequilla baja en grasa y un café con leche desnatada, salimos de la cafetería, yo por lo menos, con más hambre con la que entré. Y eso que no se me abrió el apetito hasta que no me imaginé esas deliciosas porras cubiertas de chocolate y espolvoreadas de azúcar...

—Pareces como si en cualquier momento te vayas a lanzar contra esa papelera y devorarla. ¿Estás bien?

Dejo de mirar el recipiente y me río sin poder evitarlo. Niego con la cabeza y cojo aire para después soltarlo. Debo de pensar en los kilos que me sobran, tengo que meterme en la cabeza de que tengo que estar como una auténtica modelo este verano. Y pensar en porras, no me va a ayudar en lo más mínimo.

—Sí, estoy bien, solo me quedé pensativa un rato.

Ambos andamos dirección al centro de la ciudad, Manu me pregunta por cada cosa que llama su atención, visitamos los diferentes puntos de interés turístico y cuando ya no puedo más con mis pies, él propone que demos la vuelta andando. Miro al autobús con cara de cachorrito abandonado, Manuel ríe y yo me enfurruño como una niña pequeña. A medio camino, él intenta hacerme pensar en cualquier cosa que no fuera lo que quedaba para llegar a mi casa. Me daba una vergüenza atroz que no fuera capaz de pasear caminos largos. Quiera o no, le tengo que dar la razón a mí amiga. Me hace falta ponerme en forma, independientemente de los kilos que me sobren.

Manuel me cuenta cómo serán los entrenamientos, de cuantos resultados positivos ha tenido con todos sus clientes, o alumnos como él, los llama. Yo no hago más que mirarlo embobada, de cómo se le llena el pecho de orgullo al hablar de su trabajo, el cual, a todas luces, ama como nada.

Llego a mi portal sin darme cuenta siquiera y estoy a punto de lanzar un grito al aire de alegría, cuando su mano se posa en mi cadera a la vez que sus labios tibios y suaves lo hacen en la comisura derecha de mi boca. Cierro los ojos y me agarro a sus hombros para no desfallecer. Una vez se despegó de mí, lo hace por completo, dejándome con ganas de más.

Hace tanto tiempo que no estoy con un hombre, que no me he dado cuenta de lo tanto que lo echo de menos. Él sonríe, yo sonrío y nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que la comodidad se va y se llena de tensión la burbuja en donde parece que estamos atrapados.

—Nos vemos mañana en el gimnasio, di que eres familia mía y te dejarán pasar. Una de las cláusulas que firmé en mi contrato fue que a cualquier miembro de mi familia podría darle entrenamiento gratis siempre y cuando, no utilizara las pesas ni las máquinas grandes.

Asiento conforme y tras una última sonrisa nuestra burbuja se rompe y él se va.

\*\*\*

Al día siguiente con un nuevo modelito deportivo, este sí, un poco más caro que el anterior ya que no me voy a gastar un euro en un gimnasio, que menos que ir guapa y presentable, ando por la calle hacia la dirección del susodicho. Nada más ver la fachada, me poco a temblar y no por el ejercicio que va a hacer que aparezcan en mi cuerpo agujetas sobre agujetas, sino porque volveré a ver a Manuel.

No he parado de soñar con sus ojos, su sonrisa. Esa alegría y vitalidad que desprende me tiene enganchada. Es como una bebida energizante, que me muero por beber.

Ando apresurada hacia la puerta y cuando voy a abrirla, me doy cuenta de que es tan pesada como parecía. Si es que hay que hacer calentamientos hasta para entrar, maldita sea. Cuando consigo dejar el suficiente espacio para que mi cuerpo quepa, entro y suspiro agotada. Una risa masculina me pone tensa. Yergo la cabeza y lo veo, apoyado en el mostrador de madera lacada en blanco, junto con otro hombre, este, calvo de bonita sonrisa.

Sonrío y alzo la mano como una idiota y eso hace que él sonría más.

—Ya pensé que no venías, Lucas, esta es mi prima. Voy a la sala de spinning ya que a esta hora no hay clases, avísame cuando lleguen.

Mi entrenador se gira haciéndome una seña para que lo siga. El tal Lucas me guiña un ojo mientras ando hacia esa dirección y automáticamente me pongo del mismo color que mi sujetador deportivo. Cuando llegamos a la sala, habiendo pasado por las diferentes instalaciones, que nada más echar una ojeada me estaba fatigando al ver a las pobres moverse y sudar tanto, entramos

y me encuentro con un montón de bicis estáticas de color blanco mirando hacia una pared completamente espejada.

Manu se dirige a un rincón, donde tras darle a unos botones incrustados a la pared, una canción marchosa se empieza a reproducir a través de los parlantes. Está a bajo volumen, pero cuando veo cómo se coloca el mando en el bolsillo del chándal, sé que lo subirá una vez estemos montados en las bicis.

Trémula y nerviosa ando hacia la que me indica. No habla solo coloca bien el sillín para mí y me ayuda a montarme. Como si realmente necesitara ayuda para eso. Sin embargo, no me iba a negar, no cuando su cálida mano se apoya delicadamente en mi baja espalda casi tocando mi trasero. Una vez encima, él rueda una especie de botón giratorio que supongo es la resistencia. No soy una inepta, sé montar en bici estática, no tan moderna como ésta, pero una bici, al fin y al cabo. De más joven fui a un gimnasio y era la única máquina que me gustaba, pero todo apunta que después de hoy ese favoritismo acabará.

—Bien, ahora me pondré en la bici de delante, haz cada uno de los movimientos que yo haga, remédame todo, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza. Las palabras no me salen por el nivel de nerviosismo que tengo. No sé por qué, hacer deporte no es nada del otro mundo, pero sí estar con ese hombre justo delante de mí con su glorioso culo en movimiento. Y ya cuando empezamos a pedalear en una posición, medio de pie y sentado, quise morirme. No por el esfuerzo si no por lo torneados y deliciosos que se veían esos glúteos justo en mi cara.

—Alejandra, mira al espejo. Mi culo está bien puesto, pero gracias por tu preocupación.

Alzo la cabeza de un tirón, abriendo los ojos de par en par y con un sofocón del quince. ¿Me acaba de decir lo que acaba de decir? Entrecierro los ojos a su dirección, mirándolo a través del espejo y decido ignorarlo por completo. Hago los movimientos que me da la real gana y él parece molestarse, ya que resopla cada dos por tres.

La música baja de nuevo y lo siento bajar de su bici. Hace algo en la mía y por mucha fuerza que yo haga, los pedales ni se mueven. Lo miro y él alza una ceja, reprendiendo mi comportamiento infantil.

— ¿Es que no puedes aguantar una broma? Las mujeres de aquí sois unas sosas, en serio. En Cádiz son más alegres y se ríen con todo. Hasta con un chiste malo.

— ¡Oye! —Protesto indignada bajándome de la bici con tal mala suerte que no quité el velcro que me envuelve los pies, por lo que caigo en sus brazos con las piernas colgando de la máquina.

Me revuelvo como una sanguijuela y Manuel se ríe a carcajadas limpias. Tiro de mis pies, pero nada, no hay manera de soltarme.

—Quieta, fiera. ¿Todo lo haces con la misma energía?

Me quedo quieta en el acto e imágenes de yo encima de ese hombre haciéndole de todo, se proyectan en mi mente; haciéndome erizar entera y querer apretar los muslos. Maldito.

Con cuidado se sienta en el suelo llevándome con él y con destreza desata cada cinta desenganchando mis pies. Caigo de rodillas y chilló de dolor al mismo tiempo que me empino hacia él cayendo del todo encima. Abro los ojos tras el susto y no es hasta que veo sus labios a menos de dos centímetros de los míos que no empiezo a hiperventilar.



Manu me mira a su vez, intensamente como si quisiera descifrarme el alma. Y en un impulso, corto toda separación y colocándome de lleno a horcajadas, lo beso. Haciendo que sus manos agarren mi cintura, atrayéndome hacia él, queriéndome incrustar en su cuerpo. Muerdo su labio inferior recibiendo como recompensa un gemido de su parte.

Satisfecha con mi hazaña, despego nuestras bocas y con toda la chulería que mi madre me regaló le digo:

—*Todo* lo hago con esa energía, entrenador...

Y me levanto dejándolo allí tirado para luego agarrar mi toalla y bolso e irme a los vestuarios. Solo espero seguir teniendo entrenador mañana.

\*\*\*

Cierro la puerta de un portazo y me dejo caer en ella con la respiración tan acelerada que parece que voy a desmayarme por hiperventilación. Cierro los ojos, e intento tranquilizar el fiero pulso que hace que mi corazón quiera salirse del pecho. Ese beso me ha dejado fuera de juego, como si me hubiera absorbido la energía. Sonríe ante ese pensamiento y la ironía del mismo. «¿Todo lo haces con esa misma energía?» me muero de ganas por demostrarle lo enérgica que puedo ser, pero eso significaría que el buen rollo que tenemos se pierda y aunque con ese beso lo más seguro es que ya esté empezando a perderse, solo me queda hacer como si no hubiera pasado gran cosa. Solo estaba probando un punto, eso es todo. Estaba cabreada y fue lo único que se me ocurrió para darle de lleno en las narices. No me gustó un pelo cuando me comparó con esas bellas gaditanas, que de seguro tenía locas a la mitad de la población femenina.

Soltando una exhalación me separo de la puerta y ando directa al baño. Necesito refrescarme, quitarme esta sensación tan extraña que invade mi cuerpo. Pero no logro cruzar el umbral cuando mi móvil suena en la mochila que aún llevo colgada en la espalda. Lo saco y veo como es él llamándome. Después de respirar un par de veces decido cogérselo. No es por nada si no porque quiero cerciorarme si aún sigo teniendo entrenador o no.

— ¿Sí?

—Alejandra, ¿Dónde demonios estás? —Está cabreado El sonido del tráfico a su alrededor me da a entender de que está en la calle.

—En mi casa.

—Aún no habíamos terminado la clase... Ese no era el trato.

Aguanto la respiración y sonrío como una imbécil.

—Pensé que nuestro trato lo había roto yo, hace unos minutos.

— ¿Pretendes decirme que por haberme besado iba a decirte que no íbamos a seguir adelante? ¿Es eso? Alejandra, no te voy a mentir y decirte que no me ha pillado por sorpresa, luego me he dado cuenta de que eres así de impulsiva y si aprovecharas toda esa valentía y energía para hacer deporte serías una gran atleta.

Mi cara se desencaja y aprieto el móvil en mi oreja con tanta fuerza que lo escucho crujir entre mis dedos. ¿El muy idiota está diciendo lo que está diciéndome?

—Nos vemos mañana, entrenador —cuelgo sin esperar su respuesta y apago el móvil para evitar posibles llamadas.

Con la furia latente y las ganas de llorar que tengo ante esa negativa tan directa

de su parte, me meto en la ducha y sin esperar siquiera a que el agua se ponga por menos templada, me mojo con ropa y todo.

\*\*\*

Salgo de la tienda luego de cerrar la cancela, asegurándome de que está todo bajo control, sigo la calle abajo hacia la cafetería que he quedado con Emilia. Miro mi reloj y suspiro impaciente. No tengo la mínima gana de estar con esa arpía, pero lo cierto es que no tengo más remedio. A ella le debo todo lo que tengo. Si no hubiera sido por ella, no hubiera montado mi propia tienda de ropa, como tampoco hubiera podido salir del hoyo en el que estaba hace apenas un año. Mi padre murió tras aguantar diez años una puta enfermedad que le estuvo consumiendo hasta dejarlo en nada. Emilia pagó los gastos de un hospital privado para que pudieran hacer algo por él, nada de lo que hicieron fue suficiente. También me ayudó a salir, a despejarme, a volver a creer en la vida que tengo por delante. Por mucho que me saque de quicio, por muy pija revenida que sea, le debo demasiado.

Cuando llego, la veo, hablando por teléfono, sentada en una mesa alejada de la multitud que a esas horas beben café en la magnífica terraza; con sus piernas cruzadas bajo ese vestido blanco impoluto, con su pelo corto hasta los hombros y tan rubio como el propio sol. Ese, sí es un rubio bonito y no el que yo tengo. Mientras el suyo es dorado, el mío podría confundirse con el blanco de su vestido. Según mi madre, iba para alvina pero mi piel, salió un poco más tostada de la cuenta gracias a los genes de mi papá. Una sensación de morriña se instala en mi pecho al recordarlos.

Los ojos azules de Emilia me ven y sonrío a la vez que ella me saluda eufóricamente para cortar la llamada sin siquiera despedirse de su interlocutor.

—Hola, gordita. —me saluda con una sonrisa pícaro.

El buen humor se me esfuma ante su nuevo apodo para mí.

—Hola *pija revenida*— contraataco haciendo que ella se carcajee.

—Gracias... Oye, me he tomado la libertad de pedir para ambas. Aquí hacen la mejor ensalada de pasta con yogur natural, del mundo.

Sonrío por cortesía aguantando las ganas de vomitarle encima. Me siento a su lado intentando remedar su pose sofisticada, pero desisto al verme parecer más bien, un pato con reuma que una señorita adinerada.

El camarero llega con dos vasos de agua y los coloca sobre bonitos posavasos con motivos floreados, mi amiga le guiña un ojo al mismo tiempo que le da una calada a uno de esos cigarrillos finos que solo a ella he visto fumar. El chico, abochornado y más rojo que un tomate, sale corriendo hacia el local.

—Pobre chaval...

Ella me mira y la sonrisa se le va de la cara poniendo en su lugar un pronunciado ceño fruncido. Esa es otra, tan rica que se da, y no es capaz de teñirse las cejas en consonancia con su pelo. Aunque según ella, eso es tendencia.

—Bueno, ¿Y cómo te va con tu *Personal Trainer*? —«Veis... A ese acento ridículo me refería. Argggg...»

—Pues...

— ¡Vaya que sorpresa!

Mi corazón da un latido de menos, cuando escucho su voz detrás de mí y viendo la cara de sorpresa de Emilia que el cigarro se le cae de la boca y todo, sé que no ha sido imaginación mía. Y más segura estoy cuando lo veo sentarse a mi lado, tan pancho, mirándonos a ambas con una sonrisa radiante y oliendo divinamente. Y eso que parece sudado como si se hubiera hartado de correr.

Su muslo se pega al mío y no sé si lo hace queriendo o sin querer, el caso es que su calor me hace jadear y alejar mi pierna en el acto.

— ¿Y tú eres? —Pregunta Emilia una vez sale de su asombro, con voz coqueta e inclinándose hacia él. Como si desde la distancia donde está no lo viera bien, la muy...

—Soy Manuel Guerrero, el entrenador personal de mí rubia.

Ella ríe falsamente, pues esa risa la conozco demasiado bien, y me mira de reojo como si quisiera comprobar que yo soy la rubia de la que habla. Una imprevista brisa mueve mi pelo y cuando alzo la mano para meter el mechón tras mi oreja, la mano de Manuel se me adelanta y con mesura y delicadeza lo coloca en su sitio, despejando mi cara. Su sonrisa me atrae, me hace recordar cómo se siente pegada a mi boca. Y si no fuera por el enfado que siento hacia él, aun habiendo pasado un día entero desde entonces, me hubiera lanzado y devorado encima de la silla.

Un carraspeo seguido de una presencia a mi lado, hace que dejemos de mirarnos como si estuviéramos a solas, y vemos como el chico de antes, deja nuestras ensaladas en la mesa. En serio, aquello parecía más comida para vacas, que una delicatesen, como mi amiga pregonaba.

—Mmmm... qué buena pinta y qué bien os cuidáis. Así me gusta Alex, que

comas sano. Yo me voy yendo ya, he hecho mi ruta diaria y vuelvo a casa. ¿Vienes a la clase no? —Me pregunta a mí haciendo que mi tenedor cargado de hierba y trozos de macarrones flácidos se quede a medio camino de mi boca.

—Sí, claro.

—Bien, bebe un poco de agua con azúcar y limón, es bueno para las agujetas —dice antes de besar la mejilla de Emilia para su disfrute personal, para luego besarme a mí un poco más de tiempo y casi acaparando mis labios de lleno.

¿No era este el que decía no sé qué de mi impulsividad, sin darle importancia a mi beso? Ahora va y casi me come los morros delante de todo el mundo.

Ante mi mirada interrogativa, se va hecho unas castañuelas y tras saludar por última vez con la mano, tuerce en la esquina y lo pierdo de vista. Es cuando mis pulmones vuelven a coger aire y mi corazón a palpar regularmente. Ese hombre cualquier día de estos, me hace tener un ataque.

—No sabía yo que hubiese entrenadores de ese calibre en Jaén. Con razón pasas de ir a la convención. Yo también me la perdería por pasar unas horas junto a ese bombón de licor.

—Aleja esa cara, Emi. Tiene... novia. Y es muy, muy celosa. Por no decir que a mí por poco me saca un ojo cuando nos vio entrenando.

Ella exagera un estremecimiento y me cuenta de su vida, cambiando de tema como ella muy bien sabe hacer. De cómo su marido se la folla cada noche (dicho por ella más sutilmente), de cuantas posturas y formas, se lo hace. Yo no puedo más que rodar los ojos mentalmente y contar los minutos para irme y llegar al gimnasio. Solo una hora, veintisiete minutos y dieciséis segundos.

\*\*\*

Esta vez Manuel no me espera en la entrada, solo Lucas está en la recepción y tras guiñarme un ojo e indicarme que me está esperando en la sala del final del pasillo, con paso apresurado me dirijo hacia allí. Lo encuentro colocando una especie de bloque, dos para ser exactos, en medio de la sala solitaria. En esta no hay ninguna máquina, solo una mesa estantería donde hay pesas de diferentes tamaños bien colocadas y de todos los colores y una mini cadena en el rincón.

— ¿Se puede?

Manuel pega un brinco y del mismo salto da un paso hacia atrás pisando el bloque y cayéndose de culo al suelo. Corro hacia él tremendamente arrepentida por haber hablado así tan de repente, pero en cambio, lo encuentro riéndose a carcajadas, contagiándome a mí.

De un movimiento me agarra de las manos y me tira hacia él hasta tenerme tumbada en el suelo, con las manos fuertemente agarradas por las suyas justo encima de mi cabeza. Mi risa hace rato que ha remetido, sin embargo, mi cuerpo, parece más despierto que nunca.

—No vuelvas a asustarme así... —Susurra mirando de mis ojos a mi boca intercaladamente.

Intento soltar mis manos, pero él lejos de soltarme, me agarra con una sola mano que puede tranquilamente hacerse pasar por una tenaza y baja la otra hasta mi cadera haciendo que la respiración se me atore en la garganta. Pero

no me lo espero cuando empieza a hacerme cosquillas haciendo que me doble y me remueva queriendo alejarme de sus malvados dedos. Aunque la forma en la que lo hago, acaba demasiado mal para él. Mi rodilla conecta, por desgracia suya, con su entrepierna y da un gruñido a la vez que se dobla sobre sí mismo y cae a mi lado, dolorido y apretando sus partes nobles.

—Eso te pasa por hacerme cosquillas... —Digo yo muy digna ante su mirada asesina— ¡Oh, venga ya! No ha sido para tanto. Si te he dado en la pierna...

— ¿La pierna? Si no me has dejado estéril, vas a hacer que jamás vuelva a soportar una erección por más de dos segundos.

Río con ganas ante su guasa y lo ayudo a levantarse. Un poco dolorido y dejándose caer con las manos en las rodillas, pienso en aclararle su duda. ¿Cómo hacer que se excite sin que se vea que quiero excitarlo de verdad? Una sonrisa perversa, curva mis labios. Y tras morderme el labio inferior voy hacia el centro de la sala y empiezo a estirar. Primero me inclino hacia delante, dejando mi trasero empinado y las piernas abiertas. Llego con mis manos a un pie y luego a otro; a continuación, me abro de piernas gracias a mis prácticas de ballet que tomé de niña y me vuelvo a inclinar hacia delante. Miro hacia el espejo, observando como Manuel mira hacia la dirección que quiero que lo haga.

Una vez acabo con el estiramiento, decido jugar un poquito más. Me pongo de pie y lo miro a través del espejo, captando así su atención.

— ¿Puedes ayudarme? Necesito estirar un poco más la pierna derecha.

— ¿Más...? Pero si te has abierto de piernas completamente, vas a hacerte un desgarro, chiquilla.



Río sin poder remediarlo y le incito a venir hacia mí. Él accede trémulo, llegando hasta mí y quedándose muy cerca.

—Agarra mi pierna por debajo de la rodilla.

Yo la alzo para darle más facilidad y él hace lo que le digo. Me acerco completamente a su cuerpo haciendo que por unos segundos se tense. Sonrío y me agarro a sus hombros para a continuación aspirar su rico olor.

—Ahora ve levantándola poco a poco, hasta posar mi pie en tu hombro.

Él me mira como si hubiera dicho que me agarrara el sol con las manos desnudas.

—¿Estás loca? Vas a partirte en dos...

—No, tranquilo —logro decir entre risas.

Él sacude la cabeza en una negativa, pero accede al final. Me alza la pierna poco a poco, hasta que consigue colocar mi talón en su hombro. No sé cómo coño logro hacer estas cosas, pero desde pequeña poseo una gran flexibilidad y como en estas ocasiones, me da gusto tenerla. Manuel acaricia mi muslo en descendente, mirándome fijamente a los ojos. Siento toda su virilidad pegada a mi intimidad, dura y gruesa, y no logro detener la sonrisa de suficiencia que se asoma en mi boca. Él lo sabe, se enfada pero no se aparta si no que se acerca más haciéndome notar más, provocando que un jadeo entreabra mis labios.

—Tienes una flexibilidad envidiable...

—Y tú has logrado aguantar una erección por más de dos segundos... —  
Contraataco, bajando la pierna de un tirón.

Me acerco a su irresistible boca, tentándolo, haciendo que cierre los ojos esperándolo. Pero en cambio me dirijo a su oído y le susurro:

—Será mejor que empiece a re—direccionar su energía al ejercicio, señor Guerrero, no vaya a ser que quiera besarme y la vayamos a liar. Porque entonces ya juntaríamos el hambre con las ganas de comer y estoy que me como un caballo.

\*\*\*

«Te espero en el parque frente a tu casa a las 18:30»

Ese es el mensaje que recibí ayer y que lo he leído veinte veces por si encuentro cualquier mensaje subliminal donde diga que me echa de menos tanto como yo a él. He estado acatarrada por una semana, una semana entera donde casi no he salido de casa. Nos hemos mantenido en contacto mediante llamadas y WhatsApp, pero lo que más ansiaba era verlo de una vez.

Ayer le dije que ya estoy recuperada, ya no moqueo ni me caigo desfallecida por los rincones y no perdió tiempo, que ya ha propuesto plan. Esta vez lo llevaría a merendar a mí sitio preferido, donde sirven los mejores helados bajo en grasa de toda la ciudad.

Miro mi reloj dándome cuenta que lo más seguro es que ya esté en el parque. Me pongo atacada de los nervios, cuando veo que aún me queda peinarme y maquillarme, así que, en un escueto mensaje, le digo que suba y me espere. No pasan dos minutos que mi timbre suena y corro a abrir la puerta.

Él todo sonrisas y ojos brillantes, ataviado con unos vaqueros azules y una

camiseta blanca apretada de manga corta, es lo que se materializa al otro lado de mi puerta. Y yo no puedo más que morder mi labio inferior tan fuerte que casi me hago daño. Mejor eso que lanzarme a su yugular. A este paso me convertiré en caníbal.

—Hola, rubia. Veo que estás bien... —Dice ladeando la cabeza con esa sonrisa canalla que me gusta tanto y observándome de pies a cabeza.

—Pues ya ves, tus entrenamientos están haciendo efecto y ya casi he perdido un kilo.

El ríe y niega con la cabeza.

—No me refería a eso, pero, en fin, me alegro de eso.

Lo dejo pasar y le indico donde puede sentarse mientras voy al baño a terminar de retocarme. Un poco de base, delineador negro en el párpado móvil y rímel, es lo único que me maquillo y me aliso el pelo con la plancha. Una vez satisfecha con el resultado, me pellizco los labios para darle un poco más de color natural al igual que a mis pómulos y lista.

Cuando voy a la sala, la mandíbula se me cae al suelo al ver lo que tiene en las manos.

— ¿Pero qué haces con eso? —Chillo como una posesa corriendo hacia él para quitarle una de mis bragas favoritas.

Él la aleja de mí haciendo que quede pegada a su cuerpo completamente. Me pongo echa un basilisco y salto para agarrar mí maldita ropa interior, pero el puñetero tiene el brazo igual de grande que una farola.

— ¿Qué has hecho estos días, Alexita? ¿No estabas enferma?

— ¡Claro que sí, idiota! Se habrá caído del cesto cuando recogí la colada. ¡Dámela ahora mismo!

Él con su fuerte brazo, me abraza por la cintura y sin esperármelo inclina la cabeza y me besa en los labios. Comiéndome la boca con ansias y fulgor, haciendo que mi furia se disipe dándole paso a un cosquilleo intenso y delicioso allí entre mis piernas. Le cedo mi labio que él muerde a conciencia, y ya cuando me agarra del culo y me acerca a su pelvis, me siento temblar.

Una vez nos separamos, con la respiración acelerada, abro los ojos al mismo tiempo que lo hace él. Está serio, demasiado, para lo feliz que es él siempre.

—No sé por qué, es lo único en lo que he pensado hacerte desde hace toda una semana.

Y yo feliz como la que más, le sonrío y le digo que tenemos que irnos antes de que se nos hiciera tarde.

Hacemos un pequeño itinerario con los puntos que él quiere visitar y nos ponemos en marcha. Tomamos un helado en mi heladería favorita y él concuerda conmigo en lo deliciosos que están. Y más cuando una vez nos los comemos, nos besamos ligando los sabores en una deliciosa mezcla. Una vez decidimos dar la vuelta, al ver lo tarde que es, nos ponemos a charlar de nosotros. En este rato hemos dejado de ser entrenador y entrenada, para solo ser dos personas que se gustan y quieren conocerse. Él me cuenta de su vida en Cádiz, de cómo son sus padres y su hermanita, la niña de sus ojos. A mí se me cae la baba y el babero escucharlo hablar de ella. Yo le cuento de mí, de que echo mucho de menos a mi familia, ya que viven lejos de mí. Cuando llego a la parte donde le cuento lo de mi padre, tengo que reprimir las ganas de llorar que me entran. Y es que, aunque haya pasado un año y unos largos diez años de enfermedad, no me acostumbro a su muerte. Mi padre lo era todo para mí, y

aunque si un día llegase a faltarme mi madre me moriría, para él fui su ojito derecho. Pasaba más rato con él que con mis amigas, deseando estaba cada mañana, para ir con él al campo.

— ¿Cuánto hace que no la ves, a tu madre?

—Uf... —Hago una mueca y me seco los ojos—Desde que mi padre murió. Tengo la sensación de que, si voy, volveré a caer en aquel pozo oscuro en donde estuve meses.

Él asiente apenado y me abraza por los hombros dándome el consuelo que necesito. Andamos un poco más y sin esperármelo me hace girar de golpe, me suelta y va hacia un papel pegado a un establecimiento cerrado. Lo agarra y lo lee.

—Oye mira, no sabía que se celebraba un maratón en tres meses.

Observo el anuncio sobre su hombro y me doy cuenta de que es el maratón anual benéfico, donde lo que se gana, va destinado a las asociaciones participantes en el evento. Siempre me gustó ir a ver como corrían aquellas personas deseosas de llegar al premio, que no era más que ayudar al prójimo.

—Sí, la hacen cada año, ¿Quieres apuntarte?

Él me mira sonriente y entonces cuando leo en su mirada lo que está pensando, por muy raro que suene, me alejo de él paso a paso viendo venir lo que creo que va a decir.

— ¿Por qué huyes? —Me pregunta agarrándome de la muñeca para luego atraerme hacia él pegando mi pecho al suyo.

—No lo haré.

—Sí lo harás. Conmigo. Juntos.

Y me besa cerrando así el trato.

\*\*\*

Pasan los días, las semanas, nuestras clases se han resumido en ir a correr juntos y por muy descabellado que suene, me he acostumbrado. Me siento mejor, más sana y fuerte, por no hablar que cada vez tengo más resistencia. Nuestras salidas se convirtieron en citas, donde él me cortejaba y yo me dejaba hacer. Habíamos forjado una bonita unión, que ni él ni yo, nos atrevíamos a poner nombre. Simplemente nos besábamos a cada rato cuando se nos antojaba. Pasábamos casi todo el día juntos, si no era entrenando, comiendo en mi casa, en la suya o en cualquier restaurante. Emilia me llamaba cada dos por tres catalogando lo abandonada que la tenía. Y aunque me sintiera mal por ella, luego pensaba en Manuel y se me pasaba.

Un mes pasó, así de rápido como el segundo. Estamos a menos de dos semanas para el evento y me bajo de la cinta de correr, exhausta y casi sin fuerza habiendo corrido treinta kilómetros seguidos. Manuel hace unos minutos que se fue a buscar la solicitud para el maratón, y para hacer tiempo, decido utilizar el vestuario y ducharme aquí. Casi nunca lo hago, pero me siento tan sudada y asquerosa que no quiero salir de aquí apestando a *cochinito*.

Me despojo de mi ropa deportiva y me miro al espejo de cuerpo entero. Sonrió al ver como mis muslos han cogido musculatura y mi barriga ya no era un bulto. Estaba plana, sana y hermosa. Y con el ego por los aires me meto bajo el chorro de agua caliente y procedo a darme mí merecida ducha.

—Alejandra ¿Estás aquí?

Es tal el susto que me meto ante su grito, que me resbalo y el jabón se mete en mis ojos. Me arde una cosa mala y chilló histérica intentando quitarlo. La ducha está apagada ya que acostumbro a cerrar el grifo para ahorrar agua mientras me enjabono y no logro encontrar la maldita llave para abrirlo.

—Mierda... —Maldigo casi llorando por el escozor que tengo en los ojos.

—Oye, ¿Estás bien?

— ¿Tú qué crees, lumbreras? No encuentro el grifo y por tu culpa me entró jabón en los ojos.

—No ahí, no, a tu izquierda. Más a la derecha, no, Alex, ahí no. Espera hacemos una cosa, entro ahí contigo y le doy por ti, ¿De acuerdo?

— ¡¿Qué?! ¡Y un cuerno! ¡Estoy desnuda! —Le chilló como si ese detalle no fuera obvio.

—Te prometo no mirar, entro pongo tu mano en el grifo y ya.

— ¡Como mires te juro que te corto las pelotas, Manuel!

Él se ríe y cuando escucho la mampara abrirse me cubro un poco sintiendo como mi piel se eriza solo de saber que lo tengo ahí. Justo delante de mí y yo desnuda completamente. Él agarra mi mano y la lleva consigo hasta el grifo, espero que salga, pero no lo hace, en cambio hace girar la llave y el agua cae encima de ambos. Haciendo que poco a poco el jabón se disuelva y yo pueda abrir los ojos sin quedarme ciega. Lo primero que veo son los suyos, abiertos, oscuros y su mirada ardiente observando cada centímetro de mi cuerpo. Me cabreo, me pongo *farruca* y estoy por gritarle de todo menos bonito, cuando se lanza contra mí y me besa. Empotrándome contra la pared azulejada, agarrando mi nuca con una mano mientras que con la otra me alza en vilo, haciéndome enroscar las piernas en torno a su cintura. ¡Está desnudo!

No logro enfocar mi mente en algo coherente, sus labios y manos acariciando todo a su paso, no me dejan cabida para eso. Sin embargo, sí me dejo llevar, como el agua que corre sobre nosotros, empapándonos, entibiándonos aun estando tan calientes como la lava ardiendo. Gimo al sentirlo duro y dispuesto justo en la entrada de mi sexo y me restriego contra él, deseando poder sentirlo de una vez en mi interior.

—No tengo protección aquí, por eso te vas a escapar de no cogerte y follarte contra la pared.

—Estoy en control de natalidad, si estás sano, yo también... —Es la única frase que puedo enlazar completa antes de qué dé un fuerte empujón, me penetre y me haga ahogar un chillido en sus labios.

Manuel bombea en mi interior, entrando y saliendo con fuerza, rudo y delicioso, contrayendo mi sexo y preparándose para el final. Mi orgasmo se acerca... Dios, que delicia...

—Dime que estás lista, cariño... —Murmura entrecortadamente sin dejar de envestirme con fuerza. Sus dedos se entretajan entre mi pelo, creando una cortina blanca entre ambos.

Asiento, mas no puedo decir una palabra más. Mi espalda se arquea y cuando suelta un gruñido gutural, animal y ronco, me corro con fuerza sintiendo nuestros cuerpos tensionados y llegando a la cima juntos.

—No sabes lo guapa qué te ves así... —Susurra ahogado por el esfuerzo sobre mis labios hinchados.



Sonrí y lo beso. Y entonces sé desde este mismo instante de qué no vamos a poder separarnos nunca más.

\*\*\*

Manuel me pega el dorsal 270 a la espalda mientras estiro mi pierna derecha a todo lo que da. Estoy nerviosa, muerta de miedo y él parece tan tranquilo que a punto estoy de retorcerle el pescuezo. Él me sonrío una vez acaba y acuna mi barbilla para besarme una vez más. El cabreo se va con los nervios, casi igual de rápido que llegaron. Pero no tarda mucho en aparecer lo primero, ya que un pitido nos da a entender que la carrera está a punto de comenzar.

Miro a Manuel, con ganas de decirle que lo dejo, que me largo de aquí. Pero él me dice que me esté tranquila, que todo esto lo haga por mí, por un reto personal. Que luego de esto, me sentiré más viva que nunca y gracias a su ánimo es que ando hacia la línea de salida, teniéndolo a él, justo detrás de mí. Hay montones de personas compitiendo, como hay miles y miles viendo la carrera tras las barreras. El año pasado era yo la que estaba allí fuera y hoy estoy aquí. A punto de correr por toda la ciudad y deseosa de quedar en un buen puesto.

Puedo hacerlo...

Y con ese mantra, me lanzo a correr una vez que el disparo de salida es lanzado al aire. Miles de personas corren a mi paso, Manuel me adelanta, con una sonrisa me dice adiós y yo sin dejar que me gane, aprieto y consigo adelantarlo. Entre risas y jadeos, logramos avanzar la mitad del recorrido. Estoy en buena posición, entre los veinte primeros, junto con Manuel a mi lado.

Corro con todas mis ganas el último tramo, hasta que veo la bandera a blanca ondeando en el aire. Veo el final, veo la meta. Y siendo ese mí único objetivo,

quemo mis fuerzas y corro como el infierno. Quedo segunda y es tal mi alegría que salto eufórica y feliz a los brazos de mi Manuel que me recibe con un beso de esos que me hace enamorarme más aún de lo que estoy.

—Te amo, mi campeona.

—Y yo a ti...

## *Los girasoles en otoño* Viki Tapada



Mientras todos los girasoles miran al sol, hay algunos que prefieren secarse, dar la espalda a la luz antes que volver a ilusionarse para después sufrir de nuevo. Y sí, me estaba secando, pero no lo veía, simplemente dejar pasar el tiempo y esperar a que algún día mi corazón se recompusiera. Había admitido que mi marido me había dejado por otra, que había dejado nuestra cuenta a cero para crear su nueva vida y aun así era incapaz de odiarlo, de sentir algo, ni malo ni bueno. Me estaba quedando vacía.

Nada en Los Ángeles estaba destinado a mí, pero en ningún lugar del mundo existía mi lugar, porque todo lo había borrado, lo malo, pero también lo bueno y esto lo comprendió mi hermana pequeña mucho antes que yo. Mi negación era absoluta, me resistía a regresar a la villa de mis padres en la Toscana. No sé cómo Mónica logró meterme en un avión en una de sus visitas exprés. Ella y su cuerpo escultural, tan femenina en cada uno de sus movimientos, yo nunca me había esmerado en lucir atributos, además tan distintas que, al lado de ella, me asemejaba a una vulgar y pequeña americana, del montón.

No, no la envidiaba por todo lo que nos diferenciaba, simplemente nunca

habíamos congeniado, mi vida había sido siempre la literatura y las buenas conversaciones. Ella, sin embargo, prefería los entrenadores personales y sentirse divina. Si bien es cierto que nuestros padres nunca le exigieron unos estudios, de mí se esperaba al menos dos licenciaturas, mínimo. Sacaron, por así decirlo, el potencial de cada una.

Los Grimaldi habían sido, desde hace siglos, una de las familias con más elenco y poder, poseedores de terrenos repletos de vid, propietarios de las mejores bodegas de toda Italia, así era nuestra familia. Mónica encantada de aprovechar todo lo que le brindaba siglos de renombre, yo, en cambio, hui a Estados Unidos, no ansiaba ninguna clase de privilegio que no me hubiera ganado. Después de tanto esfuerzo, América me rechazaba porque mi ex marido se había llevado la mansión, la manutención, la chica divina quince años más joven que él y, por si fuera poco, mi tesis.

Seguía en huelga contra la vida, arrebujaada entre las suaves sábanas con aroma a lavanda, pero encerrada en una nueva jaula de oro.

De repente, el torbellino de mi hermana entró sin llamar ni pedir permiso. Me lanzó unas bolsas de tiendas de deporte. No podía reaccionar, estaba cansada y no me importaba una mierda sus divinos planes. Me cubrí, cabeza incluida.

Pero Mónica no es de las que se dan por vencidas, descorrió las cortinas dejando entrar una explosión de luz a través del gran ventanal, luego me retiró mi comfortable edredón y, con los brazos en jarra, me miraba con severidad. ¿Desde cuándo mi hermana “divina” se había convertido en mi hermana “adulta”?

El mundo iba al revés y el cambio no me agradaba nada, me molestaba la luz del sol, con los ojos entreabiertos la observaba.

—¿Y bien? ¿Vas a levantarte o lo hago yo? — expresó con gesto fruncido.

— No tengo ganas de salir, te puedes ahorrar este numerito, hermanita... — refunfuñé.

— Dúchate y ponte la ropa de deporte que he traído — hizo una pausa —. Espero haber acertado con la talla, he tenido que ir a la sección infantil — aseguraba divertida antes de marchar.

Estaba ahogándome en mis miserias y a ella solo se le ocurría traerme ropa deportiva, no iba a cambiar nunca, eso es lo que pensé. Siempre sería la chica divina que anteponía las apariencias. No me apetecía ir en clase vip al mejor gimnasio, ni nada de lo que se le pasara por su rubia cabecita.

Me puse la bata de siempre y asomé la cabeza por el ventanal, demasiada luz. Divisé a lo lejos grandiosos terrenos repletos de viñas en flor. No quise seguir observando, ni atraer más recuerdos, sí, eran felices, pero no.

Por curiosidad, más que por otra cuestión, abrí las bolsas, sí, todo muy del estilo “Mónica Divinity”. Muy rosa todo, si me ponía eso corría el riesgo de parecer una mini Barbie. Inspeccioné la talla, ¿qué? ¿Se había vuelto loca? Sí que era de la sección infantil de D&G. Era odiosa, qué coño se había pensado, tenía treinta y cuatro años, no cuatro. Si era una broma, era bien pesada.

Decidí bañarme y demostrarle que su gracia no tenía gracia. Sí, después de relajarme en el jacuzzi estaba más relajada, preparada para ensanchar esas prendas hasta romperlas. Tenía que ser así, me puse la camiseta, era mi talla, los pantalones también, no podía ser. ¡¡¡Había encogido!!! ¿Dónde se habían quedado mi culo y mis tetas? Tenía que ser una broma, habría cambiado las etiquetas, no, demasiado laborioso para sus uñas de porcelana.

Dos toquecitos en la puerta me indicaban que Elena me traía el desayuno, desde mi regreso no había bajado ni una sola vez a comer en familia, bueno,

más bien había dejado de comer y punto.

— Pasa, Elena.

Nuestra querida Elena de toda la vida me miró imitando una mueca, sostenía la bandeja de plata con demasiada comida a primera vista: zumo de pomelo, té, leche, yogur, fruta, tostadas con diversas confituras, café con leche, huevos con bacon. Eso tardaría todo el día en tragarlo.

— Suéltalo, Elena, ¿a qué viene este despliegue de alimentos? — pregunté con una fingida sonrisa.

— Señorita, son órdenes, y cuando se lo termine la esperan abajo — dejó la bandeja y con una sonrisa de “yo lo sé todo” se marchó, se giró para recordarme que bajase con el fabuloso chándal que llevaba puesto y dejó caer lo fabuloso que me quedaba.

Al cerrar la puerta probé el té, rico, negro pakistaní, mi favorito. Lo que me indignaba era el resto de manjares, era un desperdicio. Tal vez el café con leche, pero nada más. Mi mente se negaba a comerse todo eso. Y tras mi frugal desayuno, bajé por las escaleras victorianas despacio y simplemente por curiosear qué estaban confabulando. Fuera lo que fuese, me negaba en redondo.

Abajo esperaba Elena, con esa tez morena tan de su tierra; México. Las manos cruzadas y me indicó que saliera al jardín, que estaban todos esperándome. El día no estaba mejorando en ningún sentido, si no quería comer, tampoco hablar y muchísimo menos escuchar sermones que me hacían sentir peor.

Mi madre tomaba té con limón en una taza de a saber qué siglo, me invitó a sentarme junto a ella con la mirada. Mi padre ojeaba el periódico, pero no lo leía y Mónica estaba recostada en una tumbona esperando a que nuestra madre se pronunciase, mi padre no lo haría y observando la postura de mi hermana,

ella tampoco.

Desde pequeña vi cómo mi madre se apasionaba con cualquier objeto antiguo, de cualquier siglo y cultura. Así que me era difícil saber si estaba comiendo con los cubiertos de la reina María Antonieta o de Napoleón, pero lo más obsesivo para ella eran las joyas, era como poseer un rayo de sol o una estrella, todo aquel glamour conmigo se había desperdiciado mientras que con mi hermana había acertado; era su predecesora. Ahora que observaba con detenimiento el periódico que sostenía mi padre; estaba al revés. Vale, confirmado que aquello no iba nada bien.

Mi madre carraspeó para dar importancia a lo que tenía que anunciarnos, aunque que la única que desconocía la cuestión era yo.

— Querida Anna, todos están al corriente menos tú — me miró como si quisiera petrificarme, una mirada muy de mi madre —, tu padre y yo nos retiramos, tu hermana se irá unos años a Francia, a París para ser más exactos. Allí estudiará interpretación...

—¿Y? — pregunté desconcertada — ¿No pensaréis que voy a llevar yo el negocio familiar? — no cabía en mí.

— Ahora mismo no podrías sostener ni una bandeja, estás débil. Deja de auto compadecerte y en vista que han pasado dos meses y no has sabido superarlo, hemos tomado las riendas de lo que será tu vida desde hoy.

— Pero mamá — me giré —. Papá, deja de leer el periódico al revés y di algo — dije furiosa.

— Tu madre tiene razón y ahora es tu hermana la que te guiará. Debes alimentarte para comenzar y tener culo de nuevo — dijo mirándome de reojo.

— Pero, pero... ¿qué tiene que ver mi culo en todo esto? — estaba boquiabierta — Ni tan siquiera me gusta el vino, yo no sé llevar la empresa,

que la lleve Mónica en vez de irse con alguno de sus entrenadores, muy personales, por cierto. No soy yo vuestra preocupación.

Acto seguido mi hermana se incorporó, se colocó con suma delicadeza su cabellos largos y dorados, cogió los zapatos y se dirigió hacia mi madre, le dio un beso en la frente, luego a papá. Le brillaban los ojos, esos enormes ojos miel, me miró muy seria. Creo que nunca había visto esa expresión en su rostro, siempre sonriente y despreocupada.

— Te has pasado, hermanita — expresó conteniéndose — Enmanuele está a punto de llegar, mamá, haz tú el honor, yo me voy a tirarme a algún entrenador — sin mirar atrás, fue caminando sobre la hierba, descalza.

—¿Quién es Enmanuele? — fue lo primero que pregunté, intentando imitar que no me afectaba nada, o quizá había dejado de afectarme.

— Querida Anna, desde hoy tienes entrenador personal, tu hermana lo eligió para ti — expresó con severidad mi amorosa madre —. Y aquí no nos tiramos a los entrenadores, somos un ejemplo en esta comunidad, pertenecemos a los cofundadores de la ciudad, y desde este momento vas a hacer cuanto te indiquemos...

— Hija — intervino mi padre —, todo esto es por tu bien, estás hundida, tienes que retomar la ilusión, hazlo por mí al menos, estoy mayor, mi niña — dijo con suavidad.

— Está bien, papá, lo intentaré — mi padre era especial —. No prometo nada.

Al final también tendría un maldito cachas diciéndome todo lo que debía hacer, no conocía muy bien su funcionamiento, pero había que esperar. Encima, impuntual, comenzábamos bien. El aroma a jazmín era la nota profunda de nuestros vinos, me quedé con los párpados cerrados, aspirando el aroma de mi niñez. De nuestra niñez, había sido cruel con Mónica y me preocupaba si en verdad sentía mis palabras o fingía sentir las.



Escuché apagar el motor de un coche, unos pasos ligeros y poco más tarde la presencia de un hombre tras de mí, olía a fresco y cuando me giré, ahí estaba Enmanuele, saludó cortésmente a mis padres y me tomó la mano para observarme. No pude evitar hacer una mueca. ¿Qué estaba buscando? Ah, lo mismo mi culo...

El pelo castaño, revuelto, ojos claros y mirada intensa. Unos jeans desgastados, camiseta gris que mostraba un cuerpo fuerte, pero sin ser súper cachas. Permanecía serio observando y frunciendo la boca mientras abría los ojos bastante asombrado. Estaba poniéndome histérica, no sabía cómo colocarme, encima mi estatura no ayudaba demasiado, aunque él debería medir menos de uno ochenta.

—¿Se puede saber qué miras? — me atreví a decir — No te presentas y me inspeccionas como si fuera extraterrestre.

— Te miro a ti — dijo arqueando la ceja derecha.

— Eso ya me lo imagino, pero no responde a mi pregunta.

— Ya he terminado, nos vamos. Disculpen las molestias — expresó a mis padres.

Dicho esto, me indicó que le acompañase, nos subimos en su auto, no quise fijarme en la marca y él se colocó las gafas de sol, marca Versace. Todos y sus marcas. Me había perdido en mi propio planeta, pensé.

—¿Dónde vamos? — pregunté resignada.

— Bonitos ojos azules — dijo mientras se bajaba un poco las gafas.

— Eso no es un lugar, por favor, ¿dónde vamos?

— Al gimnasio, hay que pesarte, medirte, en fin, esas cosas que no haces desde que se ocupaban de ti tus papás — todo esto sonriendo.

Me mordí la lengua, de haber respondido, terminaría caminando por la

carretera, yendo hacia mi casa, bueno, la de mis padres. Y no tenía ganas de esa gran caminata, no entendía por qué, de entre todos los entrenadores que conocía mi hermana, escogió al más borde. No podían ser todos así, ¿o sí? Ni idea, estaba entrando en un mundo nuevo del que quería salir cuanto antes.

Durante el trayecto él no pronunció palabra y yo ni lo miré, me veía en el retrovisor, mi pelo corto y rubio, despuntado, un azul apagado en mis pupilas y sí, unas ojeras grises que no me hacían demasiado atractiva. No sabía por qué me había dado por mirarme, hacía meses que no lo hacía y la que habitaba el espejo era una desconocida.

Y ahí estaba el famoso gimnasio, tres plantas totalmente transparentes desde fuera. Se podía divisar a los monitores con sus consentidas alumnas, las máquinas y alguna sala de baile, un ascensor exterior y me imaginaba que me quedaba mucho por ver. Alrededor todo era césped bien cuidado y un camino empedrado que conducía a la entrada. Dos grandes árboles, uno en cada esquina del enorme edificio. Demasiado lujo, de eso era de lo que había huido, pero al final me encontraba en medio de todo aquello que había tachado siempre de superficial.

Enmanuel me acompañó a una de las salas donde una chica super sonriente se le abalanzó, el correspondió con un guiño. La encargada de medirme y esas cosas, forcé una sonrisa y me dejó allí con la chica pecosa de cabellos pelirrojos.

— Hola, soy Francesca, tú debes ser Anna Grimaldi... te ha tocado el mejor, ya te darás cuenta

— Gracias, veo que sois grandes amigos — insinué maliciosamente.

Comenzó a reír mientras rellenaba unos documentos, me miró y sonrió

abiertamente.

— Sí, somos grandes amigos; es mi hermano — afirmó —. Sube a la báscula, por favor.

— Lo siento, no quería ser desagradable....

— Ah, no te preocupes, es la primera observación de todas, bueno, normalmente esperan a que primero las pese, las mida y esas cosas.

Sentí que me ardían las mejillas, no podía meter más la pata. Y, además, qué me importaba a mi todo aquello, lo acababa de conocer y encima lo encontraba irritante. Hasta mi ex marido era mucho más caballeroso y amable, pero claro, si se había ido con otra, otra vez divagaba en pensamientos absurdos. Quería terminar el día y tan solo eran las once.

— Bueno, tienes tu ficha — se quedó una y la otra me la entregó —. Un pase para todas las instalaciones, incluidos el spa, restaurante y lounge bar.

—¿Peso cuarenta kilos? — pregunté atónita — Tiene que estar mal la báscula, peso entre cincuenta y cincuenta y cinco.

— Es eso lo que pesas, te hará mi hermano una tabla de ejercicios, también de tu alimentación. Estás bajo peso, aunque no seas muy alta, es muy poco peso. Ahora vendrá a buscarte.

Me deje caer en la silla, no tenía fuerzas para todos los ejercicios que me mandarían hacer.

— Hay mucho que hacer, vamos, Srta. Grimaldi — dijo mostrando la salida con la mirada.

— A las órdenes — dije en tono sarcástico.

Tras estas frases, lo único que vi fueron batidos proteicos, máquinas, más batidos y más máquinas, sí, clase de relajación, un poco de risoterapia y al final pude probar el spa, poco tiempo, según Enmanuele podía bajarme la

tensión y sufrir un desmayo, sí, un desmayo en sus brazos, ni aquellos ojos casi dorados me harían cambiar de opinión. ¡Odiaba a los hombres! Y estar obligada a estar con uno todo el día no era la mejor forma de aceptación hacia el sexo opuesto.

Había pasado un mes y la misión de Enmanuele estaba casi concluida. Había engordado diez kilos, volvía a tener culo y tetas, un cutis sonrosado. Había conectado con mi hermana como nunca había hecho. Y ahora ya no odiaba a los hombres, tan solo a él. La idea de terminar el planning de la semana y regresar a una vida normal sin tener la obligación de verlo, me aliviaba. Estar junto a él era estar en tensión todos los días de la semana.

Una tarde se presentó en casa vestido elegantemente de negro, impoluto. Mi hermana vestía un vestido de seda semi transparente, de un rojo intenso y aquellos zapatos tan de Cenicienta para un baile. Les vi marcharse en el coche de ella, un Masserati negro descapotable, parecían estar bien juntos. Me puse a caminar por la casa y, aunque inmensa, me faltaban metros. Al final decidí ponerme el chándal e ir a correr, antes de salir de mi habitación me miré en el espejo, me veía guapa de nuevo, pero no lo suficiente. Iría de compras, a la peluquería, en fin, esas cosas que tanto odiaba, ahora deseaba hacerlas. De momento necesitaba correr, porque por alguna razón estaba a punto de explotar.

Salí por la entrada principal a buen ritmo. Para no pensar, comencé a contar, pasé los viñedos, me encontraba en mitad de quién sabe dónde. Miré la hora en el móvil, anochecería en breve, habían pasado dos horas. En media hora ya no se divisaría nada y yo ahí medio perdida, ahora no estaba tan solo furiosa con aquel arrogante, sino con mi hermana, conmigo... sobre todo conmigo. Eran libres, solteros y podían hacer lo que les diera la gana.

Lo que me faltaba en esos momentos, la batería se me agotaba y yo seguía

caminando porque para correr ya no me daba. Toda mi furia se había llevado mi fuerza de la ida, sin pensar en que tenía que regresar.

Se hizo noche cerrada y seguía caminando, hasta que trastabillé y me torcí el tobillo derecho. Dolía, cómo dolía, comprobé que podía ponerlo en el suelo, eso indicaba una torcedura, no una rotura.

Unos faros me cegaron por un segundo, sentada en el suelo, me incorporé, apoyándome en el pie sano. Me cubrí los ojos, me cegaban las luces, me inquietó que hubiera alguien a estas horas por allí. Salió alguien, un hombre, reconocí su aroma y su caminar, era Enmanuel, seguro. Con su medio sonrisa tan suya, me miró arqueando las cejas y, sin dejarme decir nada, me cogió en brazos y me metió en el coche.

Cuando estuve sentada, ocurrió algo que no me esperaba, me dio una bofetada y yo, ni corta ni perezosa, se la devolví con toda la rabia que llevaba acumulada.

Se tocó la mandíbula y me miró fijamente.

—¿Te das cuenta del susto que llevan en tu casa? — dijo con rabia en la voz — No se puede desaparecer como si todos tuvieran que estar tras de ti, a ver si te lo metes en esa cabezota intelectual que tienes...

— Sí, mi hermana debe estar muy preocupada, claro y tú también. ¿Os he fastidiado algo? Porque no era mi intención arruinaros la velada, la cena, el baile o lo que estuvierais haciendo — dije con los ojos irritados —. Y deja de mirarme como si fuera idiota, no lo soy, ni una niña a la que hay que vigilar para que no rompa algo. Odio a los hombres, todos sois iguales.

Paró el motor, sonrió y se fue acercando. Su respiración, tan cerca, me estremecía, se me secaba la garganta, di gracias de estar sentada, pues no sé si me sostendría en pie, tan cerca. Y aquel calor que luchaba por salir y yo por

retenerlo.

— Tú no odias a los hombres, me odias a mí — mirándome con una dulzura que nunca había hecho—. Y me estás rompiendo, hace un mes que lo haces con cada mirada de desprecio.

— No, yo no... te desprecio — y entristecí.

Me tomó del cuello, acercándose lentamente al principio, pero al besarme todo explotó, todas las sensaciones reprimidas, ya no dudé y si había estado con mi hermana, lo olvidé por completo. A todos sus besos precedieron caricias y mi desnudez con la suya, su torso fuerte, todo él me vestía y me despojaba de mí, de mis complejos, de que gemir en medio de la oscuridad era la sensación más pura que había sentido. Me había liberado y aunque aún no lo sabía, yo lo había transformado en parte.

No deseaba vestirme con otra cosa que no fuera su cuerpo, pero sus besos me indicaron que era hora de irnos. Me acarició el pelo y me retiró un mechón de la frente.

— Tu hermana y yo somos socios de una protectora de animales, hoy había una gala para recaudar fondos — dijo con aquella sonrisa pícara.

— Ah...

No me dejó decir nada, me besó dulcemente. Nunca me había sentido más bajita, tenía la sensación de que, si decía cualquier cosa, sería inoportuno.

— Todavía te queda esta semana conmigo, podemos comer juntos, si quieres —me propuso observándome de reojo mientras conducía.

— Me encantaría, ¿todos los días? — logré decir.

— Sí — afirmó con aquella sonrisa tan suya.

Al entrar medio coja por el portal, mis padres se acercaron para ver qué me

había pasado, mientras mi hermana llamaba al médico de la familia. Pero yo no podía apartar la mirada de él, a nadie le pasó inadvertido, mi madre le agradeció su ayuda y le indicó que ya era muy tarde, lo echó elegantemente y él se fue.

Como suponía, era un esguince, me impediría ir la última semana, o por lo menos tendría que evitar según qué ejercicios, eso pensaba, pero estaba equivocada. Mi madre me anunció que ya era hora de terminar con mi instructor personal, que ya había cumplido su cometido. Ahora tenía que aprender a comportarme como una señorita, heredera de un imperio vinícola y que, naturalmente, debía representar este año a la familia. Una gala en la que mi madre había elegido con sumo cuidado los invitados, porque algún rico o noble podría ser mi compañero de viaje en esta nueva andadura de mi vida. Todos aquellos planes tan elaborados me hundieron.

Faltaban quince días para hacer de mí otra Mónica, pero al menos ella conservaba la libertad, o eso creía.

No quería estar sola aquella noche, no podía llamarle, tampoco verle. No hacía falta una prohibición en especial, lo había dejado bien claro. También mi padre, a su modo, había consentido todo aquello, ahora que estaba más viva que nunca, ahora eran ellos quien me hundían.

Salí de mi habitación y toqué en la puerta de mi hermana, se la escuchaba sollozar y la voz ronca me dijo que podía pasar. Estaba abrazada a sus piernas, tan bella como siempre, no se había desmaquillado y tenía marcas grises en las mejillas de haber llorado. Me abracé a ella y ella lo hizo con fuerza. Entonces rompí a llorar, por eso mismo nunca había querido pertenecer a todo aquello.

— Cuéntame, por favor — le supliqué —. Necesito que me perdones, te he juzgado cien veces y no era quién para hacerlo, pero dime qué te pasa, por

favor.

— Dentro de quince días me voy, pero no porque quiera irme — y bajó la mirada —. Cuando dijiste que me tiraba a los entrenadores que había tenido, me hirió, pero no el hecho de que lo dijeras, sino de que lo creyeras, siempre lo he hecho creer para que no tuvieran altas esperanzas de esas que me obligasen a casarme con alguien que no quiero, ¿entiendes?

— Creo que sí, si no cumplías los requisitos, no te pedirían matrimonio algo así, ¿no? Y por eso te envían fuera, para que no des escándalos cerca de ellos —me quedé pensativa—. Es como si quisieran que no pertenecieras más a la familia... — musité.

Las lágrimas me resbalaban y no podía contenerlas, Mónica me estrechaba las manos con las suyas. Dio un gran suspiro.... y me soltó la bomba “Estoy enamorada y me he quedado embarazada”.

Me quedé blanca, no sabía qué decir, ni cómo actuar...

— Es de la protectora de animales, un buen chico, es veterinario — sonrió amargamente —. Hace ya tres años que estamos juntos y mis líos amorosos... nunca hubo ninguno. Enmanuele me cubría y bueno, porque le gustan mucho los gatos — y sonrió de nuevo, esta vez abiertamente.

— Por un momento creí que me ibas a decir que era Enmanuele el padre, qué sé yo... — me había quedado en blanco nuevamente.

— Enmanuele está enamorado de ti desde el primer día, se lo vi en los ojos — hizo una pausa demasiado larga —. Cuando lo elegí como tu entrenador personal, lo hice porque él sufrió una historia muy similar, dejó de creer y le costó mucho salir, pero eso es mejor que te lo cuente él.

— Cariño, no te preocupes que algo se nos ocurrirá, pero nuestro cuento terminará feliz —le susurré al oído, la besé en la frente y me fui a dormir, o al



menos a intentarlo.

En realidad, no tenía ni idea de cómo arreglar nuestras vidas, mi hermana estaba embarazada, si lo decía, la obligarían a abortar y si huía, se podía despedir para siempre del apellido Grimaldi. Tal vez la segunda opción sería la correcta, llevar una vida más humilde, como la que había llevado en California y a lo mejor, algún día, se haría el milagro, porque cambiar a su madre era más que un milagro.

Me quedé adormecida mientras, lentamente, el aroma a jazmín se colaba junto a los primeros rayos de sol, sentí mucha paz ese amanecer y es que había soñado con él, que estaba a mi lado, y con esa sensación de fuerza que da estar locamente enamorada, desperté. Sonreía, no podía dejar de hacerlo, porque en ese breve duermevela había encontrado la solución. Tenía un plan y una hermana a la que hacer feliz y... ¿Por qué no ser inmensamente felices las dos?

Si bien las ideas alocadas eran de Mónica, en su estado no estaba para mucho pensar y tampoco tenía demasiado tiempo para que se le encendiese la bombilla.

Descorrí la cortina, me vestí con un vestido de corte imperio de Carolina Herrera y bajé a desayunar, el pie me molestaba, pero no tanto como para no salir aquel día de compras. Era lógico que, si había una gran gala, tuviéramos que fundir la visa.

Mónica tenía los ojos hinchados, pero era mejor que de momento y por aquella mañana, pareciera desconsolada. Yo permanecí seria durante todo el desayuno y nos dirigimos a nuestros padres para avisarles que tendríamos el día muy ocupado, tal vez la semana entera.

— Veo que habéis tomado sabias decisiones, haced los preparativos y no escatiméis en gastos — sonreía vencedora —. Es una ocasión única en la vida

de las dos.

— Es verdad, tienes toda la razón — expresé con disimulo, o lo intenté, lo de ser actriz lo dejaremos.

Marchamos en mi coche, mientras le contaba el plan a mi hermana, que cada vez que la miraba estaba de un color distinto, pasó del blanco al rojo y al azul por las náuseas. Estaba de muy poco, de momento no había problema en eso, pero había que espabilar, la experta en compras era ella, así que comenzaríamos por lo más sencillo, bueno, para ella.

Lo que mi preciosa hermanita no se esperaba era que las compras fueran en Roma, tras los mensajes pertinentes nos encontrábamos en el tren, para ella toda una novedad el no viajar en el jet privado familiar. Cuando llegásemos a nuestro destino, madre estaría ya con la mosca detrás de la oreja, en fin, no pensábamos fugarnos. Tan solo íbamos a hacer lo que esperaba de nosotras; ser divinas.

— Mamá, estamos en Roma —esperé una reacción.

—¿Las dos juntas? — carraspeó — ¿Tan lejos? Hay diseñadores de mucho prestigio y más cerca, no sé qué os ha dado para iros a Roma — espetó.

— Mónica me ha enseñado locales que nunca había visto en mi vida y si te preocupa que falte algún detalle, puedes estar tranquila, me estoy encargando de toda la publicidad, tranquila —sonreía a mi hermana que se mordía el labio inferior — Llegaremos a tiempo, ¡Ciao!

Cogí a mi hermana por los hombros para tranquilizarla.

— Tranquila, una cosa menos.

—¡Una cosa más! Ahora piensa que es idea mía, esto no puede salir bien — refunfuñaba.

— Si le digo que soy yo, sospecharía aún más, no sé de tiendas, ¿recuerdas?

—¿Se puede saber con quién hemos quedado en el Capuchino? ¿Y qué es eso de la publicidad? Creo que no quiero saber más, solo quiero un batido de chocolate con muchísima nata.

En fin, había gastado dos millones de euros en dos minutos, esperaba que no lo notasen hasta el regreso, sino, nos quedaríamos sin tarjetas. El mayor despilfarro que había hecho en mi vida y no provenía de las compras de mi hermana, todavía ni habíamos comenzado, pero lo más caro ya estaba pagado y en camino. Sonreía y no podía evitarlo. Mónica no sospechaba el plan al completo y seguía con su segundo batido, sí, a este paso necesitaría un entrenador de los buenos.

— A las doce en punto, mira — le dije guiñándole un ojo.

Creí que la sonrisa de ella iluminaba toda la plaza, Enmanuele había acompañado a Mario, nunca me lo imaginé rubio, como nosotras, en realidad no me lo había imaginado. Solo que tenía ojos de enamorado, la abrazó y se besaron y besaron y besaron... En fin, que me quedé cortadísima al ver a Enmanuele. Pero al cogermelo de la cintura y atraerme hacia él, pasé de la vergüenza a la efusividad y bueno, ya que estábamos dando un número bastante excitante, decidimos dejarlo para cuando estuviéramos a solas.

Después de todo, esos días eran para nosotros, para los cuatro, mi tortura estaba por llegar porque lo que sí era cierto es que había que ir de compras. Zapatos de tacón principescos, de esos que me daba vértigo nada más verlos. Todo por una buena causa, porque lo principal del plan era la felicidad de mi hermana junto a Mario, así pues, nos separamos de ellos, también debían hacer sus propias compras.

Ya en la Vía Condotti, ella me fue haciendo de guía, ningún lugar me apetecía, así que me dejé llevar por su glamour. Lo suyo fue fácil, llevaba demasiados años de práctica y yo ninguno. Así que en una hora sus compras estuvieron

concluidas.

Me probé un ciento de vestidos, unos me estiraban de arriba, otros de abajo, la mayoría me venían demasiado largos. Hay que contar que están hechos para chicas como mi hermana, no para mí. Al final encontramos dos que nos convencieron, pero peligro, faltaban los zapatos.

Después de hacer el ridículo intentando caminar con aquellos andamios, había que reflexionar. Llevarnos tres pares y practicar en el hotel, no podía aguantar ni una risita más de ninguna dependienta, estaba al borde de clavarles el tacón en la frente. En tal estado preferimos guardar las energías para algo más productivo y lo más deseado para nosotras, en aquellos momentos, era un baño y estar con ellos. Temía despertarme y que todo fuese un sueño, incluso los tacones. Porque, aunque animaba a Mónica con que todo saldría bien, todo plan, por muy perfecto que sea, puede fallar.

Al menos para ellos debía funcionar, ¡sí!

La fiesta había comenzado a la hora prevista, estaba nerviosa no, lo siguiente. Era el día más importante para una Grimaldi, pero desde mi punto de vista, se había convertido en mucho más que eso. Me iba el corazón a mil por hora, tenía la impresión de que llevaba un mensaje escrito en la frente. Todos adulaban mi vestido negro, con algo de pedrería y largo, no se me veían los pies. Cuando me encontré con mi hermana, suspiré echando una bocanada de tensión acumulada. Estaba radiante con aquel recogido y, como siempre, cualquier cosa que se ponía lo convertía en traje de alta costura, no iba a ser menos aquel día en que mis padres recibían la enhorabuena de tan alta alcurnia, lo bueno es que no cayeron en el motivo. Claro, la gala de sucesión, sí, debía ser eso. Lo pensaba y me entraba la risa nerviosa.

Un susurro rozó mi nuca.

— Estás bellísima — y me ofreció una copa de champán.

— El plan no era que estuvieras aquí — le dije con los ojos abiertos como platos.

— No quiero ese plan, Anna — me sonrió —. Sé que me has comprado un título con buena fe, pero no necesito nada de eso. Donde yo quiero estar, ya estoy — dijo apuntando mi corazón.

Me abrazó, no debíamos hacerlo, pero sí, lo hicimos público, frente a la prensa de medio mundo. Esto no estaba planeado y tampoco lo siguiente. Mi madre entró en cólera viendo que todo se le escapaba de las manos, cuando quiso darse cuenta, su hija, Mónica Grimaldi, se había comprometido con el conde Mario Farelli y habían cogido las riendas de la hacienda familiar.

La gala tan planeada nos dio sorpresas a todos. Por mi parte, no dejaba de ver cómo brillaba mi hermana pequeña, la felicidad tiene luz y ella brillaba como nunca.

Mi padre ofreció un brindis y todos callaron. A su lado, mi madre, que no sabía para dónde tenía que mirar.

— Hoy es un día grande para los Grimaldi, mi pequeña Mónica se ha comprometido por amor, que es como debe ser — y me miró sonriendo —. Ahora espero que mi queridísima Anna siga su ejemplo y también lo haga por los mismos motivos. Disfrutad de la nueva generación de vinos Grimaldi.

Todos aplaudieron y yo lloraba, mi padre me había ayudado a vivir con Enmanuele, él, tan sorprendido como yo, me miraba interrogante.

— Eso no estaba planeado — le confesé emocionada —. Soy tan feliz... ¿No hay límites para la felicidad? Porque hoy me multarían...

Me besó, me tomó del brazo y salimos, de lejos veía a mi hermana bailar con mi padre, pero a mí me esperaba un camino precioso, lleno de girasoles, todos ellos mirando al sol; yo incluida. Marchamos en su coche, yo reposaba

los pies sobre la guantera y la cabeza sobre su hombro.

Miró mis pies y sonrió con picardía a mis deportivas rosas, y es que es bello poder mostrarte tal y como eres.

Loca enamorada

Anna <3

## *Tú, el verano y el deporte* May Dior



Uno de mayo y me encontraba paseando de camino a reunirme con mis locas del moño. En su honor me había recogido la melena de mala manera y me había puesto el último floripondio que mi querida Ro me trajo de su último viaje.

Tenía una insana obsesión con los adornos para el cabello, pero a la única a la que le pasaba factura su manía era a mí. No lo entendía, siempre acababa poniéndome sus regalos, eso sí, nada más cuando quedábamos para tomar café.

Recorrí la rambla sin saber si reír o llorar. Era el Día del Trabajador y todo, absolutamente todo, estaba abierto ¡¿Me sorprende?! No.

Los pequeños y medianos negocios que se encontraban a cada lado del paseo de la rambla tenían que hacer su agosto en un día festivo como ese. La verdad es que eso me daba la oportunidad de disfrutar el arte con el que solían adornar sus escaparates y no me sorprendía que fuesen las tiendas de deporte las que más llamaban mi atención a pesar del tiempo transcurrido.

Seguí caminando inmersa en mis propios pensamientos dándole vueltas a la urgencia de Ro por quedar a tomar café, intentando obviar las llamadas anteriores en las que me propuso ir a tomar café y que yo muy educadamente y con excusas baratas negué. No quiso contarme nada de nada, pero la conocía

como si la hubiera parido yo misma y sabía que su mente retorcida estaba planeando algo que a mí precisamente no me había de hacer la menor gracia. De ahí mis repetidas negativas, pero sabía que no puedo pasarme la vida encerrada en casa y mucho menos esquivarlas a ellas.

Parada frente a un escaparate, llegué a mi mente la imagen de mis locas vestidas como los Geos que salían en la tele, entre las tres sujetaban un ariete y derribando la puerta de mi casa, serían bien capaces de eso y de mucho más.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver a mi pequeño apartamento cuando llegué a la esquina que me llevaría el encuentro que tanto temía. Me paré y suspiré, me daba mucho miedo lo que estaban tramando esas tres locas y quería evitar que me metiesen en alguno de sus follones, pero hacía tanto que no las veía...

— ¡No se te ocurra darte la vuelta! —oí la voz de Elena, Len, para nosotras tres justo detrás de mí y todo mi cuerpo se tensó —Sé que te lo estás pensando y no voy a consentir que te vayas.

— ¿Y qué pretendes hacer? —le pregunté girándome hacia ella —chillar.

—Si me obligas...

Ví cómo fruncí el ceño y, de repente, sin previo aviso, abrió sus brazos y se lanzó contra mí envolviéndome en uno de sus abrazos de oso, reía como loca y no paraba de dar saltitos.

—Me estás ahogando —le dije con gran esfuerzo.

—Joooo, cari, hace tanto que no te veo —me agarró por los brazos mirándome de arriba a abajo ¡¿Me estaba analizando?! No sé qué pretende encontrar en mí, pero su mirada me mostraba lo preocupada que había estado —Déjame disfrutar del momento.

—No es culpa mía que trabajes tanto —le sonreí con cariño, a pesar de que no nos veíamos por mi culpa y no por la suya.

—Qué me vas a contar —me respondió haciendo un puchero con los



labios.

Ahora era yo la que la miraba atentamente y ella sabía que me sentía culpable, me conocía lo suficiente. Estaba tan bonita como siempre, con su rubia melena larga. Sus trajes reafirmaban ese cuerpo de escándalo que estilizaba con sus largos tacones ¡Era toda una modelo! Y perdía horas incontables como ejecutiva de una firma de moda.

En múltiples ocasiones, le habían ofrecido grandes contratos como modelo y siempre se había negado pues como ella misma decía que no iba a desperdiciar su vida entre pasarelas cuando era feliz en una oficina.

Noté cómo me agarraba por el brazo y hablando sin parar, como si se fuera a acabar el mundo, me arrastró hasta la terraza donde ya debían de esperarnos las otras dos locas.

Seguía pensando que estaría mejor en mi casa con el pijama puesto, un bol de palomitas y una película de llorera, de esas que tanto me gustaba ver en mis días libres. Era todo tan distinto a como era hace dos años. No conocía lo que era tener unas horas para estar frente a la tele, todo mi tiempo libre, absolutamente todo, lo dedicaba a mis entrenamientos.

Antes de que pudiese preguntarle por su vida y ponerme al día, oí un grito que me alteró, acelerando mi corazón. Después se oyó cómo una silla caía y me vi envuelta por seis brazos que me cubrían empujándome a saltar como loca.

Después de miles de saludos entre las cuatro, llamando la atención de todos los que nos rodeaban, ya juntas de nuevo, nos sentamos en una de las mesas que estaban colocadas estratégicamente de forma que el sol alcanzara a todas y cada una de ellas.

Observé a mis amigas que se estaban poniendo al día, como si hiciera siglos que no nos veíamos. La verdad es que llevábamos más de dos meses sin quedar y todo porque yo no había querido salir de la seguridad que me

brindaban mi trabajo y mi casa, pero seguíamos hablando a diario. No podía evitar sonreír. Era agradable tener amigas como yo las había tenido a ellas.

Rocío, mi pequeña Ro, siempre tan alocada, se había sentado justo frente a mí. Ella había sido la que había gritado minutos antes como si se acabara el mundo. Ella era la más joven del grupo y estaba para que la ingresasen en un psiquiátrico. Era menuda, pero sabía sacarle partido y su melena morena y corta la hacía muy atractiva. Ella trabajaba como guía turística.

Luego a mi derecha, Sofía o como nosotras la llamábamos, Sof. Ella siempre había sido la más tranquila del grupo. Era bastante reservada hacia los demás, nada que ver con su comportamiento cuando estaba con nosotras. Su aspecto siempre había sido el más sencillo e informal de todas ¡Bueno, al menos ahora que yo ya no utilizaba tanto mi ropa de deporte! Hacía poco que se había cortado el cabello con la esperanza de no llamar tanto la atención por su llamativo color rojo ¡¿Cómo decirle que no lo ha logrado?! Y por último mi niña, Len.

Estaba tan ensimismada en ellas que no me di cuenta de que las tres me miraban expectantes, esperando seguramente una respuesta por mi parte a alguna pregunta formulada y de la que no me había enterado.

—Mmm ¿Qué me he perdido?

—Ya vuelve a estar perdida en su mundo —me acusó Len —¿No puedes prestarnos atención ni diez minutos seguidos?!

Se me avecinaba una bronca por mi despiste, algo que no me hacía ninguna gracia, aunque tenía algo de razón, llevábamos demasiado sin vernos y yo no me había enterado de nada de lo que habían hablado.

—¿Qué desean tomar?

Las cuatro dimos un salto en nuestros asientos pues no nos habíamos dado cuenta de que la camarera estaba a nuestro lado, no la habíamos visto venir, tan silenciosa y correcta...

Ví que Sof tenía la mano en la boca. Seguramente había ahogado un grito de esa forma y yo miré a la camarera con unas tremendas ganas de matarla por darnos un susto así, pero le perdoné la vida ya que su presencia me había salvado de la bronca.

Todas hicimos nuestro pedido y, antes de que pudiese darme cuenta, ya estaban mirándome las tres esperando a que contestase la dichosa pregunta que no había escuchado. Mis ojos rodaron hacia atrás pues no me quedaba más remedio que admitir que estaba en las nubes ¡No quiero darles la razón!

— ¡Valeeee! Si, estaba distraída y no me había enterado de nada —admití levantando las manos en defensa —Lo siento ¿Qué queréis saber?

Las tres se pusieron más serias, mucho más aún de lo que ya estaban, lo que me dejaba claro cuál era el tema del que estaban hablando antes de todo esto. No me hacía gracia, pero me tocaba informarlas de todo.

— ¿Fuiste a la consulta? ¿Qué te dijo el médico? —ahí estaba, la gran pregunta que siempre intento esquivar como si de una bala directa a mi cerebro impactara sin piedad —No nos has llamado a ninguna.

— ¿Qué pasa? Habláis entre vosotras por lo que veo —las acusé, intentando cambiar de tema sutilmente y, mostrando un puchero, me hice la víctima, se me daba genial —Eso duele, chicas, duele mucho.

— ¡¿Qué esperas?! Nos tienes apartadas de tu vida por completo —Ro, como siempre sin pelos en la lengua, tan directa sin tener en cuenta que podía hacer daño con sus palabras —Me había costado Dios y ayuda que salieras de tu fortificación.

— ¡Eso no es verdad!

Me arrepentí de mi réplica antes incluso de haber terminado de hablar ya que sus miradas enfadadas se clavaban en mí, intentando apuñalar mi alma, si es que la tenía, ya que una buena amiga no se comportaría como lo estaba haciendo yo.

— ¿Qué es lo que pasa? —esta vez era Len la que me preguntaba muy preocupada —Nos mantienes apartadas de todo ¿Tan malas son las noticias que te dio el médico?

Me costaba horrores aguantar las miradas que me estaban dedicando en ese momento. Sabía que no me estaba portando como una amiga y ellas, en vez de insultarme y dejar claro la mala amiga que era, estaban frente a mí, preguntando con mucha paciencia y esperando una respuesta para poder ayudarme en todo lo posible.

Abrí mi boca para responder cuando la camarera fantasma apareció con las bebidas y las colocó frente a cada una de nosotras, mostrando una habilidad asombrosa para recordar a quién pertenecía cada pedido.

Cuando la chica se marchó, aún con pedidos que entregar en su bandeja, volví a mirarlas, ninguna había tocado su bebida, tan solo me miraban esperando que contestara, que les explicase qué me estaba sucediendo a pesar de que ya lo sospechan.

— ¡Han sido malas noticias! —saltó Len con los ojos empañados la preocupación por mí. Iba a hacer que acabara llorando.

—En realidad no —les conté antes de que tuviéramos que consolarla — Todas las pruebas han salido bien, me encuentro en perfecto estado a pesar de que las esperanzas eran mínimas como ya sabéis.

— ¡Eso es estupendo! —soltó Ro emocionada y la vi levantarse para abrazarme, por los pelos no caímos al suelo montando un espectáculo de circo —Deberías estar dando saltos de alegría.

No podía negar que tenía mucha razón, que debería de estar contenta con los resultados, pero no lo estaba, no al menos como todo el mundo esperaba.

Los recuerdos, a pesar del tiempo transcurrido, eran demasiado fuertes. No había conseguido dejar ese peso que debería dejar atrás, así que seguí sintiéndome atada, ya no a una silla de ruedas, pero sí al pasado, ese que ya no

formaba parte de mí.

— ¿Qué pasa, Dulce? —di un brinco al escuchar mi nombre de la boca de Sof — ¿Por qué estás así, como si te hubieran dado la peor de las noticias?

Las tres esperaban a que les contara lo que me sucedía a pesar de que lo sabían mejor que yo. Eran mis amigas, más que eso, eran como las hermanas que nunca tuve y me conocían mejor que nadie. Lo que querían era escucharlo de mis labios que admitía en voz alta y clara que no había sido capaz de superar lo que sucedió dos años atrás y que me torturaba la decisión que tomé sin pensarla, sin meditar, cuando el médico salió aquella mañana de la habitación del Hospital.

¿Me arrepentía?! Sí, la mayoría del tiempo. Era consciente de que fue una decisión tomada con demasiada prisa, pero aún después de haber logrado superarme y volver a caminar, creo que era la mejor decisión, con el tiempo me adaptaría y dejaría de echar de menos el deporte.

Las miré a las tres y sonreí a pesar de que todas éramos conscientes de que en mi gesto no había ni una sola chispa de alegría.

—No pasa nada —le respondí intentando convencerlas a ellas y a mí misma —Estoy contenta de los resultados médicos y, si no lo he celebrado, es porque tengo mucho trabajo ahora, ya sabéis que mis niños me ocupan todo el tiempo.

—Dulce, es imposible que nos convenzas con ese patético intento de sonrisa —Ro me miró muy seria, más de lo que nunca la había visto hasta ahora —No somos tontas y sí, adoras a los niños, pero has dejado atrás una parte importante de ti. Es imposible que estés feliz a pesar de que se, sabemos que lo intentas.

—Ro tiene razón —intervino Len, yo las miré a las tres acabando en Sof que, aunque no decía nada, asentía de acuerdo con lo que estaban diciendo — Es imposible que seas feliz ¿Has dejado el deporte!

—Fue mi decisión, la mejor que pude tomar en ese momento —les dije con la boca chica.

Sabía que era un imposible convencerlas de que en aquel momento tomé la mejor decisión cuando era la primera que ponía en duda lo que hice, pero, a pesar de todo, no era de esas personas que cambiaba sus decisiones, más aún sabiendo que aún había muchas posibilidades de que con el tiempo perdiese el control de mis piernas.

Había amado el deporte desde el mismo día que aprendí a caminar. Era algo que había formado parte de mi vida siempre y dejarlo de lado fue la decisión más dura que tuve que tomar. En estos dos años había soñado en incontables ocasiones con volver a correr, nadar, a montar en bici, pero se han convertido en eso, tan solo sueños.

—Y sigues convencida de que fue lo mejor —levanté mi vista hacia Ro y su sinceridad —Pues deja que te diga una cosa ¡Fue la peor decisión que podías tomar! Te has recuperado y eso que todos pusieron en duda que pudieras lograrlo, si te lo propusieras estoy segura de que podrías volver a competir.

— ¡No te pasas! —me dolían mucho sus palabras —Sé que ninguna estuvisteis de acuerdo, pero eso no cambia las cosas, no voy a volver a las competiciones, mucho menos a machacar mi cuerpo, este que ahora es frágil y delicado, para volver a las interminables horas de entrenamiento porque aprecio mucho más mi vida con unas piernas que caminen y no atada a una silla de ruedas por ser una inconsciente que no supo dejar de lado un sueño imposible.

—Fue un duro golpe —Sof intervino intentando que las aguas se calmaran —Somos conscientes de que no fue sencillo, pero no puedes dejar que lo sucedido marque los pasos a seguir, no puedes dejar de lado algo que amas tanto por una remota posibilidad.

—Esto es culpa de Emilio —Len me miraba con odio, pero este no estaba dirigido a mi sino a mi ex —Estás dejando que te condicione, que sus últimas palabras dirijan tu vida.

Porque no me extrañaba que lo sacaran a colación. Ese estúpido había sido parte del problema durante muchos meses, pero estaba muy segura de que ya no formaba parte de mi infierno particular, mucho menos de mi vida.

Él decidió cortar toda relación conmigo desde el mismo segundo en el que supo que dejaría de participar en los triatlones. No fue una sorpresa para mí, mucho menos para mis amigas y, como ya no iba a tener relación profesional conmigo, no pesaba calentar la cama de una inútil. Esas fueron las últimas palabras que me dedicó mi entrenador antes de salir para no mirar atrás nunca más.

— ¡En serio! ¿Creéis las tres que esto es por él? —las vi asentir y no pude evitarlo, bufé soltando todo el aire que había en ese momento en mis pulmones —Chicas, eso sí que es un golpe bajo, que le echéis toda la culpa a Emilio.

—¿No la tiene?! —Preguntaron Len y Ro a la vez.

—No, no la tiene —cogí mi Coca Cola y bebí con mucha calma —fue un desgraciado, es imposible negarlo, pero él no tiene nada que ver con el hecho de que me haya retirado del deporte de forma definitiva.

Sentí una punzada de dolor a la altura del corazón cuando pronuncié esas palabras, siempre me sucedía y, por ello, evitaba hacerlo, incluso pensarlo me dolía e intentaba centrar mi mente en cualquier otra cosa.

Emilio fue cruel, un cabrón, pero también era el mejor entrenador que existía en el mundo del Triatlón y ya no era “mi entrenador”. Él tomó la decisión de dejarme cuando decidí retirarme y, en dos años, no he vuelto a saber nada de ese capullo, tampoco es que me haya preocupado para nada de su vida, de qué ha estado haciendo, si ha encontrado a otra estúpida a la que machacar...

— ¿De verdad estás dispuesta a abandonar tu mayor pasión? —el carácter de Ro era volátil, por ello ahora mismo me miraba con sus labios hacia delante, haciendo un puchero tan tierno que era imposible negarle nada.

—Estoy convencida de que es lo mejor.

Las tres me miraron sin creerse ni una sola palabra de lo que acababa de decirles y la verdad es que una voz en mi interior repetía una y otra vez “a otro perro con ese hueso, monina” ¿A quién quería engañar?

Para mí el deporte era tan necesario como respirar, comer o beber y lo echaba mucho de menos, mucho más de lo que quería admitirme a mí misma o a ellas. Era cierto que mi médico no me lo había prohibido, al contrario, me aconsejó en reiteradas ocasiones que volviera al deporte, que no lo abandonara, pero mi miedo era superior a cualquier consejo que pudieran ofrecerme porque al fin y al cabo era solo consejos.

Ellos no habían pasado por lo que yo estaba viviendo. No debían de sacrificar nada por seguir caminando el resto de sus vidas por ello no conocían por lo que estaba pasando.

—No, no estoy de acuerdo —Ro dio un golpe sobre la mesa de la terraza llamando la atención de todos los que nos rodeaban —Dulce, esa forma de pensar es estúpida, te estás comportando como una niña consentida y nosotras no vamos a consentirlo.

— ¿Y qué vas a hacer? Le pregunté con toda la calma que pude reunir, aunque lo que quería era meterle dos buenas hostias por cómo me estaba hablando —Es tarde para comenzar con los entrenamientos, más tarde aún para conseguir un entrenador mínimamente competente además de que tendría que estar dispuesta a comenzar con un duro entrenamiento para el cual no creo estar preparada.

—En realidad... —clavé mi mirada en Sof. Era quien había comenzado una frase que no se atrevía a terminar.



La vi agachar la mirada y supe que me estaba excediendo por lo que me relajé todo lo que pude dejando mi espalda reposar en la silla y cogí mi vaso. Las tres se habían callado, pero estaba segura de que no iban a dejarlo sin más.

Lo que Ro había estado tramando, eso que tanto me asustaba, comenzaba a quedar claro ante mis ojos y no iban a darse por vencidas.

—¿Qué habéis hecho? —pregunté muy despacio, mostrando el miedo a lo que tramaban.

—Nada de lo que tengas que asustarte.

Como siempre Ro llevaba la voz cantante. Era la que más valor tenía y el hecho de que no le importara el posible daño que causara con sus palabras le daba el valor para tomar la batuta en esta clase de asuntos. Ya no había duda de que esta quedada era una intervención. Me veía inmersa en una de esas escenas de las series americanas donde los familiares y amigos del protagonista lo acorralaban para dejarle claro que no estaba haciendo las cosas bien, que debía escoger un camino menos destructivo por su propio bien y por el de todos.

—Contadme que es lo que habéis hecho de una vez —las apremié.

—Tú misma acabas de decir que si tuvieras un entrenador en condiciones sería posible que pudieras participar en el triatlón ¿No? —una media sonrisa pícaro apareció en el rostro de Ro —Que con ganas y un buen entrenamiento sería muy posible que ganaras.

—Más bien he dicho que, a estas alturas, es imposible lograr encontrar un entrenador decente —le respondí con reticencia— y que si por suerte lo encontrara también debería de disponer de ganas para comenzar con un verano de entrenamientos intensivos.

—¿Las tienes? —me pregunto Sofía.

—¿El qué? —no sé por qué me hacía la longui de esa forma, pero no me

apetecía llegar al final de esta conversación.

—Las ganas de entrenar, cazurra —me soltó Rocío de sopetón — ¿Quieres participar en el triatlón Titán o no?

Se acabaron los rodeos, así son más. Me veía entre la espada y la pared. Estaba acorralada por las intensas miradas de mis tres mejores amigas ¡¿Qué podía responder?!

Claro que deseaba participar, pues era uno de mis sueños ya que ganar el triatlón Titán me daba el pase a otros mucho más importantes y duros con los que siempre soñé y el hecho de tomar la decisión de dejarlo no acabó del todo con esos sueños, tan solo los convirtió en un imposible.

Me estaba convirtiendo en una de esas personas que dejaban pasar la oportunidad de cumplir con sus sueños, girando el rostro ante las oportunidades que se plantaban ante mis narices. Podía verlo reflejado en sus ojos, esos con los que ahora me miraban esperando una respuesta que no estaba preparada para darles a ellas mucho menos a mí.

—Es normal que tengas miedo —Sofía y su voz rebotante de ternura se dirigieron a mí, pero también a ellas dos que agacharon sus ojos, dándose cuenta de cómo me estaban acorralando. No sé cómo seguía allí, sentada con ellas, cualquier otra ya se habría marchado —Han pasado dos años y perdiste una gran oportunidad por su culpa, pero no nos gusta a ninguna cómo te estás dejando vencer, adaptándote a una vida que no es ni por asomo la que tu deseabas.

—Las tres te queremos y deseamos de corazón que vuelvas a hacer lo que más te apasiona, que seas feliz —sentenció Elena con mucho cariño.

Eran lo mejor que tenía en mi vida a pesar de estas cosas. Era verdad que lo estaban haciendo porque me querían tanto como yo a ellas y era verdad que hablar conmigo no era nada fácil, lo que les llevó a montar todo esto.

¡Vale! —al final no me quedó más remedio que ceder, las ganas estaban, la

pasión no había desaparecido, pero no lograrían encontrar al entrenador mi voz interior se partía de la risa por ese pensamiento, esa realidad en la que ellas posiblemente no pensaron —Sí, tenéis razón, tengo muchas ganas de volver y poder participar en el triatlón Titán, pero no lo veo posible sin un entrenador.

— ¡Has pensado en los detalles! —Uff ... qué poco me gustaba ese tono que empleaba Rocío — ¿Crees que nosotras no?

— ¿Qué quieres decir? —le pregunté achicando los ojos con curiosidad y temor a lo que iba a responderme.

— ¿Estás dispuesta a volver a la carga, o no? —¿por qué me respondía con otra pregunta, que poco me gustaba el color de todo esto? —Es muy sencillo, solo contesta.

—No es tan fácil.

—Es más sencillo de lo que crees —vi cómo Elena le daba un codazo a Rocío y esta se quejaba mirándola con ganas de matarla para después clavar sus ojos en los míos —me ha costado mucho, pero he encontrado al mejor entrenador que existe ahora mismo y lo hemos contratado para que mañana mismo comiences con los entrenamientos.

—¿Qué?! ¡NO! ¿Por qué habéis hecho eso?

Todo mi cuerpo se puso en tensión. Mi espalda se separó del asiento y creo que nunca las había odiado como lo hacía en ese momento. No estaba preparada ni física, ni psicológicamente para comenzar algo así, con un nuevo entrenador, alguien a quien no conocía de nada y con el que no tenía confianza.

La relación entre un entrenador y un deportista tardaba en forjarse y yo no disponía ni de seis meses para poder estar a pleno rendimiento para poder participar en el triatlón.

—Porque tú no lo hacías, llevas mucho tiempo apagada has dejado de ser nuestra Dulce y queremos recuperarte —mis ojos se abrieron más de lo que ya

lo estaban, las palabras de Sofía fueron una puñalada directa a mi corazón — Y para que vuelvas a ser la de siempre tienes que volver a entrenar. Eras feliz así y nosotras solo queremos darte el empujón que necesitas.

—Cielo, no has de dejar que un capullo y un accidente te arranquen tus sueños —ahora era Elena quien estaba clavándome ese mismo puñal —Para algo estamos nosotras aquí.

—Siempre has podido contar con nuestra ayuda —no podía ser de otra forma, Rocío era la encargada de rematarme —Esta ocasión no es distinta Dulce, te queremos y eso no va a cambiar, pero es normal que miremos por ti cuando tú no lo estás haciendo.

Noté que una lágrima descendía muy lentamente por mi mejilla y supe que estaba llorando, no solo por eso, sino por el rostro de mis amigas que parecían asustadas. Ellas siempre miraban por mí y, como habían dicho en esta ocasión, no era distinto y, por eso, estaba llorando. No sabía qué decirles, cómo agradecerles lo que hacían por mí siempre, pendientes de mi estado de ánimo, de que me cuidara, mucho más después del maldito accidente que estuvo a punto de acabar con mi vida y que creí que eso mismo había hecho con mis sueños, al menos hasta este mismo instante.

—No sé qué decir.

—Nada, tan solo has de esta mañana en esta dirección —Rocío sacó un pedazo de papel de su bolso tendiéndomelo —No faltes, no dejes que lo sucedido destruya todos tus sueños.

Agarré el pedazo de papel, pero no lo abrí. No lo creí necesario en ese instante y aún le daba vueltas a la posibilidad de ir o no a esa cita a ciegas con un entrenador del que nada sabía hasta el momento.

Las tres me miraban atentamente. Estaban esperando una respuesta afirmativa y yo no era capaz de dársela. Si la respuesta por mi parte era afirmativa, tendría que cumplir e ir, pero... ¡Y si no era capaz! Pero, por otro

lado, ellas tenían mucha razón, toda la razón. Debía dejar de lado los miedos que permanecían arraigados en mi interior y volver a ser la que era o al menos una nueva yo, mejorada, más fuerte y decidida.

—Dos años son demasiado tiempo, cielo —Elena cogió mi mano intentando animarme, seguramente mi rostro les mostraba las dudas y miedos que sentía en este mismo instante —No has de dejar que lo que paso te condicione, sobreviviste y ha llegado el momento de que cures esa parte de ti que aún permanece dañada.

—Sé que tenéis razón, pero —no puedo negarlo, a ellas no —Pero no es tan sencillo como parece y lo sabéis.

—Para eso estamos nosotras —Rocío sonrió con suficiencia, quería sacarme de quicio y lo estaba logrando con ese optimismo que me mostraba —Somos tus amigas por algo.

—Más bien sois una pesadilla andante ¡sobre todo tú!

— ¡Ay lo que me ha dicho! —la muy puñetera se partía de la risa —Lo ves, Elena, si es que no me quiere.

Pasamos un buen rato hablando de nuestras cosas. Hacía mucho que no quedábamos las cuatro y, después de ese rato tan tenso que acabábamos de vivir era el momento de disfrutar un poco, el día invitaba a ello, a pesar de todos los negocios que permanecían abiertos aprovechando que la gente salía a pasear.

Unas horas después Elena y Rocío se tuvieron que marchar, pues ellas también tenían que trabajar y nos quedamos Sofía y yo. Miré mi mano, dándome cuenta de que aún tenía el pedazo de papel, con la dirección a la que debía de acudir, el cual estaba acariciando de forma inconsciente.

—No le des más vueltas —la miré entendiendo en ese segundo a qué se refería.

—Es que... no lo tengo muy claro.

—Ha pasado mucho tiempo y es normal que tengas miedo, pero nunca lo superarás si no das un paso al frente y lo sabes.

Yo asentí.

—Hay un problema —le dije viendo cómo su rostro cambiaba. Resultaba cómica y todo —El día que volví a casa después de tanto tiempo en el Hospital y con la decisión tomada quemé toda la ropa de deporte que tenía, vacié el armario.

— ¡Cómo hiciste eso!

Sabía que reaccionaría así. No me sorprendía para nada y la verdad es que daba gracias de que las otras dos locas no estuvieran en ese momento, pues ellas habrían montado un escándalo que se habría escuchado hasta en la China.

—Fue un arranque —comencé a explicarle con toda la calma del mundo, las imágenes de lo que hice se reproducían a cámara lenta en mi memoria —El último paso para hacer real la decisión de dejar el deporte de forma definitiva.

—Lo entiendo mejor de lo que crees.

Sabía que así era, pues Sofía era la más comprensiva de todas y, aunque nunca nos había hablado de ello, todas sabíamos que, en el pasado, algo le sucedió y que hizo de ella la mujer tranquila y comprensiva que estaba en este momento frente a mí.

—No puedo presentarme mañana con unos vaqueros o un vestido.

—Eso es algo que tiene solución —me sonrió —Puede que sea festivo, pero todos los pequeños negocios están abiertos ¡Nos vamos de tiendas!

Mis ojos se abrieron como platos y rompí a reír como una loca. Sofía estaba más emocionada que yo con la idea de pasar lo que quedaba de día visitando tiendas y comprando todo lo que pudiera necesitar para enfrentar al día siguiente el mayor reto para mí en mucho tiempo.

Saqué la cartera y me dispuse a pagar. Al final íbamos a pasar el día

juntas. Tenía que prepararme para el día siguiente y no me apetecía nada quedarme sola, dándole vueltas y vueltas a si iría a la cita o no.

Sofía se dio cuenta de eso y no hicieron falta palabras. Ya estaba más que dispuesta a que pasáramos todo el día juntas y estaba segura de que no me sacaría el tema, tan solo esperaría a que yo hablara de ello, algo a lo que no estaba muy dispuesta al menos de momento.

Llegué a casa reventada. Hacía mucho que no salía de compras, más de lo que hacía que no practicaba deporte. Eso me recordó que no sabía nada de ese entrenador que mis locas me habían buscado y llevaba todo el día pensando en buscar información sobre él, pero no me había dicho ni su nombre, tan solo me dieron una dirección y una hora a la que presentarme, lo que parecía mucho más una cita a ciegas, que otra cosa.

Los nervios se estaban apoderando del control absoluto de mi cuerpo por lo que decidí tomarme una infusión y preparar todo lo necesario para el día siguiente e irme a dormir. No me costaría mucho teniendo en cuenta que estaba reventada y que este lunes sería uno de los días más duros de mi vida.

Noté cómo la luz del nuevo día se colaba por las ventanas, molestando mi descanso y, en ese mismo momento, el despertador hizo acto de presencia, recordándome que hoy conocería a mi nuevo entrenador, alguien en quien no confiaba y en quien iba a depositar mucho, más de lo que nadie podía imaginar.

Por mucho que me hubiera deshecho de mi ropa de deporte, no fui capaz de tirar mi bicicleta de competición. Era algo impensable y que, en este momento, agradecía, pues no hubiera podido encontrar una en condiciones a tiempo para todo esto.

La encajé a la perfección en los enganches del coche y me subí al asiento. Conocía bien el lugar al que tenía que llegar. Había estado allí en infinidad de

ocasiones y era un punto a mi favor. No es que tuviera en mente impresionar a mi entrenador ¡Para nada era mi intención! Pero era una enorme ventaja después de tanto tiempo retirada del deporte.

Aparqué muy cerca de la puerta de entrada. El complejo en el que me encontraba era magnífico, una obra de arte en honor al deporte. El complejo AMD era un circuito enorme dedicado al deporte por completo. No le faltaba de nada y se encontraba en primera línea de playa, por lo que tenías acceso a esta misma si era necesario para tus fines.

Cogí mi bolsa del asiento trasero y me dirigí directa al interior. Paré unos segundos con mis ojos clavados en la puerta principal y mi móvil comenzó a sonar, los mensajes se acumulaban. Lo saqué del bolsillo de la sudadera que llevaba y sonreí como una tonta al encontrarme con más de quince mensajes de mis locas. Querían animarme y lo habían logrado a pesar de que los nervios que anoche se instalaron en mi estómago no habían desaparecido aún.

Entre después de contestarles, dándoles las gracias, y me dirigí a la recepción absorta en todo lo que me rodeaba cuando me sorprendió una dulce voz.

—Buenos días —una muchacha rubia con una enorme sonrisa y vestida adecuadamente para su puesto de trabajo— ¿Es usted socia?

—Lo fui hace ya bastante —había pasado mucho tiempo de eso, pero pocas cosas habían cambiado— Tengo una cita.

—Muy bien —vi que comenzaba a teclear en el ordenador que tenía frente a ella y que estaba decorado con mariposas y flores moradas. Era una completa cursilada, pero no debías de ser muy inteligente para ver lo cursi que era esa muchacha — ¿Cómo se llama?

—Dulce...

Sus ojos se alejaron de golpe de la pantalla del ordenador para,



completamente abiertos, mirarme como si fuera un fantasma que se ha presentado ante ella. Llevaba mucho retirada del deporte, pero por lo visto aún no se habían olvidado de mí, ella al menos.

—Eres, eres...

—Si —intenté mostrarle una auténtica sonrisa.

—¿Va a volver al deporte?! —se veía que estaba emocionada con esa posibilidad —Le he seguido desde que comenzó su carrera en el mundo del triatlón y...

—Puedes tutearme, no soy tan mayor, al menos de momento.

—Claro, perdona —sonreí y ella me correspondió —Perdona, es que me he emocionado demasiado, ahora debo de parecer una loca de esas que acosan a los famosos.

—No pasa nada, tranquila, pero...

—Sí, sí, perdona —volvió a centrarse en su trabajo, estaba algo avergonzada y se le notaba — ¿Quién es tu entrenador?

—La verdad es que no lo conozco, pero creo que se llama Nel.

—Eso quiere decir que te estas preparando para competir otra vez —alzó sus ojos hacia los míos, pude ver una chispa de ilusión y esperanza en ellos — Nel es el mejor, estoy segura de que llegaréis lejos los dos juntos,

No estaba yo muy segura de eso y, por otro lado, aún no tenía muy claro si competiría este mismo año. El tiempo avanzaba en mi contra y no conocía de nada a ese tal Nel. ¿Cómo era? ¿Qué tipo de métodos utilizaba?

Los años que pasé entrenando me habían vuelto alguien un pelín especial en ese tema. Se podría decir que soy una neurótica y eso no cambia a pesar del tiempo que llevaba retirada del deporte, ya forma parte de mi personalidad.

—Le he mandado un busca, no tardará en llegar, pero si lo deseas puedo enseñarte las instalaciones —me dijo, algo más seria, intentaba meterse en su papel como toda una profesional.

—La verdad es que ya conozco todo el complejo —le respondí algo avergonzada.

La chica se sumó a mi vergüenza, pues no había caído en la cuenta de algo así, pero al final sonrió y se levantó.

—No creo que tarde, pero puedes esperarlo en su despacho —comenzó a caminar delante de mí, yo la seguí —Imagino que antes de comenzar deberéis de hablar sobre muchas cosas.

—Eso creo —Y espero, la verdad — ¿Tiene un despacho?

—Sí —se giró hacia mí —Nel es el dueño del complejo, lo adquirió hace un año.

“El mejor entrenador del momento”, esas fueron las palabras de mis locas, lo que no evitó que me sorprendiera ya que contratar como entrenador personal al dueño de ADM no debía de ser barato.

Pasamos al interior de una habitación que tenía la función de despacho. Era enorme y estaba decorado con un excelente gusto. Posiblemente debía de haber contratado a alguien. Las paredes mostraban dibujos de maquinaria de deporte. Cintas de correr, pesas, y todo lo imaginable. El mobiliario era funcional pero moderno de madera blanca y cristal.

La muchacha, de la que aún no conocía el nombre (¡si es que no tengo perdón!). Salió del despacho dispuesta a traerme un café. No me apetecía, pero ella se ofreció con mucha amabilidad y no era cuestión de negar y despreciar su ofrecimiento.

Me sentía incómoda sentada en completa soledad, pero al menos no le daba vueltas al poco tiempo del que disponía para poder participar en el triatlón Titán y que me preocupaba desde que anoche me dio por pensar en ello mientras preparaba mi bolsa de deporte.

¿Cómo se me ocurría ceder a esta locura?! Que mis amigas estuvieran locas no quería decir que yo también lo estuviera ¿si se tiraban por un puente

yo debía de hacerlo también?! Por ellas sí.

La puerta se abrió y me giré dispuesta a darle las gracias a la chica cuando mis ojos se cruzaron con los suyos. Unos ojos profundos y claros en los que acababa de perderme para toda la eternidad. Se encontraba parado, mirándome con la misma intensidad que lo hacía yo y noté cómo mis mejillas se encendían, bueno más bien prendieron en fuego, extendiendo ese calor por todo mi cuerpo entrando en lo que parecía ser una combustión espontánea.

—Debes de ser Dulce —asentí como una boba, era incapaz de reaccionar de hilar un par de palabras —Soy Nel y tu nuevo entrenador.

—Eso es lo que parece.

—Sé que no nos conocemos, pero si ponemos un granito cada uno puede que podamos compenetrarnos bien.

Volví a asentir. Durante unos segundos me sentí la persona más tonta del mundo ¡¿Dónde se había escondido mi inteligencia?! ¡Cordura, vuelve por favor! Era consciente de que seguía respirando pues mi corazón golpeaba con tanta fuerza contra mi pecho que tenía la sensación de que en cualquier momento saldría disparado y caería en sus manos.

— ¡¿Estás bien?! — ¡Ale, ya se ha dado cuenta de lo que me pasa! —Te has puesto pálida.

—Son los nervios.

—Conozco tu historia —veo cómo se sienta delante de mí, apoyándose sobre la mesa. Soy consciente de que tú no has solicitado que yo sea tu entrenador, pero, si quieres, podemos probar. A ver cómo nos va hoy, si tenemos química...

Estaba más que convencida de que había mucha química entre nosotros. Mi cuerpo así me lo estaba demostrando, reaccionando ante cualquier gesto que hacía. Mi entrepierna estaba húmeda y mi mente tan solo deseaba sentir el sudor de su piel ¡Se me ha ido la pinza! Mi cordura se ha largado a cualquier

isla tropical disfrutando del verano que yo no iba ni a ver pasar con tanto entrenamiento mientras mi mente me torturaba con imágenes tórridas junto a mi nuevo entrenador.

Tengo un planning de entrenamientos —vi cómo giraba su cuerpo un poco y un suspiro escapó de mis labios, si se dio cuenta no dijo ni hizo nada que me lo mostrara —Es solo una idea, se puede ajustar cuando conozca mejor tus necesidades.

¿Por qué sonrío de esa forma?!

Sus labios se habían curvado en una sonrisa pícaro cuando había hablado de mis necesidades, las cueles parecían conocer tan bien como yo en este mismo momento.

—Está bien —he conseguido articular dos palabras seguidas ¡todo un triunfo!

—Esto ha de ser recíproco —asentí como una tonta —Has de dar tu opinión, he de conocer tus necesidades y tus propósitos a largo y corto plazo si es que quieres volver a competir.

Algo hizo “clic” en mi interior cuando habló de la posibilidad de volver a competir.

¿Es lo que realmente deseo?! Por muchas vueltas que le daba no estaba segura al cien por cien de desear volver a la vida que tenía antes del accidente. Ya nada es igual y no lo sería nunca, aunque llegara a mi estado anterior, aunque me encontrara a plena potencia nada volvería a ser como lo fue en el pasado.

—No sé bien si quiero volver a competir, no creo que pueda estar preparada en tan poco tiempo — ¿Quería sinceridad? Eso sí que podía ofrecérselo.

—Todo depende de las ganas que le pongamos los dos —se acercó a mí mucho, más bien demasiado y mi cuerpo reaccionó, más aún de lo que lo había

hecho hasta ahora —Yo estoy dispuesto a darlo todo, pero solo no funcionará, no alcanzaremos la meta que tanto deseas alcanzar, ese clímax que te ofrece el esfuerzo y el sudor.

¡Soy una pervertida! Este hombre ha calentado mi mente, es un volcán a punto de erupcionar y todas las palabras que salen de sus succulentos y carnosos labios encendieron mi cuerpo y mi mente dejándome disfrutar de imágenes calientes junto a él.

Estaba adueñándose de mi espacio personal y la sensación no era desagradable, al contrario, era placentera.

— ¿Cuándo empezaremos? —le pregunté muy lentamente.

—Primero has de echarle un ojo — ¡Ya! Eso no era un problema, soy incapaz de apartar la mirada de su cuerpo atlético, de sus músculos y esa piel que debe de ser... Ufff ... ha comenzado a hacer demasiado calor en este despacho —Al contrato.

— ¿Contrato?

¡A la porra la fantasía!

—En AMD tenemos unas normas —si no dejaba de sonreírme iba a hacer como el ave fénix en su cénit, iba a combustionar —Pedimos un total compromiso con las metas que marcamos.

—Eso va a ser un problema —la verdad es que era el gran problema de todo, no conocer cuáles debían de ser mis metas o si en realidad las deseaba —No creo que todos los clientes que tengan aquí sepan bien cuáles son o que tengan muy claro cómo alcanzarlas.

—Es normal tener dudas, sentir incertidumbre — sus ojos recorrieron todo mi cuerpo y acabaron clavándose en los míos una vez más —Mucho más con tu historial.

—Mi pasado no ha de ser un inconveniente —era la segunda vez que sacaba a relucir lo que me había sucedido y eso me molestaba bastante —Es

algo que tan solo me incumbe a mí.

—La verdad es que no —alcé una de mis cejas de forma interrogativa — Desde que tu amiga ¡O hermana, lo que sea! Se puso en contacto conmigo también se ha convertido en mi problema.

Rocío siempre metiéndose donde no la llamaban, contando más de lo que debería, pero estoy segura de que Nel le había sacado hasta mi fecha de nacimiento, pues hombres como él hacían con ella lo que les daba la gana. Le perdían los hombres como él, deportistas, guapos...

¡Cuando la vea me la cargo! Estoy segura ahora que lo tengo delante de mí, que sus planes incluían algo más que conseguirme un entrenador ¡Mala bruja!

—Creo que te has adjudicado un problema que no te pertenece — comenzaba a sentirme incómoda —Esto tan solo es una entrevista, un primer contacto entre deportista y entrenador.

—Es más que eso, al menos para mí — Otra vez estaba reduciendo distancia, invadiendo mi espacio —Hace mucho que conozco tu trayectoria, he seguido cada uno de los triatlones en los que has competido y la verdad es que en muchas ocasiones no has hecho las cosas bien.

—¿Estás criticando mi trabajo?! —me acerqué a él, eliminando yo misma el poco espacio que quedaba entre los dos —¡Me parece una insolencia!

—No critico.

—Pues no, estás tirando flores precisamente —coloqué mis manos sobre las piernas intentando retenerlas, me picaban, estaba cada vez más de los nervios —He venido aquí por...

—Porque te han empujado a ello, porque estás dispuesta a dejar pasar una gran oportunidad y tirar a la basura lo que más amas.

Estaba muy claro que de ese despacho no salía con vida. Menudo atrevimiento el de este Nel, no tenía ni una pizca de vergüenza, mucho menos pelos en la lengua. No hacía ni una hora que nos conocíamos y estaba juzgando

mi vida al completo.

—Eres un desconocido y no tienes derecho a criticar mi vida o lo que quiero hacer con ella —me levanté de golpe de la silla, logrando que retrocediera todo su cuerpo, evitando así que chocáramos — ¡Eres un capullo integral!

Cuando giré todo mi cuerpo para marcharme y buscar a alguien con dos dedos de frente dispuesto a ser mi entrenador, sentí el agarre de su mano sobre mi muñeca. De un tirón giró mi cuerpo pegándolo al suyo.

—Quiero ser tu entrenador —sus palabras eran un susurro que lograba alterar todo mi cuerpo —Sé que los dos juntos podíamos lograrlo. Hay química entre nosotros.

—Lo que hay ahora mismo, por mi parte —lo miré a los ojos. Sé que ahora mismo mi rostro era el súmmum de la seriedad —Son unas inmensas ganas de reventarte la cara de una hostia.

—Déjame demostrártelo.

No sé por qué asentí. Era un tipo prepotente y odioso, pero el tiempo corría en mi contra y encontrar un entrenador decente que quisiera arriesgar su tiempo iba a ser “misión imposible”

Al ver mi gesto soltó mi muñeca como si en ese momento sintiera una enorme vergüenza por el atrevimiento que se estaba tomando.

Tengo que ser sincera conmigo misma y admitir que no andaba desencaminado. Entre nosotros había química, lo que no tenía claro era el tipo de esta. En sus ojos una chispa se encendió y, como hasta ahora, estaba acompañada por esa sonrisa pícara, tenía que admitir que me perdí, enloqueciendo mi mente y encendiendo mi cuerpo ¡Va a ser una completa locura trabajar junto a él!

—Como te dije, tengo un planning para las primeras semanas —se alejó de mi ¡por qué! Quería que volviera a tocarme pero que no se quedara tan solo en

coger mi muñeca —Quería conocer tus límites, tu resistencia y así podríamos ir adaptándonos el uno al otro.

—No quieres conocer el alcance de mis lesiones, las operaciones a las que me sometieron...

—Ya las conozco.

—¿Qué?! ¿Cómo? — di un paso hacia él. No tenía claro si era por lo que acaba de contarme o por las ganas que tenía de reducir distancia.

— ¿Crees que aceptaría un reto como el de entrenar a la gran Dulce, sin conocer que fue lo que te sucedió? —negué con la cabeza —Tu amiga fue muy amable al conseguirme toda la información que le pedí. Estaba muy interesada en que aceptara ser tu entrenador.

¡No se puede ser más zorruna! Aún no sé de qué me extraño viniendo de ella toda esta locura en la que me he lanzado de cabeza. Lo hecho, hecho está, eso es lo que mi madre me dice siempre y tengo que ser responsable no solo de mi vida sino también de mi pasión.

—¿Cuándo quieres que comencemos?

—¿Ahora?! —lo vi encogerse de hombros y no pude evitarlo, rompí a reír.

Me tendió una pequeña carpeta donde había escrito de su puño y letra todo lo que había pensado que podía ser bueno en las primeras semanas para un entrenamiento intensivo, pero no demasiado excesivo.

La verdad es que estaba muy bien estructurado y combinaba a la perfección con mi trabajo. Estaba claro que iba a acabar reventada, pero no me importaba si con ello conseguía llegar a mi nueva meta, a un propósito cargado de ilusión del cual no tenía ni idea hasta ese mismo instante.

—Necesito...

—No, claro que lo entiendo —me había vuelto a interrumpir, por lo que vi, era una costumbre en él —Es normal que no hayas traído lo necesario para



comenzar el mismo día, si quieres podemos empezar mañana.

Puedo ver en su rostro la decepción. Se había convencido de que hoy no íbamos a empezar y eso despertó una sonrisa en mi rostro que lo dejó descolocado y lleno de curiosidad.

—No hay problema —lo vi alzar la ceja con curiosidad —Si no cortaras cada dos por tres lo que voy a decir —tan solo necesito un par de minutos para recoger mis cosas del coche y estaré lista.

—Déjame acompañarte a recepción. Miranda te dará todo lo que necesitas junto con las llaves de una taquilla.

Me guio hasta la entrada, explicándome todo lo que nos rodeaba, las salas que íbamos dejando atrás como si nunca hubiera pisado este lugar. Ahora que me fijaba, me di cuenta de que sí que había sufrido muchos cambios y todos para bien.

La maquinaria que me mostraba era de última generación y todos los deportistas disponían de entrenadores que se preocupaban en todo momento de su día a día. Aparte de varios tipos de sauna y de todas las instalaciones que se conocían, disponían de la playa, de un terreno para las bicicletas y pistas para correr. Era todo un complejo del que iba a disfrutar como una niña con juguete nuevo.

Miranda nos esperaba sin apartar los ojos de nosotros y parecía nerviosa, como quien espera con ansiedad una buena o mala noticia y no sabe a qué atenerse. Se levantó sonriendo a la espera que llegáramos. No sabía qué hacer con sus manos y eso me hacía mucha gracia.

—Dulce va a entrenar aquí —no dio saltitos de alegría por respeto a que se encontraba delante de su jefe, pues no podía olvidarme del hecho de que el hombre que había a mi lado en estos momentos era el dueño de todo lo que mis ojos estaban viendo y de mucho más —Necesita una taquilla, toallas...

—Enseguida tendrá todo lo necesario —le respondió a Nel muy dispuesta.

—Si necesitas algo más solo has de pedirlo —me dijo girándose hacia mí  
—En media hora nos vemos en la sala de cardio.

Asentí muy convencida, a pesar de que no lo estaba en absoluto y me alejé en dirección de la salida. Debía llegar a mi coche y coger mi bolsa de deporte, pero cuanto más me alejaba más insegura me sentía.

De verdad iba a ser capaz de volver a la competición y de la mano de un hombre como ese. Tenerlo tan cerca de mí con las reacciones que provocaba en mi cuerpo iba a ser una completa locura que no iba a saber sobrellevar por mucho que intentara convencerme de lo contrario ¡Quién me mandaba a mí!

Todo esto me pasa por hacerles caso a las locas que tengo por amigas, por no dar un paso atrás y pararme a pensar lo que estoy haciendo. Una idea estaba cruzando por mi mente, pero se vio interrumpida por una visión del futuro inmediato al que me iba a enfrentar dentro de media hora.

Nel estaba demasiado cerca de mi cuerpo. Los dos estábamos sudados con la respiración agitada y sus labios, esos que eran un pecado que deseabas saborear, se aproximaron a los míos.

¿Lo podría resistir?! No, sé que no iba a ser capaz de contener el deseo que despertaba su proximidad, su tacto al tocarme.

El verdadero problema no estaba en lo que deseaba, no, más bien era que no iba a ser capaz de ocultarlo, pues siempre he sido un puñetero libro abierto para cualquiera que se molestara en prestar un poquito de atención y tenía la sensación de que Nel ya se había dado cuenta de ese pequeño detalle.

Mi teléfono había comenzado a sonar, nerviosa lo buscaba dentro de mi bolso y vi que se trata de la lianta que me había lanzado de cabeza a esa situación en la que me encontraba. Lo cogí.

—Eres una arpía —le solté sin un hola.

—Esa no es forma de saludar, mucho menos de darme las gracias —lo tenía más que planeado, ella me conocía demasiado—Imagino que has

aceptado entrenar con Nel.

— ¡Esto es una encerrona, Ro!

—Es un empujoncito en la dirección adecuada —podía verla, bueno, imaginarla en este mismo momento alzando el dedo creyéndose la más lista, la mejor como Celestina —Es perfecto y matamos dos pájaros de un tiro porque te gusta ¿Verdad?

— ¡A ti te lo voy a contar! —Por muy enfadada que estuviera con ella no podía evitar sonreír, porque sabía que no me estaba viendo. Me lo podía permitir, aunque pensaba cobrarme esto —Tomaré represalias contra ti en cuanto tenga la oportunidad mala bruja.

—¿¡Venganza?! Esto es una oportunidad para que salgas de ese auto encierro en el que te has sumido —noté algo de tristeza en sus palabras — Estás encerrándote en ti misma y es por Emilio

— ¡Qué tendrá que ver!

Más de lo que nunca admitiría, pero no podía negarme a mí misma que mi alejamiento del deporte era en parte culpa suya, por todo lo que me dijo el día en el que se marchó para no volver.

— ¿Crees que nos engañas? —esa era mi intención, por lo visto no había funcionado —Tan solo queremos que vuelvas a ser la Dulce alegre y risueña que siempre fuiste y no solo con tus niños.

—Sé que me queréis y que buscáis mi bien, pero esto ha sido excesivo.

—Tan solo has de dejarte llevar y cumplir ese sueño que habías estado a punto de abandonar por un capullo sin corazón —no tenía pelos en la lengua, seguro que se llevaba a las mil maravillas con Nel —¿Lo harás?!

—No puedo prometerte nada —no era capaz ni de hacérmelas a mí.

—Al menos intenta disfrutar y entrena mucho cielo —asentí dándome cuenta de que ella no me veía —Responde o no cuelgo.

—Vale, eso haré.

—Me conformo de momento.

Me despedí de ella y cerré el coche dispuesta a afrontar el día que me esperaba. No iba a ser sencillo, pero no me rendiría tan pronto.

Quería cambiar, volver a ser feliz y no debía permitir que Emilio me quitara también eso. Ya había sufrido demasiado. Llegaba el momento de dejar de compadecerme a mí misma y hacer algo por solucionar todo lo feo que envolvía mi vida, aunque para ello tuviera que pedir ayuda, algo que no me gustaba hacer.

Con paso seguro volví a entrar en el complejo deportivo donde la chica de recepción me esperaba. Me tendió todo lo necesario junto con la llave de la taquilla y me deseó la mejor de las suertes en mi primer día.

Cuando creí estar preparada y dejaron de temblarme las piernas fui hasta la sala de cardio como me dijo, entre y me sorprende ver que estaba vacía, ni un solo cliente.

—¿Ya estás preparada?! ¿Lista para sudar conmigo

Di un bote por la sorpresa, Nel estaba a mi espalda y su voz sugerente volvió a hacer reaccionar mi cuerpo. Lo más jodido es que estábamos solos.

¡Tenía que ser mi entrenador! La historia se repetía, pero iba a ser completamente distinta. Iba a ser caliente, picante, excitante, todo lo que mi entrenador despertaba en mí.

## *La mirada salvaje del chico del Golden Lion*

Mile P. D. Bluett



Esto no es una historia de amor, es la historia de cómo un deseo entró en mi vida y fue concedido, es la historia de cómo ese deseo me cambió para siempre.

Dejé mi auto en el estacionamiento y entré al impresionante gimnasio *Golden Lion*. Era muy temprano, apenas amanecía y los clientes no habían llegado. El personal del gimnasio estaba preparándose para abrir las puertas. Y yo, que recién había arribado a Chicago, iba al gimnasio en busca de mi prima, la que trabajaba ahí. Yo prefería viajar de noche, así que me había pasado toda la madrugada conduciendo hasta llegar a la ciudad donde iba a hacer realidad mi sueño de estudiar en la universidad. Había seguido los pasos de mi prima mayor, Tatiana y ella, me había invitado a compartir su departamento mientras me establecía. Como había llegado en el horario que ella se encontraba laborando, pasé temprano a buscar la llave del sitio donde me quedaría a vivir.

El portero ya había sido avisado que yo iría por las llaves, así que me dejó entrar y me indicó donde se encontraba Taty. Me sorprendió verla en la cinta de correr, en vez de en la cafetería preparando bebidas dietéticas o cafés. Cuando mi prima me vio, intentó pararse para correr a abrazarme, pero el entrenador le puso un alto y tuvo que terminar su rutina.

—Tommy eres un explotador —le dijo Tatiana sin poder contener una carcajada.

—Habla menos y trabaja más —le dijo Tommy—. Yo me encargo de tu prima, solo te quedan diez minutos. Mucho gusto, soy Thomas. Entrenador y amigo de Tatiana —terminó por decirme.

— ¡Oh, eres Tommy! ¡Disculpa! Lo siento —dije.

—Puedes llamarme Tommy, todos lo hacen.

—Lilian, pero igual si me llamas Lily, no me molesta para nada. Me complace poder darte las gracias en persona. Tatiana me dijo que conseguiste un empleo para mí en el gimnasio.

—Ha sido un placer poder ayudarte. Empiezas mañana mismo. Tan solo tendrás hoy para establecerte.

—Es excelente, me vendrá muy bien.

En esas estábamos, presentándonos y conociendo a ese chico tan simpático y con un cuerpo de infarto, cuando las puertas de la sala en la que estábamos se abrieron para dar paso a un ejemplar del género masculino que me dejó con la boca abierta, al extremo que tuve que utilizar una mano para cerrarla. Dios mío, estaba a punto de babearme cuando las puertas volvieron a cerrarse y el espécimen avanzó hacia nosotros. El tipo venía estirando los músculos y listo para entrenar, así que lo primero que me vino a la mente fue que sería un cliente. Lo detallé con disimulo desde los pies a la cabeza. Como Tatiana y Thomas miraron también en su dirección, no me vi tan tremenda. El recién llegado vestía un par de *tenis* blancos, con las piernas desnudas hasta la mitad, de ahí para arriba seguía unas mallas negras que se deslizaban por las rodillas y subían por los muslos mejores torneados que había visto en mi vida. Me vino a la mente la imagen de un gladiador romano en la arena en plena batalla. Su abdomen estaba cubierto, de lo poco que podía ver, no le sobraba ni una

gota de grasa. Sus pectorales y sus hombros semidescubiertos, hicieron que mi boca se volviera a abrir. Nunca había visto a un hombre como ése. Si en un inicio Tommy me había parecido lindo, sexy, fuerte y todo lo que sea, a este hombre no tenía palabras para describirlo. Era un Dios. De seguro solo vivía para entrenar y tampoco era que le sobraran músculos y pareciera una copia de Arnold Swarzenegger, algo que distaba mucho de mis estándares de sensualidad, era sencillamente perfecto. Esculpido a la medida, hecho con un molde que luego rompieron para que no pudieran hacer otro igual, bañado con el agua dorada del pozo de los deseos. Parecía Eros, reencarnado.

El hombre caminó hacia nosotros, mientras Tommy se le acercó y se dieron un abrazo estruendoso que me recordó los documentales de *National Geographic*, cuando dos machos de la misma especie se embisten. Eran guapos los dos, pero el acabado de llegar, no tenía par.

—Hola, Tommy. ¿Cómo estuvo todo en mi ausencia? —Dijo el visitante.

—Como te gusta, jefe —Le dijo—. ¿Qué tal tu semana de relax en Tailandia?

—Te voy a dar un coscorrón como me vuelvas a llamar así —dijo el jefe y su voz era la más sensual que había escuchado jamás—. El viaje fue reparador, pero ya estoy en casa y con las pilas puestas. Abriremos un tercer gimnasio, en una zona de alta plusvalía. *Golden Lion* continuará siendo la matriz —hizo una pausa y añadió—. Hola, Tatiana, sigue dándole duro.

—Hola, Manny —le dijo Taty y siguió en lo que estaba.

— ¿Y esta chica tan guapa quién es? Nadie me la piensa presentar —dijo el bombón y tras su elogio casi me derrito.

—Manny, te presento a la prima de Taty, es la que ocupará la vacante en la estancia infantil.

— ¿La que estudiará en la universidad? Bienvenida, espero que te unas a nuestra gran familia —me dirigió la palabra una vez más y ya no supe qué

decir—. Claro que sabía que eras tú, Lilian. No me hagas caso, hoy estoy de buen humor. Jamás podría olvidar la foto en tu solicitud de empleo.

— ¡Quieto, macho! —Le soltó Tatiana—. Mi prima es una chica de bien. Enfoca tus perros hacia otra dirección.

Manny soltó unas carcajadas, ante el comentario de mi prima. Verdaderamente era sexy, no importa si se reía o se quedaba serio. No podría decidirme por una de las dos poses. Tatiana me lanzó una mirada asesina para que yo parara de babear y me atreviera a decir algo, casi la vi levantarse y darme un golpe por el pescuezo para que dejara de atragantarme con las palabras. Al final, pude despegar los labios para soltar un patético:

—Gracias por la bienvenida.

—Me da gusto conocerte, Lilian —dijo Manny.

—También es un gusto para mí —dije lo usual pero no mentía.

—Manny para ti y el resto del personal —dijo y se atrevió a extenderme la mano. Si se la tomaba, él iba a notar que yo estaba tan fría como un témpano de hielo, pero no tuve más opción que hacer lo mismo—. No se te ocurra decirme señor o jefe, aquí trabajamos como una gran familia. Me gusta que el ambiente sea ameno y de respeto, así los clientes se sienten como en casa. Estarás con los niños, trátalos con mucha ternura, queremos que deseen regresar, así las madres sentirán confianza en nosotros, no todos los gimnasios brindan el servicio de guardería incluida en la membresía.

Asentí. Agradecí cuando se fue y Tommy le siguió detrás. Necesitaba respirar, en serio. Tatiana, que ya había concluido su rutina, se acercó a mí secándose el sudor con una toalla. Bebió unos tragos de agua antes de hablar:

—Bienvenida a *Golden Lion*, espero que no te quedes muda tan a menudo cuando converses con el jefe.

— ¿De qué estás hablando? —Me defendí.



—Mira hacia abajo, has dejado un enorme charco de baba, ten cuidado no te resbales.

—Eres una pesada —le dije sin parar de reírme—. Y tú muy bien que te ocupas. ¿No que trabajabas en la cafetería?

—Lo hago, pero primero entreno. Bienvenida, primita. Aquí tienes la llave. Nos vemos en la tarde en el departamento. Hay comida en la nevera. Puedes instalarte con confianza.

El pequeño departamento que alquilaba mi prima era un buen sitio. Tenía una habitación, un baño y una cocina—comedor. Para una sola persona estaba excelente pero no imaginaba cómo nos íbamos a acomodar las dos en los escasos metros cuadrados. Eso, tomando en cuenta que tanto Tatiana como yo habíamos traído demasiadas cosas. Me sentí cómoda y feliz, por el futuro inminente y las cosas que iba a empezar a vivir.

En la noche, cuando llegó Tatiana, yo ya había preparado la cena y logré sorprenderla. Le hice una de las recetas preferidas de la abuela. Hice lasaña, como no encontré carnes la hice vegetariana. En la nevera tampoco había queso, así que acudí a la tienda más cercana por lo que me faltaba para la comida. Una deliciosa lasaña vegetariana con extra de queso y con la salsa secreta que habíamos heredado de nuestra abuela. Nada más puso un pie dentro, Tatiana sintió el aroma y no pudo resistirse. Fue directo para la mesa donde yo ya la esperaba.

—Hacía mucho tiempo que no comía esto —me dijo deleitándose con el platillo.

—¿Y eso, por qué? —pregunté.

—Sigo una dieta muy estricta para mantenerme en mi peso.

—No lo entiendo, no lo necesitas. Si no comes ahora que eres joven, ¿Cuándo lo harás, cuando seas mayor y tu metabolismo se haga más lento?

—Olvídalo, me la estoy comiendo y se siente como estar en el paraíso. ¿Lily, cariño, aceptarás el empleo? —Me preguntó mi prima y asentí para indicarle cuál era mi respuesta.

— ¿Por qué lo preguntas? Ya te había dicho que sí.

—Te noté un poco incómoda en el ambiente, es todo.

—Estaré bien.

—Creo que es una buena oportunidad para ti, dices que quieres ser pediatra, podrás convivir bastante tiempo con niños y conocerlos.

—No he dicho nada, el empleo es genial.

Cuando cerré los ojos para dormirme, hice un recuento de mi día. Aquí estaba, había llegado a la gran ciudad con una maleta llena de sueños. Recién había conseguido una beca para entrar a la universidad y viajé de inmediato. Comenzaba julio y quería aprovechar para conseguir un empleo que me ayudara a cubrir mis nuevos gastos, lo que la beca no podía pagar. Tatiana me había ayudado a lograrlo, ella hacía lo mismo y le había funcionado. Era un empleo de tiempo completo para el verano y ya había pactado que al iniciar las clases pasaría a medio tiempo. No era el mejor empleo del mundo, por ahora me podía acoplar a él, más tarde vería si aparecía algo mejor. Y así estaba, viviendo por lo pronto en el departamento de mi prima Tatiana, quien ya estaba cursando el penúltimo año de universidad. Tatiana quería convencerme de quedarme con ella y heredar su renta una vez que ella se graduara. No era mala idea, aunque también estaba considerando vivir en el campus, para que todo me quedara más cerca. Por lo pronto, me concentraría en el primer mes, en trabajar. Para cuando iniciaran las clases, ya tomaría una

decisión.

Mi primer día en el *Fitness Center Golden Lion*, como empleada, comenzó. Tatiana estaba en la cafetería y yo estaría cubriendo el puesto de la nanny, en la estancia infantil que había dentro del gimnasio, así las mamás podrían ocuparse de esculpir sus cuerpos, mientras alguien les cuidaba a sus hijos.

Llegué a la hora justa en que comenzaría a trabajar. Mi uniforme era ultra *skinny*, unas mallas que delineaban cada curva de mi cuerpo, sin dejar nada a la imaginación y una camiseta similar, la ropa típica que se utiliza para hacer ejercicios. Parecía yo, un cliente más, pero no lo era. El atuendo era negro, salvo por las letras doradas, donde aparecía el nombre del gimnasio y la cara dorada de un león con las fauces abiertas que daba terror. El color oscuro, resaltaba aún más mi delgadez y no me quedaba mal, pero andar todo el día en ese modelito iba a ser nuevo para mí. Lo bueno era que estaba cómodo, así que no tenía por qué quejarme.

Entré a mi área y me quedé en shock al detallarla. No estaba decorada con los usuales colores pasteles que se utilizan en las estancias infantiles. Para un niño un poco susceptible, tal vez le causaría un poco de temor, tropezarse con las manadas del Rey León y de la Guardia del León en posición de ataque, con los personajes un poco salidos del estilo de Disney. Podría ser algo inquietante. Si yo perteneciera a la empresa Disney los demandaría. El decorador eligió las poses menos apropiadas, las imágenes en verdad eran violentas. Y aquí estaba yo, en el gimnasio *Golden Lion*, en plena faena.

Las madres comenzaron a desfilar y a dejar a sus pequeños tesoros. Éramos unas cuatro personas para atenderlos. Dejaron niños de tres años hasta los diez, los más grandecitos eran más fáciles, se ponían a leer, a distraerse con sus juguetes electrónicos, a utilizar nuestros videojuegos, entre otros. Los

chiquitines eran los más traviosos y los que demandaban toda la atención. Trabajaba de corrido, no había descanso, el jefe era todo un dictador. Los niños entraban y salían al igual que sus madres, permanecían una, dos, tres o cuatro horas, en dependencia de las necesidades de sus progenitoras. Eso sí, como éramos varias niñeras, podíamos tomarnos el tiempo necesario para ir al baño, a la cafetería a almorzar, etc.

Pasé a la cafetería alrededor de las once para comprarme un sándwich y un café que me espabilara. La musiquita infantil me iba a dormir en cualquier momento. Nada más hice salir del área de niños, el ambiente cambió por completo. Yo había llegado muy temprano y me había encerrado en mi sitio de trabajo, así que no pude contemplar cuando los salones se fueron llenando. ¿Pero qué había pasado aquí? Parecía que había explotado una bomba de gente sensual por todos lados. Era otro planeta. Por supuesto que había personas queriendo bajar los kilos extras, pero la mayoría eran hombres y mujeres que parecían que habían nacido en un gimnasio. Aunque estaba en mi peso, me dio pena pasar entre tanto derroche de músculo bien tonificado, con mis piernas y brazos al natural.

Tomé asiento en la barra de la cafetería y Tatiana se me acercó de inmediato.

—Por Dios, Taty ¿Dónde puedo conseguirme unos de esos? —Le dije señalando a sus bonitos y torneados brazos.

—Es lo que viene aparejado con trabajar en un gym. Te metes en este mundo y crees que, si no estás más dura que una roca, se caerá el cielo. Mi amigo, Tommy el entrenador, el que me ayudó a conseguirte el trabajo, terminó por convencerme. Ahora practico muy temprano en la mañana, antes de abrir la cafetería como ya viste. En tiempos de clases, lo hago en la noche, después de mi turno —me explicó.

—Es todo un sacrificio. ¡Por Dios, estás obsesionada!

—Tócame el trasero.

—¿Te has vuelto loca?

—Solo quiero demostrarte que el sacrificio vale la pena. Si quieres hablo con Tommy. Por trabajar en el gimnasio tu membresía será muy baja.

—Lo pensaré. No sé ahora que empiece las clases, qué tan ocupada voy a estar.

—Puedes aprovechar el resto del verano.

—Tal vez. ¡Qué bueno que pude salir un rato! Kion y Simbad ya me tenían medio aterrada con sus enormes colmillos y sus ojitos rojos. ¿A quién se le ocurrió esa terrible decoración para la estancia de niños? Si yo fuera la madre de uno de esos pequeños no los dejaría aquí ni loca. Si lo hicieron con la intención de que vaya a juego con la temática del gimnasio, del logo del león y eso, están perdidos. ¡Qué mal gusto! A los niños les llaman la atención las cosas tiernas o divertidas, pero esa manada de animales salvajes, que ni en sus sueños se parecen a Kion y a sus amigos. Vulgar a la enésima potencia.

—Sssh —Tatiana intentó hacerme callar y no entendí el motivo, solo estaba dando mí punto de vista.

Entonces lo vi. «¡*Oh, my god!* ¡Trágame tierra y devuélveme a mi lugar de origen!», pensé. Era el dueño del gimnasio. Ese semidiós que me torturaba solo con su presencia. Si tan solo no me hubiese escuchado. No me gustaba la decoración de la estancia de niños, pero eso no quería decir que tuviera lo más mínimo que reprocharle al guapísimo dueño. Era tan lindo, no quería hacerlo enojar ni que se llevara una mala impresión de mí. Manny me miró a los ojos y me derretí por completo. No sé por qué puse aquella cara de suplicio, similar a la del gato con botas en el filme de Shrek. Tal vez fue un acto reflejo, pero no me pude desembarazar de él, cuando el dueño del negocio comenzó a llamarme la atención:

—Lilian, creo que para ser el primer día de trabajo tu hora de *lunch* se ha extendido demasiado.

« ¿Mi hora de *lunch*, maldito explotador? Mis escasos minutos para llevarme algo a la boca y estirar las piernas», pensé e hice un mohín con la boca. El tipo era tan sexy que hasta su tono de reprobación era una incitación al pecado. Como mínimo esperaba que me despidiera por mi comentario, yo no había sido nada cortés y más tomando en cuenta que me había contratado solo por su amistad con Tommy. Luego me examinó de arriba a abajo y me dijo:

—Acércate, por favor. Con tu permiso voy a evaluarte. Tocaré tu antebrazo. ¿Estás de acuerdo?

Asentí. Lo que me faltaba. ¿Ahora también era médico? Tocó mi antebrazo con tan solo dos dedos y casi tengo que sujetarme de la columna para no deshacerme de los brincos que me daba el estómago. Luego me soltó con indiferencia.

—Pasa con Tommy para que te dé tu rutina.

— ¿Mi rutina? —Balbuceé como una tonta a punto de que se me enredara la lengua—. Aún no me he inscrito en el gimnasio.

—De hecho, lo estaba pensando hacer —intervino Tatiana.

Él le lanzó una mirada asesina y luego se acercó más a mí para dejarme claro lo siguiente:

—Lilian, Lily o como te llames. Todo el personal del gimnasio tiene que estar a la altura. Te daré un precio que no podrás rechazar, si te parece elevado podemos reajustarlo. Es necesario que entrenes para eliminar la flacidez. Se nota que no haces ejercicio nunca.

—Corro a veces en las mañanas —me justifiqué, la típica respuesta que damos los que no hacemos ejercicios para no vernos tan mal.

—Parece que la última vez fue hace un par de años.

—No he sido constante.

—Necesitarás mucha constancia para sacar adelante la carrera de Medicina. Llévala con Tommy, por favor, Tatiana. Y otra cosa, Lilian, que la hora de *lunch* no se extienda más allá de veinte minutos —dijo y hasta la más absurda de las incongruencias sonaba sexy si él la decía. Ahora, una hora constaba de veinte minutos.

— ¡Ahhhhh, Manny! Algo más —dije y él se detuvo para escucharme.

—Con respecto a la decoración de la estancia —comencé a decir y Tatiana me abrió los ojos para que abortara cualquier misión suicida que hubiere emprendido. Casi pude leer en su frente las palabras: ¡Peligro! ¡Alto! ¡Prohibido! Demasiado tarde, continué—: Discúlpame, no quise que se escuchara de esa forma. Intenté dar mi punto de vista al respecto, tal vez no fue el modo apropiado ni el más respetuoso. No está tan mal.

— ¿Ahora te parece adecuada la imagen que elegimos para la estancia? Absolutamente nadie se había quejado. El diseñador plasmó justo lo que yo le pedí. Despediré a más de uno si nadie tuvo los pantalones para decirme que era un desastre.

—No, no lo hagas.

— ¿Entonces la ves bonita, agradable, educativa?

Tatiana por detrás de él, movía la cabeza en cámara lenta hacia arriba y hacia abajo, para darme a entender lo que debía responder. Lo intenté, pero no podía, así que intenté ser franca sin lesionar la autoestima del portento que tenía delante.

—Me encanta El rey león y La Guardia del León, la idea es perfecta para la estancia, pero... se podría mejorar si los leoncitos no parecieran fieras poseídas por demonios que atacarán a los niños de un momento a otro. Lo siento.

—Los leones son animales salvajes. Visítelos en África y después de eso dígame, señorita, si le siguen pareciendo tan tiernos. A veces la sinceridad es

un desagradable defecto. Me retiro. Tengo trabajo que hacer —dijo el dueño.

Se alejó de nosotras como alma que lleva el diablo. Iba muy enojado y sus pasos eran firmes y rápidos. Yo no podía quitarle la vista a su trasero, totalmente definido. No podía ser natural. De seguro tenía unos trozos de silicón bien ocultos y todo era un fraude. Proclamaba que con ejercicio duro podrías tener un cuerpo así, de seguro entre operaciones y la cantidad de anabólicos que ingería se había terminado de comprar un cuerpo.

— ¡Pedazo de cabrón, ya me hizo empezar mal el día! No sé cómo lo soportas —le dije a Taty.

—Pedazo de cabrón, pero quítale la mirada de encima, lo vas a terminar derritiendo —me dijo y no disimuló su risa burlona.

—No lo miro con esas intenciones.

—Pues no has parado de babear desde que se nos plantó delante. Jamás le había llamado a ninguna empleada señorita. Creo que ya te sacó de la familia. Por favor, Lily, si te gusta el empleo intenta conservarlo o al menos no me perjudiques, yo estoy a gusto aquí.

—Créeme que quiero quedarme, pero se me para delante y ya no sé lo que digo.

—Pues contrólate. Necesitas trabajar, si no es aquí será en otro lado y en el *Golden Lion* han sido tolerantes para que puedas acoplar trabajo y estudio — insistió Taty.

—Es el tipo más arrogante que he conocido en mi vida. Si pudiera ahora mismo recogía mis pertenencias y me iba de este sitio para siempre. ¿Quién quiere un jefe así?

—Niña, deseo pedido, deseo concedido. Cualquiera quiere un jefe así, ni lo condenaría por acoso sexual si se pasara de fresco conmigo. Es más ojalá siquiera le pasara por la mente.



— ¿Estás oyendo lo que estás diciendo?

—No te agradará, pero no puedes negar que está buenísimo.

— ¿Y ahora te gusta?

—No, pero me relaja verlo, incluso cuando le da por gritar o se exaspera cuando las cosas no se hacen como él espera.

—Gracias a Dios que nuestros empleos son temporales, no me imagino tener que soportarlo toda la vida. Es un maldito engreído de lo peor. Con su ridículo logo de león por todas partes. ¿Qué se cree para estar aterrorizando niñitos con su espeluznante reproducción de La guardia del León?

Vi la cara de espanto de mi prima y le dije a punto de vomitar:

— ¿No me digas que está de nuevo detrás de mí?

—Gírate y cierra la boca antes de que te escuche.

Cuando me voltee vi entrar a una mujer que parecía de portada de revista. Era alta, guapísima, con las medidas perfectas, como si la hubiesen hecho calculada con cinta métrica.

—Hola, Jessica —dijo Tatiana— ¿Se te ofrece algo?

—Buenos días, chicas. Tatiana, aquí te dejo la actualización de mi dieta y también la de Manny. Por favor, necesito que utilicen la pesa para las medidas, para eso existe. Dale las instrucciones a quién elabora los alimentos. Nos pueden llevar nuestras cinco comidas a nuestras respectivas oficinas. Hoy estaremos a tiempo completo en el gimnasio. ¡Qué tengas un excelente día!

La vimos irse balanceando las caderas con una cadencia que derretiría a los hombres con los que se iba tropezando. La mujer llevaba un modelito parecido al mío, pero el de ella le quedaba asombroso. Con desdén se colocó una bata blanca como la que usan los doctores y se alejó de la cafetería.

—Es la nutrióloga. Acaba de llegar de Tailandia. Se tomó la última semana de

junio para vacacionar. Está de mal humor porque seguro no respetó su dieta. Ahora se la pasará reduciendo calorías, haciendo ejercicios como una endemoniada y repartiendo malas caras. ¿Acaso no es consciente de que ya es perfecta? —dijo Tatiana.

— ¿Está de moda Tailandia? ¿No fue allá donde también viajó el dueño del gimnasio? —pregunté.

—Atrápalo en el aire.

— ¡Oh, no!

—Sin comentarios, en la casa te termino el chisme.

Regresé a mi salón con los chiquitos más lindos del mundo, pero cuando hacían un berrinche, me hacían desear aplazar la maternidad para mi siguiente reencarnación. Ni siquiera había tomado asiento, corriendo detrás de los chiquitines cuando me mandaron a llamar de la oficina del jefe. «Ahora sí que me va a soltar una buena, mejor recojo mis cosas y me voy de una vez», me dije. Además, aunque se pusiera en su peor faceta, estar a solas con él en una oficina iba a ser algo complicado. Podía estar enojada con él o él conmigo, pero cuando lo tenía delante, las piernas me terminaban temblando.

Salí de la estancia, dejé encargados a mis niños y seguí a la persona que había venido por mí. Volvimos a pasar por el área de máquinas y continué admirándome de la gente trabajando sus músculos con devoción. Yo no sabía hacia qué dirección mirar porque de un lado a otro los ejemplares eran dignos de admirarse. Al llegar ante la puerta de la oficina y leer el nombre del dueño afuera, la persona que me acompañó me dio la instrucción de entrar y esperar.

Tomé asiento y me dediqué a apreciar el recinto dedicado a la deidad de Manny. Sus títulos de universidad y diversos posgrados daban cuenta de su trayectoria profesional: entrenamiento deportivo, *fitness*, cultura física, deportes, salud, entre otras. También había reconocimientos para *Golden Lion* y las fotos del

gimnasio desde sus inicios hasta lo que es en la actualidad, en casi todas aparecía Manny. ¿Qué edad tendría? Parecía de no más de veintitantos, pero a pesar de su juventud, se veía muy comprometido con su carrera. Constancia, recordé. ¿Para qué me hacía esperar?

Escuché el picaporte moverse y me acomodé en mi sillón. La persona que me encontré era la que menos me imaginaba.

—Soy el diseñador. Me comentó el dueño del gimnasio que hubo un problema con la imagen principal que decora el área de niños y que usted tenía unas sugerencias para cambiarlas —dijo el hombre.

— ¿Qué yo qué? —casi me da un ataque cardíaco.

—Manny me pidió que escuche sus sugerencias. Haré nuevos bocetos y se los pasaré para su aprobación.

— ¿Está seguro de lo que está hablando?

—Vamos, que no tengo todo el día. Tengo encima el diseño interior del nuevo centro que abrirá Manny, pero antes me ha pedido que actualice la estancia infantil.

Me quedé tan sorprendida que tuve que tomar aire para respirar. Estuve alrededor de una hora dándole mis ideas al diseñador, hasta que el hombre quedó complacido. Con la sorpresa aun rondándome la cabeza me fui a la cafetería. Quise decirle a mi prima, lo que me había sucedido pero el aturdimiento no me dejó despegar los labios, más que para pedir un café y para despedirme antes de volver con los niños.

Esa noche antes de dormir. Tatiana me reveló que, al día siguiente, me despertara dos horas antes, había hablado con Tommy y me tocaba entrenamiento a las seis de la mañana.

— ¿A las seis? ¿Estás loca? Pero si tú entrenas a las siete.

—Será por eso, mi turno es de siete a ocho y el tuyo de seis a siete.

—Pero que tortura. Tendré que levantarme a las cinco. ¿No puedo entrenar a la par que tú?

—Eso mismo pensé, pero es lo que él me dijo. Cariño, no puedo hacer nada. Ya que tengas más confianza con Tom, háblalo con él y llega a un acuerdo. Por lo pronto, mañana es el único horario que tiene para ti. Recuerda que serás médico y tu horario ya no será tuyo. Ve acostumbrándote.

Y ahí estaba yo como una idiota, parándome a las cinco de la mañana y dándome una ducha para poder mantenerme en pie. Llegué al *Fitness Center* hacia las seis con cinco minutos y me estaba durmiendo parada, cuando la voz de mi entrenador me reprendió fuertemente:

—Primer día de entrenamiento y llega tarde, señorita —dijo al sentirme llegar. Él estaba de espaldas a mí y continuaba practicando con un par de pesas.

—Pero si solo son cinco minutos, Tommy. Y para que conste, que solo he venido a este entrenamiento para conservar mi empleo —dije mientras aún me desperezaba y ahogaba todo mi sueño en un bostezo.

Él llevaba un chándal gris oscuro, se quitó la chaqueta, aún de espaldas a mí mientras yo resoplaba de la pereza, y quedó con una camiseta negra holgada con el logo del gimnasio que dejaba al descubierto sus hombros y omoplatos. Me distraje unos segundos con el tatuaje de la cabeza de un león, que se podía apreciar en la parte que la tela no cubría su espalda. El tono de su piel, con la tinta negra brillante y los músculos a juego me hipnotizaron por un momento. Estaba pensando que se veía muy sexy el Thomas de espaldas, cuando se volteó y quedé frente a frente con Manny. El sueño se esfumó de golpe. Debí suponerlo cuando lo escuché decir señorita. Como una tonta murmuré:

— ¿Y Thomas?

—Yo seré su entrenador, ¿Tiene algún problema con eso? —Dijo tratando de

restarle importancia.

— ¿Usted? Pero es el jefe.

— Soy entrenador certificado.

— Me consta, vi todos los diplomas en su oficina.

— Señorita, aún no aprende cuando le conviene callar.

— ¿He dicho algo ofensivo?

— Vamos, a la máquina de correr. Quiero ver cuánto aguanta. Haré una especie de diagnóstico de su condición física. Evaluaré su frecuencia cardíaca.

— ¿Eso es necesario? — Pregunté nerviosa.

— ¿Qué le preocupa? Corre a veces.

— ¡Por Dios! ¿Es una especie de castigo? Digo, tendré que levantarme a diario a las cinco de la mañana y...

— En seis meses me lo agradecerá.

— Creo que renuncio.

— Lo imaginaba. Pues hemos estado hablando de más. Lo supe desde que la vi la primera vez. No lucharé por lo que quiere. Es mejor que se regrese por donde vino y así se ahorre que la desilusión sea mayor.

Lo miré desafiante y fiera como una tigresa. Me subí a la cinta corredora y mientras me peleaba con la programación digital, comencé a correr. Manny se acercó y presionó el botón de *off*. Subió conmigo a la cinta, y a partir de ahí todo se suscitó en cámara lenta. Se plantó frente a mí mientras una energía eléctrica que provenía de mí misma, erizó todos los vellos de mi cuerpo. Manny tomó mi larga cola de caballo, quitó la liga y mi abundante cabello cayó desparramado por todos lados cual largo era, hasta mi cintura. Se colocó la liga en la muñeca con una gracia insuperable. Reagrupó mi cabello amasándolo lentamente y lo enrolló en lo alto de mi cabeza mientras yo estaba a punto de morir sofocada por su tacto suave y firme a la vez; tomó con sus dientes la liga de su brazo y terminó por sujetarme el pelo en un moño alto.

Después programó la máquina personalmente, a la velocidad máxima y se bajó dejándome sin aliento ni siquiera para caminar. Comencé a trotar mientras él no dejaba de mirarme, algo se había revelado para mí: Estaba perdida, lo mejor que podía hacer era desaparecer o ese hombre iba a terminar esclavizándome.

Yo era un antílope corriendo despavorida a través de la sabana y Manny era un enorme león dorado rondándome. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cuándo había ocurrido esto? ¿Se lo había propuesto cuando se sintió desairado, tras escucharme hacer aquel inoportuno chiste sobre la decoración de la estancia infantil? Recordé las palabras de Tatiana, cuando dijo que sería feliz si Manny la acosara sexualmente. Yo no lo conocía, solo podía ver que era un exquisito chocolate por fuera, de esos que cuando muerdes y rompes la cubierta crocante, no sabes qué es lo que te encontrarás en su interior.

—Vamos, no pierda el ritmo, señorita. Está bajándolo —me fustigó.

— ¿Qué pasó con el concepto de familia para los clientes? Porque en la hora que me corresponde quiero ser tratada como tal, entrenador —dije y lo miré desafiante, yo también comenzaba a cansarme de su jueguito.

—De acuerdo, si eso quieres. ¡Lily, mueve el trasero que das pena! ¿Qué edad tienes sesenta años? —Me soltó y ya lo veía en su ambiente. Prefería eso a su sarcasmo. Apreté los músculos y no me dejé vencer. Seguí corriendo—. ¡Vamos, Lily! ¿Eso es lo único que tienes para dar?

«¡Mierda! Su voz diciendo mi nombre era endemoniadamente sensual», pensé. Así era imposible concentrarme en correr o en algo que se le pareciera. Era muy temprano y estábamos solos en la sala que Manny había elegido para ejercitarme. Debí sospechar las intenciones de mi nuevo jefe, cuando el maldito me citó de madrugada, claro que el mensaje me llegó a través de Tatiana y el remitente supuesto terminó siendo una falacia. ¿Sabría Tatiana de esto o ella había sido tan engañada como yo? Continué corriendo y ya no

podía más, pero si Manny me había acusado de no tener constancia era porque realmente no me conocía. De testaruda no había quién me ganase. Estaba bañada en sudor, con las palpitaciones del corazón disparadas y con todos los músculos ardiendo.

— ¡Párate, Lily! Ya es suficiente —sugirió.

¿Detenerme? Ni de casualidad le iba a dar el gusto de restregarme en la cara absolutamente nada. Seguí corriendo.

—Lily, tu frecuencia cardíaca. ¡Es suficiente! El juego terminó. Ganaste —dijo muy enojado.

Casi me caigo de bruces cuando él apagó de golpe la corredora. Logró atraparme a tiempo antes de romperme contra el suelo en mil pedazos. Estaba en sus brazos, y yo era un mar de sudor pegajoso, cero sexy y temblando como una gelatina cuando la empujas con un dedo. Hiperventilaba.

—Creo que me pasé un poco. Solo quería molestarte. No sabía que ibas a llegar tan lejos —fue sincero por primera vez desde que lo había conocido.

— ¿Crees que no me había dado cuenta? Has sido como los niños malcriados a los que me toca cuidar. Suerte que no todos son como tú o tendría mucho trabajo.

—Tengo veintiséis años, no es fácil llevar un negocio con tantos empleados a mi edad. A veces tienes que poner el ejemplo con alguno que se quiere pasar de la línea. Tú apenas llegaste ayer y tus comentarios me exasperaron.

— ¡Ay! —Grité con toda la fuerza de mis pulmones—. Se me ha engarrotado una pierna. Hacía meses que no corría.

—Ven te daré un masaje.

—No, no me toques —le dije porque la sensación era muy desagradable mientras más me tocaba. Así era, aunque pareciera una burla.

—Hidrátate. Estás deshidratada, tienes los labios muy secos —dijo y me los acarició con la yema del dedo.

¿A quién se le ocurría tener los labios secos en este momento? Cuando este hombre me miraba así tan cerca, con esos labios tan tersos y bien delineados.

—Vamos, camina. Te hará bien —me animó. Me ayudó a ponerme de pie y sentí cómo la magia pasó por mi lado y me dijo adiós.

Reparé en la hora, seis y media, de un momento a otro el gimnasio comenzaría a llenarse. Traté de exhalar y dejarme fluir. Caminamos y él no me soltó en ningún momento, llegamos justo a su oficina, me invitó a pasar, mientras continuaba obligándome a tomar mi bebida hidratante. Me condujo a su baño personal y me dijo:

—Puedes ducharte aquí. Si quieres. Tendrás más privacidad.

—No tienes que reparar nada —le dije—. Ya estamos bien. Creo que los dos nos pasamos. Puedo ir a las duchas de los clientes.

—No, insisto.

Me introduje en su baño personal mientras él se tumbó cómodamente en un sofá. Era todo de un mármol oscuro, con una ducha, un jacuzzi y muebles para guardar toallas y demás amenidades. Me preguntaba a cuántas clientas o empleadas había conquistado así, a cuántas había seducido y traído a este recinto. ¿Habría tenido sexo con alguna aquí? «Por supuesto que sí, Lily, no seas tonta. Es lo único que quiere», pensé y no pude evitar sumergirme en mis propias fantasías sexuales con Manny como protagonista. Mientras me duchaba, yo estaba tejiendo las fantasías más calientes en mi mente, y ya se habían humedecido todos los orificios de mi cuerpo, cuando escuché dos toques secos sobre la puerta que me hicieron dar un brinco, como una niña que es sorprendida *in fraganti* en una travesura.

—Lily, traje tus cosas. Las habías dejado en tu casillero. ¿Puedo pasar? ¿Estás cubierta?

El corazón me comenzó a bombear sangre en todas las direcciones.



—Sigo duchándome —solté recordando que la puerta de la ducha era de cristal y que de la puerta del baño se veía completamente todo—. Pero puedes pasar con los ojos cerrados —dije y me arrepentí de inmediato, nunca había sido tan audaz con un chico que acababa de conocer.

Escuché el crujir de la cerradura, Manny ni siquiera por consideración al pudor que yo acababa de perder en ese momento, rechazó mi invitación. Entró directo. Con los ojos de par en par, abrió la puerta de la ducha y se metió dentro con ropa y todo. ¿A quién se le ocurre decirle a un hombre como ése que entre con los ojos cerrados? Ni en mis sueños más nefastos. Mi cuerpo entero fue invadido por cosquillas que amenazaban con desmoronarme como una hogaza de pan entre los dedos de él. Manny no pidió autorización, mis palabras fueron lo suficiente permisivas para dar a entender que me moría por él. Se lanzó a mi cuerpo desnudo, me abrazó debajo de la lluvia de agua casi hirviendo e hizo su primera parada en mi boca, la succionó con ganas hasta que mi lengua salió al encuentro de la suya, mis labios quedaron hinchados, los de él estaban más rojos que una fresa y me gustaban cada segundo más, me incitaban a besarlos, como si fuera lo último que iba a hacer en la vida. Comenzó a quitarse la ropa empapada que lo único que hacía era estorbar, la tiró al suelo del baño, que quedó lleno de charcos e hizo su segunda parada en mi cuello, me besó alrededor de la yugular y me susurró:

— ¿Estás un poco tensa? ¿Estás segura que quieres?

—Sí, quiero —murmuré.

Él volvió a comerse mi boca y siguió bajando, me mordió suavemente la clavícula y con tan solo eso, me rendí a sus deseos. Pasó la lengua por la línea central de mi pecho, unió mis jóvenes senos con las manos y se perdió en ellos por un rato. Desde ese minuto cerré los ojos y solo pude sentir su lengua bajando hasta mi ombligo. Nunca había sentido algo así. Me miró una vez más con descaró, como avisándome de lo que venía. Sí, su mirada tremendamente

eufórica me volvía loca, cuando me alzó con una fuerza sobrehumana y colocó mis piernas sobre sus hombros, de frente a él y sumergió su lengua en mi interior, me perdí por completo.

—No pararé hasta que me pidas que te haga mía —me dijo.

— ¿Estás loco? ¿Parece que te estuviera poniendo alguna resistencia? —logré articular en medio de la agitación que sentía.

Manny no se andaba con rodeos, él lo quería todo y lo quería ya; me hizo hasta lo que yo no sabía que se podía hacer, me mordió, me chupó y me mató lentamente, hasta que me dejó caer de una vez en un recorrido violento por encima de su piel.

—Tómame de una vez —le pedí.

Manny me había hecho creer que su cuerpo era mi lugar preferido del planeta. Terminó por darme lo que yo le había pedido casi agónicamente. Mi cuerpo entero comenzó a arder y me di cuenta, que no lo había soñado así. La sensación de tenerlo a punto de entrar por primera vez, era diferente a la de sus labios sobre mi sexo, sentí dolor e intenté retroceder, pero él empujó y se apoderó del tesoro que yo había protegido durante veinte años. Lo guardé con mucho recelo y terminé regalándolo al león de la *Gold Coast*, sin ningún remordimiento. Él se dio cuenta que había tomado mi virginidad cuando se introdujo en mi cuerpo.

— ¿Quieres que me detenga? Dímelo y lo hago de inmediato —dijo entre jadeos.

Negué con la cabeza y busqué con desespero sus labios, para llenarme de valor. Yo quería a ese hombre dentro de mí. Cerré el círculo de mis piernas sobre sus caderas y me apreté aún más contra su cuerpo. Aun sosteniéndome en sus brazos, Manny me obsequió el beso más dulce que jamás me habían dado y continuó haciéndome sentir un derroche de sensaciones. Me miró a los ojos y sin soltarme me sacó de allí. Se acercó al jacuzzi y se sentó en el borde,

una pierna adentro y la otra fuera. Estiró una mano para abrir la entrada de agua y encenderlo, sin salir de dentro de mí. Yo seguía encima de su cuerpo, mi pecho desnudo quedaba casi en su rostro. Él no perdió la oportunidad de acariciarlo y besarlo, mientras yo más me erizaba y me mordía los labios para no gritar. La sensación agradable que sentía entre las piernas me dio la pauta para moverme de forma vertical, sentía mis paredes ajustar y soltar según subía y bajaba. A Manny le encantaba, no era experta en sexo, pero podía notarlo. Él suspiraba y parecía que iba a explotar en cualquier momento. Sin embargo, no me apuraba solo me susurraba al oído:

— ¡Muévete como te guste, nena! Quiero que lo disfrutes. Cuando llegues al orgasmo me voy a correr contigo. Es lo que me vuelve loco, ya te conté mi secreto.

Manny no dejaba de besarme. Continué moviéndome de arriba abajo, primero muy lento y luego más rápido, hasta que descubrí que podía menearme en otras direcciones y eso me hizo estallar de dentro hacia fuera. Solté un grito de placer ante el primer orgasmo y cuando pensé que él iba a terminar conmigo, como me había prometido, me empujó al jacuzzi y me sumergió en el agua tibia, que terminó de calentar el resto de mi cuerpo. Entonces, fue cuando conocí al verdadero Manny en el sexo, me pasó debajo de su cuerpo, tuvo la delicadeza de poner una toalla doblada para que pudiera descansar la cabeza y terminara de rendirme en sus brazos. Era experto a la hora de hacer sentir bien a una mujer y eso me enloquecía. Me enseñó muchas cosas. Uno, cómo moverme cuando estaba debajo de un hombre. Dos, que cuando una mujer está bien dilatada y una polla le entra desde la punta hasta la base y la vagina la abraza como si fuera un guante, hay que cerrar los ojos porque el placer es demasiado intenso. Tres, que las mujeres podíamos tener múltiples orgasmos. Y cuatro, que tener la vista completa de sus pectorales y su rostro poseído por el placer, mientras nos corríamos a la vez, me volvía completamente loca.

Perdí la cuenta de los orgasmos, después del primero. No podía borrar de mi mente el último, el que habíamos compartido juntos, ése había sido mi preferido, porque no solo disfruté al sentir placer, sino que terminé de acelerarme al saber que yo podía lograr ese efecto en él. Terminamos extenuados y aún mientras nos relajábamos uno encima del otro, Manny seguía tan firme como una roca, mirándome como si de nuevo quisiera volver a tomarme. Manny tenía que haberme hechizado, para que yo hubiese accedido a tener sexo con él sin siquiera conocer su segundo nombre.

Sentía mi cuerpo entero incendiado. Nos terminamos de duchar, nos secamos y nos tiramos envueltos en toallas en el amplio sofá de su oficina. Lo vi cerrar los ojos casi sin aliento, y no podía quitarle la vista de encima. Me hubiese encantado tener el don de adivinar sus pensamientos. Por un momento parecía que habíamos perdido el habla hasta que él se aventuró a decir:

— ¿Por qué no me dijiste que eras virgen?

— ¿Habría sido diferente? —le dije.

—Tal vez. Hubiese ido más despacio. ¿Qué edad tienes, Lily?

—Veinte años.

—Gracias a Dios. Por un instante pensé que eras mucho menor. Nunca había estado con una chica como tú. Ahora me siento en deuda contigo. ¿Así imaginaste tu primera vez?

—No. Ni siquiera había fantaseado con eso. Llegué con otra idea.

—Imagino que sí, no creo que hayas venido con intenciones de follarte al entrenador —intentó hacer una broma y le lancé mi mirada de pocos amigos

—. Entendí perfectamente lo que quisiste decir.

—Vine a estudiar, no pensé tropezarme contigo.

Me puse de pie y me haló con fuerza hacia sí.

— ¿A dónde vas? —Me preguntó.

—A trabajar.

—Antes de irte dame un beso.

Me lanzó una sonrisa de esas que me habían robado la cordura y luego me robó otro beso. Corrí al baño a vestirme a toda prisa y siguió detrás de mí, con una toalla amarrada alrededor de su cintura.

—Cierra la puerta del baño, voy a cambiarme de ropa —le exigí.

— ¿Y ahora eres modosita? —Dijo con la misma mirada que había utilizado para lanzármese encima.

—Aunque no lo creas lo soy, no sé qué hiciste conmigo —le dije y solté la toalla que me cubría, la que se resbaló hasta el piso y me dejó tal como había venido al mundo.

Le permití tener una vista de trescientos sesenta grados de mi cuerpo. Manny se recostó a la puerta del baño sin intenciones de irse. Terminé de vestirme a prisas, mientras parecía un bobo mirándome. Antes de escaparme de su oficina, me haló con fuerzas hacia su pecho descubierto. Me miró a los ojos. No sé si ya había descubierto que su mirada era mi mayor debilidad. Me rozó la boca con sus labios, muy tiernamente y me dijo:

—Te veo en la cafetería a las doce para almorzar.

Abrió la puerta de su oficina y me dejó salir. Mi risa se congeló en mi rostro al encontrarme con la persona que justo en ese momento iba a llamar. Era Jessica, la nutrióloga. Seguí mi camino mientras ella se quedó pasmada, con la boca abierta, porque Manny seguía en toalla, con el torso descubierto y cualquier excusa que armara iba a ser poco creíble. No me quedé para averiguarlo, pero recordé la casualidad del viaje a Tailandia y el chisme que Tatiana había prometido contarme y que las dos habíamos olvidado. Esperaba que no haberlo escuchado antes, no fuera motivo de arrepentimiento para mí. Jessica se quedó asombrada, pero tampoco hizo un escándalo y eso significaba, que en dado caso que ella y Manny tuvieran algo, no era formal.

Claro, como tampoco lo era conmigo.

Caminé con trabajo para llegar a la estancia y no podía fijarme en el presente, mi mente estaba repleta de imágenes de la boca de Manny, de sus hombros, del tatuaje de su espalda, y de su mirada ardiendo de deseos por poseerme. Yo no sabía si iba a poder concentrarme en cuidar a alguien que no fuera de mí misma, estaba totalmente perdida. No se me quitaba del pecho la necesidad de suspirar, claro que no iba estar suspirando como poseída delante de todo el mundo, pero la sensación no se desvanecía. Acababa de llegar a Chicago, con la meta de estudiar como único objetivo y estaba haciendo todo lo que me habían suplicado mis padres que no hiciera. Manny no había tenido que poner mucho esfuerzo para convencerme, después de años, sacrificada por mis estudios, llegaba este Dios de la *Gold Coast* y yo le entregaba hasta de lo que no era dueña. Por más que lo pensaba, no quería seguir debatiéndome con mi conciencia, me valían todos los preceptos morales y hasta mis propios principios, Manny me había convertido a su secta y yo no quería escapar.

Intenté concentrarme, los niños no merecían mi indiferencia ni que yo estuviera como una tonta con la cabeza en las nubes. Cuando entré, ya todas mis compañeras estaban allí, me sentí un poco culpable, si las otras supieran que yo venía de follarme al jefe, con qué cara me recibirían. Y es que todas estaban muy sonrientes. Lo primero que vi me apantalló por completo: «¿Pero está loco este hombre?», pensé. Me gustó su sorpresa y ya no me sentí como una cualquiera.

Manny había convencido al diseñador para que trabajara con su equipo en tiempo récord y había cambiado la decoración del lugar. La imagen de los leones era tierna y divertida, totalmente apropiada para niños. Yo miraba todo entre extasiada e impresionada, el resto de mis compañeras tenían la misma

cara que yo.

— ¿No es increíble? Deben haber trabajado de madrugada. Ha sido un cambio muy favorable. Se ve estupendo —me dijo una.

Y sí, lo era. Para mí más. Se me metió en la mente la loca idea de que Manny lo había hecho por mí, porque yo le gustaba y quería agradarme. No podía quitarme la sonrisa del rostro cuando me llegó un mensaje de texto al *iPhone*, era Manny:

*Quiero resarcirte, he sido un gilipollas y no puedo permitir que tu primera vez haya sido así. ¿Cenarías esta noche conmigo en mi departamento?*

¿Y ahora que le iba a contestar? ¿Qué sí, que quedáramos de nuevo para tener sexo de otra manera que me resultara más estupenda? Pero si no podía ni sentarme y la verdad, ni me importaba. Para mí había sido perfecto, yo no tenía con qué experiencia compararlo, a lo mejor él sí y por eso sentía que estaba en deuda conmigo. ¿Qué se le responde a un hombre como Manny cuando te pide algo así? Tecleé:

*Acepto*

Y él me contestó de vuelta:

*Pasaré a buscarte a tu departamento a las ocho. Un beso en tus deliciosos labios.*

Ya no pude frenar a mí corazón, continuó acelerado el resto del día. A quince minutos para las doce, un poco antes de la hora que Manny eligió para almorzar conmigo, fui a la cafetería y me encontré con Tatiana. Mi prima tenía habilidad para darse cuenta de las cosas, así que preferí no hacerle la pregunta que me estaba carcomiendo por dentro para que no atara cabos.

— ¿Dónde diablos te metiste en la mañana? Cuando llegué a entrenar no te vi por ningún lado. Tommy me dijo que él no será tu entrenador, que será Manny.

—Lo siento, Taty. Creo que terminamos enredándonos —le solté toda la sopa. Y eso que mis intenciones eran ser discreta.

— ¿De qué estás hablando? ¿Enredándote cómo?

Lancé una mirada que dio a entender todo, pero como Tatiana me conocía bien y no daba crédito a mis insinuaciones preguntó con todas sus letras:

— ¿Tuviste sexo con Manny? —dijo bajando el tono de voz al mínimo. Asentí y Taty me soltó disparada. Parecía que había adoptado el papel de mi madre

—: Manny no es un tonto. Él sabe lo que hace. No te traje aquí para esto.

—Pero dijiste que, si quería acosarte, serías la primera en decirle que sí.

—Era una broma, Lily. El tipo está buenísimo, pero eso no significa que me pondré en bandeja de plata para él. Mírate, cariño, si eres preciosa. Manny es lindo y tiene un cuerpo de infarto, pero no sirve para ti, está dañado. No es lo que tú necesitas. Él está acostumbrado a esto, a seducir y a desechar, tú vales mucho más. Ahora mismo va a escucharme.

—No lo hagas, Taty, por lo que más quieras. Manny me gusta —supliqué.

—Por supuesto que te encanta. Debí imaginarme que Manny haría algo así. Él me dijo de tu cita con Thomas. ¿Cómo ves?

—Soy adulta, tomaré mis propias decisiones y no por eso quiero enemistarme contigo. Estoy feliz. Él pasará por mí a las ocho. Me preparará una cena en su departamento. Y en cinco minutos viene a la cafetería a almorzar conmigo.

—Aquí. ¿Estás loca? Él anda con Jessica. Esa mujer lo cela como si fuera de su propiedad. Lo de ellos no es nada serio, pero para ella sí.

—Ella me sorprendió cuando salí de su oficina y se quedó bastante ecuánime.

—Por supuesto, delante de él. Tienen un trato o algo así, pero anda con la que se le da la gana. ¿Al menos usaron protección?

—Sí.



—Pensé que eras virgen.

—Lo era.

— ¿Y te entregaste a un hombre que acabas de conocer? No diré nada más, Lily. Solo tomaré mis providencias para sostenerte cuando el león decida buscar otra presa. Es un maldito cabrón, no pensé que esto acabaría así cuando conseguí este empleo para ti.

Taty estaba muy disgustada, demasiado. Cuando Manny llegó y se sentó a mi lado yo ya no supe si sonreírle o no. Tatiana le dio las buenas tardes y se alejó. Otra de las chicas de la cafetería nos tomó la orden. Manny estuvo cariñoso conmigo, no limitó sus muestras de afecto, aunque estábamos en público, y eso me dio seguridad. Si estaba con Jessica no lo haría, ¿o sí?

Esa noche, treinta minutos antes de la hora acordada, estaba que me iba a dar un ataque. No sabía qué me iba a poner. Tatiana se me acercó al verme echa un mar de indecisión:

—Ya revisé todo mi atuendo y no traje nada para una cita como ésta —le dije.

—No entiendo tú estrés, si ya lo hicieron todo al revés. Primero follan y luego tienen la cita. Es muy romántico. Todavía no entiendo cómo Manny te convenció. Bueno pensándolo bien, es muy obvio —dijo Taty y luego poniéndose seria añadió—: Lily, no te enamores. Disfrútalo, Manny te hará pasar un buen rato, pero recuerda que tiene fecha de caducidad. Es como la historia de la Cenicienta. A la medianoche se romperá el encanto.

— ¿Acaso crees que no tengo los atributos para que Manny se enamore de mí?

—Te sobran. No eres tú, es él. Ven voy a ayudarte.

Eligió entre mis prendas un vestido negro. Me prestó los zapatos y el bolso que completaban el atuendo. Tomó su plancha para cabello *Babyliss* y la pasó

por mi pelo dejándolo radiante. Como era tan largo y abundante, lo dejó suelto, era el mejor accesorio para cualquier *look*. Me puso en los labios el *Ruby Woo* de Mac y un poco de máscara en las pestañas. Me coloqué en las muñecas un poco de, *Coco Mademoiselle* de Chanel, mi perfume preferido, y Tatiana soltó un poquito más cerca del escote. Sonreí e intenté detenerla:

— ¡Basta!

—Un toque de *blush* y listo. Si Manny no se enamora de ti es porque es un idiota —dijo.

Justo a tiempo, él llamó a la puerta del departamento. Lo invitamos a pasar y me pidió salir de inmediato. La cena nos estaba aguardando. Fue muy atento conmigo. Me halagó en todo el recorrido que dimos en auto, desde el departamento de Tatiana hasta el sitio al que arribamos.

—Pensé que me habías invitado a tu departamento a cenar —dije cuando el *valet parking* recibió nuestro auto en un restaurante de moda.

—Eso será después de la cena. Te dije que estaba en deuda contigo. Quiero recomponer las cosas. Nunca había estado con una chica como tú.

—Una chica virgen.

—Una chica virgen, linda, educada y que mandó todo al demonio cuando le ofrecí pasarle la ropa al baño. Eso me volvió loco.

— ¿Ahora resulta que yo te entré a ti primero? Pediste entrar al baño, como iba a estar cubierta si la maldita puerta de la ducha era de cristal.

—Pensé que para esa hora ya estarías secándote y envuelta en las toallas.

—Buen punto.

—Yo ya estaba caliente desde que te ofrecí tomar una ducha en mi baño y aceptaste. Me tumbé en el sofá para desconectar, pero no podía sacarme de la cabeza tu imagen desnuda. Mi fantasía —rectificó—. Así que recordé que no habías traído tu ropa y decidí ir por ella para no seguir martirizándome. Pensé

que habrías terminado a mi regreso. Cuando me dijiste que estabas en la ducha y que podía pasar con los ojos cerrados, ya no pude contenerme.

—Debiste cerrar los ojos.

—Tú sabías que eso iba a ser imposible, Lily. ¿Tienes idea de lo que pasará cuando te lleve a mi casa esta noche? Te esperan unas rosas hermosas y un vino tinto exquisito.

—Imagino que continuaremos conversando, hay muchas cosas que quiero saber de ti.

— ¿No estás cansada? Despertaste temprano y luego dejaste el alma en la cinta de correr.

— ¿Qué podía hacer? Tú me retaste.

—Mañana seguiremos entrenando y ahora sí en serio.

— ¿No te pareció suficiente serio nuestro entrenamiento de hoy? —le dije con una sonrisa.

— ¿Me quieres volver loco aquí mismo? Vámonos de inmediato a mi casa. Quiero continuar lo que empezamos hoy en el entrenamiento.

—Cambié de parecer. Prefiero que me lleves al departamento de Taty, antes de la medianoche —le dije mirándolo a los ojos.

— ¿Estás jugando?

—Manny, tú dijiste que estás en deuda conmigo, aunque la verdad no lo creo, pero si de veras quieres complacerme, déjame sentir que también puedo tener el control.

— ¿Eso quieres?

—Creo que para nuestra primera cita hemos avanzado bastante.

—La tercera, la primera fue esta mañana y la segunda al mediodía.

—Estás muy acelerado.

—Vámonos, Lily. Te dejaré en la puerta de tu casa. Lo intentaré, pero no sé si pueda soportarlo.

Condujo apresurado y me dejó justo en la puerta del departamento de Tatiana. Eran las once y media de la noche, cuando se despidió con beso que terminó por robarme el aliento. Estuve a punto de sucumbir, casi le pido que me raptara y que me llevara con él, que no iba a poder dormir si no volvía a tenerlo, pero él se despidió con la siguiente frase:

—No vemos mañana a las seis para entrenar. No llegues ni cinco minutos tarde. Suelo ser muy impaciente.

—Podríamos negociar la hora, las seis de la mañana se me hace un poco cruel. ¿Podríamos cambiar para las siete?

—Mujer, tienes el poder. Entrena conmigo a la hora que tú quieras, pero tiene que ser diario. No negociaré la frecuencia.

## *Seducida por mi entrenador*



Me siento gorda, estos días en casa de mis padres han hecho estragos en mi cuerpo. Un verano lleno de helados, comida basura y todo porque mis padres llevaban sin verme más de cuatro meses. Querían hacerme sentir bien, pero lo que hicieron fue engordarme.

Ellos viven en Córdoba y yo estudio enfermería en Málaga por lo que no nos vemos muy a menudo. Todavía me quedan dos años de carrera y los pobres cada vez que me venía lo pasaban tan mal... Pero ¿Qué podía hacer? Ya tenía mi vida hecha ~~aquí~~ con mis amigas y compañeras de piso. Me gustaba vivir aquí.

Como aún el verano no había terminado, aprovecharía lo que me quedaba de vacaciones para ir a la playa con mis chicas.

Me bajé del taxi que había cogido desde la estación hasta mi piso y solté un suspiro de alivio. Vivo en el barrio de la luz y aunque había autobuses que me llevaban hasta allí, con las maletas y todo, como que no me apetecía ir tan apretujada. Cuando le pagué al taxista y bajé mis cosas del maletero, me dirijo con paso firme hasta mi portal. Tenía tantas ganas de llegar como de quitarme la ropa. Me sentía pegajosa, sudada y apestosa. Hacía un calor tremendo y estaba empapada en sudor.

Al subir al primer piso, metí la llave y abrí con cautela sin saber si mis amigas

estarían durmiendo o vete tú a saber, pues eran demasiado liberales y más de una vez las había pillado en un momento un poco incómodo, para mí claro está, porque ellas se lo pasaban en grande. También al ser tan temprano y estar en vacaciones seguramente podría pillarlas en el quinto sueño, se la pasaban de fiesta en fiesta las muy callejeras. Menos mal que a la hora de estudiar eran unas empollonas, pero el verano... ese era otro cantar. Como siempre decía Marta como si de un mantra se tratara: “Es verano y se hizo para descansar”.

Al entrar, cerré la puerta despacio y dejé mi maleta en el suelo cerca de la entrada. Caminé decidida a despertarlas y darles un susto de muerte, así que fui primero a la habitación de Verónica pues es la que estaba más cerca. Abrí la puerta procurando ser lo más silenciosa posible. La imagen de mi amiga durmiendo y con la boca abierta mientras llenaba las sabanas de babas, se materializó justo delante de mí. Solté una risita maquiavélica al pensar lo que haría para despertarla. Salí de nuevo de la habitación, me dirigí hasta la cocina y del gabinete cogí vaso llenándolo hasta arriba de agua.

—Espero que no me mate por esto —susurro aguantando la risa mientras camino de nuevo hasta su habitación.

Me acerqué a ella sigilosa y comencé a echar el agua poco a poco en su cabeza. Se removió, pero no se despertó, estaría tan borracha que ni se daba cuenta. Volví a pensar en qué hacer para conseguir mi propósito, puesto que ya había echado toda el agua que había en el vaso y nada, ni se inmutó. Entonces recordé a Diego, el chico que le gustaba y que ya le había visto en bolas por mi casa en más de una ocasión. Cogí mi móvil y marqué su número. Este lo descolgó en seguida.

—*Anabel, hola ¿Cómo has pasado las vacaciones en Córdoba?* —me saluda nada más descolgar.

—*Hola, Diego. Muy bien, gracias* —respondí y mi boca vuelve a curvarse en una sonrisa malvada—. *Verás te llamaba porque acabo de llegar... Vero y*

*Marta no están. Me siento sola* —dije sin titubear.

«Ni siquiera estoy pensando lo que digo. A este chico lo voy a tener aquí en menos de dos segundos» pienso. Solo quería conseguir que él, indignado, llamase a mi estroncada amiga y le contara que había intentado ligar con él.

—*Eh, eh ¿Qué quieres decir? ¿Quieres que vaya a hacerte compañía?*

Será capullo y eso que supuestamente está colado por mi amiga. Mi subconsciente me dice que lo estoy haciendo mal y que mi amiga más que despertarse se va a cabrear conmigo, pero no soy yo la que está a punto de querer venir a mi casa, para sabe Dios lo que está pasando por su cabeza. Será gilipollas.

— *¡Ay! no hace falta. Ya han llegado las chicas, gracias Diego por tu ofrecimiento* —respondo y cuelgo.

Verás cuando nos veamos, será todo un show y mis amigas se darán cuenta. Volviendo al problema de la bella durmiente ¿Cómo la despierto sin hacer que le diera un infarto? Me acerqué a ella y cogí su brazo para ver qué tan dormida estaba y si no fuera porque la escuchaba roncar, podría decir que estaba muerta.

Salí de la habitación dándome cuenta que no se iba a despertar, entonces me fui hasta la habitación de Marta y ésta también dormía. Me acerco a ella y le doy dos palmadas en la cara. Poco a poco abre los ojos y al verme los abre de golpe. Se pone en pie y me abraza efusiva.

—Marta, parece que llevas sin verme dos años —dije al separarnos.

— *¿Cuándo has llegado cabrona?* —pregunta y sonrío al escucharla hablar. Tan mal hablada qué es y aun así la adoro.

—Hace media hora, pero estuve intentando despertar a Vero la durmiente y nada ¡Joder! ¿Qué se tomó anoche?

Ambas soltamos una carcajada y ya activa Marta, me dio la idea más perfecta que había tenido en su vida y Vero nos iba a matar seguro. Fuimos hasta su

habitación y Marta la cogió por debajo de los sobacos y yo por las piernas. Al tener un sueño profundo, la muchacha no se despertaba ni a la de tres, vaya que cae una bomba a su lado y se muere fijo. Caminamos despacio hasta el baño y la metimos en la ducha ya abierta con el agua fría. Vero soltó un grito cual demonio enfurecido y nos miró con los ojos inyectados en sangre.

— ¡Os voy a matar, zorronas! —gritó haciéndonos correr y escondernos en el primer hueco disponible antes de ser alcanzadas por Cruella de Vil.

Yo me metí en mi habitación y Marta quiso entrar, pero no me dio tiempo, cuando Vero ya la tenía cogida del pelo. Ambas gritaban como unas posesas y tuve que salir para mediar entre las dos. Siempre estaban así, peleándose como gatas. Cogí el brazo de Vero para poder quitar su mano que agarraba fuerte los pelos de Marta y pude conseguirlo ganándome un empujón.

— ¡Para loca, que solo era una broma! —grité cogiéndola de los hombros para pararle, pues ya estaba de nuevo al acecho para tirarse encima de Marta.

Si las dos fuimos culpables ¿Por qué solo se va a por ella? No la entendía y tocaba cena de reflexión en la que yo era psicóloga de ambas y las ponía a caer de un burro. Porque no podían llevarse así y luego comerse a besos. Estaban locas por Dios.

—Ella tiene la culpa, Anabel—respondió en su defensa.

Las miro a las dos con el ceño fruncido y creo que se han dado cuenta de mi desconcierto. Se acercan y se abrazan. Aquí pasaba algo y se creían que me iba a quedar tranquila, pero ya sabían que todo lo que tenía de culo gordo, lo tenía de mala leche multiplicado por veinte mil. Me acerco a ellas y las cojo a las dos de los brazos para sentarlas en el sofá. Tenían que explicarme qué coño es lo que ha pasado en mí ausencia. Cuando conseguí que las dos estuvieran calladas y sentaditas como niñas de guardería, las miré con cara de cabreo.

—A ver ¿Quién de las dos me cuenta que está pasando aquí? Y ya sabéis mis



tácticas para conseguir lo que quiero —pregunto mirándolas con una ceja alzada.

—Yo... ella, no sé —responde Vero tartamudeando.

— ¿En serio? Yo... ella. Soy Vero y soy *lela* —imité burlándome de ella, a ver si así, reaccionaba.

Vero se levanta cabreada y la señala con un dedo. Marta a su vez hace exactamente lo mismo y yo, uf, yo estaba pendiente de que no se cogieran de los pelos otra vez. Eran tan exasperantes.

— ¡Tú te insinuaste como si fueras una fulana! —gritó Vero.

— ¡Joder! Ya te dije que yo no hice eso. Ya sabes que Diego no me gusta, pero él fue quien se acercó, es un gilipollas y no te das cuenta —se defendió Marta. Fruncí el ceño observando la disputa y ya sabía que es lo que había pasado y el muy cabrón de Diego tenía la culpa de todo esto. Joder con el empollón, todo lo que tenía de listillo, lo tenía de picha floja y la muy tonta de Vero estaba coladita por él.

—Espera, espera ¿Estáis peleando por ese? ¿En serio? —Pregunto acercándome a ellas y me siento en el sofá seguida de mis amigas—. Vero Diego es un capullo integral y tú lo sabes. Él solo quiere meterla en caliente y se pone a tiro con cualquier chica. Yo misma lo acabo de llamar para hacerte una broma y el muy gilipollas se ofreció a venir aquí para hacerme compañía —explico ganándome un pescozón de Vero—. Oye, ¿Por qué me pegas? Yo solo intento hacer que abras los ojos, tonta.

Las tres nos miramos y soltamos una sonora carcajada. Nos abrazamos mientras llorábamos de la risa. Había llegado a casa.

Horas más tarde, pensaron en ir a cenar al burger y yo me negué en rotundo. Tenía que ponerme a dieta sí o sí y ellas no me iban a destrozar mis pensamientos con ricas hamburguesas, grasientas y joder que hambre me está entrando. Nada que me convencieron y juré por mi vida que mañana iría a

apuntarme al gimnasio para ponerme en mi peso ideal más pronto que tarde. Fuimos a cenar a la hamburguesería de Lola y nos sentamos en la terraza, diría que al fresquito, pero hacía un calor de cojones y eso que ya estábamos en septiembre, pero nada, calor hasta noviembre seguro.

—Niñas hacía mucho tiempo que no os veía por aquí —dice Lola saludándonos.

Siempre veníamos a ella, pues tenía las mejores hamburguesas de toda Málaga, por lo menos para mí. Después de hablarle y comentarle todo sobre mis vacaciones en Córdoba, le pedimos nuestra cena y se fue dentro para pedirselas a su hija Natalia. Minutos después, Lola nos traía la cena. A nosotras era a las únicas que nos traía la cena, puesto que ella solo estaba para la barra y la caja, pero desde que nos conoció hace ya dos años, nos trataba como si fuéramos sus hijas y claro nosotras encantadas, ya que al estar tan lejos de nuestras madres, nos hacía sentir como en casa.

Cenamos en perfecta armonía y yo pensé que se matarían, pero no, me dejaron sin habla al estar tan simpáticas la una con la otra. No si al final va a ser verdad que se quieren y todo. Cuando terminamos de cenar, le pedimos a Lola nuestros tintos de verano. Siempre lo hacíamos después de cenar para quedarnos mucho más tiempo y casi siempre cerrábamos la hamburguesería nosotras.

—Bueno cuéntanos como te fue en casa de tus padres ¿Conociste a algún maromo? —pregunta Vero y yo me encogí de hombros siendo mi intención clarísima de molestarla.

—Uy eso es que sí. Habla, zorróna —dice ahora Marta y suelto una carcajada.

—Que sí coño, que conocí un chico que uf. No me quiero ni acordar que me dan ganas de volver —respondo y seguimos riendo como descocidas—. Bueno dejando las bromas aparte. El chico estaba que cruje, pero por Dios, lo que peor llevo son los kilos que he cogido por culpa de mi madre que solo

intentaba cebarme como una vaca.

—Anda ya, si estás estupenda. Sí te veo más respuesta, pero no para tomárselo así, que eres una exagerada —responde Vero y yo niego alzando ambas cejas.

—Que no que no. Mañana voy de cabeza al gimnasio a apuntarme. Antes de entrar en la facultad tengo que haber perdido cinco kilos como mínimo.

—Pues date prisa que las clases empiezan en dos semanas.

—Eso, tú hurga en la llaga. Que ya lo tenía olvidado Vero —le responde Marta y reímos bebiendo un sorbo de nuestros tintos que, por cierto, estaban de vicio.

Seguimos bebiendo y ya sentía mis mejillas arder por el tinto, que al estar tan bueno y supuestamente no era fuerte, te lo bebías del tirón y cuando te quieres dar cuenta llevas una borrachera encima que no te puedes ni levantar de la silla. Y claro eso me pasó a mí. Lola ya estaba cerrando y teníamos que irnos. Me levanto y si no es por alguien que desconozco quién es, me caigo de bruces contra el suelo y el golpe hubiera sido devastador.

—Qué te caes. —Escuché decir a la persona que me estaba agarrando por la cintura. Su voz era... ¿Cómo expresarlo?

Levanto la mirada y cruzo mis ojos verdes en los suyos, eran color miel y son los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Nuestras miradas se quedan clavadas la una en la otra y siento como mi cuerpo arde como si de una hoguera se tratara. Escuchamos un carraspeo que hace que ambos despertemos del trance.

—Gra... gracias —hablo pareciendo lela. Él me mira y me sonrío haciéndolo ver mucho más atractivo si podía.

Era un hombre no muy alto, de espalda ancha y corte de pelo militar. Vaya que estaba para mojar pan y no dejar ni las migas. Mis amigas se acercan a mí como si me hubiera hecho daño, pero las muy zorronas venían para verle a él, pero ¿Cómo no hacerlo si yo misma lo haría sin pensar si quiera en mi amiga?

— ¿Te hiciste daño Anabel? —pregunta Vero fingiendo preocupación y él sonríe al darse cuenta.

Al ver de nuevo esa sonrisa siento que mis piernas flaquean convirtiéndolas en gelatina. Me siento en un banco cercano a la hamburguesería y ellos vienen detrás de mí. Vero se sienta a mi lado y mientras me toco la frente para secarme el sudor que me ha provocado. Lo que no sabía si era el vino o ver a este hombre que tan cardíaca me había puesto.

— ¿Te encuentras bien? —Pregunta el culpable de mis calores.

Levanto la mirada y lo veo un poco preocupado. Mis amigas me hablan y yo no puedo apartar la mirada de él ¿Podía estar más bueno? No, no podía, porque de ser así, sería demasiado para mi organismo.

—Sí —logro decir—. Estoy bien, gracias por preocuparte.

—Me alegro. Ya pensaba que teníamos que llevarte al hospital. —Al escuchar su acento me doy cuenta de que no es de aquí, sino de Cádiz.

— ¿Eres de Cádiz? —Pregunto y asiente con una sonrisa marcando unos hoyuelos que hasta ahora, no me había percatado que tenía.

— ¿Tanto se me nota? —Responde y las tres asentimos y nos reímos por lo gracioso de la situación.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero ya llevábamos en ese banco hablando como una hora más o menos. Hasta que se despidió, puesto que tenía que madrugar mañana para trabajar. Mi borrachera hacía ya rato que se me había ido y por eso pude hablar con él sin parecer tonta. Cuando nos quedamos solas, porque *míster buenorro* se había ido hace ya cinco minutos. Sí, había mirado la hora para saber cuánto tiempo había pasado desde que me sonrió por última vez.

— ¡Madre mía de todos los santos, como está ese hombre! —Suelta la muy calenturienta Marta. La miro y me río al ver como con sus manos se abanica para quitarse el calor.

—Uf, no sé, pero a mí me ha puesto cachonda como una perra.

— ¡Vero! Pero que burra eres por Dios. Si te escucharan tus padres hablar así —le regaño por mal hablada. Marta se acerca a ella y le da un pellizco en el brazo para picarla—. No empieces Marta que nos conocemos. Bueno vámonos que a este paso amanecemos aquí.

Me levanto y comienzo a caminar dirección a nuestro piso que estaba dos calles más abajo de la hamburguesería. Al llegar entro en el portal y miro hacia atrás para ver por dónde venían las locas estas. Las veo cuchicheando y riéndose. Me doy la vuelta poniendo los brazos en jarras y las espero para saber qué es tan gracioso y por qué yo no me estoy riendo con ellas. Ambas me miran y se callan como si las hubiera pillado haciendo una trastada. A veces parecía yo su madre. Entran en el portal y suben al primer piso sin ni siquiera decirme nada, pero ya las cogeré arriba. Cuando entran al piso, yo lo hago detrás y cierro la puerta de un portazo que hace que las dos peguen un repullo.

— ¿Qué te pasa Anabel? —pregunta Vero sentándose de golpe al ver mi cara de guardia civil.

— ¿Se puede saber qué es tan gracioso? Porque venís todo el puñetero camino riéndoos y cuchicheando —escupo cabreada y en realidad no sabía si estaba cabreada por eso o por dejar que el buenorro se fuera sin preguntarle si quiera su nombre. Si es que soy para matarme.

— ¿Por qué te pones así? Solo hablábamos del Adonis que te ayudó a no caerte, que por otro lado si llego a saber que él iba a pasar por nuestro lado justo en ese momento, me caigo yo —dice ahora Marta ganándose que le suelte uno que otro improprio—. No jodas ¿Te gusta? No me lo puedo creer. Es eso, te gusta.

—Pero que dices, si lo acabo de conocer. Eso es mecánicamente imposible —rebato nerviosa.

—No empieces con tus tecnicismos. Además ¿Por qué te pones tan nerviosa? ¡Ay Anita que se te ve el plumero! —Las palabras de Vero hacen que me siente de culo sin argumento alguno.

Es imposible que, con solo verlo un par de horas, me haya quedado así de estúpida. Joder, que yo no soy así de rápida, pero es que al sentir sus manos agarrando mi cintura y ver esa sonrisa, es como si me hubiera robado el aliento quedándose entero para él y consiguiendo de mi pecho solo suspiros. Parecía tan estúpida. Mis amigas se sientan a mi lado y me miran con una sonrisita marcada en la cara, eran tan pesadas, pero a la vez tan buenas.

—Vale, ahora las psicólogas vais a ser vosotras ¿No? Pues venga ¿Quién comienza primero? —digo a la misma vez que ambas se levantan y cada una se van a su habitación dejándome sola y comiéndome la cabeza.

Esta noche no voy a pegar ojo y mañana en el gimnasio estaré echa una mierda, pero bueno, ir iré. Me levanto y me pongo justo delante de las dos habitaciones. Las puertas estaban cerradas, pero gritaré para que me oigan las muy cabronas, que me han dejado tirada en el salón como si yo estuviera loca.

— ¡Vale! ¡Sois las peores amigas del mundo! —Grito provocándolas, pero lo único que recibo es el silencio de ambas—. ¡Muy bien! ¿No vais a salir? — Entró en mi habitación y cierro de un portazo. Vuelvo a salir—. ¡Sois unas cabronas las dos! ¡Argg!

Entro de nuevo y me quito la ropa para acostarme a dormir. Mi cabeza había comenzado a latir cuando me he puesto a gritar como una loca. Me acerco a mi mesilla, abro el cajón y saco de esta una pastilla para el dolor, me la tomo y así en ropa interior me acuesto a dormir la mona. Doy más vueltas en la cama que Phileas Fogg dando la vuelta al mundo en ochenta días. Así estuve rato hasta que por fin me quedo dormida.

\*\*\*

Por la mañana me levanto con un dolor incesante de cabeza. Los gritos de mis

compañeras hacen que me lata como si hubiera miles de martillos pegando en el mismo lugar una y otra vez. Salgo de la habitación y sin mirarlas me meto en el baño para darme una ducha. Era una tontería ducharme si iba a sudar, pero hacía mucho calor y había sudado como un cerdo.

Me enjabono despacio, tomándomelo con calma y de pronto a mí mente viene sus ojos miel, su sonrisa de infarto y ese acento gaditano que tanto me gusta.

—Dios, esto va a ser una maldita tortura —susurro echándome agua fría por la cabeza.

Termino de ducharme y salgo con la toalla rodeando mi cuerpo y entro en mi habitación de nuevo sin decir ni mu, pero noto como mis amigas venían tras de mí y entran sin ser invitadas a mi habitación.

— ¿Se puede saber que mosca te ha picado a ti ahora? —Pregunta Marta adelantándose a Vero.

— ¿A mí? Nada, no os preocupéis —respondo sin mirarlas mientras me visto.

Cojo unas mallas negras del cajón, una camisa holgada y mis deportivas. Lo de ir al gimnasio era en serio. Siento la mirada de Vero y la miro para ver su gesto de enfado que tanta gracia me hace. Tiene una ceja alzada y sus ojos te miran como si quisiera arrancarte los tuyos. Era tan cómica.

—Venga Ana, que nos conocemos. Sigues cabreada por lo de anoche, pero no pasa nada. Solo dinos como remediarlo y todo arreglado. —Mis cejas se alzaron y algo vino a mi mente, algo que ellas se negarían en rotundo a hacer porque ambas son unas vagas.

— ¿Para qué le dices eso? Mira la cara que ha puesto. Parece la novia de Chucky —susurra Marta asustada y yo me acerco a las dos.

—Me acompañareis al gimnasio y no es una pregunta. Así que venga, a cambiarse ¡Vamos! —digo satisfecha.

Las dos salen de mi habitación y yo me rio por lo bajini sintiéndome completamente malvada por hacerles eso. Voy a disfrutar mucho.

Cuando termino de arreglarme, voy al baño y agarro mi largo cabello negro en una coleta alta. Salgo y ya están las dos esperándome en la puerta con caras de amargadas. Me acerco y les doy a ambas una palmada en el culo y salgo de la casa yo primera para luego hacerlo ellas tras de mí. Cierran la puerta mientras voy bajando las escaleras. Cuando estamos abajo, las miro y comienzo a caminar en dirección al gimnasio del barrio. Era un gimnasio enorme al cual ya había asistido, pero hacía tiempo que no iba y perdí la matrícula, así que tenía que apuntarme de nuevo. Menos mal que por lo menos los datos personales no los perdía, pero ellas, sí que tenían que decirlo todo.

—Anabel ¿Por qué vas tan rápido? —pregunta Marta asfixiada. Miro hacia atrás y me río al verlas agotadas.

—Parecéis abuelas. Desde luego lo que hay que aguantar tan temprano. —Sigo mi camino mientras ellas siguen gimoteando como bebés.

Cuando llegamos a la puerta de gimnasio, me adelanto y entro sin pensarlo. Me dirijo hasta el mostrador y me doy cuenta de que Sonia ya no está en el mostrador.

—Buenos días —saludo al llegar.

—Buenos días —responde la rubia de tetas de silicona.

Habían puesto a una tetona que se notaba que todo era operado. Le sonrío falsamente y mis amigas entran en ese momento, se acercan a mí y Vero me pega un pisotón que hace que pegue un chillido.

—Serás... —Susurro para que solo ella me oiga. Vuelvo mi mirada a la tetona y miro en su chapita que se llama Lidia—. Venimos a apuntarnos, aunque mis datos siguen ahí.

Le explico todo y se mete en el ordenador para mirar mis datos. Cuando los encuentra me hace pagar la matrícula y me extiende un papel que lo certifica. Mis amigas tienen que hacer lo mismo, pero al no haber estado nunca en ese gimnasio tardaran más que yo, así que las dejo rellenando papeles y yo entro a



la zona de máquinas. El primer día siempre va una perdida, así que tendré que buscar al entrenador personal. Busco con la mirada a alguien que pueda ayudarme y veo a un chico rubio y cachitas que está ayudando a un hombre. Me acerco a este y hago que se dé cuenta de mi presencia.

—Hola ¿Me puedes ayudar? —El rubio me mira y me sonrío con cara de “soy el machote de aquí y te ayudo en lo que quieras”.

—Claro, dime preciosa —responde y le sonrío, pero solo por ser educada.

—Estoy buscando a alguien que pueda ser mi entrenador personal. Soy nueva y ando un poco perdida.

—Claro, mi compañero Manuel es nuevo y no tiene ahora a nadie. Él está en la otra zona inspeccionando todo —responde señalándome con el dedo la zona de Zumba—. Qué pena que yo tengo mucho curro, si no te ayudaba yo —dice con una sonrisa socarrona.

—Otra vez será —respondo y me dirijo a la zona de baile. Me apuntaría al Zumba también, me gusta bastante.

Camino decidida y escucho los gritos de mis amigas, ya habían acabado de apuntarse. Vienen hasta mí y las veo mirando al rubio, aunque él no se queda atrás al ver a Marta.

Marta ni corta ni perezosa, se acerca a él y comienza a hablar con el rubio. Vero y yo nos miramos y reímos al tiempo que nos volvemos a poner en marcha para entrar en las clases de Zumba.

—Oye que bueno están los machotes. Si lo llego a saber, me apunto antes —habla haciéndome reír Vero.

Entramos en la sala donde dan las clases y solo hay dos mujeres de mediana edad. Me da el bajón de pronto y entro un poco cohibida. Busco con la mirada al tal Manuel, pero no lo veo por ninguna parte. Entonces dejo mi mochila en una taquilla y me siento a esperar. Mis ojos se pierden en mis pies y mi amiga estaba muy callada, cosa rara, pero entonces la oigo decir: Oh dios mío y solo

eso hace falta para que mi cabeza se levante y mire en dirección a donde miraba ella. Mi corazón se para y mis manos comienzan a sudar. Me levanto como un resorte y nerviosa al más no poder, me fijo en él, que aún no me ha visto.

—No me lo puedo creer. Anabel ¿Estás viendo lo mismo que yo? —pregunta Vero y antes de responderle escuchamos a Marta gritar:

—Hostia, pero si es el tío de anoche. —Cuando ya pensaba que no me podía pasar nada más. El gaditano nos mira y sonrío poniéndome roja como un tomate.

Marta se acerca a nosotras sabiendo que ha metido la pata hasta el fondo y se pone tras de Vero para que yo no la agarre del pelo. Su mirada se cruza con la mía y veo como mira mi cuerpo oprimido en las mayas negras.

—Viene hacia nosotras —dice Vero.

—Sí ¡Joder! Ya lo veo, no soy ciega —respondo al tiempo que ya lo tengo justo delante de mí.

Trago saliva y me fijo en la chapita de su pecho duro como una piedra y me doy cuenta que es Manuel, el hombre que será mi entrenador personal.

<<No, no puede pasarme nada más>>, pienso nerviosa.

—Vaya, no esperaba veros por aquí —habla con esa sonrisa que hace que me derrita peor que un helado puesto al sol. Sus hoyuelos se marcan y mi corazón bombea alocado.

—Eh, sí. Acabamos de... apuntarnos. —Es lo primero que se me viene a la cabeza. No puedo pensar con claridad y más viendo como se le marcan los músculos en esa camiseta pegada al cuerpo.

—Ya veo. Bueno, supongo que me buscabais ¿Verdad? —afirma y Vero se adelanta.

—Te buscaba, ella sola. Nosotras preferimos ir a nuestro royo ¿Verdad Anabel? —Miro a Vero con cara de psicópata y asiento fingiendo una sonrisa.

—Sí... es verdad. Solo te busco yo, te necesito yo. O sea, necesito que seas mi entrenador —titubeo nerviosa y me sofoco con las mejillas ardiendo.

—Perfecto —dice nervioso—, pues vente conmigo que te voy a enseñar todo lo que haremos. —Al decir eso trago saliva. Había salido tan sexy ¿O eran imaginaciones mías? Joder, estoy peor que Vero.

Comienza a caminar y yo voy detrás nerviosa, como si me llevara a la horca. Lo veo que entra a otra sala, no tan grande como la primera y dentro de esta hay toda clase de máquinas, pero solo una de cada. Se da la vuelta y me sonrío. Mis rodillas parecen gelatina y creo que me voy a caer en cualquier momento. Paso mi mano derecha por mí frente para secar un sudor que creo tener.

Manuel me mira con esos ojos miel que tanto me gustaban desde ayer y me señala una bicicleta estática. Me señalo con el dedo y miro hacia atrás por si había alguien y no me di cuenta, ese acto le hace gracia y comienza a reír.

—Claro, aquí no estamos más que nosotros dos. Estamos solos Anabel — responde poniéndome aún más nerviosa de lo que ya estaba.

Me acerco cautelosa y tropiezo con mis propios pies haciendo que me caiga en sus brazos. Sentir su pecho pegado al mío es placentero y mi piel se eriza al sentirle tan cerca. Nuestros ojos se miran, intentando ver más allá, pero es que no hay más de lo que ya vemos y sabemos. Somos dos desconocidos que se atraen o por lo menos a mí me pasa. No sé el tiempo que estamos así, pegados. Mis manos suben desde sus antebrazos, hasta llegar a sus hombros y veo como traga saliva. Sin darse cuenta, porque está en trance como yo, me aprieta más por mi cintura, hasta él y al hacerlo suelto un jadeo que hace que ambos despertemos.

—Eh, lo siento. Soy muy patosa —me disculpo sin perder la compostura.

—No pasa nada. Al final acabaré acostumbRANDOME a cogerte antes de que te caigas —responde y veo como se da la vuelta y susurra cabreado: ¿Por qué le

has dicho eso Manuel? Me hace gracia y me rio haciendo que se dé la vuelta de nuevo para mirarme.

Me quedé muda ¿Qué más podría decirle? Me ponía demasiado nerviosa y él lo sabía. Se dio cuenta de mi nerviosismo y se rio bajito, pero no tanto. Le miro y suelta una sonora carcajada, eso hace que me cabree y me dé la vuelta para encararlo ¿Qué se habrá creído?

— ¿De qué coño te ríes? —Pregunto alzando la ceja derecha, pero él no logra responderme. No podía hacerlo, las carcajadas no le dejaban— ¡Eres un gilipollas! —Grito y comienzo a caminar hacia la salida.

Antes de cruzar la puerta, noto su mano agarrando mi brazo, me doy la vuelta y en su mirada veo suplica. Parecía arrepentido, aunque mi cabreo seguía presente, no se me quitaría tan rápido. Cruzo mis brazos a la altura de mis pechos y él traga saliva ¿De verdad era yo quién provocaba eso? No estaba tan segura. No es que fuera fea, pero tampoco era una gran belleza como para ponerse así.

— ¿Piensas quedarte ahí mirándome? Porque te advierto que sé pegar unos guantazos que pican bastante.

— ¿Eso es una amenaza Anabel? —Pregunta sarcástico y yo asiento.

—No soy de amenazar, más bien actúo antes. Contigo estoy haciendo la excepción, aunque no me lo estás poniendo muy fácil.

— ¿Qué puedo hacer para que no lleguemos a ese extremo? —Su voz sonó seductora o a lo mejor eran paranoias mías.

Creo que ya me volví loca y escucho campanas sin saber dónde. Miro al suelo y ahí estaba otra vez, este maldito nerviosismo que solo provoca este hombre ¿Por qué cojones me pasa esto? Parece que es el único tío bueno que queda en la faz de la tierra. Vuelvo a mirarle y sus ojos achicados, su boca apiñada, me provocaron la risa más grande jamás nombrada. Dios no podía parar de reír y ahora era él, el que fruncía el ceño cabreado. Me dirijo hasta la bici y me

monto sin mirarle, era lo mejor si quería que este día terminase bien.

—Será mejor que comencemos con el entrenamiento, Manuel. Necesito perder en dos semanas cinco kilos, así que no te digo nada —propuse reprimiendo las ganas de reírme en su cara de nuevo. Él asintió y comenzamos el día, el duro día.

La mañana pasó sin más incidentes, aunque de vez en cuando Manuel me miraba y sonreía. Yo solo con verle hacer eso me derretía y claro me entraba calor y tenía que parar para que no me diese un bajón de tensión o algo. Este hombre quería acabar conmigo o si no, no entendía su afán de hacerme subirme a la bici durante media hora. No sentía ya mis piernas y hubo momentos en los que sentía que mis músculos se engarrotarían. Mis amigas, las muy cabronas, llegaron donde Manuel estaba martirizándome y en vez de ayudarme a escaparme o algo, se rieron como descosidas. Era su venganza por haberlas traído obligadas.

— ¿Queréis dejar de reiros así cabronas? Ayudarme, por favor. No puedo bajarme de esta puñetera bici, tengo el culo dormido. —Esa aclaración provocó de nuevo la burla de Manuel y ya le iba a dar mis sonoros guantazos, pero ni para eso tenía fuerzas ya.

Vero vino hasta mí y me ayudó a bajarme. Cuando puse los pies en tierra firme, me acerco a Manuel y con cara de mala leche y una mirada que ni el demonio le digo:

—Me debes una cena, que lo sepas.

— ¿Estás pidiéndome una cita? —Pregunta con los ojos abiertos. Le había sorprendido, aunque yo misma estaba sorprendida de lo que acababa de soltar por mi boca.

Me avergoncé de inmediato, yo jamás en mi vida le he pedido una cita a ningún hombre, pero con Manuel era diferente y no entendía el motivo que me llevó a pedírselo.

—Eh, yo... no, como se te ocurre semejante gilipollez. Es solo porque... Buag, olvídalo —titubeo y él se acerca a mí.

—Estaría encantado de invitarte a cenar. —Mis ojos se abrieron desorbitados y él soltó una carcajada, aunque esta vez provocándome a mí y como no, a mis amigas.

Después de decirme que me recogería a las nueve, mis amigas y yo salimos del gimnasio, ellas riéndose de mí y yo avergonzada, pero contenta. Saldría con él y eso era algo que me apetecía bastante. Quería conocerle más allá de esas cuatro paredes en las que su único propósito es hacer que me dé un infarto al corazón.

Ya en el piso, las alocadas y tontas de mis compañeras—amigas—zorronas, me miran sentándose en el sofá. Bufo, desesperada porque ya sabía yo que significaba eso. Querían hacer de psicólogas conmigo, como si yo estuviera loca. Lo peor es que ellas saben que cuando comenzamos así, son las que al final acaban a lágrima viva, pero dejaré que sean felices por unos minutos de sus vidas. Camino hasta ellas, fingiendo depresión y me siento en medio de las dos.

—Venga, que sea rápido —pido reprimiendo una sonrisa.

—Serás putón. O sea, que le pides una cita y te haces la loca ¿Cuándo pensabas decirnos que lo harías? —Escupe Vero cabreada, aunque su cabreo era de broma. En cambio, Marta si parecía cabreada de verdad ¿Qué le pasaba?

—De verdad que no era mi intención, pero se me escapó. Lo estaba pensando y en vez de dejarlo en mi cabeza, lo solté como una bomba —respondo y ella se ríe—. ¿Marta te pasa algo? Pareces cabreada.

—No es nada. Espero que lo pases bien con Manuel esta noche —dice, se levanta y se va hasta su habitación.

Vero y yo nos miramos y ambas nos encogemos de hombros. Me levanto

posando mi mano en su rodilla y me dirijo al baño para ducharme, tenía que almorzar, descansar mínimo dos horas para volver a la vida.

Cuando termino de ducharme, ninguna de mis amigas está en el salón, así que me meto en la cocina y comienzo a preparar algo rápido. Cuando llevo diez minutos preparando pollo a la plancha, sale de su habitación Vero, se acerca a mí y coge un pedazo de pan. Yo le regaño, pues tenía que esperarse a que las tres estuviéramos sentadas.

—Deja de comer y llama a Marta. Espero que quiera sentarse a comer conmigo, porque creo que tengo mucho que ver en su enfado.

—No digas tonterías. Será que se preocupa por ti, no tienes que comerte la cabeza por eso ahora. Tú solo piensa en esta noche.

—No te hagas ilusiones. Manuel y yo solo saldremos como amigos.

—Sí, sí. Lo que tú digas, Anita —responde y me rio de sus tonterías. Se va a buscar a Marta y esta sale.

\*\*\*

No sé qué ponerme y eran casi las nueve. Estaba atacada y claro no encontraba nada que me gustara. Me siento en la cama y suspiro, me dolían las piernas demasiado y no podría ponerme tacones. Solo esperaba que Manuel no me llevara a un sitio tan lejano y si es así, ojalá vayamos en coche. Minutos después, en los que casi tiro el armario por la ventana, cojo un vestido azul agarrado al cuello y hasta los tobillos, me calzo mis sandalias de esparto y cuando termino de maquillarme, porque el pelo ya lo tenía más que arreglado, salgo de mi habitación con mi bolso en mano. Vero me mira y silba con aprobación.

—Guau, estás que crujes. Manuel se caerá de espaldas. —Justo mientras ella me decía eso, el sonido del timbre suena, poniéndome aún más nerviosa si podía.

— ¿Estoy bien?

—Espectacular —responde y me dirijo hasta la puerta para poder abrirla.

Cuando esta se abre del todo, entra en mi piso Manuel. Suspiro y me acaloro al verlo vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa azul de manga corta. Nos miramos y soltamos una carcajada al ver que teníamos la ropa del mismo color, parecía el destino.

—Estás impresionante, Anabel —dice y me sonrojo como una autentica *lela*.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal.

— ¿Nos vamos? —Asiento y me despido de mi amiga que miraba a Manuel babeando.

Al bajar, coge mi mano y me lleva hasta su coche, que justamente estaba aparcado en la puerta de mi edificio. Me abre la puerta y me siento, el nerviosismo cada vez estaba más presente y ya no sabía si mirarle o no. Él se sienta en su sitio y arranca, todo lo hace sin parar de mirarme y sonreír. Este hombre pretendía matarme con esa sonrisa.

—Te noto nerviosa.

—Yo... Que va ¿Por qué piensas eso?

—No sé, será porque estás más roja que un tomate y suspiras cada dos segundos. —Me rio y me calmo. Tenía que mantener la compostura y parece que lo estaba consiguiendo.

—No te preocupes, te pones muy guapa así.

Y ya terminó de fundirme con ese piropo. No sabía cómo íbamos a terminar la noche, pero solo esperaba terminarla viva.

Manuel me llevó a un restaurante cercano a la playa del rincón de la victoria y la verdad acertó, porque aparte de que el sitio era precioso, la comida estaba buenísima. Pasamos la noche hablando, él era bastante divertido y atrevido a veces. Me daba la sensación de que era un ligón, aunque también podría ser que solo quería ser gracioso y yo misma me metía tonterías en mi cabeza.

Me contó del motivo por el que vive en Málaga y me dieron ganas de buscar a



su novia. La muy... mmm, no sabía cómo llamarla, porque *puta* era quedarse corta, lo hizo venirse y después le puso los cuernos con un compañero de ella. Desde luego que hay mujeres que se las ganan. Después de ese engaño, intentó volver a Cádiz, pero le gustaba tanto Málaga que al final decidió quedarse. Encontró el trabajo en el gimnasio y ya sí que no lo pensó, Málaga sería su residencia a partir de ahora.

Yo le conté de mi vida, bueno, *mi vida*... Tampoco había mucho que contar. Estudiante de enfermería que quería estudiar en Córdoba, pero no tenía ganas de verle la cara su ex, todos los malditos días y por eso acabó huyendo. Tampoco mi vida era demasiado interesante. Al final acabamos riéndonos de nosotros mismos y lo patéticos que éramos.

—No nos merecen —digo aun riéndome. No podía parar y el vino tenía mucho que ver.

—No te merece —responde y me pongo más colorada que un tomate maduro.

Después de cenar y pagar, Manuel me pidió dar un paseo por la playa. No sabía que decir, pero mi boca habló sola y le dijo sí. Caminamos por la orilla, el agua estaba caliente y la luna brillante. Era todo bastante romántico. Encontramos unas hamacas y Manuel se sentó, invitándome a hacer lo mismo, pero delante de él. Hizo que echara mi cabeza en su pecho y mi cuerpo tembló.

— ¿Tienes frío? —Pregunta sobando mis brazos desde mis hombros hasta mis codos, con sus manos. Mi piel estaba erizada, pero no era de frío, era por su contacto y él parecía no darse cuenta.

—No, no tengo frío, pero creo que deberíamos irnos ya. Es tarde y mañana tienes que trabajar —respondo y me levanto. Manuel me mira y sus ojos miel brillan bajo la luz de la luna, haciéndolo aún más guapo. Se levanta y se acerca a mí. La noche estaba siendo demasiado bonita y no quería estropearlo.

—Siento sí te he molestado... Te llevaré a tu casa —dice y se separa de mí. Agarro su mano y se da la vuelta, pegando nuestros labios en un dulce beso.

Mi cuerpo flotó en el aire y realmente, no sabía si era él que me mantenía alzada y por eso mis pies descalzos no tocaban la arena o simplemente este beso fue quién lo consiguió. Al separarnos, ambos teníamos la respiración entrecortada y Manuel volvió a darme la mano para llevarme a mi casa.

En el trayecto íbamos en silencio, pero no era un silencio incomodo, al contrario. Yo no podía estar más feliz y parecía tonta. Solo lo conocía de dos días y ya un beso provocó eso en mí. Había sido especial, muy especial y creo que por eso me hizo sentir así. Jamás me habían dado un beso tan dulce y en tan bonito lugar. Cuando llegamos a mi casa, él se bajó del coche y me abrió la puerta, me ayudó a bajarme y me acompañó al portal.

—Me lo he pasado muy bien y me gustaría salir más veces contigo —propone y yo asiento.

—Cuando quieras. Nos veremos todos los días —respondo y le guiño un ojo mientras camino hasta el interior. Él no me dice nada, simplemente, se acerca antes de que comience a subir las escaleras y me roba un beso que me deja sin aliento. Se da la vuelta y sale de mi edificio, llevándose con él mi último suspiro o eso creía.

\*\*\*

Al día siguiente y con los nervios a flor de piel, me dirijo al gimnasio con ganas de verlo. Nada más entrar en la sala, lo veo colocando las pesas en su sitio, marcando cada músculo tonificado de su cuerpo, al agarrar tanto peso.

Una vez me ve, una sonrisa parte su cara en dos y me derrito. Mediante me voy acercando, noto como la tensión aumenta. Se acerca a mí, agarrándome la cintura, besándome la mejilla y susurrándome un buenos días al oído. Veo como le tiembla la mano, cuando la alza para acariciar mi mejilla.

Él me indica el ejercicio que tengo que hacer y sin quejarme, hago lo que me dice.

El hecho de tenerle así, nervioso como yo, hace que tenga un poco más de

ventaja. Me encamino hasta la bicicleta y alzo mi pierna derecha para subirme, poso cada pie en los pedales y siento mi bonito y redondo culo en el sillín. Todo lo hago bajo su atenta mirada y tenerle mirándome el culo me hace sonreír aún más abiertamente. Se acerca a mí por detrás y coge mis caderas, cosa que no me esperaba y le miro. Sus ojos saltan chispas y no sé hasta qué punto vamos a llegar con este tonto.

—Tienes que ponerte de pie, solo así conseguirás endurecerlo —habla señalando mi culo.

Mi corazón comienza a latir frenético y me dio cuenta de su juego. Solo está demostrándome que él también puede conseguir ponerme nerviosa. Asiento y levanto el culo para ponerlo en pompa. Manuel se echa un poco para atrás, pues casi se lo come de lleno y me rio por lo bajini. Suspiro y comienzo a pedalear meneándolo suavemente de un lado al otro. Sé que me está mirando y por eso mismo lo hago así.

— ¿Así? —le pregunto.

—Aja, así —responde y viro la cabeza para mirarle. Lo pillo curvando su cabeza hacia la derecha para ver mi culo desde un mejor ángulo y al sentirse observado se tensa y levanta la cabeza, avergonzado.

Hago bicicleta más de quince minutos y ya siento como mis piernas comienzan a fallar. Entonces siento un tirón en mi muslo derecho y me quejo de dolor. Caigo de culo y le miro alzando las cejas, pues no estuvo para cogerme cuando me he caído, como me había dicho. Viene corriendo hasta mí y se agacha para saber que me ha pasado.

— ¿Qué te pasa?

—Un tirón... en el muslo —logro decir. La tensión en el muslo es tan fuerte que me quejo como si me estuvieran matando.

—A ver, cálmate te echaré Réflex. —Se levanta y veo que saca de su mochila un spray, se acerca de nuevo y se agacha—. Quítate la maya —propone

decidido y yo alzo las cejas sorprendida. Me mira y frunce el ceño— ¿Cómo pretendes que te eche el réflex y te dé un masaje? Solo así se te quitará. Prometo no tocar más de lo debido.

Suspiro pesarosa y levanto el culo para bajarme la maya, saco solo la pierna derecha y me quejo al hacerlo. De verdad que me dolía muchísimo. Cuando ya estoy en bragas, siento la mirada de Manuel en esa zona y necesito apretar mis piernas en torno a mi sexo. Levanta la mirada y mira mis ojos que no dejan de observarlo a él. Sin fijarse si quiera en la pierna, echa el espray y baja sus manos a la zona engarrotada. Al sentir sus manos en esa zona, suspiro agobiada y baja la mirada a la pierna para no tocar supuestamente más de lo debido.

— ¡Au! —Me quejo y lo veo sonreír—. ¿Qué te hace tanta gracia? —Pregunto sarcástica.

—Tú.

—A ¿Sí? ¿Y eso, por qué?

—No quieras saberlo.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo a decírmelo? —Pregunto provocándole.

Sus masajes en la pierna no eran duros, más bien suaves, como si estuviera acariciando mi piel. Una de las veces en las que masajea, su mano sube cerca de la parte prohibida y sin querer jadeo por la cercanía. Mis mejillas se tornan de rojo y sus ojos viajan desde el centro de mis piernas hasta mis ojos. Por unos minutos nos quedamos así, mirándonos, más bien comiéndonos con la mirada y estamos tan cerca el uno del otro que siento unas irremediables ganas de besarle ¿Cómo es posible que me pase esto? No tenía respuesta para eso, pero lo que sí sabía era que me ponía y mucho. Poco a poco va acercándoseme hasta quedar solo a milímetros y sin pensarlo nos besamos. Digo sin pensarlo, porque ambos estábamos tan atraídos por el otro, que no pensamos con claridad.

No sabía si estaba en este mundo o en otro planeta de lo excitada que estaba. Manuel poco a poco va subiendo su mano por mi pierna hasta llegar al centro de mi deseo. Al sentir su mano en mi sexo, este se contrae y se humedece. Saca su lengua y chupa mi labio inferior arrancándome un gemido de lo más profundo de mi pecho.

— ¿Qué estamos haciendo? —Pregunta con sus labios pegados a los míos.

—No lo sé, pero no pares —propongo.

—Tus deseos, son órdenes para mí. —Me coge en brazos y rodeo su cintura con mis piernas.

Esto era una locura, pero no quería que se acabara. Camina conmigo en brazos, sin dejar de besarme, mete su lengua en mi boca y profundizamos el beso para convertirlo más ardiente, más pasional, lleno de deseo. Con su pierna le pega una patada a una puerta para abrirla y entramos en lo que creo son los vestuarios. Me pega a la pared para cerrarla y ahí le damos rienda suelta a nuestro encuentro.

Nos besamos, nos lamemos. Su lengua pasa por todo mi cuello y lo veo deseoso de chuparme los pechos. Me ayuda a quitarme la camiseta y el sujetador de deporte dejándome solo en bragas. Mis pezones se endurecen al sentir la excitación y eso hace que él tenga más ganas de lamerlos. Baja la cabeza y pasa su lengua por uno de mis pezones y por consiguiente al otro. Los lame, los muerde y una de las veces, lo agarra con sus labios y tira hacia él haciendo que grite de placer. Me baja al suelo y ahí aprovecho yo para tocarle a él a mi antojo. Le quito la camiseta y dejo su duro pecho a mi vista. Paso mis manos por él y acerco mi boca para besarlo, así besando y pasando mi lengua por su pecho, voy bajando hasta llegar a su entre pierna, le bajo los pantalones de deporte junto con el bóxer y su miembro latente y duro se pone justo delante de mi boca. Me paso la lengua por los labios, como si estuviera a punto de comerme el mejor helado, me acerco metiéndolo en mi boca. Él suelta un

gruñido y baja sus manos hasta mi cola de caballo agarrándola con fuerza.

Chupo, saboreo, succiono y muerdo. Todo eso para volverle loco, aunque yo esté igual y deseosa de sentir su lengua en mi sexo, chupándolo a su antojo. Mis ojos lo miran y lo veo suspirando mientras mira al techo, está muy excitado. Entonces baja la mirada y nuestros ojos se encuentran.

—Para, por favor. No quiero correrme en tu boca —dice y le hago caso, pues lo único que yo deseo es que me penetre de una vez.

—Tus deseos son órdenes para mí —le imito y sonrío.

Baja mis bragas y me da la vuelta, pegando mis pechos a la puerta, siento como su miembro busca mi entrada y con la ayuda de sus dedos que abren los pliegues de mi sexo, entra en mí de una sola estocada. Se mueve como un loco, mientras que pasa su lengua por mi cuello y espalda. Siento sus manos en mis pechos y sus dedos pellizcan mis pezones. No soy de hacerlo así, vuelta de espaldas, pero he de decir que me encanta.

— ¿Te gusta así? —Pregunta entre jadeos y mis gemidos no me dejan responder, pero asiento con la cabeza.

Aprieto mis labios, pues ya siento que me voy a correr en cualquier momento. En el vestuario solo se escuchan nuestros jadeos y suspiros e incluso el sonido de mi sexo mojado en cada embestida. Jamás en mi vida me podría imaginar que tener sexo así, esporádico, alocado podría ser tan... tan placentero.

—Creo que me voy a correr —susurro con la voz entrecortada.

—Córrete —dice en mi oído erizando todo mi cuerpo y haciendo que llegue al clímax gritando su nombre— ¡Joder! Mmm. —Es lo único que sale de mi boca.

Me da la vuelta para quedar frente a él y me besa con dulzura, agarrando mis mejillas, ese beso no me lo esperaba, por lo menos no así. Me pasa su mano por mi espalda y la va bajando despacio hasta mi cintura, así hasta llegar a mi culo. Me alza de las nalgas y vuelve a entrar en mí, pero esta vez despacio,

con tiempo, como si tuviéramos todo el del mundo.

—No sé que estoy haciendo. Yo no suelo liarme con alguien así de rápido — expresa jadeando y pega su boca a la mía, como si no quisiera escuchar mi respuesta, aunque no la tuviera.

Yo tampoco hago esto nunca, no sin conocerle. Tiene que pasar por lo menos por varias citas antes de que yo me abra de piernas, pero con él... no sé cómo explicar lo que siento desde ayer que lo conocí. No he parado de pensar en él, en sus ojos, su sonrisa y en cómo me excita con solo verle.

Sigue con ese ritmo tranquilo, como si estuviera bailando dentro de mí, hasta que estamos llegando al límite y le pido más, mucho más fuerte. Me hace caso y le hago volverse loco hasta que al fin ambos nos corremos llenando la estancia de nuestros gemidos. Posa su cabeza en mi hombro y lo oigo respirar con dificultad, aunque yo estoy igual que él. Me baja y coge mi mano para llevarme a las duchas. Entramos y nos duchamos juntos, sin hacer nada más que eso, ducharnos. Él me enjabona la espalda y después yo lo imito haciéndolo en su pecho. Nuestras miradas no se apartan y es ahí cuando me doy cuenta que mi cabeza está desvariando y piensa en que puedo sentir algo por él, pero eso es imposible, no aún, no tan pronto y tampoco creo que llegue a sentirlo nunca.

\*\*\*

Estábamos en las maquinas como si no hubiera pasado nada. Manuel me comenzó a tratar diferente como si lo que habíamos hecho hubiera estado mal o no le gustó. Una punzada de celos sentí en mi pecho cuando entró una chica rubia buscándolo. Se acercó a ella y esta se colgó de su cuello. Por lo visto no era yo la única en este momento, si no otra más para su lista, pero no tenía que molestarme, puesto que solo fue un encuentro fugaz o algo que no volverá a pasar.

Me bajo de la cinta andadora y me voy directa a la puerta para irme de una

maldita vez de este sitio. Estaba harta de ver a esa pegajosa colgada como si fuera un mono. Manuel me mira y hay un momento en que lo veo que vendrá hasta mí, pero niego con la cabeza y me voy. Al salir busco a mis amigas y las encuentro a cada una hablando con un cachitas. Me acerco primero a Vero.

—Me voy —digo cabreada.

Vero se separa del rubio y frunce el ceño, pero no me dice nada. Ambas nos acercamos a Marta y la cogemos del brazo, tiramos de ellas hasta la salida y le grita al cachitas con el que estaba hablando: ¡Mañana nos vemos bombón!

Cuando ya estábamos fuera de gimnasio, las dos me miran y se acercan a mí y aunque sé que tengo que decirles algo por el arrebato de sacarlas del gimnasio, no se lo diré hasta que lleguemos al piso, no me gusta ser en el centro de atención en la calle para que la gente tenga más cosas de las que hablar.

— ¿Se puede saber qué coño te pasa? —Pregunta Vero sacándome de mis pensamientos que se habían quedado en el vestuario.

—A mí nada. Es solo que ya estoy cansada. Ese entrenador es muy duro. — Suspiro al decir eso.

— ¿Duro? ¿En serio es lo único que vas a decir? —Pregunta ahora Marta.

— ¡Ay dejadme! Y vámonos para casa que necesito una ducha. —Sin más que decir, me doy la vuelta y comienzo a caminar dirección la casa.

Ellas no dicen nada más y me siguen, aunque yo sabía que de nada serviría mi silencio, pues en la casa me acribillaran a preguntas del porqué de salir así. Llegamos y subo las escaleras despacio, de verdad que estaba cansada, pues, aunque hice ejercicio, todo era por el encuentro apasionado que habíamos tenido.

Hemos llegado a la puerta, meto la llave y entro, ellas lo hacen tras de mí y cuando estoy dentro, suelto la mochila en el suelo y me siento en el sofá, mis amigas hacen lo mismo y es en este momento, en el que sé que me harán veinte



mil preguntas.

Escondo mi cabeza en mis manos y suspiro. Soy patética ¿Por qué coño me he dejado follar por ese hombre? Será la falta que tenía, dice mi subconsciente y me pego interiormente por ser tan estúpida.

— ¿Nos vas a decir de una vez qué te pasa? —Habla Vero sacándome de mis calientes pensamientos. Ya casi estaba babeando al recordar lo que ese hombre me hizo en el vestuario.

¿Con que cara lo iba a mirar mañana? Bueno no sé si iré de nuevo a ese gimnasio. Mis amigas siguen mirándome con cara de cabreo, aunque ya van suavizando a preocupada. Saco mi cara de entre mis manos y suspiro.

—Me he tirado a Manuel —suelto de pronto.

Ambas abren la boca desencajadas y suelto una pequeña risita al ver sus caras de... Realmente no puedo explicar cómo son sus caras en este momento. Vero tiene cara de pervertida y me pega un pequeño puñetazo en el hombro mientras levanta las cejas sugestivamente y Marta... Uf ella sí parece cabreada, pero ¿Por qué? Al fin y al cabo, es mi cuerpo y se lo regalo a quién me viene en gana.

— ¿Es en serio? ¿Te has metido a ese bombón entre tus piernas? —Pregunta Vero abanicándose con la mano. Yo asiento y vuelvo a esconder la cara entre las manos.

Me sentía tan estúpida por sentirme así. Tenía que cambiar el chip de una vez y dejar de sentirme así por una vez en mi vida. Tenía que pensar en mí y en lo bien que lo pasé con ese hombre, pero me costaba horrores ser como Vero y Marta. Yo era una chica normal, de las que buscan pareja, casa, casarse, tener hijos. Todas esas cosas que una mujer supuestamente necesita para ser feliz, pero no era así. Una mujer necesita sentirse mujer, necesita sentirse deseada y disfrutar de la vida y eso es lo que iba a hacer. Disfrutaría a partir de ahora y si es con mi entrenador, pues bienvenido sea ese hombretón. Me levanto del

sofá con una sonrisa en mis labios y Vero se da cuenta de que mis pensamientos me dieron la respuesta para seguir.

—Eso es... Fóllatelo otra vez y las veces que hagan falta. Dale alegría al cuerpo tonta —afirma Vero haciéndome reír. Solo nos reíamos nosotras.

Marta me miraba y frunció el ceño. Parecía cabreada y no la entendía ¿En qué momento le comenzó a molestar lo que yo hiciera con mi vida? La miré y me acerqué a ella.

— ¿Te ocurre algo? —Pregunté haciendo que me mirase.

—Estás tonta ¿En serio vas a seguir acostándote con ese hombre? No es que me importe, pero tú no eres así, Anabel. Tú eres una mujer con sueños y que no se merece un simple revolcón. —Tenía razón en todo, pero estaba harta de ser la tonta que se queda en el banquillo esperando mi turno.

—Lo siento Marta, pero lo necesito, necesito sentirme deseada por una vez en mi vida —respondí y ella se encogió de hombros.

—Me parece bien, pero date cuenta de una cosa —dice y suspira—. Serás tú la que acabe sufriendo.

—No lo creo.

—Sí que lo harás ¿Y sabes por qué? —Pregunta y niego mirándola fijamente—. Pues porque te enamorarás de él y sufrirás al ver que solo fuiste un polvo. Seguía teniendo razón la cabrona de mi amiga e hizo que me replanteara lo que pensaba hacer ¿Por qué tenía que ser así de simple? ¿En serio me iba a enamorar de un hombre como él que solo busca sexo? Sí, podría enamorarme, porque yo soy así de tonta.

\*\*\*

Horas después, estábamos sentadas en un chiringuito de la playa, junto al mar mientras nos tomábamos nuestros tintos de verano. Estábamos de lujo.

Miré hacía la playa y me dieron ganas de meterme en el agua por el calor abrasante que hacía, menos mal que nos trajimos los bikinis. No me gustaba

quedarme en bikini, pues no me gustaba mi cuerpo, pero según mis amigas, tenía un buen tipo. Por amor se dicen tantas tonterías y ellas me querían, por eso me veían guapa, buen cuerpo, inteligente. Un buen partido según ellas.

— ¿Vamos a bañarnos? Tengo un calor de cojones —digo llamando su atención, pues las muy lagartas ya estaban babeando por un grupito de *tiarrones* que estaban en la playa jugando a las raquetas.

Ambas se levantan y Vero va al interior del chiringuito para pagar lo que habíamos consumido en estas dos horas que llevábamos sentadas aquí. Minutos después, sale y se acerca a nosotras. Yo ya estoy levantada y con mi bolso colgado en el hombro.

—Bueno, vamos a bañarnos —propone Vero mirando a los *bombones*. Yo la miro y niego con la cabeza. Esta mujer es todo un caso.

Marta no se quedaba atrás y ya la estaba notando salivar, como si hubiera visto su helado favorito. Me río al verlas y comenzamos a caminar hacia el interior de la playa. La arena ya no quema tanto, ya que son casi las siete de la tarde. Seguimos el camino hasta llegar justo al lado de los chicos. Había cuatro, aunque de lejos parecían cinco. Deduje que uno estaría bañándose. Echamos las toallas en la arena y comenzamos a quitarnos la ropa. Vero no le quita ojo a un chico moreno que tampoco le quita ojo a ella. El sol deslumbra sus ojos verdes y casi me derribo al ver la sonrisa que se marca en su cara.

—Joder, joder... Uf como está el morenazo —dice la loba de mi amiga.

—Deja de mirarlo así que vas a inundar la playa con tus babas. —Las tres soltamos una carcajada al mismo tiempo en el que yo comienzo a meter los pies en el agua.

El quinto chico camina hasta la orilla y me pongo nerviosa. Es él, es mi entrenador. Me mira y sonrío haciendo que me caiga de culo. Mis amigas no me habían visto, estaban tan embobadas con los chicos que ni cuenta se dieron. Manuel camina hasta mí y me extiende la mano para ayudarme a levantar. Me

había llenado el culo de arena mojada, así que decidí caminar hasta el interior sin hablarle a Manuel.

—Bonito culo —susurra cerca de mí erizándome la piel al momento.

Me doy la vuelta y nuestras narices chocan al tenerlo tan cerca. Mi pecho comienza a subir y bajar por culpa de la respiración acelerada y él se da cuenta. Pasa su mano por mi cintura y me da un beso en la comisura de mi boca.

—Hola, preciosa —me saluda.

—Ho... hola.

Nos miramos y no puedo decir más, me quedo completamente bloqueada y es que este hombre, me pone demasiado y me deja como una tonta, babeando y con taquicardia.

— ¡Eh, Manuel! —Le grita el moreno que ya está hablando con Vero.

Mi entrenador se da la vuelta sin soltar mi cintura y mira a su amigo. Este al vernos así, sonrío y mi amiga Vero me guiña un ojo dándose cuenta quién era él. Marta no me mira, me ignora completamente y ya me está cabreando su actitud ¿Por qué coño se pone así? Manuel pasó de su amigo y pasa sus brazos por debajo de mi culo alzándome. Camina conmigo hasta el agua.

— ¡Suéltame! —Grito y él niega.

—De eso nada. Ahora tú y yo vamos hablar —responde y frunzo el ceño.

¿De qué quiere hablar este hombre conmigo? No entiendo nada. Sin dejarme si quiera quejarme más, se hunde conmigo en el agua y vuelve a subir. Toso como una posesa, pues he tragado agua por culpa de este, gilipollas. Me mira y se ríe, haciendo que sus hoyuelos se marquen en su cara de chico malo. Yo me derrito y me olvido de la tos.

— ¿Eres gilipollas? Casi me ahogo —escupo cabreada, aunque babeo de nuevo al sentirle cerca.

—No seas mal hablada, Anabel —susurra en mi oído.

Ya lo tengo de nuevo agarrando mi cintura y pegándose a él. Su entrepierna me aprisiona y siento su excitación ¿Será que yo provoqué eso? Abro los ojos desorbitadamente y el asiente como si estuviera respondiendo a mi pensamiento. Me coge del culo y hace que enrosque mis piernas en su cintura. Al alzarme, mis pechos rozan su cara y le da tiempo a morder uno de mis pezones ya endurecidos. No sé si es por el frío que sentí al entrar en el agua de golpe o por lo excitada que me estaba poniendo este hombre.

— ¿De qué quieres hablar? —Pregunto intentando recomponerme, pero me es imposible.

Manuel ya tiene un dedo metido en mi interior... ¡Joder! ¿Por qué me hace esto y aquí? Le miro con un brillo de deseo en los ojos y me sonrío. Su movimiento en mi interior hace que me arquee y quiera más y por un momento me olvido de que estamos en la playa y que nuestros amigos están a menos de diez metros de nosotros. Me hace gemir y me tapa la boca con sus labios para que nadie me oiga. Me besa, mete su lengua en mi boca y hace que me pierda en este momento. El sol calienta nuestros cuerpos y yo ardo por culpa de sus dedos en mi sexo. Ni siquiera el agua que cubre hasta nuestro pecho, me enfría. Al contrario, creo que nosotros la estamos calentando. Sigue moviendo los dedos y yo sigo arqueándome pidiéndole más.

— ¿Quieres más? —Pregunta en mi oído y yo asiento.

Entonces saca sus dedos y maniobra hasta meter su duro miembro en mi interior, llenándome por completo. Pego un pequeño grito por la sorpresa y vuelve a taparme la boca con la suya. Se mueve y yo cierro los ojos, escondo la cabeza en el hueco de su cuello y él muerde mi hombro. Sus manos están en mi culo y aprieta las nalgas para hacer que su sexo entre aún más en mi interior. Vuelvo a gemir, pero más despacio para que nadie nos oiga y nos denuncie por escándalo público.

—Joder. —Suspiro y él jadea. Muerdo su labio inferior provocando un

gruñido que sale de su garganta.

—No sé... por qué provocas esto en mí —habla con la voz entrecortada.

Ambos estamos llegando al éxtasis. Entonces Manuel, pone su mano derecha en mi clítoris y mientras se mueve más fuerte, lo masajea. Yo jadeo y en menos de un minuto llego a un brutal orgasmo, al mismo tiempo en el que él, termina gruñendo y mordiendo mi hombro. Nunca en mi vida lo había hecho en la playa. Yo no era así, pero este hombre está consiguiendo que haga cosas y que quiera cosas, que en mi vida me las había planteado.

— ¿Estás bien? —pregunta saliendo de mi interior.

—Mmmm, sí. Estoy bien. —No quería sonar así, pero estaba en el momento post orgásmico y claro, me pregunta si estoy bien y me falta hacerle la ola. Sonríe y me da un beso en los labios. Me doy cuenta de que me lo he tirado hoy dos veces y sonrío.

— ¿De qué te ríes?

—De que es la segunda vez que te metes entre mis piernas en un solo día — respondo sintiendo mis mejillas arder.

—Me gusta y espero que no sea la última del día... Me encanta cuando te sonrojas. —Y más roja me puse.

— ¿Vienes? —dice cogiendo mi mano y niego.

—No, me voy a quedar un ratito más en el agua.

— ¿Quieres que me quede contigo? Ya sabes... para hablar.

—Vale. Me parece buena idea.

Pasamos un rato agradable, hablando de miles de cosas. Minutos después y ya con la piel arrugada por haber pasado más de una hora metidos en el agua, salimos y me acerco a mis amigas que están sentadas al lado de los cuatro chicos. Uno de ellos me mira de arriba abajo y me pongo roja como un tomate. Manuel se da cuenta y le da una patada a su amigo en el pie para que deje de mirarme.

—Chicos esta que sale del agua arrugadita, es nuestra amiga Anabel. Anabel, ellos son, David, Rubén, Jesús y Paco. Bueno y el bueno de Manuel, ya lo conoces ¿Verdad? —Pregunta Vero alzando las cejas.

—Cállate Vero, encantada de conoceros —respondo y me siento en mi toalla. Esta está pegada a la toalla de Manuel y miro a Vero. Ella fue la que la puso ahí la muy perra.

—Bueno Manu ¿Y de que conoces a esta belleza? —Pregunta el chico que se me quedó mirando. Parecía muy interesado y yo no sabía dónde meterme.

—Es una amiga y por favor, no la atosigues —responde Manuel agarrando mi mano.

Al sentir su contacto mi piel se eriza al momento y tengo que soltarle para poder pensar con claridad. Él se da cuenta de mi acto y me mira con el ceño fruncido. No le ha gustado que suelte su mano, pero a mí tampoco me gusta que hablen por mí, porque si yo quiero hablar con ese rubio de ojos marrones que no me quita ojo, pues lo hago y ni Manuel, ni ningún otro, lo va a impedir. Me levanto y miro al rubio.

—No le hagas caso a tu amigo. Puedes hablarme si quieres. —Todo lo digo bajo la atenta mirada de mi entrenador y siento que mi cuerpo tiembla por ello. Lo miro y sonrío con suficiencia. No voy a dejar que él haga por mí todo ¿Qué se cree? Ni que fuera mi dueño, solo por haberme revolcado con él dos veces. Trago saliva al recordar nuestros dos encuentros.

—Sigo diciendo lo mismo Jesús. Déjala en paz —sentencia y ya comienzo a cabrearme. Este no me conoce...

—Jesús, ni caso, puedes hablar lo que quieras conmigo. Estoy soltera y sin compromiso —respondo y Manuel se levanta, me coge en brazos y me echa en su hombro como si fuera un saco de patatas. Yo pataleo, pero él, me ignora y comienza a caminar hacia el interior del agua de nuevo.

— ¡Suéltame capullo! —Gritó pegando patadas al aire y Manuel me pega una

cachetada en el culo— ¡Au, gilipollas! Ni se te ocurra ponerme de nuevo una mano encima —digo enfurecida.

—Cállate ya o tendré que tirarte al agua —me regaña como si fuera de su propiedad y me enfurezco aún más, pero ¿Qué se ha creído este estúpido? Sigo en mi empeño de que me suelte, pero pasa de mí y sigue caminando, importándole muy poco mis gritos.

Jesús nos mira y se ríe. Otro gilipollas, ¿Qué les pasa a estos tontos?

— ¡Suéltame de una puta vez, joder!

—Tus deseos son órdenes para mí —responde y me tira al agua, haciendo que de nuevo casi me ahogase por culpa de tragar agua.

Al salir, grito enfurecida y le doy un guantazo. Comienzo a pegarle puñetazos en el pecho y cuando se ha cansado de recibir golpes, me coge de las manos, las pones detrás de mi espalda, reteniéndome y me besa enfurecido. Solo con ese beso hizo que mis piernas flaquearan. Joder, ¿Por qué me hace sentir esto? No entiendo como un hombre que acabo de conocer, tiene tanto poder sobre mí. Al separarnos, me mira y me muerdo el labio inferior.

—No te muerdas el labio —me dice con la voz ronca.

— ¿Qué te crees el Grey? —Pregunto y me sonrío.

—No soy el Grey, pero puedo hacerte todo lo que le hace a Ana. Además, te llamas Ana, es mucha casualidad ¿No crees? —Y con esa aclaración, trago saliva e intento zafarme de él, pues mi cuerpo estaba encendiéndose de nuevo y no tenía fuerzas para hacerlo otra vez. Por lo menos, no aquí.

\*\*\*

Estamos en la casa, habíamos llegado hace ya una hora. Eran las once de la noche y aún no habíamos cenado, pero como tampoco teníamos ganas de hacer nada, llamamos a una pizzería para que nos trajeran dos pizzas familiares. El repartidor, nos trajo las pizzas después de media hora y ya estábamos degustando, la cuatro quesos y la carbonara, entre gemidos. Las pizzas estaban



de muerte y claro, nosotras éramos de muy buen comer. Disfrutábamos de toda clase de comidas.

Con Manuel lo había pasado genial, al igual que con los demás amigos suyos. Eran todos muy simpáticos, quitando que alguno ya estaba en plan tonto y Manuel se los comía con la mirada. Si no fuera porque no quería hacer el ridículo de su vida, se hubiera abalanzado encima de Jesús para darle de hostias. Eso me hacía reír y a la vez me daba miedo, porque ¿Cómo se supone que debo interpretar eso? No somos nada. Solo hemos tenido dos encuentros sexuales y ya se comportaba así. La verdad es que a mí me ponía de los nervios y no es para menos, si el hombre está como un tren. Dios, me acaloro con solo pensar en él.

Antes de despedirnos, me pidió mi número de teléfono y yo se lo di, cosa que le molestó a mi amiga Marta, pero ahora que estábamos tranquilas cenando, le preguntaría el porqué de su cabreo, pues no entendía nada. La miro y ella se queda mirándome, esperando a que le hablase.

— ¿Podemos hablar? —Pregunto y ella asiente. Vero se iba a levantar para dejarnos a solas, pero la cogí del brazo—. Quédate. Somos un equipo y tú también tienes que enterarte de lo que voy hablar con ella —le digo a Vero y esta se sienta encogiéndose de hombros.

—A ver, dime —expresa Marta bebiendo un sorbo de su cerveza.

— ¿Me puedes decir por qué cada vez que Manuel me hacía algo, tú te cabreabas? ¿Acaso no te cae bien? Es que me da la sensación de que lo odias —explico mirándola y ella frunce el ceño. Suspira y deja el botellín de cerveza encima de la mesa de centro.

Nuestro piso no era muy grande. Con tres dormitorios, un baño para compartir entre tres mujeres alocadas, una cocina con barra americana y el salón que era del tamaño de una caja de cerillas, así que no nos cabía una mesa en condiciones para comer. Por eso comíamos en la mesa de centro siempre.

—Me gusta Manuel. Por eso no me gusta verte pegada, pero ya me di cuenta de que a mí no me hace ni puto caso. Él solo tiene ojos para ti, aunque parezca increíble.

— ¿Me estás llamando fea? —Pregunto abriendo los ojos desorbitadamente. No la entendía y encima me llamaba fea ¿De qué va? Será mi amiga, pero se estaba pasando tres pueblos. Me levanto y camino hasta la nevera para coger otra cerveza.

—Trae otra para mí —pide Vero, así que saco dos.

Vuelvo a sentarme en el sofá y le doy la cerveza a Vero. No puedo apartar la mirada de Marta y esta se ve avergonzada, eso hace que vea que se siente mal, aunque no debería, al fin y al cabo, Manuel y yo no somos nada. Pero tampoco quería que mi amiga se le acercara. Joder que maldito lio tengo en mi cabeza, con lo tranquila que estaba sin sexo y sin orgasmos, *no te engañes, no estabas bien*. Dice mi subconsciente y me regaña internamente.

—Bueno... Y entonces ¿Te gusta? —Intento romper el hielo haciendo una pregunta con una respuesta obvia.

—Sí, pero no te preocupes. Ya me quedó claro de que no soy su tipo, así que todo para ti. No te preocupes, que no haré nada para separaros, ni me enfadaré cuando os vea juntos. —Reprime una sonrisa y le doy una palmada en la pierna—. Además, ese Paco... Uf —dice abanicándose con la mano y las tres soltamos una carcajada.

El amigo de Manuel, el tal Paco, es un hombre alto, moreno de piel, tipo así a un latino y tenía unos ojos miel que te quitaba el hipo. Estaba bastante fuerte y mi amiga babeó al recordarle.

Seguimos charlando sobre los hombretones y bebiendo cervezas como si no hubiera un mañana. A las cuatro de la madrugada, decidimos que ya era hora de acostarnos a dormir. Las tres estamos borrachas. Bueno una más que otras, yo era la que más, pues no estoy acostumbrada a beber, pero como pensaba a

cada momento en Manuel y todo lo que me hace cada vez que me ve, hace que mi cuerpo se acalore y no deje de beber.

Me levanto del sofá y camino hasta mi habitación. Cuando ya estoy dentro, me recuesto en mi cama. Miro hacia el techo y el recuerdo del momento en el que me muerdo el labio y me dice que no me lo muerda a lo Grey, entra en mi mente y hace que mi sexo se humedezca. Entonces me viene a mi cabeza hacer una locura. Cojo el móvil que está en la mesilla y lo desbloqueo. Me meto en la agenda del móvil y busco el número de Manuel. Cuando lo encuentro leo lo que he puesto para saber quién es, *Manuel el hombretón*. Sonrío y le doy a llamar sin pensar en que se iba a cabrear por llamarlo a la cuatro de la madrugada. Suena y suena y no me lo coge, así que como soy así de pesada, vuelvo a darle a la llamada. Al quinto tono, un Manuel con la voz ronca por el sueño, responde.

—Diga *¿Quién me llama a estas horas?* —Lo escucho bufar—. *¿Anabel?*

—*Hola, hombretón* —saludo con una sonrisa sarcástica.

La verdad que estoy para que me encierren. Lo escucho decir mil cosas ininteligibles y maldecir a la vez. Está cabreado, lo sé, pero me da igual.

— *¿Estás borracha?*

—*Sí ¿Te molesta? No me respondas, me la suda lo que pienses “Señor yo soy tu dueño”*

Suelto una carcajada, pues estoy haciendo lo que Anastasia, cuando llama a Grey borracha. Mis carcajadas le cabrean aún más y sigue maldiciendo, pero esta vez sí que entiendo lo que dice. Se está cagando en todos mis antepasados y yo me río aún más.

— *¿Dónde estás? Voy a buscarte.*

—*Para Grey... Ja Ja Ja.* —No puedo parar de reír.

En mi vida había hecho semejante tontería, pero es que con este hombre no sé lo que me pasa y hace que me vuelva tonta. Cuelgo el teléfono dejándolo

completamente alocado, seguro. Lo dejo en la mesilla de noche y miro al techo. Mi sonrisa cada vez es más grande y más al saber que lo había cabreado. Cuando me disponía a dormir, escucho la vibración de mi móvil. Lo cojo y era una llamada de Manuel. Abro los ojos sorprendida, pero decido descolgar.

—*Abre la puerta de tu casa* —dice y cuelga.

Trago saliva y me levanto mareada de la cama. Salgo al salón y me acerco sigilosa a la puerta de mi piso. No sé si abrir o no ¿Y si es una broma? Él no sabe dónde vivo después de todo. Me acerco y pongo el ojo en la mirilla y sí que estaba. Un Manuel con cara de cabreo está al otro lado de la puerta. Decido abrir y cuando lo hago, se abalanza sobre mí y me besa ferozmente. Yo me dejo hacer y la abro para que su lengua juegue con la mía.

Solo somos, jadeos, saliva, besos y caricias. Manuel me coge de las caderas y enrosco mis piernas en su cintura. Dios, esto es de locos. Camina torpemente y casi nos caemos al tropezar con el bolso de Vero que está en el suelo, como siempre.

— ¿Dónde está tu habitación? —Pregunta jadeando.

—La primera puerta a la izquierda —respondo igualmente entre jadeos y él asiente.

Vuelve a pegar nuestros labios y camina decidido hasta llegar a mi habitación. Cuando ya estamos dentro, cierra la puerta de una patada y me lleva hasta la cama.

—Ahora te voy a enseñar quien es, Manuel Guerrero —susurra erizando mi piel al momento.

Yo jadeo y cierro los ojos al sentirlo bajar hasta mi sexo. Siento sus dedos apartar mis braguitas de encaje y mete uno de sus dedos en mi interior. Comienza la tortura con sus movimientos y me arqueo. Lo necesito más dentro, más duro, mas todo.

Entonces sin esperármelo, siento su lengua en mi clítoris. Lo lame y muerde a su antojo y todo sin dejar de mover su dedo en mi interior. Me estaba volviendo loca y él lo sabía. Yo solo jadeaba y a veces tenía que tapar mi cara con la almohada para que mis amigas no me escucharan, pues se asustarían. Se supone que me acosté sola y borracha, aunque también pensarían que estoy con el consolador que Vero me regaló para mi cumpleaños el año pasado.

—Por favor, para y entra en mí de una vez —suplico con la voz entrecortada.

Manuel no me hizo caso y siguió con la placentera locura. Su intención era que me corriera de nuevo en sus dedos, pero yo me estaba reteniendo para disfrutarlo a él... Mis jadeos no cesaban y subió la fuerza en sus embestidas. Mi cuerpo se arquea buscando más placer, y él me lo da, claro que me lo da. Entonces cuando estaba a punto de terminar, saca sus dedos, lame mi clítoris por última vez y sin esperarlo me penetra, haciéndome gritar como una loca. No sé en qué momento se bajó los pantalones, ni en qué momento lo tenía dentro de mí moviéndose desesperadamente. Se propuso volverme loca y lo estaba consiguiendo.

— ¿Qué quieres que te haga Anabel? —Pregunta con la voz ronca.

Yo lo pienso por un momento y no sé qué decir, si ya lo que me estaba haciendo era lo mejor que me habían hecho en toda mi vida ¿Qué más le podría pedir?

—No... no sé. —Mi voz suena baja, en un susurro, pero no podía hablar.

— ¿Todavía sigues queriendo un Grey? —Dice entrando en mí con fuerza.

Siento como mi sexo se contrae cada vez que me penetra. Yo aprieto más para que así él lo sienta y cada vez que lo hago, pega un gruñido y muerde mi hombro con desesperación. Me besa, muerde mi labio inferior y jadeamos al unísono. Así pasamos la noche, o lo que quedaba de ella y no podía pedirle más a este día, que ha sido el mejor en mucho tiempo.

Después de pasar la noche más pasional de toda mi vida, Manuel se quedó

conmigo, dormimos juntos y aunque le pedí que se marchara, pues no quería que hubiera confusiones entre ambos, no lo hizo y se quedó... Me abrazó por la espalda y dándome un beso en el hombro nos dormimos, así, abrazados. Fue muy tierno en algún momento de nuestro encuentro y eso me hacía darme cuenta de que este hombre en solo un día, estaba consiguiendo ablandar mi corazón. Yo no quería enamorarme, no así, no tan pronto, pero estaba siendo seducida, estaba seducida por mi entrenador y se estaba metiendo en mi organismo demasiado rápido.

Por la mañana nos despertamos por el grito agudo de mi amiga Vero. Había entrado en la habitación para despertarme como hacía cada mañana y claro, si no sabía que Manuel estaba conmigo, pues gritó. No sabía a qué se debía el grito, Manuel no estaba haciendo nada malo. Solo dormíamos.

— ¿Por qué coño gritas? ¿Estás loca? Mi cabeza me duele horrores. —Me quejé por el fuerte dolor.

La resaca de cerveza era horrible y mi padre siempre me decía que se quitaba bebiendo lo mismo, cerveza. Yo lo veía absurdo, pues se supone que quiero que la cerveza se eliminé, no meter más.

Manuel miró a mi amiga y se tapó con la sábana. Estaba desnudo y ya me había dado cuenta porque del grito de Vero, le había visto el miembro duro a este Adonis que descansaba en mi cama y claro, eso es para gritar y dar volteretas como si fueras un mono. Me levanté y caminé hasta mi amiga para echarla de la habitación, pues la señorita seguía babeando mientras miraba a mi chico... Uy ¿Yo he dicho eso? Estoy hecha un puto lío. Manuel no es mi chico, joder... Mi mente me juega muy malas pasadas.

— ¡Sal de aquí! ¡Ahora! —Pido alzando la voz. Ella niega y la escruto con la mirada.

—Pero ¿Tú has visto eso?

—Pues claro que lo he visto, lince. ¿Tengo que recordarte que me lo he tirado?

—Respondo ganándole una gran sonrisa de mi amiga.

En definitiva, está más loca que una cabra. Cuando por fin consigo que nos deje solos. Manuel se levanta y camina en mi dirección como su madre lo trajo al mundo. Trago saliva y ya siento como las piernas me flaquean. Me alcanza y me coge en brazos para llevarme de nuevo a la cama. Espero que no quiera hacerlo de nuevo, porque no puedo ni con mi alma, me duelen todos los músculos de mi cuerpo.

— ¿Dónde vas? Acuéstate conmigo un rato más —propone con una sonrisa ladeada.

—Solo iba a desayunar ¿No tienes hambre? —Pregunto y me arrepiento al instante de haberle preguntado eso. La mirada de Manuel se oscurece y ya lo tengo besando mis labios.

No voy a dejar que coja mi cuerpo a su antojo, así que pongo mi mano en su pecho para apartarlo de mí y cuando lo consigo me mira con el ceño fruncido, pero me sonrío. Por un momento me quedo con la mirada perdida, en esos hoyuelos que se le marcan cada vez que sonrío.

—No te creas que te meterás entre mis piernas cada vez que a ti te dé la gana ¿Verdad? Mi cuerpo necesita un descanso y ya te has tomado demasiados atrevimientos por un día —hablo reprimiendo una sonrisa y él no hace otra cosa que pasar sus dedos por mi barriga desnuda, haciéndome cosquillas—. Para, por favor. Tengo muchas cosquillas. —Y dicho y hecho.

Manuel comienza a hacerme cosquillas y no paro de reír como una autentica loca. Nunca pensé que estaría así con él. Me da miedo que me guste más de la cuenta. Yo ahora mismo no estoy para tener una relación con un hombre como él, ahora mismo solo puedo ofrecerle esto y una amistad, pero me aterra comenzar a sentir algo por él. Solamente lo conozco de un día, un maldito día y ya estoy así con él ¿Qué me hizo este hombre?

—Para, por favor —suplico y sigue ignorándome.

—No, hasta que me des un beso —responde y asiento.

Manuel se acerca y pega sus labios a los míos. Solo un beso, únicamente eso hace falta para que mi cuerpo lo anhele... Siento sus manos en mi cintura y la aprieta. Creo que él siente lo mismo que yo.

\*\*\*

Por la tarde decidimos mis amigas y yo ir al centro comercial. Tenía ganas de comprarme ropa y algo de lencería. Vero y Marta cuando les dije que quería comprarme ropa interior alzaron las cejas y comenzaron a decir tonterías como: *Vaya que te ha dado duro. O, te ha dado duro contra el muro.* Las tres soltamos una carcajada con esos comentarios y es que tenían más razón que un santo. Después de pasar horas y horas de tienda en tienda y haberme comprado varios modelitos de lencería y un par de vestidos veraniegos, nos vamos a un restaurante chino a cenar las tres solas.

Cenamos tranquilas. El restaurante era nuevo y la comida estaba buenísima, desde luego que no será la última vez que vengamos a cenar aquí. De vez en cuando mi móvil sonaba con algún que otro mensaje de Manuel y todos los ignoré. No tenía ganas de saber que quería, necesitaba despejarme un rato y no tener que pensar en él en todo momento.

—Bueno, pues cuéntanos como lo hace el hombretón del entrenador —dice Vero moviendo las cejas sugestivamente y me río.

—Pues que te voy a decir. Es... es, uf. No sé cómo explicarlo —respondo y le guiño un ojo a mí amiga la loba.

No sabía realmente si me ponía así solo por pensar en los encuentros sexuales que habíamos tenido o también tenía algo que ver con que ese hombre hubiera empezado a gustarme de verdad. Yo, una universitaria separada de su familia, con dos compañeras de piso y amigas, a cuál, más loca de las dos. Para una vez que un tío me hace caso, parece que solo me quiere por mi cuerpo. Tres veces no hemos visto y las tres veces se ha metido entre mis piernas,



volviéndome loca por completo. Yo, falta de cariño y él estaba demasiado bueno. No podía desaprovechar lo que el destino me estaba regalando.

\*\*\*

Dos semanas después, Manuel seguía buscándome. Yo seguía yendo al gimnasio y cada vez que llegaba, lo primero que hacía era besar mis labios apasionadamente e intentar llevarme a los vestuarios para volverme loca de pasión. Dos veces lo consiguió y a la tercera le dije que no y me marché nada más llegar. Ahora llevo tres días sin hablar con él y no porque él no lo haya intentado, pero yo cada mensaje que me llega lo borro sin leer y cada llamada entrante la cuelgo sin más. Solamente me quería para follar, hablando mal y no estaba dispuesta a ser su juguete sexual.

Toda la semana me la pasé metida en mi casa y aunque las chicas intentaron hacerme salir, mi respuesta siempre era negativa. No tenía ganas de salir, no tenía ganas de ver a nadie y todo por su maldita culpa ¿Por qué tuve que conocerle? ¿Por qué tuve que dejar que entrara en mi vida? No entendía nada. Parecía que me importaba más de lo que yo admitía y es que me gustaba ese hombre, me gustaba demasiado.

Estaba en mi habitación, mirando al techo, resoplando cada dos segundos porque estar encerrada me ahogaba, pero como era así de terca y cabezota, pues nada aquí metida toda la maldita semana.

—Anabel ¿No piensas salir nunca más? —Pregunta Vero entrando en mi habitación.

—No —respondo.

—Pues tienes visita y no creo que se vaya hasta no hablar contigo —informa y me tenso.

Le iba a responder, cuando mi visita entra en mi habitación y echa a mi amiga de la misma, cierra la puerta y pasa el pestillo. Se da la vuelta y lo miro con los ojos entre cerrados. Estaba cabreada y mucho. Manuel se acerca a mí y me

levanto para frenarle. No quiero que se acerque a mí, no quiero que comience a besuquearme para volverme loca y conseguir que abra mis piernas. No, eso no lo iba a conseguir.

— ¿Qué quieres Manuel? Creo que te he dejado claro que no quiero volver a verte y mucho menos quiero que vuelvas a meterte entre mis piernas —hablo con la mirada clavada en el suelo.

Estaba muy nerviosa y más cuando su olor entra en mis fosas nasales y quiere hacerme flaquear. Ya casi lo tengo pegado a mí y pasa sus manos por mi cintura. Entonces me abraza y esconde su cabeza en el hueco de mi cuello. Aspira mi olor y me da un beso en el cuello. Esa es la primera vez que hace eso con la intención de calmarme y no por meterse dentro de mí. Se separa y su mirada no es la misma de siempre. Me mira con dulzura y quiere besarme, lo sé, pero no se atreve ¿De qué va todo esto?

—Perdóname —dice de pronto asombrándome—. Sé que te hice sentir un juguete, pero no era así, no eras eso para mí... Anabel, me gustas, me gustas muchísimo y es por eso que estaba loco por besarte. —Me besa—. Tocarte. — Me toca la espalda—. Y hacerte mía... Porque eso es lo que quiero, que seas mía para siempre.

Sus palabras me hicieron delirar y mis piernas comienzan a flaquear. Esta aclaración era la que mi corazón necesitaba para darme cuenta de que me estaba enamorando de él y de que fui seducida por mi entrenador.

# *Enamorada del Entrenador*

## Danuby Blanco



Qué más da, comenzaré mi historia con un simple enojo hacia mi mejor amiga. Ella me ha puesto en esto de ir al gimnasio a ponerme *en forma* y no es gracioso. Mucho menos tener que encontrarme con un idiota como Maickol Allen. Quien definitivamente tiene algo en mi contra desde que pisé su preciado lugar.

—No es gracioso, de verdad para nada gracioso. —murmuré entre dientes conforme Rianne se estacionaba justo frente al valle de la muerte de calorías.

—Deja de lloriquear como niña pequeña Valeria. Maickol es el mejor entrenador que hay en todo Madrid y es mi hermano. —me crucé de brazos aún más.

Ese era el hecho de que odiaba a Troy, era un idiota desde que Rianne y yo íbamos a la escuela. Recuerdo que tan puerco era con las chicas y como me humilló.

—Es por eso ves, tu hermano hizo de mi vida algo imposible. —Señalé mis rollitos— esto es belleza, acumulada, pero es belleza.

Mi mejor amiga solo salió del auto y abrió la puerta del asiento que yo ocupaba, esta era la segunda vez que lo hacía y sé que era por mi bien. Pero no

soportaría entrar en este lugar y ver la cara de Maickol sin tener las ganas de ahorcarlo. Ya me imaginaba perfectamente mis manos alrededor de su cuello...

—Vamos Valeria tienes veinticinco años y te comportas de esta manera. —  
Negó con la cabeza haciendo una mueca con sus labios. Ya conocía ese gesto de su parte. Ella siempre ganaba.

Me quejé acostándome contra el asiento de cuero de su BMW último modelo.

—No sabes cuánto te odio a ti también. —Dije al final levantándome y caminando fuera de mi refugio de metal.

—No puedes quedarte toda una vida en tu castillo de piedra y granizo. Tienes que vivir y verte saludable. —Le lancé una mirada irónica.

—Tú qué sabes— me bajé un poco los shorts de lycra que llevaba y me abrigué con la chamarra térmica que tenía puesta— No has pasado por la muerte del amor de tu vida. Porque no tienes gatos.

Ella me miró descongojada, desvié mi mirada hacia el gran cartel que decía en grande Fitness Today. Lo pensé varias veces y solo entré. Un poco de ejercicio no matará mis neuronas.

— ¡Valey! —Gritó el todo fornido y musculoso Maickol a mi lado, pasó su brazo por mis hombros guiándome hacia la recepción donde debía dar mis datos personales y cosas así.

—Es. Valeria. —dije entre dientes quitando su brazo de mis hombros.

—Como sea. —Me dijo de forma arrogante, la chica de cabello rubio detrás del escritorio nos miró a los dos—. Laura por favor, anótala a ella en la clase V.I.P

La chica asintió en mi dirección lanzándole una que otra mirada coqueta a mi entrenador personal. Puse los ojos en blanco y aguanté mis ganas de vomitar justo entre los dos. Después de lo que fueron varios minutos, el me guio por el pasillo de los entrenamientos normales.

Luego entré en lo que era un cuarto lleno de pesas, sacos de boxeo y unas que

otras máquinas para dar forma al cuerpo. No me gustaba estar encerrada en un cuarto sola con el más idiota del mundo, aunque podría vengarme y nadie se enteraría.

Una sonrisa maquiavélica se capta en mi rostro y como si supiera en que estaba pensando. El me indicó que mirara hacia las paredes.

—Buen intento, pero lamento estropear tu burbuja de ensueño, hay cámaras en todos lados. —me sonrió.

Si no fuera tan estúpido y arrogante quizás hasta lo hubiese mirado con otros ojos. Y es que sus ojos color miel eran hermosos, pero el desgraciado era un gilipollas de pies a cabeza.

—Empieza a trotar en la caminadora. ¿Sabes que es una caminadora? —Me dijo burlándose de mí.

—Ya sé, no soy estúpida como tú. —Murmuré a regañadientes.

Me dio una nalgada y me aguanté. Para la próxima le daría una buena bofetada por haberme tocado.

*Solo estarás aquí dos meses Valeria. Ohm tu cálmate.* Me dije a mi misma empezando con los ejercicios de cardio. A lo que pasaron diez minutos descansé y el después de haberse ido un rato volvió de nuevo con dos cuerdas en las manos.

—Hora de saltar. —Agitó las cuerdas y me las lanzó.

—No lo haré. —Dije cruzándome de brazos— ¡Y te lo diré una vez! Vuelves a tocarme una parte de mi cuerpo y juro que te rebanaré los testículos.

Él se echó a reír.

—Vamos Valey, no tengo toda la tarde. —Me senté en el suelo y tomé agua de mi vaso térmico.

Hubo un pequeño espacio en el tiempo en el que me miró fijamente y era lo único que me gustaba de él. Su mirada, esa que desde que estábamos en el instituto era inocente y ahora solo demandaba seducción por doquier. Me

levanto a regañadientes y tomo las cuerdas entre mis manos eran un poco pesadas y su color era como la arena del mar en el Caribe. Di como veinte repeticiones de cinco saltos.

Me volví a sentar en el suelo y Troy hizo lo mismo pero esta vez, masajeando mis piernas. Miles de abejas picaban en mi estómago y sentía que estaba a punto de vomitarlas porque eran tantas que no sabía qué hacer con ellas. Él me miraba y no podía retirar ahora mismo mi mirada de la suya.

—Tienes que ser cuidadosa con tus ejercicios, si no haces calentamiento puedes hacer que un musculo de tu cuerpo se congele y te duela. —Quitó su mano de mis pantorrillas al darme cuenta de lo que insinuaba.

—Mejor —sonreí sin emoción alguna— Así podría irme y no volver.

— ¿Crees que a mí me agrada la idea de tener que ayudarte? —Se sentó lo más lejos posible de mí— Rianne me obligó a que esto sería una disculpa por haberte hecho lo de la piscina.

Me reí cínicamente.

—Lo del día de la graduación, dolió más. —Dije con un tono furioso entre las palabras.

Joder estaba empezando a sentir como mis lágrimas se acumulaban en la parte superior del lagrimal. Troy se acercó a mí y limpio mis mejillas.

—Lo siento. —Murmuró. Yo negué con la cabeza.

—Solo sigamos con esta mierda —dije—, me quiero ir.

Pase dos horas en ese lugar y me asfixiaba el hecho de estar a su lado. Hasta el momento que tocó mis mejillas en ese momento sí que sentí como se electrizaba mi cuerpo y erizaba mis vellos. Esto no podía ser normal.

Llegando a casa me di cuenta del desorden en ella, desde cartas recibidas tiradas en el suelo, hasta el putrefacto olor a ropa sucia acumulada. Decidí que da tiempo de ordenar mi vida desde las pequeñas cosas.

Me di una ducha con agua fría, tenía que calmar los volcanes que en mí hacían

erupción.

\*\*\*

Teniendo dos días ya de ir al gimnasio con mi entrenador, me voy más allá de la cuenta que él estaba ejercitándose cuando llegué. Estaba sin camisa, era la única que había llegado en ese momento a presenciar dicho acontecimiento, aunque por fuera no lo notase, por dentro me estaba muriendo por pasar mi lengua por esos músculos definidos. Paso de largo hacia la recepción a escanear mi número y luego me dirijo hacia el pasillo.

Esta tarde tenía una falda deportiva y una camiseta Adidas que se ajustaba perfectamente en mi busto hasta mi abdomen y lamentablemente este era el conjunto que Rianne usaba para ir a jugar tenis con sus padres. Escucho los pasos de él detrás de mí y no es mentira, me está siguiendo hacia el salón V.I.P. —Qué guapa estás esta tarde, Valey. —Me enoja cuando pronuncia mi nombre mal. No sé si de verdad lo hace a propósito, o si lo hace porque le molesta decir mi nombre completo y usa ese diminutivo.

—Digo lo mismo. —Le respondí de forma sarcástica.

—Estamos avanzando —se rio un poco—, ahora hablas más.

—Desperdicio parte de mi vocabulario contigo. —hice una mueca de disgusto y me fui hacia el saco de boxeo. Me coloqué los guantes y solo ignoré su presencia. Hasta que lo siento detrás de mí con su respiración infiltrándose en mi cuello y mil sensaciones quemándome por dentro.

Tomó mis brazos y los colocó sobre el saco frente a mí. Suspiré con fuerza y no iba a permitir que me afectara a tal punto de que lo deseara. Me separó solo unos centímetros porque realmente, quería que me enseñara a como golpear.

—Siempre mantén la guardia y separa las piernas —me dio un suave golpe en

la pierna izquierda, yo la moví hacia atrás solo un poco y la derecha la mantuve adelante—, si el saco lo mueves, esto puede tumbarte al suelo de una vez.

—Ya lo sé. —Murmuré y le señalé hacia una esquina— Resguárdate, no vaya a ser que me dé por golpear tu lindo rostro.

Él se puso a un lado y me miró elevando una ceja. Sus pobladas y oscuras cejas que se contrastaban con su cabello castaño.

— ¿Te parezco lindo?

Le di un golpe al saco.

—Es sarcasmo querido. —volví a golpear el saco.

—Tus palabras son confusas. —me eché a reír y en ese momento caí al suelo por su culpa. Esta vez se rio el de mí.

—Porque realmente no me entiendes.

Me levanté del suelo y limpié todo rastro del suelo de mi falda pegajosamente rosa.

—Ya, anda trabaja que tus músculos no se hacen solos, bonita. —me hizo un guiño demasiado coqueto para mi estilo por lo que puse mis ojos en blanco.

No caería en su juego de seducción.

— ¡Gracias! —hice un vago gesto con mis guantes de boxeo rojos.

Comencé a golpear el saco de nuevo y enumeré todas las posibilidades.

Uno...su voz hipnotizaba.

Dos...Me miraba y me descomponía. Pero hacia que las demás chicas se abrieran de piernas hacia él.

Tres...Lo odias Valeria, solo ódialo. Esta vez golpeo con fuerza liberando toda mi furia contenida y me quito los guantes.

Él entró de nuevo, es imposible llegar a solo odiarlo si me miraba de esa forma. Siento lentamente como el sudor se escurre tras mi espalda, más el calor que su mirada produce en mi cuerpo. Muerdo mi labio inferior.



Me lamento a mí misma por pensar en comérmelo a besos a pesar de todo. Uhm. No puedo entender esto, siquiera puedo entenderme a mí misma.

—Deja de mirarme el culo Troy. —dije acomodándome la falda mientras hacía sentadillas.

— ¿Por qué dejaría de hacerlo? Dame solo una razón. —contestó cruzándose de brazos.

Maquiné en mi mente, aunque sea una cosa, cualquiera.

—Porque tienes novia.

Se rio.

—No tengo novia. —una sonrisa se marcó en mis labios y fue lo suficiente como para que él se acercase a verme más de cerca.

Trago saliva, pues no soy consciente de lo que sucede conmigo misma, con sus dedos toca mi mentón y me hace delirar. *Dios*.

Me mira a los ojos y me pierdo sí, así despacio. No como la canción de Luis Fonsi, sino de una manera extraña porque me dejo llevar sin pensar en nada. Claro tenía la mente en blanco llenándose de unos ojos color miel.

—Eres patético. —respiré profundo y me detuve. Pase a su lado, sin dudas a veces me gustaría que dejase lo arrogante.

— ¡Gracias! —Me respondió a lo lejos animadamente.

\*\*\*

Solo seis meses tenía que estar soportando a Maickol y apenas llevaba cinco días. No veía la hora para tener que irme desde que llegaba. Pero tenía que superar mis tropiezos en la vida y respirar mejor, me vi por sexta vez en el espejo antes de salir, no sabía siquiera para que me arreglaba si igual iría a tener una noche de shots con Rianne.

Ella me pasó buscando en su extravagante coche y nos fuimos hacia el club que sus padres dirigían por las noches. Una vez que teníamos la mejor mesa

del club ella me dijo que mirara hacia el chico que iba llegando y era nada más y nada menos que su hermano. Ya tenía suficiente con que me hiciese la vida imposible para que se apareciera ahora mismo en el club. Pero es obvio, es de su familia.

—Hola hermanita. —le dio un beso en la mejilla a Rianne y luego se fijó en mí y mi vestido corto de encaje negro totalmente ajustado al cuerpo. La espalda era descubierta por lo que ante su mirada me sentía más desnuda que vestida.

—Hola Valey.

Esta vez no le corregí. Como defensa ante su mirada que sin duda me desvestía, yo solo me giré a ver el chico que al otro lado de la pista me miraba también. Rianne miró hacia donde yo lo hacía y me sonrió divertida. Maickol se sentó frente a mí, aun así, sin dejar de mirarme.

—No pensaras en llevarte a Martin a la cama, te dejará seca. —Susurró Rianne a mi oído. Yo sonreí por las sospechas que ella misma impuso.

La seductora, pero muy caliente mirada de mi entrenador, hizo que me mordiera mi labio inferior. Me gustaba más cuando mostraba ese lado suyo que nunca conocí, que por culpa de los kilos de arrogancia que se echó encima no me dejó ver. Rianne se levantó para ir al tocador y me dejó con mi tortura allí.

Se podía cortar la tensión que había entre nosotros con un dedo. Es imposible no ponerme a pensar en por qué su mirada era diferente aquí, porque no era capaz de, aunque sea, hablar conmigo a cerca de ello.

—Al menos di algo y deja de mirarme como si realmente no me conocieras, Entrenador. —dije la última palabra lentamente, casi como imitando su voz cuando está en el gimnasio.

Tomó de su shot de tequila y tragó fuerte, luego se acercó más a mí. No me hablaba ni tampoco se iba del tema de mirarme y es que me intimidada. Su

forma de mirarme me intimidaba porque no estaba acostumbrada a eso. Me levanto y hago mi camino hacia el tocador en busca de Rianne que si me ponía a ver ella no estaba, me lavo las manos y coloco un poco de agua en mi cuello, porque esto debía parar.

Al salir para mi sorpresa estaba justo fuera, viendo quién entraba y salía.

—No consigo a Rianne. ¿La has visto? Quiero irme. —Le dije a él mirando a todos lados.

—Ella se fue, su novio la vino a buscar.

—Joder. —Murmuré entre dientes.

—Si quieres puedo llevarte yo. —Puse los ojos en blanco.

—Puedo costear un taxi.

Me miró pensativo un momento y se metió las manos en los bolsillos de sus jeans negros a juego con una camisa de vestir de finas rayas blancas, le quedaba bien incluso sus zapatos italianos le quedaban maravillosos.

— ¿Al menos, podrías pensarlo un minuto? —Me moría por dentro. Claro que lo hacía y es que sus ojos color miel me miraban tan esperanzados con una luz que se le iluminaban más aún.

¿Me arrepentiría algún día de decir que sí? Me rio mentalmente y sé que no.

—Bien, tú ganas entrenador. —Le respondí un rato después de debatir la misma cosa con mi propio subconsciente. El me regaló una sonrisa.

Su sonrisa a pesar de que lo odiaba, su sonrisa llamaba mi atención.

Encontramos el coche de Rianne y tanto él como yo, sabíamos que nunca se llevaba las llaves del auto. Siempre las dejaba debajo del auto.

—Así nunca se le perderán y mucho menos se robaran el coche. —Yo me reí y asentí. Era lo mismo que ella decía.

Me estaba muriendo de frío mientras que él abría la puerta para mí y luego se montaba él. Íbamos en trayecto a mi casa cuando se giró hacia la izquierda pasándose una avenida. Yo lo miré tratando de saber que se insinuaba o que

pasaba por esa cabecita suya.

— ¿A dónde me lleva, señor entrenador? —pregunté cruzándome de brazos.

—Esto de imitarme a mi sabes que no te queda bien ¿Verdad? —Dijo, giró el volante hacia la izquierda y luego miró por el retrovisor.

—No me has respondido.

—Tranquila, las cosas que se me ocurren a mí no tienen nada que ver con cometer pecados. —Tomó solo un momento para mirarme, una mirada picara que hacía que mis manos temblasen y mis mejillas se sonrojasen.

Después de un rato, me di cuenta que solo estaba tratando de alargar el camino pues por las plantas y las casas que se notaban ya habíamos llegado a la calle de donde yo vivía. Nos detuvimos justo en frente, me bajé y él hizo lo mismo. Encaminándonos iba a mi lado con sus brazos a los lados de forma relajada pero un poco tenso a la vez.

—Crees que no me di cuenta que has alargado el trayecto solo para estar un tiempo más a mi lado. —Le di un suave golpe con mi codo.

—Eres un poco como que astuta, ¿No? —Señale con mis dedos mis ojos.

—Te estaba observando, soy muy buena observadora y por supuesto astuta. —  
Le hice un guiño.

Estábamos ahora frente a mi puerta.

—Debería entonces aprenderlo de ti. —Tomo una de mis manos.

Hay cosas que se pueden explicar, pero cuando un hombre como él toca mis manos de esta forma, mirando cada espacio de ellas, era increíble pues me sentía en las nubes, flotando despacio.

— ¿Quieres pasar? —Le pregunté— Si no pues, puedes irte ya.

Aun fingíamos que no nos dábamos cuenta de lo que sucedía aquí. Pero él no se sentía ofendido cada vez que decía algo como eso. Tomé las llaves de mi cartera y abrí la puerta.

En ese preciso instante sentí su respiración en mi cuello, inundándome con mil

sensaciones. Me giro y lo atraigo más aún, besando sus labios cálidos y con un suave sabor a tequila en cada sutil y sincronizado movimiento que hacía. Me acorrala ya dentro y capta mi cuello entre cada beso. Con mis manos cubro sus anchos brazos necesitando que apague el fuego que sentía nacer desde mi vientre. En este juego ya no mandaba yo, y si él me guiaba yo seguiría.

Una de sus manos baja hacia la falda de mi vestido y la sube dando hacia mi ropa interior de encaje negro, siento uno de sus dedos hacer a un lado la tela y lo introduce tomándome desapercibida. Gimo entre sus labios, una sonrisa marcada entre ellos por su parte me da a entender que esto era a lo que quería llegar. Muerdo su labio inferior y luego lo succiono. Me toma de los muslos y me eleva, enredo mis piernas alrededor de su cintura. Subimos las escaleras entre besos caricias y suspiros de excitación. Dimos hasta mi habitación, allí mientras me mordía levemente el hombro yo desabrochaba su camisa y el bajaba el cierre de mi vestido.

Sobre las sábanas de satén moradas quedaban las huellas de lo que sucedía entre él y yo. De lo sutil que era cuando sus movimientos eran fuertes, cuando entraba en mí inundándome de deseo. Mis piernas tiemblan y arañan las sábanas cuando ya siento que llega conmigo al clímax con un gruñido y mordiendo mis labios se detiene. Yo aún sigo totalmente elevada, como si me hubiese lanzado hacia la Luna.

Me detendría cuando fuese posible detenerse, cuando las estrellas solo dejaran de marcarse en mi mente, cuando mi cuerpo vuelva a ser mío y no de mis sentidos.

\*\*\*

Cuando despierto al otro día me encuentro enredada entre las sábanas, y el olor de su perfume se impregnó en mi almohada favorita. Ya no estaba aquí, pero dejaba sus huellas tanto en mi cama como en mi cuerpo, me derrito por

dentro a pesar de que los pecados llevaban un nombre que erizaba actualmente mi piel. Me levanto y me doy una ducha con agua fría, sentía el cuerpo caliente como si acordarme de la noche anterior, no me fuese suficiente para matar lo que siento con él.

Cuando salgo de la ducha me visto rápidamente, llegaría tarde al trabajo y por desgracia no podía dejarlo. Bajo hacia la cocina, tremenda sorpresa me encuentro al verlo en mi cocina en su sexy bóxer. Me rio interiormente y me acerco lentamente a ver qué era lo que hacía. Se sirvió un poco de café y lo dejó en la encimera, se giró y me atrapó en un abrazo.

—Escuché la puerta de tu cuarto. —Me explicó antes de tapar mis labios con los suyos en un largo y deseoso beso.

—Ah, buen oído tienes. —Me miró de arriba abajo, pues llevaba un vestido rosa pálido totalmente cubierto en el busto y me llegaba hasta por arriba de las rodillas. Di una vuelta para que me detallase bien y lo hizo, me atrapó entre sus fornidos brazos y me besó de nuevo.

Una vez que me soltó, yo tomé una manzana y la mordí.

— ¿A dónde vas? —me preguntó. Sentándose en la mesa de la cocina.

—Mmmm., a trabajar. Tengo dos turnos que cubrir hoy. —Le dije pasando a su lado para tomar de su café.

— ¿Significa que no te veré hasta mañana? —Dijo mirándome triste. No podía tomarlo en serio cuando estaba en bóxer y sin camisa en mi cocina.

—Significa que llegaré tarde a trabajar, te veré más tarde en el gimnasio —le di un beso en la mejilla— ¿Te parece?

Asintió antes de volver a acorralarme entre sus brazos y besarme el cuello y los labios.

Salí de casa y caminé solo dos cuadras. Quien me viera ahora, solo tendría que tener lentes para notar muy dentro de mí lo que ocupaba la noche anterior. Rianne me llama por teléfono disculpándose por haberme dejado sola con el

monstruo de su hermano y yo le cuento todo con algunas excepciones, como por ejemplo... lo que paso entre nosotros. Quería que se diera cuenta ella misma con su buena vista en las curiosidades.

En el transcurso del día hasta la hora que me fui directo a casa a darme una ducha e ir al gimnasio. Cuando llegué me sentía desnuda por cómo me miraba, traspasaba toda tela que poseía, pasando el pasillo delante de él me tomó de la mano y dejándome corta de opciones por si quería huir de sus labios. Eso no lo haría. Entre sus manos tomó mi rostro y me besó.

Sentía que me poseía, y como no, sí era perfecto en cada pequeño detalle. Sus besos me despojan de todo el aire que en mis pulmones se crean y no es posible pues esto es solo una prueba.

—No te salvas, —dijo entre besos— tienes ejercicios que hacer.

Mordí su labio inferior.

—No es justo. —Me quejé.

—Los besos tuyos no son justos. —Murmuró a mi oído antes de darme varios besos más—. Me. Dejan. Con. Mas. Ganas. De. Comerte. A. Besos.

Cada palabra la decía después de dar un beso.

—Pues empecemos con mi rutina. —Le di una mirada suspensiva—, ¿O prefiere que lo haga a mi manera entrenador?

Una sonrisa, una perfecta sonrisa marcaba sus labios.

—Me gusta más como suena tu propuesta. —Se acercó para darme un beso más, pero yo dejé mi mano tapando sus labios.

—Bueno, haz treinta sentadillas conmigo en tus piernas. —Se echó a reír y me tomó de la mano guiándome hacia el salón de entrenamientos.

Me recostó contra la pared y me besó con fuerza. Esta vez era más intenso, más excitante. No sé si es el hecho de que estamos en el momento equivocado. O por la forma en que me toca que hace que me sienta como si estuviera jugando con fuego, quemándome por dentro. Mis labios se hinchan por sus

besos y soy consciente de que mantenerme quieta no será posible y menos, si me deja a mitad del beso, con mis labios ardiendo y las manos inquietas. Deseosas de poder tocarle.

Él hace el reto impuesto por mí y hace sus sentadillas conmigo sentada en sus piernas. Cuando acaba solo se sienta a calmar su respiración, me le lanzo a su boca y le beso los labios, ya no aguantaba más. Quitó mi camiseta y el sujetador. No me importaba si alguien entraba, solo quería calmar la sed que tenía de él. Yo hago lo mismo con su camisa y estábamos así, los dos dejando que el cuerpo solo haga su labor, que caliente a su paso con los besos. Su lengua navega por mis pechos, un gemido se escapa de mi garganta. Sus manos bajan mis shorts deportivos, me quedo desnuda, totalmente desnuda sobre él. Hasta que lo sentí.

Lo sentí entrar en mí sin discreción. Lo sentí duro, un dolor placentero, me tenía subiendo y bajando como si viviera en una montaña rusa. Con mis uñas arañó su espalda, si gritara se escucharía en todo el lugar.

Esta vez llevaba yo el control de todo.

Mis caderas las muevo primero lentamente, torturándole un poco y por como susurra a mi oído que siga sin miedo, me doy cuenta que es a lo que quería llegar. Acelero cada movimiento, subiendo y bajando. Mordiendo sus labios y llegando de nuevo al clímax juntos. Él gritando mi nombre apretando mis muslos con sus gruesas manos.

Nos quedamos así, mirándonos a los ojos, besándonos los labios un poco más sin dejar que el tiempo haga de las suyas y me detenga o caiga contra reloj. Después de media hora, había salido con él en su coche y su hermana mirándonos a los dos.

— ¿Saben qué? Creo que esto es una actuación. —Dijo Rianne con sus ojos entrecerrados mirándome sobre todo a mí—, no es posible Valeria que tú te hayas liado con mi hermano después de tanta mierda que le has echado.



Tapé la boca de mi mejor amiga con mis manos.

—Shhh. —chisté—, eso quedó atrás, éramos unos adolescentes. En lo único que pensábamos era en experimentar.

Rodó los ojos sin creerse todo el cuento.

—Hermanita, de verdad ya hazle caso a mi chica. —Rianne quitó mi mano se su boca lamiéndola. Yo le grité con asco y se rio.

— ¿Tu chica? Vale ¿Desde cuándo salen? —Puse mi cara de pocos amigos y ella dejó las preguntas para después.

Cenaríamos en mi casa pues él pondría a prueba sus habilidades para cocinar, y después comer. Mmm, comer.

Definitivamente estaba tomando todo, hasta mis pensamientos. Cada vez que yo pensaba en ello, él venía y me daba un beso y me decía calma mi gatita que te toca luego otra dosis.

No me acostumbraría a esta versión que no conocía de él. Y yo misma me lo he dicho, acuéstate con alguien y luego a la mañana siguiente lo conocerás mejor. Y así fue. Después del último año de instituto solo pasaron seis años, Rianne y él se habían ido por un tiempo quizás mucho (según yo) pero ninguno había cambiado. Incluso yo seguía con mi locura extrema.

Fijándome en el hermano de mi mejor amiga, el lindo entrenador que no dejaba de mandarme y debo admitirlo y no se lo digan a nadie, (*folla bien*) eso es lo que ganas cuando conoces a un gilipollas lindo.

Terminamos de cenar unos tallarines con salsa italiana y un poco de vino italiano que compramos en el mercado. Rianne nos miraba a mí y a Maickol de forma sospechosa, y yo me reía por las cosas que eran simplemente de ella.

—Yo me voy, pero —me dio un beso en una mejilla—, esto no se queda aquí, tarde o temprano sabré lo que pasa con ustedes.

—Me parece que no le has dicho a mi hermana. —Me dijo una vez que Rianne salió. Yo me encogí de hombros levantando los platos de la mesa para después

llevarlos a la cocina.

Él estaba aún sentado en la silla del comedor por lo que yo me senté sobre sus piernas enredando mis brazos en su cuello. Lo besé.

—Ella solita lo sabrá, no se ha dado cuenta siquiera que dijiste, *mi chica* — dije creando las entre comillas con mis dedos. Maickol pasó sus brazos por mi cintura atrayéndome más a su torso.

Más cerca del infierno, así es como le decía yo. Mi propio infierno personalizado que me hacía arder con solo tocarme. El dilema es este, yo no puedo mantener mis manos lejos de él. Tiene algo adictivo que me incita a no dejar que mi adrenalina se apague.

— ¿Te quedarás en mi casa esta noche o te irás? —Le pregunté sonriendo para que se lograra quedar, si no me encargaría de ir en plena madrugada para ir a verle.

—Me quedaré, no puedo dejar de comerte a besos. —Me reí cuando me tomó desapercibida y me mordió el labio inferior.

Pasar la noche con él, me encantaba la forma en que dormía, podía ver su respiración como se volvía pausada, como sus músculos se relajan cuando duerme. Como la luz de la Luna hace que su torso, destaque en medio de la noche. Mi entrenador sí que era sexy, demasiado para ser realistas.

Se siente extraño como las cosas a veces cambian. Como las cosas con las que veíamos con mala cara cambian a cosas perfectamente buenas y sin olvidar que tenemos una doble vista, siempre la tendremos. Un lado malo y el otro bueno. Donde nos daremos cuenta de que es lo que merece la pena para luchar por ello y que cosas no. Yo me sentía renovada, casi nueva. Solo me faltaba un treinta por ciento más para alcanzar el reto.

Él se remueve en la cama y me mira, sus ojos color miel siempre arderán cada vez que yo lo observo. Siempre me verá de esa forma, como si yo fuese un objeto que admirar. Como si lo que está a su alrededor no existiera. Me toma

entre sus brazos y me besa la cara.

— ¿Me vas a desgastar a besos, o, que? —Él se rio y asintió.

—Es básicamente lo que quiero hacer. —Me acuesto en su pecho, tocando con mis dedos los vellos que llenaban su torso.

\*\*\*

A la mañana siguiente me encuentro con sus brazos alrededor de mi cintura enredando sus piernas con las mías. Me acostumbraría a esto y si es posible, a más. Lo despierto acariciando su barba que recién está empezando a salir. Me gustaba la sensación de esta bajo mis dedos.

Le doy un beso en los labios y me siento sobre su regazo.

— ¿Prefieres un mañanero? ¿O hacer ejercicios?

Me regaló una sonrisa y se unió a mí en un solo instante, comiendo de mis labios, sin tardarse ni un momento más, me quita todo rastro de ropa que cubre mi cuerpo. Me toma de los muslos y quedo yo justo debajo de él. Me penetra, lo siento como se hunde en mí. Grito de placer ante sus movimientos capaces de volverme loca en un santiamén, con sus manos cubre mis pechos, enarco mi espalda para sentirlo más. Como dirían por allí, nunca es tarde para follar en la mañana. Entra y sale de mi sexo con una sincronización perfecta casi inundándome toda de placer.

Me besa los labios recortando mis gemidos, llevándoselos consigo en cada beso que me da. Y es que su respiración forzosa en mi oído era ya una melodía perfecta y más si decía mi nombre entre gemidos.

No les mentiré.

Era como la Julia del querido profesor Emerson<sup>[1]</sup> teniendo a un dios del sexo tan perfecto como lo era mi entrenador. Y, ¿Quién dijo que el sexo no es un buen ejercicio? Nadie debe decir lo contrario...

Él se coloca mis piernas en sus hombros y me penetra con más rapidez. Con una fuerza que me mata, que me hace libre, no es que ya me haya hecho adicta a como lo hace pero, ¡Dios! Me dejaba loca de deseo cuando solo iniciaba.

—Maic. —Murmuré su nombre al oído seguido de un gemido.

Posiblemente haya despertado ya a los vecinos. Mmm, su voz tan varonil al momento de gemir o gritar mi nombre era lo que más me extasiaba.

Y es así, cuando llegamos al éxtasis, juntos. <<*Quien lo diría, hasta en la cama coincidimos*>>. Esta vez grita mi nombre en mis labios mordiendo y succionando de la única forma que me gustaba. Sin remordimientos hasta dejar marcas de lo sucedido.

Normalmente las parejas siempre tienen sus problemas.

Los míos llevaban diez nombres y otros apellidos más. Y por supuesto, yo de ser una mujer toda celosa solo veía cada mensaje de su celular y no. Definitivamente no.

Él bajó de la habitación y me miró a mí y al café que tenía en mi mano, más enojada con él no podía estar.

— ¿Puedes explicarme esto? —Le entregué el teléfono en su mano. No se lo iba a lanzar, pero estaba que lo hacía.

—Son mis alumnas de Pilates. —Dijo riendo.

— ¿Y? —Dije amargamente cruzándome de brazos.

—Son mujeres.

Puse los ojos en blanco y él seguía riéndose por lo bajo.

—De cincuenta años. —Ya está se echó a reír sin más.

Me enojé más y lo esquivé. Me tomó del brazo ya, eso es todo.

Solo me toca y desaparece toda cordura en mí.

— ¿Te enojaras con una pobre ancianita que no pueden siquiera hacer lo que tú haces? —Enarco una ceja y ruedo los ojos.

—Me enoja que sigas siendo entrenador personal ¿No puedo tenerte solo para

mí?

Su perfecta sonrisa me cautivó.

—Sabes qué es mi trabajo.

Tomó un mechón de mi espesa cabellera y lo puso detrás de una de mis orejas. Un gesto muy dulce que demandaba belleza, que me hacía notar lo poco que sabía de él.

—Te has vuelto mi adicción —Le di un corto beso en los labios—, no suelo compartir mi adicción.

Me acarició los labios deteniendo su pulgar en mi boca. Le muerdo un poco y mientras lo hago, solo me mira y traga saliva.

\*\*\*

Un martes por la tarde cualquiera, Rianne había pasado por el gimnasio y nos miraba a su hermano y a mí aún con sospechas hasta que se dio cuenta. Solo le bastaba un pequeño empujoncito para seguir.

— ¡Lo sabía! ¡Te has liado con mi hermano! —Saltó sin parar como una niña cuando le compran un dulce— Eso, no es solo gimnasio.

Lo último lo dijo señalándome de arriba abajo. Me reí, ella era de ese tipo directa y toda, toda Rianne en velocidad máxima.

—Sabía que te gustaba Maickol.

—La información es confidencial. —Le hice un guiño, ella conocía mis gestos. Tendría que ser demasiado parecida a mí para saberlo.

— ¡Sí! ¿Para cuándo la boda?

En ese momento Maickol llegó y me abrazó por detrás.

— ¿Que boda? —Preguntó él confuso.

—No habrá boda aún Rianne. Es muy pronto. —Miré mal a mi mejor amiga.

— ¿Quién dijo que es demasiado pronto? —Preguntó ella, cruzándose de

brazos enojada.

En ese momento cuando Rianne me había dicho eso, él se hincó de rodillas y sacó un anillo del bolsillo de su conjunto deportivo. El corazón me iba a mil por hora, yo pensaba que era demasiado pronto. No sabía siquiera que hacer primero, si llorar, respirar o hablar. Pero él me ganó, habló sin rodeos como si lo hubiese practicado por meses desde que me conoció.

—Sería el hombre más dichoso, el más enamorado si tú Valeria, aceptas casarte conmigo. Desde el primer momento en el que te conocí, no sé si has oído eso de que, *si te molesta, es porque le gustas*. Pues desde ese momento en el que comencé a odiarte, fue realmente el momento en el que comencé a amarte.

Cuando terminó de hablar, yo realmente no sabía qué hacer. Me arrodillé frente a él y acepté besando sus labios, entre las extrañas lágrimas que comenzaban a salir, lágrimas de felicidad.

Mi historia termina así, atada perfectamente a un entrenador guapísimo que me hacía delirar cada noche. Quién iba a pensar que del odio que le tenía hace tiempo, se convertiría en mi único sentimiento contradictorio.

# *Cazador cazado*

## Delfina Farias



La pasión que sentían se palpaba en el aire, era un amor completamente prohibido, Helena se había enamorado locamente del novio de su hermana y Manu siempre daba señales de que tenía los mismos sentimientos hacia ella, pero trataban de ocultarlo. Ross, la hermana, era tan ingenua... ¿O solo miraba hacia otro lado? ¿No veía las miradas furtivas de ambos? Todos los amigos se daban cuenta menos ella.

Ellas habían crecido en una ciudad muy pequeña en el norte de Argentina, pronto se irían a estudiar a Bs As, las dos estudiarían profesorado de educación física, con ellas también se trasladaría su mejor amiga Ivana, los padres de las mismas les habían alquilado un departamento que ocuparían las tres chicas, mientras tanto, Manu y Lorenzo, su amigo, se trasladarían a un complejo de estudiantes dentro de la misma facultad, ellos estudiarían medicina.

—Les pido, por favor, que apenas lleguen, no los hagan saber—pidieron las madres de las chicas, que estaban emocionadas y ya querían instalarse en ese departamento.

—Tranquila, estaremos comunicadas, te mandaremos mensajes todo va a estar

bien—acotó Helena, la más elocuente de ellas, el novio y el amigo llegarían unos días más tarde al complejo estudiantil.

Todos los saludaron y Manu besó en los labios a su novia suavemente y cuando se arrimó a saludar a su cuñada, se inclinó y en su oído susurró:

—Nos vemos allá, nena, vos y yo tenemos que hablar—él pudo percibir un breve temblor en el cuerpo de ella, le apretó el brazo suavemente, sonriéndole, con esa sonrisa que siempre la deslumbraba. Ella asintió con su cabeza y solo calló.

Cuando subieron al bus, la amiga y hermana se durmieron mientras Helena solo soñaba con un amor prohibido, a la hora recibió un mensaje de él. Sonriente al divisar en la pantalla su nombre, mirar y comprobar que su hermana dormía, respondió rápidamente los mensajes, unos mensajes muy subidos de tono que la ruborizaban y la excitaban a la vez.

***“¿Tu hermana duerme?”***

***“Sí, ¿por qué?”***

***“Porque necesito hablar contigo, ¿hablamos un ratito?”***

***“Sí, ¿de quieres hablar?”***

***“De vos y yo.”***

***“Creo que no existe vos y yo.”***

Por supuesto que existía el vos y yo, los dos lo sabían muy bien porque la calentura que sentían, los devoraba por dentro, los dos lo sabían, pero ella no lo iba a confesar.

***“Dime qué es lo que quieres. No juegues conmigo.”***

La voz de él se transformó en dura y aguda.



*“Y vos, ¿qué es lo que quieres?”*

*“Cama, quiero hacerte gritar entre mis brazos, quiero que seas mía, como vos lo quieres, porque sé que es eso lo que deseas, solo será cama, ¿entiendes?”*

*“¿Cómo sabes que quiero eso? No seas arrogante.”*

*“Nena, temblaste a penas te toqué en la despedida, dime que no quieres eso y no te molestaré más, pero recuerda que tan solo verte... me pones duro como una roca y a pesar de todo lo que despiertas en mí, debes saber que amo a tu hermana.”*

*“De acuerdo, ya veremos qué pasa, yo no te amo, como dijiste vos, solo será cama.”*

*“Dalo por hecho, solo cama, pero te daré cama de la buena, no te arrepentirás.”*

Ya a esta altura de los mensajes, los dos se encontraban como una pava hirviendo y ninguno de los dos sentía culpa alguna. El encuentro sería para alquilar balcones, pensó él, sonriente, mientras cerraba su celular y ella se acomodaba en su asiento imaginándose en sus brazos, los cuales había deseado por años, en silencio.

El viaje fue muy largo, en la última parada que hicieron, se bajaron a desayunar entre risas y conversaciones. Ross declaró algo que dejó a las demás de piedra.

—No sé si amo a Manu—le hermana y su amiga la observaban atónitas.

—Estás loca, hace años que son novios—expresó la amiga mientras Helena solo la observaba comiendo una empanada.

—Creo que el amor se esfumó, fueron muchos años juntos y todo se volvió

monótono—la amiga seguía con la boca abierta, sin comprender sus palabras.

—Dile algo, Helena—pronunció mirando a la misma, quien sonrió al instante.

—¿Qué quieres que diga? Es su vida, que haga lo que quiera, la vida es una sola y cada cual la vive a su manera—respondió.

—Pues qué liberales se han vuelto las dos— luego sonrió y la pregunta que hizo a continuación las hizo estallar a risas a todas—Quiero saber, ya que no lo amas, cuenta, ¿cómo es en la cama?

—Un ejemplar magnifico—ante esas declaraciones, Helena ya estaba mojada, imaginándolo entre sus piernas.

—¿Y por qué quieres dejarlo? —Quiso saber la amiga, Ross la miró tomando un trago de su gaseosa.

—¿Quién dijo que lo quiero dejar? Solo no seré su novia, pero le propondré solo tener cama, que él también pruebe por ahí. —¿Cuándo había madurado tanto su hermana? Se preguntó Helena, incapaz de intervenir en la conversación.

—¿Vos qué dices, hermanita? —consultó mirándola.

—Pues me parece genial, hay que probar de todo y luego de hacerlo, eliges— la amiga las miró anonadada.

—¿Están hablando en serio? Mira que a mí me calienta Manu —las hermanas la miraron serias y ella se cohibió.

Ross se largó a reír mientras subían en el bus y seguían el viaje.

—Pues adelante, amiga, debes probarlo, es muy sabroso, hasta Helena tendría que probarlo, si les gusta, se quedan con él y si no, busquen otro—las risas de las tres se dejaron escuchar inundando el recinto del bus de una alegría contagiosa.

—No me lo digas dos veces porque me lo creo—respondió Helena, estaba ardiendo—Tendríamos que probarlo—afirmó mirando a la amiga que no sabía si hablaban en serio o solo era una broma.

Ya sentadas en el bus, siguieron hablando de Manu, la conversación se volvió cada vez más excitante y la amiga también confesó sus sentimientos.

—Sí, diremos la verdad Manu, me gustó siempre, cuando lo veía en la piscina casi desnudo, ardía de pasión—las tres soltaron una carcajada, todos los pasajeros del bus se dieron vuelta para observarlas.

—Yo sé que les gustaba y sé también las veces que el desgraciado me ha engañado y siempre miraba hacia otro lado, ¿se creen que no sé de esas mujeres a las que entrena todos los días? —Manu era preparador físico, solo de mujeres—Con varias de ellas se ha acostado, hijo de puta, en algún momento me las vengaré todas, se los aseguro—ya a ese tramo de la conversación, Helena le contó sobre los mensajes que se habían mandado, después de pedirle perdón. Ross la miró.

—No hay problema, hermana, ya lo nuestro se terminó, apenas lo vea, se lo diré, solo que, si él acepta, solo será cama—se la veía muy segura en su decisión.

Llegaron cansadas de viajar tantas horas, el departamento se encontraba en el tercer piso, de dos ambientes y exquisitamente decorado, la cocina tenía todo lo necesario y un living comedor amplio, compuesto de un sillón de tres cuerpos y dos chicos, todos con sus respectivos almohadones de colores y una TV plana de 40 pulgadas que no necesitaban, pensaron. Rápidamente arreglaron sus ropas en los placares y se recostaron para tratar de reponerse del largo viaje. Era tanto el cansancio que ni cenaron, cuando se despertaron eran las ocho de la mañana, desayunaron, se ducharon y las tres se dedicaron a conocer parte de esa gran ciudad que las deslumbraba.

—¿Cuándo llegan Manu y...? —preguntó Helena, las otras la miraron sonriendo, acordándose de la conversación anterior.

—Mañana llegan y lo primero que haré será hablar con él—acotó Ross, sonriente.

—Bueno, para festejar tu soltería, esta noche podríamos ir a bailar. ¿Qué les parece unos tragos y quizás conocer a unos porteños? —así le decían a los de la ciudad de Bs As— Que por lo que veo, no tienen desperdicio— acotó Helena observando pasar a dos hombres con trajes, quienes se las comían con la mirada.

—Me parece bien, vamos a descansar unas horas al departamento y veremos qué tal se portan los porteños—expresó una Ross que ya estaba envalentonada.

—¿Qué te vas a poner? —indagaba la amiga a Ross.

—Vestido, todas iremos con vestido, nos veremos más sensuales, justo lo que les gusta a los hombres —dijo.

Después de comer algo, las tres estaban listas para divertirse, eligieron un boliche de moda que les habían recomendado unas vecinas estudiantes, como ellas, y, riendo, allá se dirigieron. El ambiente estaba bueno y los hombres, a simple vista, deliciosos, pensó Helena. De pronto, dentro de la multitud, unos chicos se acercaron, presentándose y después de invitarles a unos tragos, bailaron y se divirtieron toda la noche, a las cinco de la madrugada las acompañaron a su departamento con la promesa de encontrarse al otro día por la tarde para tomar algo en un pub.

Por la tarde, mientras se preparaban para encontrarse con los chicos de la noche anterior, llamaron a la puerta. “SORPRESA...”

Manu llegaba con dos amigos, las amigas lo miraron, estaba recién bañado,

con ese aroma tan delicioso, como siempre. Llevaba unos pantalones vaqueros a la altura de las caderas, una remera blanca, el pelo mojado y esa sonrisa entre pícaro y arrogante, que daban ganas de comerlo crudo. Sin decir nada, le estampó un beso en los labios a Ross, la dejó sin habla.

—¿Qué hacen acá? ¿Ya llegaron? —Fue lo único que atinó a decir.

—Ya me ves, nena, acá está tu hombre—exclamó el engreído, los amigos, junto a él, entraron en el departamento de ellas y se sentaron cómodamente en los sillones, sin pedir permiso, ante la mirada atónita de todas.

—Bueno, ¿quieren tomar unos mates? —Preguntó Helena desconcertada por la presencia de ellos.

—Lo que tengan, esta noche podemos ir a bailar, ¿qué les parece? ¿O ya fueron? —Ross, que lo conocía bien, se dio cuenta que sabía que la noche anterior habían salido, lo observó, luego se sentó sobre su falda, comiéndole la boca, los amigos no sabían para dónde mirar y Helena y las amigas los miraban sonriendo.

—Mi chica está caliente—susurraba Manu sobre los labios de ella—Vamos a la pieza un rato—pronunció ardiendo.

—No, ahora no—la miró, ella jamás decía que no, ¿qué pasaba?, se preguntó en silencio.

—¿Saben que Manu ya tiene trabajo? —las chicas miraron al amigo.

—Sí, un amigo de un amigo me recomendó como entrenador personal de unas mujeres—afirmó Manu sin dejar de mirar a Helena, que estaba de espaldas a él.

—Bien, me parece bárbaro, no vas a descuidar los estudios, ¿no? —Ross quería que siguiera estudiando, que no se distrajera con otra cosa.

—No, te aseguro que no, pero tengo que trabajar y hacerlo de lo que me gusta, me es muy grato—aseguro acercándose a Helena y cuando ella lo miró, le regaló la sonrisa que ella amaba.

—Vamos a bailar, dale, después no tendremos mucho tiempo para hacerlo—insistió el novio de Ross.

—Sí, ¿por qué no vamos a divertirnos?

Después de cenar algo, los seis llegaron al boliche, el cual estaba repleto de gente.

—Quiero que empiecen a acosar a Manu, las dos con miradas, con palabras—aseguró Ross a la amiga y a la hermana mientras los chicos iban a buscar unos tragos. Las dos no entendían nada, la primera que abrió la boca fue la hermana, que creía a ver escuchado mal.

—¿A quién? ¿A Manu? ¿Estás loca? —Se explayó.

—Sí, nos vengaremos de él, quiere cama, bueno, eso es lo que realmente le daremos. Lo dejaremos de cama, luego de calentarlo bien, nos meteremos entre sus piernas, pero las tres juntas a ver si es tan macho como dice ser—la hermana y la amiga abrieron la boca como un pez fuera del agua sin alcanzar a comprender lo que esa loca les proponía.

Y si las chicas estaban preparadas para la guerra y no se la iba a llevar de arriba, ni remotamente Manu se imaginaba lo que esas tres locas iban hacer con su delicioso cuerpo.

Manu había empezado a trabajar como entrenador personal, por supuesto elegía a las mujeres más bellas para desarrollar su trabajo, las amigas se la ingeniaban para pasar todos los días cerca de él, insinuándose, sonriéndole y provocándolo. Él, que se creía un dandi, solo sonreía, creyéndose que se llevaría a la cama a las tres, lejos estaba de sus pensamientos, el cazador

pronto sería cazado, pensaba Ross, sonriendo mientras la amiga y la hermana le contaban las andadas.

Y el gran día llegó, Ross, después de invitarlo a tomar algo en el boliche de siempre, se dirigió al lugar. Él llegó más caliente que una pava, bailaron, tomaron, se toquetearon y, entre besos y arrumacos, ella lo llevó a su departamento, mientras llegaban se paraban en cada esquina, comiéndose la boca.

—¿Adónde fueron tu amiga y tu hermana? —Preguntaba el mordiéndole el labio inferior.

—Salieron con unos chicos, vamos, que estoy muy caliente—él sonrió abrazándola, entraron al departamento que estaba totalmente oscuro, prendieron la luz y a los segundos estaban desnudándose, en el dormitorio, su glande palpitaba de la excitación tremenda que tenía, ella sonrió y lo miró.

—Espérame un segundo, voy a buscar algo para tomar—manifestó, besándolo, él asintió y se acostó en la cama, desnudo, poniendo sus brazos tras su cabeza, relajándose.

A los segundos, la puerta del dormitorio se abrió y la sonrisa de él desapareció cuando vio a Helena, Ross y la amiga, desnudas, delante de él.

—La madre que me parió, ¿qué es esto? —gritó sentándose en la cama, su cara era de espanto total.

—¿No querías coger? Bueno, nosotras también, prepárate porque te daremos la mejor encamada de tu vida. —Y las tres rodearon la cama como tres gatas hambrientas de sexo.

—A ver, nene, muéstranos qué es lo que tienes para saciar nuestro apetito sexual, te aseguro que es mucho—pronunció Helena agachándose y recostándose en la cama, obligándolo a acostarse.

—Me van a matar—susurró mientras sus dedos tomaban su rostro y comía su boca, Ross se sentó sobre su torso, obligándolo a lamer su sexo mientras la amiga se adueñaba de su glande, lamiéndolo con apremio. Helena estiró sus dedos y masajeaba sus testículos duros como una roca de la calentura que tenía.

—Por favor, lámela más que termino—pedía, apartándose un poco del sexo de Ross, quien se retorció con sus lamidas.

—Vos no ordenas, solo nosotras, ¿escuchaste? —sentenció Ross, apoyándole su clítoris para que aliviara su clamor.

—Quiero cogerte, vamos, nena, estoy por reventar—gritó, pero ya estaba eyaculando en la boca de la amiga, la que se tragaba hasta la última gota, saboreándolo.

—Levántate—Ordenó Helena, observándolo.

Ella se inclinó sobre la cama, poniéndose en posición perrito, invitándolo a que la cogiera en esa posición, enseguida se puso un condón y acomodando su glande sobre su ano, de una sola embestida, la embistió como un animal. Era tanta la calentura que todos sentían que Ross agarró del pelo a su amiga, comiéndole la boca y ante estas vistas, Manu se calentó tanto que, solo en segundos, vació su semen en el ano de Helena, quien gritaba de placer. Los cuatro cuerpos estaban sumergidos en un éxtasis total. Eran ocho manos que se deslizaban por todos lados, todo estaba fuera de control en segundos, todo estaba permitido y él se desesperaba por darles el placer que exigían.

—Ahora me toca a mí y sabes qué es lo que me gusta—pidió Ross, Manu la miró, ya estaba cansado, pero no se iba a rendir, nunca, se dijo.

Y acostándola en la cama, la cogió como nunca lo había hecho, la habitación solo se llenó de gruñidos y gemidos. Cuando terminó, la amiga no lo dejó



descansar, atacó su boca, metiéndole la lengua hasta el fondo mientras las otras dos acariciaban su glande y sus testículos a la vez.

—¿Y si descansamos un ratito? —escucharon la voz de él, ellas lo miraron en señal de reprobación. Después de las caricias de ellas, estaba listo nuevamente para seguir dando batalla, luego le dieron un trago. Mientras él tomaba, Helena le llenaba el glande con crema, la miró sonriendo, dejándola hacer y ella, con su lengua, lo hizo terminar otra vez. Casi muerto de cansancio, se enderezó en la cama, levantando su mano al aire.

—Chicas, por favor, mañana seguimos, ¿sí?

—Bueno, prométenos que mañana vendrás y otra vez nos harás felices, promételo—exigió Ross.

—Te lo juro, mañana a la noche vendré —les guiñó un ojo y besándolas en la mejilla, se retiró como alma que la lleva el viento. Las tres se murieron de la risa, Después de reír y ducharse, se acostaron pensando en la cara de desesperación de él.

Al otro día, después de desayunar, Ross llamó por celular a Manu, quien no respondió.

—Qué hijo de puta, no responde—les dijo a las amigas.

—¿O está asustado? Anoche lo matamos, jaja—empezaron a reír, con ganas, Helena y la amiga.

Una hora después, un amigo de él llamaba a la puerta de su departamento, entregando un sobre con unas líneas de Manu.

Helena y la amiga observaban cómo Ross leía y sonreía, cuando terminó, las miró.

—Dinos, ¿qué dice? —pidió la amiga, ansiosa.

—Dice que se cambió de facultad. —Todas se morían de la risa, imaginándolo marcharse apurado, muy lejos de ellas.

Y sí, nunca subestimes a una mujer, cuando una mujer se enoja, hasta el coludo tiembla, la venganza puede llegar de cualquier forma, la que ellas eligieron fue la más dulce, aunque no todas son así. Jajaja.

[1]

